EL CUERPO DEL DELITO

Antología de relatos policiacos clásicos

Edición de
J. A. Molina Foix



El cuerpo del delito es una recopilación de trece magníficos relatos policiacos clásicos que alterna textos consagrados con otros menos conocidos, todos ellos perfectamente representativos de las variantes de la literatura policiaca, teniendo siempre presente la máxima exigencia de calidad literaria, desde sus prolegómenos y fundación a mediados del XIX hasta los años veinte del siglo pasado.

Empezando con un relato de Hawthorne que puede considerarse precursor del género, la antología sigue con un cuento poco conocido de Poe, autor que fijó los rasgos principales del relato policiaco, y luego con relatos de grandes autores que lo cultivaron de forma tangencial como Dickens, perfecto conocedor del hampa, Wilkie Collins, Jack London, Oscar Wilde y Mark Twain, todos ellos con un delicioso trasfondo humorístico. Por supuesto recoge además uno de los famosos relatos de Conan Doyle protagonizados por el inefable Sherlock Holmes, y relatos menos conocidos de la baronesa Orczy y Richard Austin Freeman, autores que se dedicaron casi en exclusiva a la literatura policiaca y que gozaron de gran popularidad en la época. Asimismo encontramos un relato del caballeroso ladrón de guante blanco Arsène Lupin, creado por el francés Maurice Leblanc y un cuento de Jacques Futrelle, protagonizado por el profesor Van Dusen, apodado *La Máquina Pensante*. La recopilación se cierra con uno de los relatos de Chesterton protagonizados por el famoso Padre Brown, más partidario siempre de redimir al delincuente que de castigarlo.



AA. VV.

El cuerpo del delito

Antología de relatos policiacos clásicos

ePub r1.0

Titivillus 19.07.15

Título original: *El cuerpo del delito: Antología de relatos policiacos clásicos*
AA. VV., 2015
Selección, prólogo, traducción y notas: J. A. Molina Foix

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

> «Una de las cualidades de ese tipo de literatura consiste en que lo que hace que la gente la lea no pasa nunca de moda».
>
> RAYMOND CHANDLER
>
> *El simple arte de matar*

La perenne curiosidad es un rasgo fundamental de la condición humana. Nada más nacer, el niño primero hace preguntas con los ojos y luego satisface su curiosidad con sus manitas antes de poder hablar. Y una vez conseguido un mínimo vocabulario, utiliza su precario lenguaje, esquemático y simple, principalmente para cuestionarlo todo, hasta el punto de que a veces es necesario hacerle callar. No es por tanto casual que las adivinanzas sean uno de los pasatiempos favoritos de la infancia. Esa inagotable propensión a plantearse interrogantes no es peculiar de ninguna raza ni de ningún periodo histórico determinado. Es simplemente una necesidad innata de la imaginación humana, saber o averiguar lo que nos concierne o no debiera importarnos, acaso por el anhelo de conocer otros modos de vida y así satisfacer vicariamente el hambre de irrealidad que nos habita y nos hace soñar con otras cosas, mejores o peores, que las que de modo habitual nos suceden. En cualquier caso, de esa acuciante exigencia ha quedado suficiente constancia desde los más remotos tiempos y en prácticamente todas las culturas, bajo diferentes formas, por lo general

narraciones y cuentos más o menos fantásticos, cuya intriga o misterio se resuelve básicamente mediante la astucia o el ingenio.

Numerosos son los ejemplos en la Antigüedad: desde los episodios bíblicos[1] de Susana y los ancianos que la acusan de adulterio (Daniel demuestra que han testificado falsamente interrogándolos por separado), o Daniel y los sacerdotes de Bel que lo acusan de calumnia por negar la divinidad del ídolo babilonio (Daniel descubre que son ellos y sus familias los que consumen las provisiones y no el propio ídolo), hasta la historia novelesca que cuenta Heródoto[2] del rey egipcio Rampsinito y el sagaz ladrón que se las ingenió para robarle su cuantioso tesoro de plata, o la leyenda del horrible monstruo Caco, medio hombre y medio fiera, que le sustrajo a Hércules cuatro vacas y cuatro bueyes y los ocultó en su gruta en el Aventino[3].

Pero el paradigma más conocido y más frecuentemente citado es la leyenda de Edipo y la Esfinge, mencionada por Sófocles en *Edipo rey*. Al llegar Edipo a Tebas, encuentra la ciudad devastada por una monstruosa criatura con alas y garras de águila, cabeza de mujer y cuerpo de león, que con habilidad infernal propone complicados enigmas a los hombres y los mata y luego devora si no dan con la solución. El padre de Yocasta, Creón, regente de la ciudad, promete entregar la mano de su hija y el cetro de Tebas a quien logre descifrarlo. Edipo, que en poco tenía su vida, acude al llamamiento y se mide con la Esfinge, que le propone el más difícil de sus enigmas: «¿Cuál es el animal que anda a cuatro patas por la mañana, en dos al mediodía y en tres al declinar la tarde?». Sin vacilar responde Edipo: «Ese animal es el hombre, que en su infancia hace uso de los cuatro remos, adulto anda sin más auxilio que el de sus piernas, y anciano ha menester el del báculo».

Igualmente podrían citarse otras obras literarias posteriores —como los cuentos orientales, incluidos en *Las mil y una noches*[4], «La mujer despedazada, las tres manzanas y el negro Rihán» o «El sultán del Yemen y sus tres hijos», y su variante persa «El viaje y las aventuras de los tres príncipes de Serendippo»[5], retomados más tarde por Voltaire en «Zadig ou La destinée» (1747), sustituyendo el camello por un caballo y un perro— en las que el esclarecimiento de un misterio o la resolución de un crimen (en el

primer caso Giafar al-Barmaki, visir de Harún al-Rashid, debe hallar en el plazo de tres días al asesino de una joven despedazada encontrada en el río Tigris dentro de un cajón so pena de ser ejecutado; en el segundo, los tres ingeniosos príncipes son acusados del robo de un camello por haber averiguado, simplemente observando sus huellas, que el animal era tuerto del ojo derecho, le faltaba un diente, estaba cojo de una de las patas posteriores, llevaba una carga de mantequilla, y en él iba montada una mujer embarazada) anuncia la inminente aparición del relato de investigación policial como género autónomo.

De lo que se trata en todos los casos es de poner a prueba el ingenio para recomponer un rompecabezas. Ahí radica el quid de la cuestión. El ejercicio de ese ingenio para resolver los enigmas es lo que proporciona a esas historias su indudable cariz de divertimento. La perspicacia del autor que plantea el misterio es similar a la del lector que se devana los sesos intentando esclarecerlo. El placer es el mismo en uno y otro. Eso constituye la base del relato policial. Intrigar al lector y aumentar su deseo de averiguar una verdad velada y elusiva.

De cualquier modo, desde Caín y Abel, la intriga y el desvelamiento de algún delito han sido objeto en todas partes de un seguimiento generalizado que muestra sin ningún género de dudas el vivo interés que siempre han despertado, bien pronto materializado en los primeros géneros literarios, desde las primitivas novelas asirias, persas, griegas y romanas, plagadas de crímenes u otros tipos de delitos, hasta la picaresca. En España tuvimos acceso, a partir del *Lazarillo de Tormes* (1554), *Rinconete y Cortadillo* (1613) o *El buscón don Pablos* (1626), a toda una serie de aventuras más o menos autobiográficas de pícaros y granujas, bellacos y truhanes, tunantes y bribones, que formaban parte de una floreciente hampa que empezaba a poblar las grandes ciudades, cuyos manejos, desafueros y vicisitudes resultaban cada vez más atrayentes para la incipiente burguesía.

En otros países, ese creciente interés por los maleantes empezó a manifestarse con la frecuente publicación de casos criminales reales y biografías de malhechores célebres. En Inglaterra, títulos como *A Mirror for Magistrates* (1559), de John Higgins, o *The Unfortunate Traveller* (1594), de Thomas Nashe, dan fe de la tremenda popularidad que iba adquiriendo el

seguimiento de la actividad delictiva y de los grandes procesos penales. Igualmente en Alemania, el poeta y abogado Georg Phillip Harsdörffer publicaba *Der grosse Schau Platz jammerliche Mord* (*Galería de horribles relatos de asesinatos*, 1650), y algo más tarde, en Francia, François Gayot de Pitaval haría lo propio con *Causes célèbres et intéressantes, avec les jugements qui les ont décidées* (1735-45).

Para «satisfacer la curiosidad y el interés del público por los criminales y sus hazañas», a finales del siglo XVII comenzó una verdadera proliferación de «opúsculos basados en los informes oficiales del Old Bailey, el tribunal de Londres, con una finalidad aparentemente educativa, ampliando novelísticamente las hazañas de los delincuentes y con abundantes detalles sobre las aventuras y las circunstancias de su captura por parte de la policía»[6]. Como un paso más en el plan de ejemplificación moral se exigía al condenado que proclamara su culpabilidad e incluso en el momento de su ejecución se le concedía la palabra. Y para que el ejemplo cundiera, esos testimonios se divulgaban en hojas sueltas y en folletos de venta ambulante. En 1698, el capellán ordinario de la prisión de Newgate empezó a publicar las confesiones o las últimas palabras de los condenados: fue el comienzo del llamado *The Newgate Calendar*, que a partir de 1734 se publicaría regularmente hasta bien entrado el siglo XX, incluyendo interesantes memorias, con ocasionales anécdotas y declaraciones, de los principales convictos de aquella célebre prisión londinense.

Pero lo que más repercusión tuvo entre el ávido público fue la paulatina representación literaria de las aventuras del pícaro, del aventurero, del ladrón, del facineroso y demás personajes del hampa. Empezó Defoe con *A History of the Remarkable Life of John Sheppard* (1724), seguida de *A Narrative of All the Robberies, Escapes, & Crimes of Jack Sheppard* (1724), sendas biografías del eximio atracador inglés experto en fugas, al que se le ha comparado con Houdini; la primera escrita tras su fuga de la cárcel de Newgate y la segunda supuestamente atribuida al propio delincuente mientras esperaba su ejecución.

Otro renombrado maleante, quizás el más célebre de Gran Bretaña en el siglo XVIII, tanto por sus propias acciones como por la fama que le dieron novelistas, dramaturgos y la prensa en general, fue Jonathan Wild (1682-

1725), que era la fuerza oculta de los criminales de Londres, a los que vendía su talento y su organización a cambio de una comisión del quince por ciento. Hacia 1710 llegó a controlar una verdadera red de distribución de mercancías robadas y, con la connivencia de las autoridades, manipuló a la prensa y supo sacar partido del miedo de la gente para convertirse, hasta ser desenmascarado, en una de las figuras públicas más respetadas de las dos primeras décadas del siglo XVIII. La proyección literaria de este personaje fue enorme: tras su ejecución, los periódicos se llenaron de relatos de su vida y recopilaciones de sus dichos y discursos de despedida. En mayo de 1725 Daniel Defoe escribió un relato sobre él para el *Applebe's Journal* y un mes más tarde publicó *True and Genuine Account of the Life and Actions of the Late Jonathan Wild*. En 1728 el poeta John Gay puso en escena, bajo el nombre de MacHeath, a un príncipe de los malhechores londinenses tomando como modelo a Wild. Por último, en 1743 apareció en el tercer volumen de *Miscellanies* de Henry Fielding la novela satírica *The History of the Life of the Late Mr. Jonathan Wild the Great*, que lo retrataba como un superhéroe criminal. Era la verificación de la innegable fascinación de la criminalidad, más tarde confirmada por Thomas De Quincey en *On Murder Considered As One of the Fine Arts* (1827), de que la exposición del crimen podía tener un verdadero valor artístico según el tratamiento adoptado, de que una historia o un relato criminal podía proporcionar placer estético.

Aunque a finales del siglo XVI había aparecido en China la colección de relatos *gong'an* [literalmente «registros de casos en un tribunal de derecho público»] de la dinastía Ming (1368-1644) titulada [«Casos de un centenar de familias juzgados por el Bosquejo de Dragón»], en la que se presentaba al legendario juez de la dinastía Song (960-1279) Bao Zheng (999-1062), apodado Bao Gong [Lord Bao], como investigador criminal, lo que sería el primer precedente del detective, suele considerarse que la primera novela de crímenes fue *Caleb Williams, or Things Are As They Are*, de William Godwin, publicada en 1794. Pero si bien la acción gira alrededor de «un crimen, de su averiguación y de la inexorable persecución a la que somete el asesino a la persona que ha descubierto su culpa»[7], en realidad el verdadero objetivo de la novela es exponer las ideas políticas (anarquistas)

de su autor contra el estado y la justicia. Todavía quedaba lejos lo que en el futuro distinguiría y caracterizaría al relato policial: la pesquisa más o menos rigurosa para solucionar un embrollo criminal. Esto solo llegaría a concretarse a partir de dos hitos importantes, casi coincidentes en el tiempo: la aparición en 1828 del primero de los cuatro volúmenes de las *Mémoires de Vidocq, chef de la police de Sûreté, jusqu'en 1827* y la profesionalización un año después de la policía inglesa.

Eugène-François Vidocq fue un delincuente que, tras su paso por la cárcel, se convirtió en confidente de la policía, amañó su fuga y en 1811 llegó a ser nombrado (por Napoleón) primer jefe de la Sûreté francesa. Militar precoz, desertor y pirata, duelista empedernido, carterista, presidario especialista en evasiones y muy hábil en lo tocante a disfraces, fue el creador (en 1833) de la primera agencia de detectives privados, el Bureau de Renseignements Universels dans l'Intérêt du Commerce [Oficina de Información Universal por el Interés del Comercio], y en sus confusas memorias (en cuanto a fechas y datos concretos) se jactaba de ser un pionero en la utilización de la terminología detectivesca y el inventor de muchas técnicas criminalísticas: fue el primero en llevar un fichero de delincuentes y en tomar moldes de escayola de las huellas del calzado, así como el precursor de la ciencia balística. En cualquier caso, fascinó a varios escritores contemporáneos suyos, como Balzac, que fue su amigo y lo tomó como modelo para su personaje de Vautrin que aparece en *Le père Goriot* (1834), lo mismo que hizo Émile Gaboriau para su inspector Lecoq. Además de escribir algunos libros de temática criminal, como el ensayo *Les voleurs* (1836) o la novela *Les vrais mystères de Paris* (1844), y un diccionario de argot carcelario, su influencia sobre los primeros relatos policiales es indudable.

En 1829, el ministro de Gobernación del gabinete conservador, *sir* Robert Peel[8], estableció por vez primera una fuerza policial organizada al crear la policía metropolitana inglesa, con sede en Scotland Yard, formada por diecisiete divisiones con cuatro inspectores cada una. Y en 1842, año de aparición de la novela de intriga de Balzac *Un tenebreuse affaire*, poblada de espías, confidentes, policías paralelos y delincuentes de guante blanco, una de las divisiones (Detective Branch) se dedicaría exclusivamente a la

investigación criminal, dando lugar a la aparición del término detective. Solo unos meses antes, Poe había publicado «The Murders in the Rue Morgue», considerado por casi todos como el primer relato detectivesco, aunque el poeta bostoniano desconociera la palabra y nunca fuera consciente de estar inaugurando un género[9].

La eficacia de esta nueva policía para resolver casos criminales al principio fue puesta en entredicho, pero gracias a escritores como Dickens, que admiraba la intachable conducta y la agudeza, sagacidad y capacidad deductiva de sus miembros, pronto se hicieron imprescindibles y algunos se convirtieron en héroes populares, que gozaron de una enorme popularidad con la publicación de sus experiencias de primera mano, como William Russell autor de *Recollections of a Police Officer* (1852), *Recollections of a Policeman* (1853) o *The Recollections of a Detective Police Officer* (1856), y posteriormente el inspector de prisiones comandante Arthur Griffiths, autor de la influyente obra en tres volúmenes *Mysteries of Police and Crime* (1898), o John Wilson Murray, primer detective canadiense al servicio del gobierno de Ontario, que recogió sus casos más memorables en *Memoirs of a Great Detective: Incidents in the Life of John Wilson Murray* (1904).

Uno de los que más afamados fue el inspector Charles Frederick Field, jefe de la División de Investigación Criminal, a quien Dickens solía acompañar en sus paseos nocturnos, no solo por Londres. Tras dedicarle un artículo en su revista *Household Words*, se basaría en él para el personaje del inspector Bucket de su celebrada novela *Bleak House* (1852-1853). Otros fueron el inspector Jonathan Whicher, más conocido como sargento «Witchem» por un artículo en la citada revista dickensiana, a quien sus compañeros apodaban el Príncipe de los Detectives, y su sucesor al frente de la Detective Branch el sargento Adolphus (Dolly) Frederick Williamson, alias el Filósofo, más tarde famoso por el caso de Jack el Destripador, que en 1867 sería nombrado inspector jefe y en 1870 superintendente. A ambos se les atribuye que sirvieron de modelo a Wilkie Collins para el sargento Cuff (consumado maestro en la observación aparentemente irrelevante y el comentario inesperado) de *The Moonstone* (1868), «la primera y más perfecta novela policial jamás escrita», según T. S. Eliot[10].

Pero aunque esos auténticos profesionales de la investigación criminal lograron cambiar la actitud hostil de la opinión pública hacia la policía y contribuyeron a la generalización de una mayor comprensión de su labor, lo cierto es que el naciente relato policial se apartó claramente de aquel prototipo: el descubrimiento del misterio o crimen enigmático, y a primera vista insoluble, se lleva a cabo mediante una operación estrictamente intelectual, en la que solo intervienen la imaginación y la lógica; el razonador abstracto que lo descifra suele ser un investigador sedentario e infalible y no un policía; la solución más improbable es la correcta; y el caso lo refiere «un amigo impersonal, y un tanto borroso, del investigador»[11], con el que siempre está «hablando de filosofía, sobre temas intelectuales»[12]. Es el retrato fiel del primer detective de la historia de la literatura: el caballero Auguste Dupin, «un aristócrata francés muy pobre, que vive en un barrio apartado de París, con un amigo»[13]. Poe proporciona escasos detalles sobre su aspecto físico y sus circunstancias personales, de las que apenas se sabe que le gusta la noche y la oscuridad. Lo que le interesa es mostrar sus formidables dotes intelectuales completamente fuera de lo normal: se erige en símbolo de la razón.

Con Poe se fijan las verdaderas reglas de la investigación policiaca y del relato policial, que —según Thomas Narcejac[14]— descubrió por sí mismo al reflexionar sobre el método analítico que había seguido para esclarecer el crimen misterioso que Dickens relata en su novela *Barnaby Rudge* (1841), adelantándose al autor. Como todo cuento, su punto de partida debe ser la consecución de un cierto efecto, para lo cual el autor «inventará los incidentes, combinándolos de la manera que mejor lo ayude a lograr el efecto preconcebido»[15]. Son también requerimientos indispensables del género la observación y el estudio detallado del escenario del crimen; la utilización de dos vías básicas de investigación: la empírica (pistas y testificaciones) y la racional (deducciones); y la presentación y refutación de hipótesis falsas. François Fosca ha resumido los códigos del relato policial según Poe: «el caso es un misterio inexplicable en apariencia; los indicios superficiales señalan erróneamente al culpable; se llega a la verdad a través de una observación rigurosa y metódica; la solución es verdadera y a la vez imprevista; las dificultades son solo aparentes; cuanto más

complejo parece un caso más simple es su resolución; cuando eliminamos las imposibilidades, lo que queda —aunque increíble— es la justa solución»[16].

En cualquier caso, a partir de la trilogía de C. Auguste Dupin —fue Baudelaire quien la llamó trilogía— la narrativa policial cobró carta de naturaleza y se convirtió, como afirma Borges, en «una de las pocas invenciones literarias de nuestra época»[17], aunque a Stevenson le parecía un género «ingenioso pero sin vida» y lo rechazaba por ese «aspecto de insinceridad y superficialidad en el tono, que parece su inevitable inconveniente» y hace que resulte «cautivador pero insignificante, como una partida de ajedrez y no una obra de arte»[18], llegando a confesar que ese «despliegue de ingenio acaba por aburrirnos; empezamos a echar en falta las motivaciones y sentimientos usuales presentes en el quehacer cotidiano»[19]. Otra pega aducida sería, en opinión de Thomas Narcejac, que se trata de «un género "inestable" porque el misterio y la investigación tienden a excluirse mutuamente, son tan incompatibles como lo fantástico y lo racional»[20].

La popularidad del relato policial se acrecentó en todo el mundo a lo largo del siglo XIX gracias a autores como Dickens, Sheridan LeFanu[21], Wilkie Collins, Émile Gaboriau o Arthur Conan Doyle, que con su creación de Sherlock Holmes dio el espaldarazo definitivo al género. Como curiosidad digna de mención, el malogrado presidente estadounidense Abraham Lincoln, gran admirador de Poe, escribió un cuento de intriga titulado «The Trailor Murder Mystery» (1846[22]). Asimismo, en 1853, Pedro Antonio de Alarcón publicó en prensa el que quizá sea el primer relato policiaco de la literatura española, «El clavo», cuya trama se centra en el empecinamiento de un juez por resolver un crimen, cuya aclaración acarreará su desgracia.

En la penúltima década del siglo XIX, Gaboriau y Collins dominaron la ficción policial gracias a su aportación de elementos sensacionalistas (folletinescos el primero y melodramáticos el segundo) al racionalismo que caracterizaba al género inventado por Poe. La influencia de los detectives falibles de Gaboriau (el egoísta y vanidoso Lecoq, a quien Holmes tilda de «chapucero deplorable», o el anciano prestamista retirado apodado Père

Tabaret y más conocido como «Tir-au-clair») es indudable en la creación del inmortal personaje de Conan Doyle, ese extrovertido, presuntuoso, egocéntrico, engreído y petulante esteta victoriano, célebre por su gorro de cazador de ciervos, su lupa, su pipa y su violín, que puede considerarse una contundente respuesta a la equívoca imagen que Collins ofrece de los detectives.

Aunque no pertenece al cuerpo de policía, nuestro entrometido y enredador detective habla como ellos y a veces actúa como ellos. Pero no persigue fundamentalmente la captura del culpable ni el cumplimiento de la ley. Su mayor motivación consiste en experimentar la íntima satisfacción de haber resuelto un caso difícil para así eludir la monotonía y el tedio de la vida. A diferencia del «aficionado» Auguste Dupin de Poe, Holmes es el primer detective privado que introduce un toque artístico y mágico a la lógica del descubrimiento científico que adopta. Todo un profesional que cobra altos honorarios tanto a sus clientes como a la propia policía, a la que con frecuencia ayuda, y es capaz de anticipar algunas innovaciones fundamentales en el campo de la investigación criminal (como la balística, desconocida oficialmente antes de 1909 y utilizada por él en 1903, o la toma de huellas digitales).

Su primera fuente de inspiración —según confesó Doyle en su autobiografía— fue un antiguo profesor suyo de Medicina, el doctor Joe Bell, eminente cirujano de Edimburgo, cuyo singular y enigmático método de adivinar la vida y los hábitos de sus pacientes con solo observar sus modales y las peculiaridades de su vestuario siempre lo había fascinado. Nada más entrar ellos en su consulta, les diagnosticaba lo que tenían sin darles tiempo siquiera a abrir la boca. Al convertirlo en detective, el fascinante asunto de sus diagnósticos se reducía a algo muy parecido a una ciencia exacta.

En su primer relato de la serie de sesenta (cuatro largos y cincuenta y seis cortos) que compondrán lo que se conoce como el canon sherlockiano, el detective aficionado Sherlock Holmes expresa sus principios de la deducción en lo que pretende ser un artículo de revista escrito por él mismo. «Su título, algo ambicioso —en palabras de su fiel amigo Watson, narrador de sus portentosas aventuras—, era *El libro de la vida*, e intentaba

demostrar lo mucho que un observador puede aprender mediante un examen preciso y sistemático de todo cuanto le sale al paso. Me pareció una admirable mezcla de sagacidad y disparates. El razonamiento era minucioso y profundo, pero las deducciones me parecieron rebuscadas y exageradas. El escritor pretendía penetrar los más recónditos pensamientos de un hombre a partir de un gesto pasajero, la contracción de un músculo, o la manera en que miraba. Según él, era imposible engañar a alguien adiestrado en la observación y el análisis. Sus conclusiones eran tan infalibles como tantas proposiciones de Euclides. Tan sorprendentes serían los resultados para los no iniciados que, hasta no conocer los procesos mediante los cuales había llegado a tales conclusiones bien podrían considerarlo un nigromante»[23].

El método que emplea Holmes se basa en su propia convicción de que el «crimen más común es, a menudo, el más misterioso, ya que no presenta ninguna característica nueva o especial de la que puedan extraerse deducciones»[24], y que «cuanto más extraña es una cosa, menos misteriosa resulta ser; son los delitos corrientes, sin rasgos distintivos, los que realmente desconciertan, al igual que un rostro corriente es el más difícil de identificar»[25]. Él mismo lo explica por boca de Watson: «A partir de una gota de agua un lógico puede deducir la posible existencia de un océano Atlántico o un Niágara, sin haberlos visto ni haber tenido nunca noticias de ellos. […] A semejanza de las demás artes, la Ciencia de la Deducción y el Análisis solo puede adquirirse mediante un prolongado y paciente estudio, y no hay vida tan larga que permita a ningún mortal alcanzar la máxima perfección posible en ella. Antes de volver a esos aspectos morales y mentales que presentan las mayores dificultades, el investigador debe empezar por superar los problemas más elementales. Al encontrarse con otro compinche mortal, debe aprender a distinguir de un vistazo su historia completa, así como su oficio o profesión. Por muy pueril que pueda parecer, este ejercicio aguza la capacidad de observación, y enseña dónde y cómo buscar para hallar respuestas. Las uñas de sus dedos, la manga de su chaqueta, sus botas, las rodilleras de sus pantalones, las callosidades de sus dedos pulgar e índice, su expresión facial, los puños de su camisa…, cada una de estas cosas revelan por sí solas la profesión de un hombre. Que el

conjunto de todas ellas no consiga aclarar al investigador competente es, de todas formas, casi inconcebible»[26].

Muy diferente a Holmes es Arsène Lupin, que representa el último eslabón en la tradición del delincuente-héroe. Este caballeroso ladrón de guante blanco, que no admite ninguna clase de marrullería ni juego sucio, utiliza el mismo método que el detective aficionado de Conan Doyle pero a la inversa: si con este nos enfrentamos cada vez a un nuevo delito que él ha de resolver, con Lupin sabemos de antemano que el culpable es precisamente el propio protagonista y se trata de ver cómo logran detenerlo. Verdadero artista del disfraz, que nunca se toma demasiado en serio, este simpático y fogoso bribón se presenta como jefe de una banda de ladrones y asegura divertirse enormemente en sus correrías. Irónico recalcitrante y bromista, para él el robo no es nada reprobable, solo una nueva forma de redistribuir la riqueza, e incluso es muy amigo del encargado de su búsqueda y captura: el anciano detective Ganimard. Nació por encargo: en 1904, el director de la revista francesa *Je sais tout* requirió a Maurice Leblanc (1864-1941) la creación de un personaje típicamente francés que emulase a Holmes. Oriundo de Normandía, como Flaubert o Maupassant, este reputado cuentista formado en la revista *Gil Blas* se inspiró en un bandido del siglo XVIII que aterraba y a la vez atraía a las marquesas, aunque al parecer también está basado en el anarquista Marius Jacob que ocupó los titulares de los periódicos en 1905 y, en cualquier caso, es un claro descendiente del Rocambole de Ponson de Terrail, sin perder de vista al A. J. Raffles de E. W. Hornung. Al principio iba a llamarse Arsène Lopin, pero hubo que cambiar ligeramente el apellido porque coincidía con el de un político local.

Holmes sirvió también de modelo a otros detectives posteriores como The Old Man in the Corner (conocido en España como el «anciano de la esquina», el «viejo del rincón», o simplemente el «hombre del rincón») de la baronesa Orczy, que desentraña los enigmas que le plantean sin moverse de su «rincón», el «laborioso, carente de sentido del humor y sorprendentemente pesado» (en palabras de S. S. van Dine) doctor Thorndyke de Richard Austin Freeman, o los dos detectives superhombres más famosos de la época: el profesor Augustus S. F. X. van Dusen (apodado

La Máquina Pensante) de Jacques Futrelle y el Padre Brown de Chesterton. Con ellos comenzó la primera Edad de Oro del relato criminal, claro anticipo de la gran transformación del género que se produciría tras la Primera Guerra Mundial, con la aparición de Agatha Christie, Dashiell Hammett, Dorothy Sayers, James M. Cain, Raymond Chandler o Georges Simenon.

Húngara de nacimiento pero casada con un inglés, la pintora y escritora Emma «Emmuska» Orczy (1865-1947) saltó a la fama en 1905 con su primera novela histórica sobre la Pimpinela Escarlata, atildado aristócrata que lleva una doble vida en los revueltos tiempos parisinos del Reinado del Terror ayudando a los nobles a librarse de la guillotina. Sus relatos policiales, narrados de forma amena y objetiva por la joven periodista Polly Burton, destacan por la genuina innovación de presentar el primero de los *armchair detectives* (detectives de sillón), el «viejo del rincón». Tales textos aparecieron en la *Royal Magazine* entre 1901 y 1904, y fueron recogidos posteriormente en tres colecciones: *The Case of Miss Elliott* (1905), *The Old Man in the Corner* (1909) y *Unravelled Knots* (1925). Orczy también creó, en la novela *Lady Molly of Scotland Yard* (1910), el personaje de la detective femenina *Lady* Molly Robertson-Kirk, en realidad jefe del Departamento Femenino de Scotland Yard, capaz de demostrar, tras cinco años de pesquisas, la inocencia de su marido acusado de asesinato, pero luego supuestamente reintegrada a sus labores de ama de casa, y años más tarde, en varios relatos recogidos en *Skin o' My Tooth. His Memoirs, By His Confidential Clerk* (1928), el corpulento, feo y mordaz abogado irlandés Patrick Mulligan, especialista en resolver crímenes de manera poco escrupulosa, apodado por sus clientes Skin O' My Tooth[27].

Pero la baronesa Orczy no fue la primera mujer que se atrevió a penetrar en el cerrado universo masculino de la ficción detectivesca, abriendo camino a tantas otras excelentes escritoras policiacas que vinieron después, como Agatha Christie, Dorothy Sayers, P. D. James, Patricia Highsmith, Ruth Rendell, Sarah Paretsky o Joyce Carol Oates, por mencionar solo a las más famosas. Antes que ella ya lo habían intentado otras, sobre todo en el ámbito anglosajón. En la Gran Bretaña victoriana hicieron sus pinitos escritoras como Catherine Crowe (1790-1872), autora de la novela

Adventures of Susan Hopley; or Circumstantial Evidence (1841), en la que una sirvienta sigue la pista del asesino de su hermano, las célebres novelistas Elizabeth Cleghorn Gaskell (1810-1865) y Mary Elizabeth Braddon (1835-1915), que publicaron en revistas de la época varios relatos de corte policial como «Disappearances» (*Household Words*, 1851), «The Gray Woman» (*All the Year Round*, 1861) o «A Dark Night's Work» (*All the Year Round*, 1863), la primera, y «George Caulfield's Journey» (*Mistletoe Bough*, 1879) la segunda; Mrs. Henry (Ellen) Wood (1814-1887), que coqueteó con el género en varios relatos de su colección *Reality or Delusion?* (1868), o Catherine Louisa Pirkis (1841-1910), que publicó en la *Ludgate Magazine* una serie de relatos protagonizados por una mujer detective, reunidos más tarde en la novela *The Experiences of Loveday Brooke Lady Detective* (1894).

Esta afición pronto estuvo también en boga en Australia y en los Estados Unidos. Entre las mujeres que optaron por esta temática en la entonces colonia británica podemos citar a Céleste de Chabrillan (1824-1909), que escribió en francés *Les voleurs d'or* (1857), Caroline Woolmer Leakey (Oliné Keese) (1827-1881), responsable de la novela *The Broad Arrow* (1859), Ellen Davitt (ca. 1812-1879), que publicó por entregas en la revista *Australian Journal* los relatos «Black Sheep: A Tale of Australian Life» (1865-1866) o «The Wreck of Atalanta» (1867), y sobre todo la más conocida Mary Fortune (1833-1910), autora de una copiosa obra más o menos policiaca, publicada también en dicha revista, como *Memoirs of an Australian Police Officer* (1865-1866), la serie *The Detective Album* (1868-1908), y *The Mystery of the Hansom Cab* (1886), la primera novela detectivesca que vendió un millón de ejemplares.

En los Estados Unidos habría que destacar a Louisa May Alcott (1832-1888), que entre 1863 y 1869 escribió varias novelas cortas sobre aspectos controvertidos de las relaciones humanas como drogas (opio y hachís), violencia, asesinato, venganza, aberración mental o locura, como «Pauline's Passion and Punishment» (1863), «A Whisper in the Dark» (1863), o «V. V. or Plots and Counterplots» (1865), hasta que el éxito de su celebrada *Little Women* (*Mujercitas*, 1868) la llevó por otros derroteros. Otras escritoras que tantearon el género con mayor o menor éxito fueron Harriet Prescott

Spofford (1835-1921), que publicó relatos policiales en revistas, como «In a Cellar» (1859) y «Circumstance» (1860) en la *Atlantic Monthly*, o «Mr. Furbush» (1865) y «In the Maguerriwock» (1868) en la *Harper's New Monthly Magazine*; o Metta Fuller, o Metta Victoria Fuller Victor (1831-1885), afamada autora de *dime novels*[28] que, bajo el seudónimo de Seeley Regester, firmó también las primeras novelas de detectives escritas por una mujer, como *The Dead Letter* (1866), en la que la clarividente hija de un investigador localiza al sospechoso, o *The Figure Eight* (1869), en la que el misterio lo descubre una institutriz sonámbula.

No obstante, se considera que la verdadera creadora de la *detective novel* estadounidense fue Anne Katherine Green (1846-1935), admiradora de Gaboriau e hija de un abogado criminalista y, por tanto, familiarizada con las cuestiones legales y delictivas, que además acuñó el término para su novela *The Leavenworth Case: A Lawyer's Story* (1878), y presentó el primer detective oficial de aquel país, el dinámico y corpulento Ebenezer Gryce de la Policía Metropolitana de Nueva York, secundado a veces por la entrometida solterona de la alta sociedad Amelia Butterworth, prototipo de *Miss* Marple. Gryce protagonizó las novelas *A Strange Disappearance* (1880), *Seven to Twelve* (1887), *Behind Closed Doors* (1888) y *A Matter of Millions* (1890), y las colecciones de relatos *Room Number 3, and Other Detective Stories* (1905) o *Masterpieces of Mystery* (1913), mientras que Butterworth lo hizo en *That Affair Next Door* (1897), *Lost Man's Lane: a Second Episode in the Life of Amelia Butterworth* (1898) y *The Circular Study* (1900). A Green se debe también la invención de la primera *girl detective*, Violet Strange, una joven que hace su presentación en sociedad pero mantiene una vida secreta como sabueso, cuyas aventuras recogió en *The Golden Slipper, and Other Problems for Violet Strange* (1915). Por otra parte, su compatriota Carolyn Wells (1870-1942), casi contemporánea suya, fue la primera mujer que se atrevió a escribir un estudio teórico del género: *The Technique of the Mystery Story* (1913).

Sin embargo, en realidad la atribución de la gestación de la primera mujer detective se la tendrían que disputar dos escritores victorianos ingleses: William Stephens Hayward y Andrew Forrester (seudónimo de James Redding Ware), que en 1864 publicaron las novelas *Revelations of a*

Lady Detective y *The Female Detective*, respectivamente, en las que aparecieron los personajes de investigadoras criminales Mrs. Paschal, «viuda que ronda los cuarenta años» que se enfrenta sin pestañear a torturadores y asesinos, y Mrs. Gladden («G.» para sus colegas policiales), que no se sabe muy bien si ha elegido ese duro oficio porque no tiene otra forma de ganarse la vida o se trata simplemente de un antojo ineludible. Hasta hace poco se suponía que esas dos detectives victorianas eran pura ficción, pero recientemente se ha comprobado que ya en 1865 el *Glasgow Herald* contaba la historia de una mujer, casada con un policía, que extraoficialmente ayudaba a su marido. Y en 1875, sendos anuncios en *The Times* daban fe de que al menos dos agencias londinenses de detectives privados empleaban también mujeres. Aunque en esto se adelantaron las estadounidenses, como prueba la historia de Kate Warne que en la década de 1850 trabajó como tal en la famosa agencia de detectives Pinkerton[29], con la que logró impedir un atentado criminal contra el presidente Lincoln y, a su muerte en 1868, fue proclamada «mejor detective femenina de América, si no del mundo».

Volviendo a los descendientes de Holmes, hay que mencionar al célebre doctor Thorndyke del escritor británico Richard Austin Freeman (1862-1943), que fue mancebo de botica antes de doctorarse en Medicina en 1887 y ejercer de cirujano en Ghana. Aquejado de malaria, en 1891 volvió a Inglaterra y, después de trabajar unos años como médico en la Holloway Prison, se retiró a escribir. Creado en 1905 en la novela corta *The Mystery of 31, New Inn* (que no se publicó hasta 1911 y un año más tarde ampliada) pero aparecido por vez primera en la novela *The Red Thumb Mark* (1907), este curioso personaje fue uno de los más conspicuos herederos de Holmes y aportó una serie de modificaciones importantes al modelo tradicional de detective: es una mezcla de abogado criminalista y forense experto en medicina legal, un científico sabio y racionalista que siempre tiene a su lado al indispensable Polton, óptico y fotógrafo[30] competente y con gran destreza manual además de constructor de relojes, y como contrapunto, el modesto e ignaro doctor Jervis, que narra sus aventuras. A Freeman se le atribuye la invención del relato detectivesco a la inversa, sobre el que él mismo teoriza en el prefacio a su recopilación *The Singing Bone* (1912): en

el cuento «The Case of Oscar Bordski», incluido en dicha antología, el lector conoce desde el principio quién es el autor del crimen y después observa cómo Thorndyke va siguiendo las pistas que le permitirán descubrir al criminal. La identidad del culpable deja de ser lo más importante, lo realmente interesante es la forma en que se lleva a cabo el descubrimiento del delito.

Otro insigne sucesor de Holmes fue el repelente profesor Van Dusen, de ascendencia germánica, estrábico y con una cabeza descomunal (usa sombreros del número 8), magistral creación del periodista, director teatral y escritor deportivo y de *westerns* y novelas de misterio estadounidense, descendiente de hugonotes franceses, Jacques Futrelle (1875-1912), que murió prematuramente en el hundimiento del *Titanic*. Al igual que Israel Zangwill, a quien Borges tanto admiraba, Futrelle se especializó en crímenes imposibles, en una serie de relatos aparentemente surrealistas y absurdos (algunos de ellos publicados en las revistas *Saturday Evening Post* y *Boston American*), en los que la metodología de su peculiar investigador, aficionado al juego intelectual, se basaba exclusivamente en la lógica, omitiendo cualquier indicio material y sin mezcla experimental alguna, aunque utilizaba con destreza los modernos medios de comunicación: telégrafo, teléfono, redes eléctricas, tuberías, chimeneas de ventilación, juegos de espejos que reflejan la luz, etc. El propio Van Dusen explica el origen de su apodo en «A Dressing Room». Cuenta que desconoce por completo el ajedrez, pero que podría derrotar a cualquiera que le hubiera dedicado toda su vida con solo «unas cuantas horas de instrucción» y aplicando únicamente la lógica. Para demostrarlo juega contra el campeón del mundo, el ruso Chaicovkski, y lo vence. Por lo que su sorprendido oponente exclama: «*Mon dieu!* Usted no es un hombre, es un cerebro…, una máquina…, una máquina pensante».

Un caso aparte lo constituye el Padre Brown, alias el Apóstol del sentido común o el Príncipe de la Paradoja, que creó Chesterton a partir del párroco John O’Connor, tan decisivo en la conversión al catolicismo del autor. Infalible como casi todos sus colegas de ficción, de vivísima inteligencia y supremo conocimiento del alma humana, este curita regordete, torpe, insignificante y ridículo, con su paraguas torcido y su

sombrero de teja negro, se burla de todas las normas establecidas dando siempre muestras de una sutil ironía rayana a veces en el humor negro, y niega todo racionalismo, así como la lógica y la ciencia; su método es puramente intuitivo y psicológico. Como afirma Borges, sus cuentos «simulan ser policiales y son mucho más. Cada uno de ellos nos propone un enigma que, a primera vista, es indescifrable. Se sugiere después una solución no menos mágica que atroz, y se arriba por fin a la verdad, que procura ser razonable. Cada uno de los cuentos es un apólogo y es asimismo una breve pieza teatral»[31].

Años antes de la creación del Padre Brown, Chesterton ya había plasmado su personal visión del género policial, «la primera y única forma de literatura popular que expresa algún sentido de la poesía de la vida moderna». Para él el detective, «instrumento de la justicia social, es la figura original y poética, mientras que los ladrones y los atracadores no son más que apacibles conservadores cósmicos, que se contentan con la inmemorial respetabilidad de los monos y los lobos. […] En estas historias el héroe o el investigador atraviesa Londres con algo de la soledad y la libertad de un príncipe de cuento de hadas, y en el transcurso de ese imprevisible viaje el ocasional ómnibus asume los colores primordiales de un barco de ensueño. Las luces de la ciudad empiezan a brillar como innumerables ojos de duendes, ya que son los guardianes de algún secreto, aunque sea latente, que el autor conoce y el lector no. Cada recodo de la calle es como un dedo que lo señala; cada contorno fantástico de cañones de chimeneas parece indicar insensatamente, irrisoriamente, el significado del misterio»[32].

Otros muchos detectives pueblan la obra de Chesterton: los hermanos Grant, Basil (juez retirado de pelo gris) y Rupert (detective privado pelirrojo), de *The Club of Queer Trades* (1905), que representan las dos caras de la moneda: el mejor y el peor método de investigación según el autor; el detective de Scotland Yard Gabriel Syme, que se infiltra en un grupo de anarquistas en *The Man Who Was Thursday* (1908); la pareja Cyrus Pym y Michael Moon, cortados por el mismo patrón que los hermanos Grant, en *Manalive* (1912); Horne Fisher, el flaco y austero primo y secretario de un político importante, y sus ayudantes Mr. Brain y Cuthbert

Grayne en los relatos «The Hole in the Wall» y «The Bottomless Well» de *The Man Who Knew Too Much* (1922); el inspector de Scotland Yard Mr. Traill en «Garden of Smoke» (1922); el detective privado Dr. Adrian Hyde de «The White Pillars Murder» (1925); el extravagante poeta Gabriel Gale de *The Poet and the Lunatics* (1929); y su última creación Mr. Pond, que, en *The Paradoxes of Mr. Pond* (1936), muestra la misma dualidad que vemos en el Padre Brown, parece un funcionario bondadoso y en realidad tiene considerable experiencia en la lucha contra el crimen en el servicio secreto. Finalmente habría que citar a Max Pemberton, que presenta los hechos de «The Donnington Case», resuelto luego por el Padre Brown, en un relato póstumo aparecido en 1981.

Para Chesterton la primera característica de un cuento policial es que la clave sea simple, no debe cometerse el difundido error de creer que la historia más complicada es la mejor, y durante toda la narración debe existir la expectación del momento de la sorpresa, y esta debe durar únicamente un instante[33]. Da por descontado que el lector y el crítico no solo desean ser engañados, sino que desean ser susceptibles de serlo y para ello es indispensable ocultar el «secreto», bien entendido que, como dijo Poe, para ocultarlo «es absolutamente necesario no emplear ningún medio indebido o poco artístico»[34]. Otras consideraciones acerca del género aconsejan también que la intriga esté perfectamente estructurada y que la acción se desarrolle paulatinamente hasta alcanzar su punto culminante; que tanto el lector como el detective tengan idénticas posibilidades de resolver el enigma; que el culpable ha de ser descubierto por auténticas deducciones y el crimen en ningún caso puede resultar ser un accidente o un suicidio; que la historia nunca debe alargarse innecesariamente; y que hay evitar por principio cualquier mediación de tipo sobrenatural[35].

Esta antología no pretende ser exhaustiva por razones obvias de espacio, pero sí al menos representativa del género policiaco en sus numerosas variantes, desde sus prolegómenos y fundación hasta los años veinte del siglo pasado, punto de inflexión que marcó el nacimiento de la llamada novela negra, en la que la solución del enigma ya no constituye la única razón de ser del texto y el personaje central, el investigador aficionado que

trata de desentrañarlo, va desapareciendo en provecho del profesional, sea policía o detective privado, que incluso a veces se ve reemplazado por un periodista cuando no por un criminal o un *gangster*.

Teniendo siempre presente la máxima exigencia de calidad literaria, he tratado de mezclar una amplia variedad y originalidad de enfoques, alternando relatos consagrados con otros menos conocidos. Me he tomado la licencia de incluir un claro antecedente anterior a Poe[36], «La catástrofe de Mr. Higginbotham», de Nathaniel Hawthorne, que además de mostrar los rasgos distintivos de este maestro de la corta distancia, invención, imaginación y originalidad, presenta lo que Carl van Doren[37] llama «ingenuidades subidas de tono» para contar, con un humorismo rayano en la bufonada, la historia de un vendedor ambulante de tabaco chismoso que se ve envuelto en un crimen del que solo tiene noticias inciertas.

De Poe he preferido un cuento menos conocido, «Tú eres el hombre», en el que no interviene Dupin. Se trata de una historia bastante inverosímil, cuya originalidad radica en que Poe experimenta con la forma del cuento policial, combinando detective y narrador en un solo personaje (el primer detective anónimo[38]) y anticipando sutilmente algunos de los ingredientes que luego serán imprescindibles, como el empleo de la balística[39], la preparación de pistas falsas o la circunstancia de que el culpable sea la persona más imprevisible.

Por insolvencia de su padre, Dickens pasó la infancia (hasta los nueve años) con toda su familia en la prisión londinense de Marshalsea. Quizás por eso supo plasmar tan bien las penurias de la vida carcelaria y se interesó vivamente por el mundo del hampa, llegando a hacerse amigo de varios policías, como los mencionados inspectores Field y Whicher. Aunque ya había utilizado investigadores policiales en sus novelas *Barnaby Rudge* (1841) y *Martin Chuzzlewit* (1843), su definitiva incursión en el género comenzó en 1850 con la publicación en su revista *Household Words* del artículo «The Detective Police» y del relato «Three Detective Anecdotes», que he elegido para esta colección porque con él se inició el proceso de creación del policía como héroe detectivesco.

No me he podido resistir a incluir el famoso «Cazador cazado» de Wilkie Collins, «maestro de la vicisitud de la trama, de la patética zozobra y

de los desenlaces imprevisibles»[40], uno de los relatos detectivescos más divertidos que conozco, cuya comicidad solo es comparable a la del escasamente difundido cuento de Mark Twain «El robo del elefante blanco», otra irreverente parodia de los procedimientos que hacen la retórica del género y delirante guantazo cómico al mito del detective, claro anticipo de su jocosa novela corta *A Double-Barreled Detective Story* (1902), feroz sátira en la que el mismo Sherlock Holmes se desplaza al Oeste americano.

El sentido del humor es también un ingrediente importante del célebre cuento de Oscar Wilde, que no podía faltar en esta antología por su brillante y quebradizo esteticismo, «El crimen de Lord Arthur Savile», virulenta sátira de la decadente alta sociedad victoriana, en la que con brillante y sutil ironía y amarga socarronería se plantea el tremendo dilema moral al que debe enfrentarse el cínico aristócrata entre su futura felicidad y el inexorable destino al que está abocado que lo involucra en un asesinato.

De los cincuenta y siete relatos de Conan Doyle sobre Sherlock Holmes me he inclinado por «La banda moteada», exótica historia con ribetes góticos en cuya gestación es innegable la influencia de los relatos de Poe «The Murders in the Rue Morgue», «The Fall of the House of Usher» o «The Facts in the Case of M. Valdemar», que fue el primer texto holmesiano en llamar la atención del mundo teatral, y pronto le ocurriría lo mismo con el cine, la radio y la televisión. Además es el favorito del autor y encabeza la lista en casi todas las encuestas, siendo el preferido de los lectores del *Strand* o del *Observer*, pero también de los Baker Street Irregulars.

Más desconocidos son los relatos que he escogido de la baronesa Orczy, de Jack London y de Richard Austin Freeman. Lamentablemente, las colecciones de relatos policiales en las que aparece el «viejo del rincón» no se han traducido al castellano, que yo sepa. El relato aquí seleccionado, «Asesinato en Regent’s Park», como los restantes casos que el detective aficionado le cuenta a la periodista Polly Burton mientras ingiere vasos de leche y trozos de tarta de queso, presenta la peculiaridad de que la policía no ha podido resolverlo, por lo que su esclarecimiento no sirve para detener al culpable, contraviniendo una regla básica de la narración policial: que la

acción de la Justicia alcance al delincuente. En eso se parece a Sherlock Holmes, que ni persigue fundamentalmente la captura del culpable ni el cumplimiento de la ley (a veces incluso elude la responsabilidad de castigar a los delincuentes que captura), solo la íntima satisfacción de haber resuelto un caso difícil. O al Padre Brown, que únicamente en doce de sus cuarenta y nueve casos entrega al delincuente a las fuerzas del orden.

Jack London apenas frecuentó el género policiaco, pero las pocas veces que lo hizo estuvo a la altura que podía esperarse de un cuentista de su valía. «La historia del hombre leopardo» narra un insólito caso de asesinato impulsado por los celos que transcurre en un circo, en el que tanto a la víctima como al asesino, y sobre todo al arma empleada, habría que calificar de inusitados y verdaderamente imprevisibles, y me ha parecido idóneo para ser incluido en esta antología.

Aunque empezó tarde en su labor de escritor (con cuarenta años cumplidos), entre 1905 y 1942 Freeman escribió unas veinte novelas y más de cuarenta relatos, centrados casi exclusivamente en el género policiaco, y en la mayoría de esos textos aparece su célebre detective Dr. Thorndyke. De entre todos ellos he seleccionado uno de los menos conocidos, «La lentejuela azul» que, además de presentar un caso bastante original, es una perfecta muestra de la estrategia, sumamente precisa y detallista, que suele emplear el jurista forense para resolver los casos mediante métodos estrictamente científicos en los que aplica sus conocimientos de criminalística, como se hace en la práctica actual.

El brillante desarrollo de la ciencia aplicada a la resolución de crímenes que llevó a cabo el Dr. Thorndyke seguramente no habría sido posible si antes no lo hubiera precedido el profesor Van Dusen, apodado La Máquina Pensante. De los alrededor de cincuenta casos en los que intervino he preferido el inaugural, «El problema de la celda número 13», uno de los más eximios relatos de detectives que se han escrito y precursor del subgénero de misterio en una habitación cerrada, en el que no se trata de resolver ningún asesinato o robo sino de demostrar que «el pensamiento lo puede todo», para lo cual Van Dusen se apuesta con unos amigos que es capaz de escaparse de una celda aplicando solo su cerebro y su inteligencia.

Las aventuras de Arsène Lupin, tan increíbles y arrebatadoras como las de Arthur Gordon Pym, son magistrales viñetas pobladas de detectives y apaches de la alta sociedad o de la calle, en las que el enigma por resolver reside en la identificación y captura del ingenioso y seductor ladrón de guante blanco, cuyos delitos él mismo se encarga de anunciar en un constante desafío a las fuerzas del orden. Entre todas ellas (recogidas en veinte novelas y veintiocho relatos) he optado por la que inauguró la serie, «El arresto de Arsène Lupin», en la que quedan bien definidas todas las características del personaje, y el simpático farsante y tramposo se deja capturar por el romántico amor de una mujer, mero pretexto que le permitirá lucirse en la subsiguiente fuga.

La antología se cierra con uno de los mejores relatos de Chesterton, «Pasos sospechosos», verdadero *tour de force* en el que el Padre Brown manifiesta sin ambages su clara preferencia por redimir al delincuente en lugar de castigarlo, transgrediendo todas las normas establecidas, y como casi todos los demás casos presenta una paradoja perfecta: la similitud del traje de etiqueta de un caballero con el atuendo de un camarero. Sirva de broche de oro a este ramillete escogido de relatos policiales clásicos.

JUAN ANTONIO MOLINA FOIX

Bibliografía

A. A. Allinson y **F. E. Motchin**, *Mystery and Crime*, Chesire, Melbourne, 1968.

Robert Ashley, «Wilkie Collins and the Detective Story», en *Nineteenth-Century Fiction*, vol. 6, n.º 1, 1951, págs. 47-60.

John Ball, *The Mystery Story*, University Extension, University of California, San Diego, 1976.

Earl F. Bargainnier, *The Gentle Art of Murder*, Bowling Green University Popular Press, Bowling Green (Ohio), 1980.

George Barton, *The True Stories of Celebrated Crimes: Adventures of the World's Greatest Detectives*, McKinlay Stone & Mackenzie, Londres, 1908.

Jacques Barzun y **W. H. Taylor**, *A Catalogue of Crime: Being a Reader's Guide to the Literature of Mystery, Detection and Related Genres*, Harper & Row, Nueva York, 3.ª ed., 1989

Ian A. Bell y **Graham Daldry** (eds.), *Watching the Detectives: Essays on Crime Fiction*, Macmillan, Basingstoke, 1990.

Stefano Benvenuti y **Gianni Rizzoni**, *Il romanzo giallo*, Mondadori, Milán, 1979.

Stefano Benvenutti, Gianni Rizzoni y **Michel Lebrun**, *Le roman criminel. Histoire, auteurs, personnages*, L'Atalante, Nantes, 1982.

Boileau-Narcejac, *Le roman policier*, Payot, París, 1964 [hay versión castellana de Basilia Papastamatíu, *La novela policial*, Paidós, Buenos Aires, 1968].

Roger Bonniot, *Émile Gaboriau ou la naissnace du roman policier*, Librairie Philosophique J. Vrin, París, 1985.

Abraham Saul Burack, *Writing Detective and Mystery Fiction*, The Writer, Boston, 1967.

Roger Caillois, «La novela policial», en *Sociología de la novela*, Sur, Buenos Aires, 1942.

Raymond Chandler, «The Simple Art of Murder», en *Saturday Review of Literature*, 15 de abril de 1950, incluido en *The Raymond Chandler Papers: Selected Letters and Non-Fiction, 1909-1959*, Hamish Hamilton, Londres, 2000 [hay versión castellana de César Aira, «El simple arte de matar», en *El simple arte de escribir: Cartas y ensayos escogidos*, Emecé, Barcelona, 2004].

Gilbert Keith Chesterton, «A Defense of Detective Stories», en *The Defendant*, R. B. Johnson, Londres, 1901.

G. K. Chesterton, «How to Write a Detective Story», en *G. K.'s Weekly*, 17 de octubre de 1925 [incluido en Dorothy Collins (ed.), *The Spice of Life*, Darwen Finlayson, 1964].

G. K. Chesterton, «The Ideal Detective Story», en *Illustrated London News*, 25 de octubre de 1930 [incluido en Dorothy Collins (ed.), *Generally Speaking and Chesterton on Shakespeare*, Darwen Finlayson, 1972].

Guillermo Cabrera Infante, «La ficción es el crimen que paga Poe: Espías demasiado temprano, policías por todas partes», en *Los Cuadernos del Norte*, n° 19, mayo-junio 1983, págs. 4-9.

Patricia Craig y **Mary Cadogan**, *The Lady Investigates: Women Detectives and Spies in Fiction*. Victor Gollancz, Londres, 1981.

P. H. de Vries, *Poe and After: The Detective Story Investigated*, Bakker, Ámsterdam, 1956.

Mary Jean DeMarr (ed.), *In the Beginning: First Novels in Mystery Series*, Bowling Green State University Popular Press, Bowling Green [Ohio], 1995.

César E. Díaz, *La novela policiaca: síntesis histórica a través de sus autores, sus personajes y sus obras*, Acervo, Barcelona, 1973.

Charles Dickens, «The Detective Police», en *Household Words*, 1850 [incluido en *Reprinted Pieces*, 1858 / hay versión castellana de José Méndez Herrera, «La policía detectivesca», en Dickens, *Obras completas XII*, Santillana-Aguilar, Madrid, 2005].

Charles Dickens, «On Duty with Inspector Field», en *Household Words*, 1851 [incluido en *Reprinted Pieces*, 1858 / hay versión castellana de José Méndez Herrera, «De servicio con el inspector Field», en Dickens, *Obras completas XII*].

Josée Dupuy, *Le roman policier*, Larousse, París, 1974.

Otto Eckert, «Der Kriminalroman als Gattung», en *Bücherei und Bildung*, n.º 3, 1951, págs. 679-681.

François Fosca, *Histoire et technique du roman policier*, Éditions de la Nouvelle Revue Critique, París, 1937.

R. Austin Freeman, «The Art of the Detective Story», en Howard Haycraft (ed.), *The Art of the Mystery Story: A Collection of Critical Essays*, Carroll & Graf, Nueva York, 1992, págs. 7-17.

Walter Gerteis, *Detektive: Ihre Geschichte im Leben und in der Literatur*, Ernst Heimeran, Múnich, 1953.

Mempo Giardinelli, *El género negro*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1984, 2 vols.

Michael Gilbert, *Crime in Good Company: Essays on Criminals and Crime-Writing*, Constable, Londres, 1959.

Antonio Gramsci, «Sul romanzo poliziesco», in *Quaderni del Carcare*, vol. V, Milán, 1964 [incluido en *Letteratura e vita nazionale*, Editori Reuniti, Roma, 1991, págs. 136-137].

Leonore S. Gribbin, *Who's Whodunit*, University of North Carolina Press, Chapel Hill [Carolina del Norte], 1969.

Román Gubern, *La novela criminal*, Ediciones del Cotal, Barcelona, 1979.

Peter Haining, *Mystery! An Illustrated History of Crime and Detective Fiction*, Pictorial Presentations, Londres, 1977.

Linda Harman y **Beth Siel**, *Corpus Delecti of Mystery Fiction: A Guide to the Body of the Case*, Scarecrow Press, Metuchen [Nueva Jersey], 1974.

Howard Haycraft, *Murder for Pleasure: The Life and Times of the Detective Story*, Peter Davis, Londres, 1941 / Carroll & Graf Pub., Nueva York, 1984.

Howard Haycraft (ed.), *The Art of the Mystery Story: A Collection of Critical Essays*, Simon & Schuster, Nueva York, 1946 / Carroll & Graf Pub., Nueva York, 1992.

Gary Hoppenstand (ed.), *The Dime Novel Detective*, Bowling Green University Popular Press, Bowling Green [Ohio], 1982.

Fereydoun Hoveyda, *Petite histoire du roman policier*, Editions du Pavillon, París, 1956 [hay versión castellana de Monique Acheroff , *Historia de la novela policiaca*, Alianza Editorial, Madrid, 1967].

Martin A. Kayman, *From Bow Street to Baker Street: Mystery, Detection and Narrative*, St. Martin's Press, Nueva York, 1992.

H. R. F. Keating, *Crime and Mystery: The 100 Best Books*, Xanadu, Londres, 1987.

H. Gustav Klaus y **Stephen Knight** (eds.), *The Art of Murder: New Essays on Detective Fiction*, Stauffenburg Verlag, Tubinga, 1998.

Kathleen Klein, *The Woman Detective: Gender and Genre*, University of Illinois Press, Urbana [Illinois], 1995, 2.ª ed.

Stephen Knight, *Crime Fiction 1800-2000: Detection, Death, Diversity*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2004.

Stephen Knight, *Crime Fiction Classics: Detecting the Delights of 21 Enduring Stories*, McFarland & Co., Jefferson [Carolina del Norte], 2014.

Siegfried Kracauer, *Le roman policier: un traité philosophique*, Payot, París, 1974.

Jorge Lafforgue y **Jorge Rivera**, *Asesinos de papel; Ensayos sobre narrativa policial*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1996.

Pedro Laín Entralgo, «Ensayo sobre la novela policiaca», en *Vestigios: Ensayos de crítica y amistad*, Epesa, Madrid, 1948.

Ernesto G. Laura, *Storia del giallo: da Poe a Borges*, Studium, Roma, 1981.

Ross MacDonald, *On Crime Writing*, Capra Press, St. Barbara [California], 1973.

Frank Magill (ed.), *Critical Survey of Mystery and Detective Fiction: Authors*, Salem Press, Pasadena [California], 1988, 4 vols.
Carl D. Malmgren, *Anatomy of a Murder: Mystery, Detection and Crime Fiction*, Bowling Green University Popular Press, Bowling Green [Ohio], 2001.
Ernst Mandel, *Delightful Murder: A Social History of the Crime Story*, Pluto Press, Londres, 1984 [hay versión castellana de Pura López Colomé, *Crimen delicioso. Historia social del relato policiaco*, UNAM, México, 1986].
Albert J. Menendez, *The Subject is Murder: A Selective Subject Guide to Mystery Fiction*, Garland Pub., Nueva York, 1986-1990, 2 vols.
Regis Messac, *Le «Detective Novel» et l'influence de la pensée scientifique*, Honoré Champion, París, 1929.
Juan José Mira, *Biografía de la novela policiaca (historia y crítica)*, Editorial AHR, Barcelona, 1955.
Alberto del Monte, *Breve storia del romanzo poliziesco*, Laterza, Milán, 1962 [hay versión castellana de Florentino Pérez, *Breve historia de la novela policiaca*, Taurus, Madrid, 1962].
Glenn W. Most y **William W. Stowe** (eds.), *The Poetics of Murder: Detective Fiction and Literary Theory*, Harcourt Brace, San Diego, Nueva York y Londres, 1983.
E. H. Mundell, *A Checklist of Detective Short Stories*, Mundell Printing, Portage [Indiana], 1968.
Alma Elizabeth Murch, *The Development of the Detective Novel*, Peter Owne Limited, Londres, 1958 / Greenwood Press, Nueva York, 1968.
Bruce F. Murphy, *The Encyclopedia of Murder and Mystery*, Palgrave, Nueva York, 2001.
Thomas Narcejac, *Esthétique du roman policier*, Portulan, París, 1947.
Thomas Narcejac, *Une machine à lire: Le roman policier*, pref. de F. Le Lionnais, Denoël/Gonthier, París, 1975 [hay versión castellana de Jorge Ferreiro, *Una máquina de leer: La novela policiaca*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986].

Luis Rogelio Nogueras, *Por la novela policiaca*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1981.

Steven Olderr, *Mystery Index: Subjects, Settings and Sleuths of 10,000 Titles*, American Library Association, Chicago, 1987.

Susan Oleksiw, *A Reader's Guide to the Classic British Mystery*, G. K. Hall, Boston, 1988.

Ian Ousby, *Bloodhounds of Heaven: The Detective in English Fiction from Godwin to Doyle*, Harvard University Press, Cambridge [Massachusetts], 1976.

Jerry Palmer, *Thrillers: Genesis and Structure of a Popular Genre*, St. Martin's Press, Nueva York, 1979 [hay versión castellana de Mariluz Caso, *La novela de misterio. Génesis y estructura de un género popular*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983].

LeRoy Lad Panek, *An Introduction to the Detective Story*, Bowling Green University Popular Press, Bowling Green [Ohio], 1987.

Otto Penzler (ed.), *The Great Detectives: The World's Most Celebrated Sleuths Unmasked by Their Authors*, Little, Brown, Boston, 1975.

Otto Penzler, *Detectionary: A Biographical Dictionary of Leading Characters in Detective and Mystery Fiction, Including Famous and Little Known Sleuths, Their Helpers, Rogues, Both Heroic and Sinister, and Some of Their Most Memorable Adventures As Recounted in Novels, Short Stories, and Films*, Overlook Press, Woodstock, 1977.

Audrey Peterson, *Victorian Masters of Mystery: From Wilkie Collins to Conan Doyle*, Ungar, Nueva York, 1984.

Ricardo Piglia, «Sobre el género policial», en *Crítica y Ficción*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1990.

Jean-Bernard Pouy, *Une brève histoire du roman noir*, L'Oeil Neuf Éditions, París, 2009.

Ellery Queen, *Queen's Quorum: A History of the Detective-Crime Short Story as Revealed in the 106 Most Important Books Published in This Field Since 1845*, Biblio and Tannen, Nueva York, 1969.

Bogomil Rainov, *La novela negra*, traducción de Carlos Ramos Machado, Editorial Arte y Literatura, Cuadernos de A. y L., La

Habana, 1978.
Marie Rodell, *Mystery Fiction: Theorie and Technique*, Hammond, Londres, 1954.
Carlos Rodríguez Joulia St. Cyr, *La novela de intriga*, ANABA, Madrid, 1970.
Carlos Rodríguez Joulia St. Cyr, *La novela de intriga* (Diccionario de autores, obras y personales), ANABA, Madrid, 1972.
Juan del Rosal, *Crimen y criminal en la novela policiaca*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1946.
Joseph S. Roucek, «La sociología de la literatura detectivesca, criminal y de misterio», traducción de Ángela Müller Montiel, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXIII, número 2, México, mayo-agosto 1961, págs. 553-564.
Joseph S. Roucek y **V. F. Montesinos**, «Aspectos sociológicos del relato policiaco de misterio, crímenes y espionaje», en *Revista Española de la Opinión Pública*, n.º 35, Madrid, enero-marzo 1974, págs. 57-103.
John Scaggs, *Crime Fiction*, Routledge, Londres, 2005.
Jean-Paul Schweighaueser, *Le roman noir français*, Presses Universitaires de France (Que sais-je?, 2145), París, 1984.
Leonardo Sciascia, «Letteratura del giallo», en *Letteratura*, n.º 3, 1953.
Leonardo Sciascia, «Breve storia del romanzo poliziesco», en *Cruciverba*, Turín, 1985, págs. 216-231.
Chris Steinbrunner y otros, *A Biographical Dictionary of the Leading Characters in Detective and Mystery Fiction*, Hammermill Paper, Lock Haven [Pensilvania], 1971.
Chris Steinbrunner y **Otto Penzler** (eds.), *Encyclopedia of Mystery and Detection*, McGraw-Hill, Nueva York, 1976.
R. F. Stewart, … *And Always a Detective. Chapters on the History of Detective Fiction*, David & Charles, Newton Abbot, 1980.
Julian Symons, *The Hundred Best Crime Stories*, The Sunday Times, Londres, 1959.
Julian Symons, *The Detective Story in Britain*, British Council, Londres, 1962.

Julian Symons, *Bloody Murder. From the Detective Story to the Crime Novel: A History*, Penguin, Londres, 1972 [hay versión castellana de Roser Verdaguer, *Historia del relato policial*, Bruguera, Barcelona, 1982] / ed. revisada: The Mysterious Press, Nueva York, 1993.

Alberto Tedeschi y **Gian Orsi**, *Piccola Enciclopedia del Giallo: autori e personaggi dalle origini a oggi*, Mondadori, Milán, 1979.

Henry Douglas Thomson, *Masters of Mystery: A Study of the Detectiver Story*, W. Collins Sons, Londres, 1931 / Folcroft Library Editions, Folcroft, 1973.

John C. Tibbetts, «The Case of the Forgotten Detectives: The Unknown Crime Fiction of G. K. Chesterton», en *The Armchair Detective*, vol. 28, n.º 4, otoño 1995, págs. 388-393.

Tzvetan Todorov, «Typologie du roman policier», en *Poétique de la prose*, París, Seuil, 1971 [«Tipología del relato policial», en *Fausto*, III, n.º 4, Buenos Aires, 1974].

Jean Jacques Tourteau, *D'Arsène Lupin à Sanantonio: le roman policier français de 1900-1970*, Mame, Tours, 1970.

Salvador Vázquez de Parga, *Los mitos de la novela criminal*, Plaza & Janés, Barcelona, 1981.

Jochen Vogt (ed.), *Der Kriminal-Roman: Poetik, Theorie, Geschichte*, UTB-Verlag, Múnich, 1971, 2 vols.

VV. AA. (Boileau-Narcejac, Chesterton, Eisenstein, Gramsci y otros), *La novela criminal*, Román Gubern (ed.), traducción de Ricardo Muñoz Suay, Tusquets, Barcelona, 1976.

VV. AA., «Dossier Serie Negra», en *Camp de l'arpa*, número 60-61, Barcelona, febrero-marzo de 1979.

Priscilla L. Walton y **Manina Jones**, *Detective Agency: Women Rewriting the Hard-Boiled Tradition*, University of California Press, Berkeley, 1999.

Carolyn Wells, *The Technique of the Mystery Story*, Home Correspondence School, Nueva York, 1913.

Robin Winks, *Modus Operandi: An Excursion into Detective Fiction*, David R. Godine, Boston, 1982.

Robin Winks, *Detective Fiction: A Collection of Critical Essays*, Countryman Press, Woodstock [Vermont], 1988, 3.ª ed.

Waltraud Woeller, Bruce Cassiday y **Ruth Michaelis-Jen**, *The Literature of Crime and Detection: An Illustrated History from Antiquity to the Present*, Ungar, Nueva York, 1988.

E. M. Wrong (ed.), *Crime and Detection*, Oxford University Press, Nueva York, 1926.

Nathaniel Hawthorne

LA CATÁSTROFE DE MR. HIGGINBOTHAM[41]

Un joven, de profesión vendedor ambulante de tabaco, iba a la aldea de Parker's Falls, a orillas del Salmon River, procedente de Morristown, donde había tenido mucho trato con el presidente de la colonia de cuáqueros. Llevaba un pulcro carrito verde, con una caja de cigarros pintada en ambos paneles laterales y un jefe indio sosteniendo una pipa y un tallo de tabaco dorado en la parte posterior. El buhonero conducía una ligera yegüita y era un joven de carácter excelente, sagaz para el negocio, pero no por ello menos apreciado por los yanquis, los cuales, he oído decir, prefieren que los afeiten con una navaja afilada antes que con una roma. Sobre todo lo querían las muchachas bonitas a lo largo del Connecticut, cuyos favores solía buscar regalándoles el mejor tabaco de su surtido, pues sabía perfectamente que, por lo general, las campesinas de Nueva Inglaterra son buenas fumadoras de pipa. Además, como se verá en el curso de mi relato, el buhonero era preguntón y hasta cierto punto parlanchín, siempre impaciente por enterarse de las noticias y ansioso de contarlas de nuevo.

Después de un rápido desayuno en Morristown, el vendedor ambulante de tabaco, que se llamaba Dominicus Pike, había recorrido siete millas a través de un bosque solitario sin hablar ni una palabra con nadie más que consigo mismo y con su yegüita gris. Como eran casi las siete, estaba tan impaciente por entablar una charla matutina como un tendero por leer el diario de la mañana. Una oportunidad pareció presentársele cuando, después de encender un cigarro con un espejo ustorio[42], levantó los ojos y

divisó a un hombre que venía de la cima de la colina, al pie de la cual había detenido el buhonero su carro verde. Dominicus observó cómo descendía y advirtió que llevaba un fardo al hombro en el extremo de un bastón y caminaba con paso cansado aunque decidido. No parecía haberse puesto en marcha con el fresco de la mañana, sino que había andado toda la noche y se proponía hacer lo mismo durante todo el día.

—Buenos días, señor —dijo Dominicus cuando estuvo al alcance de la voz—. Lleva usted un buen trote. ¿Cuáles son las últimas noticias en Parker's Falls?

El hombre bajó la ancha ala de su sombrero gris hasta cubrirse los ojos y respondió, un poco ásperamente, que no venía de Parker's Falls, que el buhonero había mencionado espontáneamente al ser lo máximo que él podía recorrer al día.

—En ese caso —contestó Dominicus Pike—, oigamos las últimas noticias del lugar de donde venga. No me importa especialmente Parker's Falls. Cualquier otro lugar me vale.

Al ser así importunado, el viajero (que era el sujeto más malcarado con el que uno menos querría encontrarse en un bosque solitario) pareció titubear un poco, como si intentase recordar alguna noticia, o sopesara la conveniencia de contarla. Por fin, subiendo al estribo del carro, le susurró a Dominicus al oído, aunque podría haber gritado a voz en cuello sin que ningún otro individuo lo oyera.

—Recuerdo una noticia más bien insignificante —dijo—. Anoche a las ocho un irlandés y un negro asesinaron al anciano Mr. Higginbotham, de Kimballton, en su huerto. Lo colgaron de la rama de un peral de St. Michael, donde nadie podía haberlo encontrado hasta la mañana siguiente.

En cuanto comunicó esa horrible información, el forastero reanudó la marcha, con más prisa que antes, sin ni siquiera volver la cabeza cuando Dominicus lo invitó a fumar un cigarro habano y a contarle todos los detalles. El buhonero silbó a su yegua y subió la colina, meditando sobre el triste destino de Mr. Higginbotham, a quien había conocido como cliente por haberle vendido más de un manojo de baratos cigarros finos de tripa larga, una gran cantidad de tabaco en finos rollos torcidos, cigarros trenzados y tabaco envuelto en hoja de maíz. Lo había sorprendido un poco

la rapidez con que se había propagado la noticia. Kimballton se hallaba casi a sesenta millas de distancia en línea recta; el asesinato se había perpetrado la noche precedente a las ocho; sin embargo Dominicus se había enterado a las siete de la mañana, cuando lo más probable era que la propia familia del pobre Mr. Higginbotham acabara de descubrir el cadáver colgando del peral de St. Michael. El caminante forastero debía calzar botas de siete leguas para viajar tan rápido.

«Dicen que las malas noticias vuelan», pensó Dominicus Pike, «pero esta bate al ferrocarril. Había que contratar a este individuo para llevar por correo urgente el Mensaje del Presidente».

Resolvió el problema imaginando que el narrador se había equivocado en un día con respecto a la fecha del suceso; de modo que nuestro amigo no vaciló en contar la historia en todas las tabernas y tiendas del condado a lo largo del camino, agotando todo un manojo de hojas de tabaco cubano entre al menos veinte auditorios horrorizados. Se dio cuenta de que era siempre el primer portador de la información, y tanto lo acosaban con preguntas que no pudo evitar rellenar el bosquejo hasta convertirlo en un respetable relato. Encontró un indicio que lo corroboraba. Mr. Higginbotham era comerciante; y un antiguo empleado suyo, a quien Dominicus relató los hechos, declaró que el anciano caballero acostumbraba a regresar a casa al anochecer atravesando el huerto, con el dinero y la documentación de valor en el bolsillo. El empleado no se mostró muy apenado por la catástrofe de Mr. Higginbotham, insinuando, lo que el buhonero había descubierto en sus propias transacciones con él, que era un viejo desabrido, más agarrado que un torno de banco. Sus bienes pasarían a una guapa sobrina que en aquellos momentos se ocupaba de la escuela de Kimballton.

Con la divulgación de noticias por el bien común, y cerrando tratos por el suyo propio, Dominicus se entretuvo tanto en el camino que decidió alojarse en una venta a unas cinco millas escasas de Parker’s Falls. Después de cenar encendió uno de sus selectos cigarros, se sentó en el bar y repitió la historia del asesinato, que había crecido tan deprisa que necesitó media hora para contarla. Había por lo menos veinte personas en la habitación, diecinueve de las cuales la aceptaron como si fuera el evangelio. Pero la vigésima era un granjero entrado en años, que había llegado a caballo poco

antes y que en aquel momento estaba sentado en un rincón, fumando su pipa. Cuando concluyó la historia, se levantó con mucha parsimonia, colocó su silla justo enfrente de Dominicus y lo miró fijamente en plena cara, echando bocanadas del tabaco más infame que el buhonero había olido en su vida.

—¿Estaría usted dispuesto a declarar bajo juramento —le preguntó en el tono de un juez rural que toma una declaración— que el viejo terrateniente Higginbotham de Kimballton fue asesinado en su huerto anteanoche, y que lo encontraron ayer por la mañana colgando de su gran peral?

—Yo cuento la historia tal como me la dijeron —contestó Dominicus, tirando su cigarro a medio consumir—; no digo que vi cómo lo hacían. De modo que no puedo jurar que lo asesinaran exactamente de esa forma.

—Pero yo sí puedo jurar —dijo el granjero— que si al terrateniente Higginbotham lo asesinaron anteanoche, esta mañana me bebí un vaso de bíter con su fantasma. Como es vecino mío, me invitó a entrar a su tienda, cuando yo pasaba a caballo, me invitó y luego me pidió que de camino le hiciera una pequeña transacción. No parecía saber más que yo sobre su propio asesinato.

—¡Entonces no puede ser cierto! —exclamó Dominicus Pike.

—Supongo que lo habría mencionado si lo fuera —dijo el viejo granjero; y trasladó su silla de nuevo al rincón, dejando a Dominicus completamente consternado.

¡Vaya con la penosa resurrección del viejo Mr. Higginbotham! El buhonero no tenía ganas de volverse a mezclar en la conversación, pero se consoló con un vaso de ginebra con agua y se fue a la cama, donde durante toda la noche soñó que colgaba del peral de St. Michael. Para evitar al viejo granjero (al que detestaba tanto que su ahorcamiento lo habría complacido más que el de Mr. Higginbotham), Dominicus se levantó a las primeras luces de la mañana, unció la yegüita al carro verde y rápidamente se dirigió al trote hacia Parker’s Falls. La fresca brisa, la humedad del camino y el agradable amanecer estival lo hicieron recobrar el ánimo y habrían podido incitarlo a repetir la vieja historia si hubiera habido alguien despierto para escucharla. Pero no encontró ni una yunta de bueyes, ni un tílburi, ni un jinete, ni un viandante, hasta que, nada más cruzar el Salmon River, llegó

un hombre al puente andando con dificultad, con un bulto al hombro en el extremo de una vara.

—Buenos días, señor —dijo el vendedor ambulante, deteniendo a su yegua—. Si viene de Kimballton o de los alrededores, es posible que pueda contarme la verdad sobre ese asunto del viejo Mr. Higginbotham. ¿Es cierto que hace dos o tres noches un irlandés y un negro asesinaron al viejo?

Dominicus había hablado con demasiada precipitación para darse cuenta, en un primer momento, de que el forastero tenía un elevado grado de sangre negra. Al oír esa súbita pregunta, la piel del etíope de repente pareció cambiar de color, su tono amarillo se volvió blanco cadavérico, mientras respondía, temblando y tartamudeando:

—¡No, no! ¡No fue ningún hombre de color! Fue un irlandés el que lo colgó anoche, a las ocho. ¡Yo me fui a las siete! Su familia no puede haber ido a buscarlo al huerto todavía.

Apenas había empezado a hablar el hombre de tez amarillenta cuando se interrumpió y, aunque antes parecía bastante cansado, continuó su marcha a un paso que habría obligado a la yegua del buhonero a acelerar su trote. Dominicus se quedó mirándolo completamente perplejo. Si el asesinato no se había cometido hasta el martes por la noche, ¿quién era el profeta que lo había predicho, con todos sus detalles, el martes por la mañana? Si su propia familia todavía no había descubierto el cadáver de Mr. Higginbotham, ¿cómo llegó a saber el mulato, a más de treinta millas de distancia, que lo habían colgado en el huerto, sobre todo si se había ido de Kimballton antes de que colgaran al desgraciado?

Esos detalles ambiguos, unidos al asombro y al terror del forastero, hicieron pensar a Dominicus en denunciarlo a gritos como cómplice del asesinato; pues parecía que realmente se había perpetrado.

«Pero que el pobre diablo se vaya», pensó el buhonero. «No quiero tener sobre mi conciencia su sangre negra; colgando al negro no se descolgaría a Mr. Higginbotham. ¡Descolgar al viejo! Sé que es pecado; pero lamentaría que resucitase por segunda vez, ¡y volviera a desmentirme!».

Con estas meditaciones, Dominicus Pike entró en la calle de Parker’s Falls, que, como todo el mundo sabe, es un pueblo tan próspero como tres

fábricas de algodón y un taller metalúrgico pueden hacerlo. La maquinaria no estaba todavía en movimiento y solo unas pocas tiendas habían abierto las puertas cuando él se apeó en el patio de caballerizas de la venta y, como primera medida, pidió un galón de avena para la yegua. Su segundo encargo fue, por supuesto, comunicar al mozo de cuadra la catástrofe de Mr. Higginbotham. Le pareció conveniente, sin embargo, no ser demasiado categórico en cuanto a la fecha del horrible suceso, y también no asegurar si fue perpetrado por un irlandés y un mulato, o solo por el hijo de Erin. Ni tampoco pretendió contarlo atribuyéndoselo a sí mismo o a cualquier otra persona, sino que lo mencionó como una noticia difundida en común.

La historia corrió por el pueblo como el fuego entre un cinturón de árboles y se convirtió hasta tal punto en la comidilla unánime que nadie podría decir dónde había empezado. Mr. Higginbotham era tan conocido en Parker's Falls como cualquier otro ciudadano del lugar, pues era en parte propietario del taller metalúrgico e importante accionista de las fábricas de algodón. Los habitantes pensaban que de su suerte dependía su propia prosperidad. Fue tal el revuelo que la *Parker's Falls Gazette* anticipó su habitual fecha de publicación y salió con media hoja de papel blanco y una columna de doble cícero resaltada con mayúsculas y titulada ¡Horroroso asesinato de Mr. Higginbotham! Entre otros detalles espantosos, la versión impresa describía la señal de la cuerda alrededor del cuello del muerto y daba a conocer la cifra de miles de dólares que le habían robado; había también mucho patetismo acerca de la aflicción de su sobrina, que había sufrido un desmayo tras otro desde que encontraron a su tío colgado del peral de St. Michael, con los bolsillos vueltos del revés. Asimismo el poeta del pueblo conmemoró el pesar de la joven en una balada de diecisiete estrofas. Los concejales se reunieron y, en consideración a las atenciones de Mr. Higginbotham con el pueblo, decidieron repartir prospectos, ofreciendo una recompensa de quinientos dólares por la detención de los asesinos y la recuperación de los bienes robados.

Mientras tanto toda la población de Parker's Falls, compuesta por tenderos, dueñas de casas de huéspedes, empleadas de fábrica, operarios metalúrgicos y colegiales, se lanzó a la calle y sostuvo una locuacidad tan atroz que compensaba de sobra el silencio de las desmotadoras de algodón,

que refrenaron su habitual estrépito en consideración al difunto. Si a Mr. Higginbotham le hubiera preocupado su reputación póstuma, su prematuro fantasma se habría regocijado por este tumulto. Nuestro amigo Dominicus, llevado de su vanidad, olvidó las precauciones previstas y, subiendo a la bomba de agua del pueblo, se proclamó portador de la noticia auténtica que había causado tan sorprendente sensación. Inmediatamente se convirtió en el gran hombre del momento, y apenas había empezado una nueva versión del suceso, con voz de predicador de campo, cuando el coche correo entró en la calle del pueblo. Había viajado toda la noche y debió de haber cambiado de caballos en Kimballton a las tres de la mañana.

—Ahora nos enteraremos de todos los detalles —gritó la multitud.

El coche se dirigió con gran estruendo a los soportales de la venta, seguido por un millar de personas; pues si hasta entonces alguien se había ocupado de sus propios asuntos, en aquel momento los abandonaron a la buena ventura para enterarse de las noticias. El buhonero, que iba por delante, descubrió a dos pasajeros, los cuales acababan de despertar sobresaltados de una agradable siesta para encontrarse en el centro del tumulto. Como todo el mundo los abrumó con distintas preguntas, todas ellas expuestas al mismo tiempo, la pareja se quedó sin habla, aunque uno era abogado y el otro una mujer joven.

—¡Mr. Higginbotham! ¡Mr. Higginbotham! ¡Cuéntenos los detalles sobre el viejo Mr. Higginbotham! —vociferaba la multitud—. ¿Cuál es el veredicto del juez de instrucción? ¿Detuvieron a los asesinos? ¿Se ha repuesto de sus desmayos la sobrina de Mr. Higginbotham? ¡Mr. Higginbotham! ¡Mr. Higginbotham!

El cochero no decía ni una sola palabra, excepto para maldecir de un modo tremendo al mozo de cuadra por no traerle un nuevo tiro de caballos. En el interior el abogado solía estar alerta incluso cuando dormía; lo primero que hizo, después de enterarse de la causa del alboroto, fue sacar una voluminosa cartera roja. Mientras tanto, Dominicus Pike, que era un joven extremadamente cortés y además tenía la impresión de que una lengua femenina contaría la historia con la misma labia que el abogado, había ayudado a la mujer a salir del coche. Era una muchacha hermosa y elegante, completamente despierta ya y radiante como un pimpollo, y tenía

unos labios tan lindos y encantadores que Dominicus casi habría preferido escuchar de ellos una historia de amor en lugar de un relato de asesinato.

—Damas y caballeros —dijo el abogado a los tenderos, los operarios metalúrgicos y las empleadas de fábrica—, puedo asegurarles que algún error inexplicable o, lo que es más probable, una falsedad deliberada, maliciosamente urdida para desacreditar a Mr. Higginbotham, ha provocado este singular alboroto. Pasamos por Kimballton a las tres de esta mañana, y si se hubiera perpetrado algún asesinato sin duda alguna habríamos sido informados. Pero tengo una prueba en contrario casi tan convincente como el propio testimonio oral de Mr. Higginbotham. He aquí una nota relacionada con un pleito suyo en los tribunales de Connecticut, que me entregaron por encargo de ese mismo caballero. Veo que está fechada anoche a las diez.

Diciendo eso, el abogado mostró la fecha y la firma de la nota, que probaba indiscutiblemente, o bien que ese perverso Mr. Higginbotham estaba vivo cuando la escribió, o que —como algunos creen más probable entre esas dos alternativas dudosas— estaba tan absorto en los negocios de este mundo que seguía ocupándose de ellos incluso después de muerto. Pero surgió una prueba inesperada. La joven, después de escuchar la explicación del buhonero, simplemente se tomó un momento para alisar su vestido y arreglar sus rizos, y acto seguido apareció en la puerta de la venta y pidió que la escucharan.

—Buena gente —dijo—, soy la sobrina de Mr. Higginbotham.

Un murmullo de asombro atravesó la multitud al verla tan sonrosada y radiante; esa misma desdichada sobrina que ellos habían imaginado, basándose en la información de la *Parker's Falls Gazette*, que estaba a las puertas de la muerte. Pero algunos individuos perspicaces habían dudado, desde el primer momento, de que una joven estuviera tan desesperada porque hubiesen ahorcado a un rico tío suyo.

—Como pueden ver ustedes —prosiguió *Miss* Higginbotham, sonriendo— esta extraña historia no tiene ningún fundamento por lo que a mí se refiere; y creo poder afirmar que igualmente lo es en cuanto a mi querido tío Higginbotham. Tiene la amabilidad de darme un hogar en su casa, aunque yo contribuyo a mi sustento dando clases en una escuela. Esta

mañana me fui de Kimballton para pasar las vacaciones de la semana de entrega de diplomas con una amiga, a unas cinco millas de Parker's Falls. Mi generoso tío, cuando me oyó en la escalera, me llamó a su cabecera y me dio dos dólares y cincuenta centavos para pagar el billete de la diligencia, y otro dólar para mis gastos adicionales. Luego guardó su cartera bajo la almohada, me dio un apretón de manos y me aconsejó que llevase algunas galletas en el bolso, en vez de desayunar por el camino. Estoy segura, por consiguiente, de haber dejado vivo a mi querido pariente, y confío en encontrarlo así a mi vuelta.

La joven hizo una reverencia al terminar su discurso, que fue tan sensato y tan bien expresado, y expuesto con tal gracia y decoro, que todos la creyeron digna de ser preceptora de la mejor academia del estado. Pero un forastero habría supuesto que Mr. Higginbotham era aborrecido en Parker's Falls, y que se había decretado una acción de gracias por su asesinato; tan excesiva era la ira de los habitantes al enterarse de su error. Los operarios metalúrgicos decidieron rendir honores públicos a Dominicus Pike, dudando únicamente entre emplumarlo, pasearlo montado a horcajadas sobre una barra o refrescarlo con una ablución en la bomba de agua del pueblo, en lo alto de la cual se había proclamado portador de la noticia. Los concejales, por consejo del abogado, hablaron de procesarlo por un delito menor, divulgar noticias infundadas alterando el orden público. Solo salvó a Dominicus, ya sea del linchamiento o de un tribunal de justicia, una elocuente petición que la joven hizo en su nombre. Tras dirigir a su benefactora unas cuantas palabras de sincero agradecimiento, subió al carro verde y abandonó el pueblo, bajo una descarga de artillería de los colegiales, que encontraron abundante munición en los pozos de arcilla y charcos fangosos de los alrededores. Al volver la cabeza para intercambiar una mirada de despedida con la sobrina de Mr. Higginbotham, una bola, con la consistencia de un pudín hecho deprisa, lo alcanzó de lleno en la boca, dándole un aspecto de lo más desagradable. Toda su persona quedó tan salpicada por aquellos asquerosos proyectiles que casi le dieron ganas de volver y suplicar que lo sometieran a la ablución en la bomba del pueblo con que lo habían amenazado; pues, aunque no auguraba nada bueno, en aquellos momentos habría sido un acto de caridad.

Sin embargo el sol brilló con fuerza sobre el pobre Dominicus, y el barro, símbolo de todas las manchas de oprobio inmerecido, se quitó fácilmente cuando se secó. Como era un granuja chistoso, su corazón no tardó en animarse; ni pudo contener una efusiva carcajada al recordar el alboroto que su historia había provocado. Los prospectos de los concejales provocaron el encarcelamiento de todos los vagabundos del estado; el párrafo de la *Parker's Fall Gazette* se reimprimiría desde Maine a Florida y tal vez dio lugar a un artículo en los periódicos de Londres; y más de un avaro temblaría por su fortuna y su vida al enterarse de la catástrofe de Mr. Higginbotham. El buhonero reflexionó con mucho fervor sobre los encantos de la joven maestra, y juró que Daniel Webster[43] nunca habló ni pareció tanto un ángel como *Miss* Higginbotham cuando lo defendió del iracundo populacho de Parker's Falls.

Dominicus se encontraba ya en el camino público de Kimballton, pues desde el primer momento había decidido visitar aquel lugar, aunque los negocios lo habían desviado del camino más directo desde Morristown. A medida que se aproximaba al escenario del supuesto asesinato, continuó dándole vueltas en la cabeza a la situación, y se asombraba del cariz que adquiría todo el caso. Si no hubiera ocurrido nada que corroborase la versión del primer viajero, a esas alturas podría considerarse que todo era una broma; pero el hombre de tez amarillenta obviamente estaba al corriente de la noticia o del hecho; y su mirada consternada y culpable al ser interrogado de improviso estaba rodeada de misterio. Cuando, a esta singular combinación de incidentes, se añadía que el rumor concordaba exactamente con el carácter y hábitos de Mr. Higginbotham; y que tenía un huerto, y un peral de St. Michael, cerca del cual pasaba él siempre al anochecer, la prueba circunstancial parecía tan convincente que Dominicus dudaba de que la firma mostrada por el abogado, o incluso el testimonio directo de la sobrina, fueran equivalentes. Haciendo discretas averiguaciones a lo largo del trayecto, el buhonero se enteró además de que Mr. Higginbotham tenía a su servicio a un irlandés de dudosa reputación, que había contratado sin ninguna recomendación por razones económicas.

—¡Que me cuelguen —exclamó Dominicus Pike en voz alta al llegar a la cima de un cerro solitario— si doy crédito a que no hayan colgado al

viejo Higginbotham hasta verlo con mis propios ojos y oírlo de sus propios labios! Y dado que él es un verdadero tramposo, llevaré al pastor o algún otro hombre responsable como refrendario.

Estaba oscureciendo cuando llegó a la casa del portazguero del camino público de Kimballton, a eso de un cuarto de milla de la aldea de ese nombre. Su yegüita lo estaba acercando rápidamente a un hombre a caballo, que atravesó la verja al trote a unas cuantas varas por delante de él, saludó con la cabeza al portazguero y siguió hacia al aldea. Dominicus conocía al portazguero y, mientras le daba el cambio, intercambiaron los comentarios habituales sobre el tiempo.

—Supongo —dijo el buhonero, echando hacia atrás su tralla para dejarla caer como una pluma sobre el flanco de la yegua— que no habrás visto al viejo Mr. Higginbotham desde hace uno o dos días.

—Sí —contestó el portazguero—. Pasó por la verja un momento antes de que llegaras, y por allí va ahora, si puedes verlo en la oscuridad. Ha estado en Woodfield esta tarde, en donde asistió a una venta del *sheriff*. El viejo suele darme un apretón de mano y charlar un poco conmigo; pero esta noche me hizo una señal con la cabeza, como diciendo «Cóbreme el portazgo», y siguió adelante; pues dondequiera que vaya, siempre tiene que estar en casa a las ocho.

—Eso me han dicho —dijo Dominicus.

—Nunca vi un hombre con aspecto tan amarillo y flaco como el terrateniente —continuó el portazguero—. Esta noche me dije a mí mismo que más parecía un fantasma o una momia antigua que un ser de carne y hueso.

El buhonero forzó la vista en la penumbra y de pronto distinguió al jinete a lo lejos que iba camino de la aldea. Le pareció reconocer por detrás a Mr. Higginbotham; pero a través de las sombras del crepúsculo y en medio del polvo que levantaba las patas del caballo, la figura parecía borrosa e irreal; como si la silueta de aquel anciano misterioso estuviera apenas formada de tinieblas y de luz gris. Dominicus se estremeció.

«Mr. Higginbotham ha regresado del otro mundo a través del camino público de Kimballton», pensó.

Sacudió las riendas y siguió adelante, manteniéndose más o menos a la misma distancia por detrás de la sombra gris, hasta que una curva del camino se la ocultó. Al llegar a ese punto, el buhonero ya no vio al hombre a caballo, sino que se encontró al principio de la calle del pueblo, no lejos de varias tiendas y dos tabernas, apiñadas alrededor del campanario del templo cuáquero. A su izquierda había un muro de piedra y una verja, linde de una parcela de bosque, más allá de la cual había un huerto, más lejos todavía un campo segado y por último una casa. Eran las propiedades de Mr. Higginbotham, cuya morada se levantaba junto al antiguo camino real, pero el camino público de Kimballton la había relegado al fondo. Dominicus conocía el lugar y la yegüita se paró en seco por instinto, pues él no era consciente de haber tirado de las riendas.

—¡Por mi vida, no puedo traspasar esta verja! —dijo, temblando—. ¡No volveré a ser el mismo hasta ver si Mr. Higginbotham cuelga del peral de St. Michael!

Saltó del carro, ató la rienda al poste de entrada y corrió por el sendero verde del bosque como si lo persiguiera el diablo. En aquel preciso momento dieron las ocho en el reloj del pueblo y, al sonar cada campanada, Dominicus saltaba de nuevo y huía más deprisa que antes, hasta que, en el centro solitario del huerto vio vagamente el condenado peral. Del viejo tronco retorcido sobresalía una rama enorme que atravesaba el sendero y proyectaba en aquel lugar la más negra sombra. ¡Pero algo parecía forcejear debajo de la rama!

El buhonero nunca había pretendido tener más coraje que el que corresponde a un hombre de profesión pacífica, ni pudo explicar su valor en aquella tremenda emergencia. Es cierto, sin embargo, que se abalanzó, abatió a un robusto irlandés con el extremo de su látigo, y encontró (no ciertamente colgando del peral de St. Michael, sino temblando debajo del mismo, con un dogal alrededor del cuello) ¡al mismísimo anciano Mr. Higginbotham!

—Mr. Higginbotham —dijo Dominicus con voz trémula—, usted es un hombre sincero y creeré en su palabra. ¿Lo han colgado o no?

Si todavía no habéis adivinado el enigma, unas cuantas palabras explicarán la sencilla tramoya mediante la cual este «suceso venidero» pudo

«proyectar su sombra por adelantado». Tres hombres habían planeado robar y asesinar a Mr. Higginbotham; dos de ellos, sucesivamente, se acobardaron y huyeron, retrasando el crimen una noche cada uno con su desaparición; el tercero se disponía a perpetrarlo cuando, obedeciendo ciegamente la llamada del destino, como los héroes de los romances antiguos, apareció un paladín en la persona de Dominicus Pike.

Solo falta decir que Mr. Higginbotham tomó bajo su protección al buhonero, autorizó que cortejase a la linda maestra, y dejó todos sus bienes a los hijos de la pareja, concediendo a esta los intereses. A su debido tiempo, el anciano caballero llegó a la culminación de sus favores, muriendo en el lecho como un verdadero cristiano, y desde aquel melancólico suceso Dominicus Pike se marchó de Kimballton y fundó una gran fábrica de tabaco en mi aldea natal.

EDGAR ALLAN POE

«TÚ ERES EL HOMBRE»[44]

Yo haré el papel de Edipo en el enigma de Rattleborough. Les explicaré (como solo yo puedo hacerlo) el secreto de las maquinaciones que ocasionaron el milagro de Rattleborough; el único, el verdadero, el reconocido, el indiscutible, el incontrovertible milagro que puso fin de manera definitiva a la infidelidad de los rattleburgueses y devolvió a la ortodoxia de las abuelas a todos los apetentes carnales que se habían atrevido a mostrarse escépticos.

Este suceso (que lamentaría describir con un tono inadecuado de ligereza) ocurrió en el verano de 18… Mr. Barnabas Shuttleworthy, uno de los ciudadanos más ricos y respetables del vecindario, había desaparecido hacía varios días en unas circunstancias que dieron pie a sospechar que se trataba de un crimen. Mr. Shuttleworthy había salido muy temprano de Rattleborough un sábado por la mañana, a caballo, con la intención manifiesta de ir a la ciudad de ****, a unas quince millas de distancia, y regresar aquella misma noche. Dos horas después de su partida, sin embargo, su caballo volvió sin él y sin las alforjas que al partir había sujetado con correas a la grupa. Además, el animal estaba herido y cubierto de barro. Esas circunstancias, como es natural, provocaron mucha alarma entre los amigos del desaparecido; y cuando se descubrió, el domingo por la mañana, que todavía no había aparecido, todo el vecindario se levantó *en masse* para ir a buscar su cadáver.

El primero y más activo en iniciar esa búsqueda fue el amigo íntimo de Mr. Shuttleworthy: un tal Mr. Charles Goodfellow, o, como todo el mundo le llamaba, «Charley Goodfellow» o el «viejo Charley Goodfellow». Ahora bien, si se trata de una maravillosa coincidencia, o si es que el nombre tiene un efecto imperceptible sobre el carácter, todavía no he podido averiguarlo; pero es un hecho indiscutible que nunca ha habido una persona que se llamase Charles y no fuera un individuo abierto, viril, honrado, amable y sincero, con una voz potente y clara, agradable de escuchar, y unos ojos que siempre te miran directamente a la cara, como diciendo: «Tengo la conciencia tranquila, no temo a nadie, y soy del todo incapaz de cometer una vileza». Por eso todos los «comparsas» de teatro campechanos y despreocupados no dejan de llamarse Charles.

Pues bien, el «viejo Charley Goodfellow», aunque no hacía ni seis meses, más o menos, que vivía en Rattleborough y nadie sabía nada de él antes de que llegara a instalarse en el vecindario, no había tenido la menor dificultad en conocer a todas las personas respetables del pueblo. Ni un solo hombre habría dudado ni por un momento de su palabra; y en cuanto a las mujeres, es imposible decir lo que habrían hecho por complacerlo. Y todo eso porque se llamaba Charles, y porque poseía, por consiguiente, uno de esos rostros cándidos que proverbialmente constituyen la «mejor carta de presentación».

Ya he dicho que Mr. Shuttleworthy era uno de los hombres más respetables y, sin lugar a dudas, el más rico de Rattleborough, siendo así tanto que el «viejo Charley Goodfellow» confiaba tanto en él como si fuera su propio hermano. Los dos ancianos caballeros vivían uno al lado del otro, y aunque Mr. Shuttleworthy visitaba muy pocas veces —si es que hubo alguna— al «viejo Charley Goodfellow», y nunca se supo que comiese en su casa, eso no impidió, sin embargo, que ambos amigos hubieran intimado muchísimo, como acabo de decir; pues el «viejo Charley» no dejaba pasar un solo día sin entrar tres o cuatro veces a ver cómo se encontraba su vecino, y muy a menudo se quedaba a desayunar o tomar el té, y casi siempre a cenar; y en ese caso sería difícil de averiguar la cantidad de vino de la que daban buena cuenta los dos compinches de una sentada. La bebida favorita del «viejo Charley» era Château Margaux[45], y a Mr.

Shuttleworthy parecía alegrarlo ver cómo su viejo amigo se lo tragaba de aquel modo, un cuarto de galón (casi un litro) tras otro; hasta el punto de que un día, cuando el vino estaba *dentro* y, por consiguiente, él estaba un poco *fuera* de sí, le dijo a su compinche, mientras le daba una palmada en la espalda:

—¿Sabes qué?, «viejo Charley», eres, sin lugar a dudas, el amigo más campechano que he encontrado en toda mi vida; y ya que te gusta soplar el vino de ese modo, que me condene si no tengo que regalarte un cajón de Château Margaux. ¡Maldita sea! —Mr. Shuttleworthy tenía la mala costumbre de blasfemar, aunque rara vez iba más allá de «¡Maldita sea!», «Rediez», o «¡Recórcholis!»— si esta misma tarde no hago un pedido a la ciudad de un cajón doble del mejor vino que pueda conseguirse y te lo regalaré, ¡ya lo creo que lo haré!, ni una palabra más, lo *haré*, te lo aseguro, y se acabó; así que estate al tanto…, te llegará uno de estos días, ¡precisamente cuando menos lo esperes!

Menciono esta pequeña muestra de generosidad por parte de Mr. Shuttleworthy solo para mostrar la compenetración mutua *tan* profunda que existía entre ambos amigos.

Pues bien, la mañana del domingo en cuestión, cuando poco menos que se dio por sentado que Mr. Shuttleworthy había sido víctima de un acto delictivo, nunca vi a nadie más profundamente afectado como el «viejo Charley Goodfellow». Cuando oyó por primera vez que el caballo había vuelto a casa sin su dueño y sin las alforjas, completamente ensangrentado como consecuencia de un pistoletazo, que había atravesado limpiamente el pecho del pobre animal de parte a parte, sin llegar a matarlo del todo; cuando oyó todo eso, se puso tan pálido como si el desaparecido hubiera sido su propio hermano o su padre, y se estremeció y se puso a temblar como si le hubiese dado un ataque de fiebre intermitente.

En un primer momento estaba demasiado abrumado por el dolor para poder hacer cualquier cosa, o decidir algún plan de acción; de modo que durante un buen rato procuró disuadir a los demás amigos de Mr. Shuttleworthy de que armaran un revuelo por el asunto, pensando que era mejor esperar un poco —una o dos semanas, y aun uno o dos meses— para ver si se descubría algo, o si Mr. Shuttleworthy llegaba por su propio pie y

explicaba sus motivos para mandar a su caballo por delante. Supongo que habrán observado a menudo esa propensión a contemporizar, o a aplazar, en personas que son víctimas de un pesar muy punzante. Sus facultades mentales parecen entorpecidas, de modo que les horroriza cualquier tipo de acción, y nada les gusta tanto como quedarse tranquilamente en la cama a «alimentar su propia pena», como dicen las señoras ancianas… es decir, rumiar su pesar.

La gente de Rattleborough tenía, de hecho, tan alto concepto de la sensatez y discreción del «viejo Charley» que la mayor parte de ellos se sentían dispuestos a estar de acuerdo con él y no armar un revuelo por el asunto «hasta que se descubriera algo», tal como expresó el recto caballero; y creo que, después de todo, esa decisión habría sido unánime a no ser por la sospechosa intromisión del sobrino de Mr. Shuttleworthy, joven de costumbres muy disolutas y por lo demás de bastante mala reputación. Este sobrino, que se llamaba Pennifeather, no quiso avenirse a razones en cuanto a «estarse quieto», sino que insistió en buscar inmediatamente el «cadáver del asesinado». Esa fue la expresión que empleó, y Mr. Goodfellow comentó perspicazmente, a la sazón, que era «una singular manera de expresarse para que no se hable más». Ese comentario del «viejo Charley» además produjo un gran efecto en la multitud; y a uno del grupo se le oyó preguntar, de un modo muy impresionante, «cómo era posible que el joven Mr. Pennifeather estuviera tan bien enterado de todas las circunstancias relacionadas con la desaparición de su opulento tío para sentirse autorizado a afirmar, de manera clara e inequívoca, que su tío *fue* asesinado». Sobre esto hubo intercambio de pullas y discusiones entre varios miembros del grupo, y sobre todo entre el «viejo Charley» y Mr. Pennifeather, aunque ello no fue ni mucho menos una novedad, pues durante los últimos tres o cuatro meses había habido mucha animadversión entre los dos; y las cosas habían ido tan lejos que Mr. Pennifeather de hecho había derribado al amigo de su tío por algunas supuestas licencias que aquel se había tomado en casa de su pariente, en la que el joven habitaba. En aquella ocasión se dice que el «viejo Charley» se había comportado con moderación ejemplar y caridad cristiana. Se levantó, arregló su ropa y en modo alguno intentó desquitarse; se limitó a murmurar unas cuantas palabras sobre «vengarse sumariamente

en la primera oportunidad propicia», un arrebato natural y muy justificable de su ira, que sin embargo no significaba nada y, fuera de duda, había olvidado tan pronto como se desahogó.

Fueran lo que fuese aquellas cuestiones (que no tienen relación con el asunto que discutimos), es completamente seguro que la gente de Rattleborough, persuadidos principalmente por Mr. Pennifeather, finalmente decidieron dispersarse por los alrededores en busca del desaparecido Mr. Shuttleworthy. Es decir, lo decidieron en primer lugar. Después de haber resuelto llevar a cabo una búsqueda, consideraron que era obvio que los buscadores se dispersaran —es decir, se repartieran en grupos— para registrar más minuciosamente la región circundante. He olvidado, sin embargo, por qué ingeniosa serie de argumentos el «viejo Charley» convenció finalmente a la asamblea de que ese plan era el menos juicioso que podían seguir. No obstante, les convenció a todos menos a Mr. Pennifeather y, al final, acordaron iniciar una búsqueda, cuidadosa y muy meticulosa, de todos los ciudadanos *en masse*, y el propio «viejo Charley» abrió la marcha.

Con respecto a esto, no podía haber mejor pionero que el «viejo Charley», a quien todos reconocían que tenía ojos de lince; pero, aunque los llevó a toda clase de madrigueras y rincones remotos, por rutas que nadie había sospechado que existieran en los alrededores, y aunque la búsqueda continuó incesantemente todo el tiempo durante casi una semana, pero no pudo descubrirse ningún rastro de Mr. Shuttleworthy. Cuando digo ningún rastro, sin embargo, no debe entenderse que hablo literalmente; pues, en cierta medida, desde luego se encontró algún rastro. La pista del pobre caballero pudo seguirse gracias a las herraduras de su caballo (que eran peculiares) hasta un lugar a unas tres millas al este del pueblo, en la carretera principal que conduce a la ciudad. Allí el rastro se desviaba hacia una vereda que atravesaba un bosque y salía de nuevo a la carretera principal, acortando casi una milla de camino. Siguiendo las marcas de las herraduras a lo largo de aquel sendero, el grupo llegó finalmente a una charca de agua estancada, medio oculta por las zarzas, a la derecha del sendero, y enfrente de aquella charca perdieron de vista cualquier vestigio de huellas. Sin embargo, al parecer había habido algún tipo de lucha, y

parecía que un cuerpo grande y pesado, más grande y más pesado que el de un hombre, había sido arrastrado desde el sendero a la charca. Por dos veces se dragó cuidadosamente esta última, pero no se encontró nada y, cuando la partida estaba a punto de irse, perdidas las esperanzas de obtener algún resultado, la Providencia sugirió a Mr. Goodfellow la conveniencia de vaciar por completo la charca. El plan fue recibido con vítores y el «viejo Charley» muy alabado por su sagacidad y deliberación. Como muchos de los vecinos habían traído palas, creyendo que podrían tener que desenterrar un cadáver, el desagüe se llevó a cabo sin dificultad y rápidamente; y en cuanto el fondo quedó visible, en medio del barro que quedaba se descubrió un chaleco de terciopelo de seda negra, que casi todos los presentes reconocieron inmediatamente que pertenecía a Mr. Pennifeather. El chaleco estaba muy desgarrado y manchado de sangre, y entre los presentes hubo varias personas que recordaban claramente que su dueño se lo había puesto la misma mañana en que Mr. Shuttleworthy salió de la ciudad; mientras que hubo otros, también, dispuestos a declarar bajo juramento, si fuera necesario, que Mr. P. no llevaba puesta la prenda en cuestión en ningún momento durante el *resto* de aquel memorable día; ni tampoco pudo encontrarse a nadie que hubiese visto que Mr. P. la llevara en ningún momento posterior a la desaparición de Mr. Shuttleworthy.

Las cosas empezaron a tomar un mal cariz para Mr. Pennifeather y, como una indudable confirmación de las sospechas suscitadas en su contra, se observó que se puso extremadamente pálido y, cuando le preguntaron qué tenía que decir en su defensa, fue completamente incapaz de pronunciar una sola palabra. Por consiguiente, los pocos amigos que su desenfrenada vida le había dejado lo abandonaron inmediatamente todos a una, y fueron todavía más apremiantes que sus antiguos y declarados enemigos al reclamar su arresto inmediato. Pero, en cambio, la magnanimidad de Mr. Goodfellow resplandeció, por contraste, con el más brillante lustre. Hizo una cálida y tremendamente elocuente defensa de Mr. Pennifeather, en la que aludió más de una vez a su propio y sincero perdón de aquel disoluto caballero —«heredero del respetable Mr. Shuttleworthy»— por el insulto que, sin duda en el acaloramiento de su ira, le había parecido adecuado (al joven caballero) inferirle (a Mr. Goodfellow).

Le perdonaba eso, dijo, de todo corazón; y en cuanto a él (Mr. Goodfellow), lejos de llevar al extremo las sospechosas circunstancias que, sentía decir, realmente *habían* surgido en contra de Mr. Pennifeather, haría cuanto estuviera en su poder, emplearía la poca elocuencia de que disponía para… para… para… suavizar, en la medida en que pudiera hacer eso escrupulosamente, los peores rasgos de aquel asunto tan sumamente confuso.

Mr. Goodfellow siguió durante más de media hora en ese tono, que honraba tanto a su cabeza como a su corazón; pero la gente buena casi nunca es oportuna en sus observaciones: incurren en toda clase de meteduras de pata, *contratiempos* y *despropósitos*, en la exaltación de su celo para atender a un amigo; de modo que, muchas veces con las mejores intenciones del mundo, lo perjudican mucho más que lo favorecen.

Eso ocurrió, en el presente caso, con la elocuencia del «viejo Charley»; pues, aunque se afanó encarecidamente en defensa del sospechoso, sucedió sin embargo, por una u otra razón, que cada sílaba que pronunciaba, con la deliberada pero inconsciente intención de no exaltar la buena opinión que el auditorio tenía del orador, producía el efecto de intensificar la sospecha ya atribuida al individuo cuya causa defendía, y suscitar el furor de la multitud en su contra.

Uno de los errores más inexplicables cometidos por el orador fue su alusión al sospechoso como «heredero del respetable Mr. Shuttleworthy». Nadie hasta entonces había pensado en eso. Recordaban solamente ciertas amenazas de desheredación expresadas un año o dos antes por el tío (que no tenía ningún pariente vivo excepto el sobrino), y siempre habían considerado que esta desheredación estaba ya decidida; tan ingenuos eran los rattleburgueses; pero el comentario del «viejo Charley» inmediatamente les hizo pensar en el asunto, y de ese modo aceptaron la posibilidad de que aquellas amenazas no fueran *más* que eso. Y enseguida, por consiguiente, surgió la pregunta lógica de *cui bono?*, una cuestión que contribuía aún más que el chaleco a atribuir al joven aquel terrible crimen. Y aquí, para que no se me interprete mal, permítaseme por un momento hacer una digresión solo para decir que esta frase latina sencilla y sumamente breve que he empleado es invariablemente mal traducida y mal comprendida. «*Cui*

bono?» en todas las novelas de crímenes y en otras —por ejemplo, las de Mrs. Gore (autora de *Cecil*), una señora que cita en todas las lenguas, desde el caldeo al chickasaw[46], ayudada, «si es preciso», de forma sistemática por Mr. Beckford—, en *todas* las novelas de crímenes, digo, desde las de Bulwer y Dickens hasta las de Turnapenny y Ainsworth, las dos palabritas latinas *cui bono* son traducidas como «¿con qué propósito?», o (como si fuera *quo bono*) «¿para qué sirve?». Su verdadero significado, sin embargo, es «¿en provecho de quién?». *Cui*, a quién; *bono*, ¿es provechoso? Es una frase puramente legal, y se aplica precisamente en casos como el que nos ocupa, en los que la probabilidad de que alguien haya cometido un delito depende de que, una vez consumado, redunde en provecho suyo[47]. Pues bien, en este caso, la pregunta *cui bono?* implicaba muy intencionadamente a Mr. Pennifeather. Su tío, después de haber hecho testamento en su favor, lo había amenazado con desheredarlo. Pero la amenaza no se había cumplido de hecho; el testamento original, según parece, no había sido modificado. De *haberlo* sido, el único motivo presumible para el asesinato habría sido el habitual de la venganza; e incluso este habría sido contrarrestado por la esperanza de restablecer las buenas relaciones con su tío. Pero al no haberse modificado el testamento, mientras la amenaza de modificación permanecía suspendida sobre la cabeza del sobrino, pareció enseguida el más firme móvil posible para aquella atrocidad; y eso decidieron, muy sagazmente, los respetables ciudadanos de Rattleborough.

Por consiguiente, Mr. Pennifeather fue arrestado allí mismo, y la multitud, después de hacer algunas pesquisas más, volvió a sus casas, custodiándolo. Durante el trayecto, sin embargo, una nueva circunstancia contribuyó a confirmar las sospechas abrigadas. Vieron que Mr. Goodfellow, cuyo celo lo hacía ir siempre un poco por delante del grupo, de pronto echó a correr unos cuantos pasos, se agachó y al parecer cogió de la hierba un pequeño objeto. Después de haberlo examinado rápidamente, observaron también que en cierto modo intentó ocultarlo en el bolsillo de la chaqueta; pero, como digo, vieron cómo lo hacía y por lo tanto lo impidieron; el objeto recogido era una navaja española que una docena de personas reconoció inmediatamente que pertenecía a Mr. Pennifeather. Es

más, llevaba grabadas sus iniciales en la empuñadura. La hoja de la navaja estaba abierta y manchada de sangre.

Ya no quedaba ninguna duda acerca de la culpabilidad del sobrino y, nada más llegar a Rattleborough, lo llevaron ante el juez de instrucción.

Allí el asunto dio un giro todavía más desfavorable. Al ser preguntado el prisionero dónde había estado la mañana en la que desapareció Mr. Shuttleworthy, tuvo el atrevimiento de reconocer que aquella misma mañana había salido con su rifle a cazar ciervos en las inmediaciones de la charca en la que, gracias a la sagacidad de Mr. Goodfellow, habían encontrado el chaleco manchado de sangre.

Este último se presentó entonces y, con lágrimas en los ojos, pidió permiso para declarar. Dijo que un riguroso sentido del deber para con su Hacedor, no menos que con sus semejantes, no le permitía guardar silencio por más tiempo. Hasta entonces, el afecto más sincero que sentía por el joven (a pesar de lo mal que lo había tratado a él, Mr. Goodfellow) lo había inducido a barajar cualquier hipótesis que la imaginación le sugiriese para procurar explicar lo que parecía sospechoso en las circunstancias que tan seriamente perjudicaban a Mr. Pennifeather; pero esas circunstancias eran ya realmente *demasiado* convincentes…, *demasiado* irrecusables; no vacilaría más…, diría todo lo que sabía, aunque su corazón (el de Goodfellow) sin lugar a dudas estallaría en pedazos en el intento. Acto seguido procedió a declarar que, la tarde del día anterior a la partida de Mr. Shuttleworthy, ese respetable caballero había mencionado a su sobrino (él, Mr. Goodfellow, lo había escuchado) que se proponía ir a la ciudad al día siguiente para ingresar una cantidad de dinero excepcionalmente grande en el Farmer’s and Mechanics’ Bank, y que, allí mismo, el susodicho Mr. Shuttleworthy había afirmado expresamente al susodicho sobrino su irrevocable decisión de rescindir el testamento que había hecho en un principio y desheredarlo. Él (el testigo) pidió solemnemente al acusado que declarase si lo que él (el testigo) acababa de afirmar era o no cierto hasta el último detalle. Para gran asombro de todos los presentes, Mr. Pennifeather admitió francamente que *lo era*.

El magistrado consideró entonces que debía enviar una pareja de agentes de policía para registrar el aposento del acusado en casa de su tío.

Volvieron de su registro casi inmediatamente con la muy conocida cartera de cuero rojizo con cantoneras metálicas que el anciano caballero solía llevar consigo desde hacía años. Su valioso contenido, sin embargo, había sido sustraído, y el magistrado procuró en vano arrancar al acusado una confesión de qué había hecho con ello, o dónde lo había escondido. Por supuesto, él negó obstinadamente saber nada del asunto. Los agentes de policía descubrieron también, entre el colchón y la arpillera del desdichado joven, una camisa y un pañuelo para el cuello marcados con sus iniciales, y ambos untados horriblemente con la sangre de la víctima.

En esa coyuntura, se hizo saber que el caballo del asesinado acababa de expirar a consecuencia de la herida que había recibido, y Mr. Goodfellow propuso que se hiciera inmediatamente una *autopsia* del animal, a fin de hallar, de ser posible, la bala. Se hizo, en efecto; y, como para demostrar sin lugar a dudas la culpabilidad del acusado, Mr. Goodfellow, después de una considerable búsqueda en la cavidad torácica, logró descubrir y sacar una bala de un calibre poco común, que, realizadas las pruebas pertinentes, resultó adaptarse exactamente al alma del rifle de Mr. Pennifeather, en tanto que era demasiado grande para el de cualquier otra persona del pueblo o de sus inmediaciones. Para confirmar todavía más la cuestión, se descubrió de todos modos que esa bala tenía un defecto o grieta que formaba un ángulo recto con la juntura normal; y al examinarla, esa grieta coincidía de modo preciso con una estría o elevación en un par de moldes que el acusado reconocía pertenecerle. Tras el descubrimiento de esa bala, el juez de instrucción rehusó escuchar nuevos testimonios y de inmediato citó ante los tribunales al acusado, negándose firmemente a aceptar ningún tipo de fianza a pesar de que Mr. Goodfellow protestó con vehemencia contra esa severidad y se ofreció como fiador por cualquier suma que se requiriese. Esa generosidad por parte del «viejo Charley» estaba de acuerdo con el tenor de su amable y caballerosa conducta durante todo el tiempo que residió en Rattleborough. En este caso, el respetable hombre se dejó llevar de tal manera por el excesivo entusiasmo de su compasión que, al ofrecerse como fiador de su joven amigo, pareció haber olvidado por completo que él (Mr. Goodfellow) no poseía en todo el mundo ninguna propiedad que valiera un solo dólar.

El resultado del auto de prisión puede imaginarse fácilmente. En medio de las clamorosas execraciones de todo Rattleborough, Mr. Pennifeather fue procesado en el siguiente tribunal trimestral para dirimir las causas criminales, y la serie de pruebas circunstanciales (reforzada por algunos datos condenatorios adicionales, que la sensible conciencia de Mr. Goodfellow le impidió ocultar al tribunal) fue considerada tan absolutamente concluyente que el jurado, sin abandonar sus asientos, dictó un inmediato veredicto de «culpable de homicidio premeditado». Poco después el desdichado fue condenado a muerte y lo remitieron a la cárcel del condado a la espera del inexorable escarmiento de la ley.

Mientras tanto, la noble conducta del «viejo Charley Goodfellow» se había granjeado todavía más las simpatías de los ciudadanos honrados del municipio. Su estimación y aprecio llegó a ser diez veces mayor que antes; y, como consecuencia natural de la hospitalidad con que lo trataban, ineludiblemente relajó, por decirlo así, los hábitos en extremo parcos que hasta entonces la pobreza le había obligado a acatar, y con mucha frecuencia tenía pequeñas *réunions* en su propia casa, en las que imperaba el ingenio y la jovialidad… amortiguadas un poco, *por supuesto*, por algún que otro recuerdo de la lamentable y deprimente suerte que se cernía sobre el sobrino del difunto amigo íntimo del generoso anfitrión.

Un buen día, este magnánimo caballero se llevó una agradable sorpresa al recibir la siguiente carta:

> Charles Goodfellow, Esquire[48]
>
> Muy señor mío:
>
> Conforme a un pedido trasmitido a nuestra firma hará unos dos meses por nuestro estimado corresponsal Mr. Barnabas Shuttleworthy, tenemos el honor de enviarle esta mañana, a su domicilio, un cajón doble de Château Margaux, de la marca antílope, sello violeta. Cajón numerado y marcado como se indica al margen.
>
> Quedan a su disposición sus más humildes servidores,
>
> HOGGS, FROGS, BOGS, Y CÍA

CIUDAD DE…, 21 DE JUNIO DE 18…

P. S.: El cajón le llegará, por furgón, al día siguiente de recibir esta carta. Nuestros respetos a Mr. Shuttleworthy.

H., F., B., Y CÍA

Lo cierto es que, desde la muerte de Mr. Shuttleworthy, Mr. Goodfellow había perdido toda esperanza de recibir alguna vez el prometido Château Margaux; y por consiguiente consideró que su llegada *en aquellos momentos* era una especie de designio exclusivo de la Providencia en su favor. Lo alegró sumamente, por supuesto, y en la exuberancia de su júbilo al día siguiente invitó a un numeroso grupo de amigos a un *petit souper*[49], con el fin de empezar a gastar el regalo del bueno de Mr. Shuttleworthy. No es que *dijese* algo acerca del «bueno de Mr. Shuttleworthy» cuando repartió las invitaciones. Lo cierto es que lo meditó mucho y decidió no decir nada en absoluto. Si mal no recuerdo, *no* le mencionó a nadie que había recibido un *regalo* de Château Margaux. Se limitó a pedir a sus amigos que fueran a ayudarlo a beber un vino de extraordinaria calidad y excelente sabor que había encargado a la ciudad hacía un par de meses y que recibiría al día siguiente. Muchas veces he tratado de imaginar por qué el «viejo Charley» llegó a la conclusión de ocultar que había recibido el vino de su viejo amigo, pero nunca pude comprender exactamente sus razones para callar, aunque sin duda debía tener *alguna*, excelente y magnánima.

Por fin llegó el día siguiente, y con él una numerosa y sumamente respetable concurrencia en casa de Mr. Goodfellow. Desde luego, estaba allí la mitad del pueblo (y yo entre ellos), pero, con gran disgusto del anfitrión, el Château Margaux no apareció hasta última hora y cuando los invitados habían hecho suficientemente los honores a la suntuosa cena ofrecida por el «viejo Charley». Sin embargo, al final llegó —además era un cajón enormemente grande— y como toda la concurrencia estaba de un desmesurado buen humor, se decidió, *nem. con.*[50], que lo subieran a la mesa y de manera inmediata extrajeran su contenido.

Dicho y hecho. Eché una mano y en un abrir y cerrar de ojos pusimos el cajón encima de la mesa, en medio de todas las botellas y vasos, bastantes

de los cuales se rompieron en el altercado. El «viejo Charley», que estaba más o menos ebrio y con el rostro excesivamente enrojecido, se sentó, con aire de falsa dignidad, en la cabecera de la mesa y la golpeó furiosamente con una licorera, pidiendo a la concurrencia que mantuviese el orden «durante la ceremonia de desenterrar el tesoro».

Después de alguna vociferación, a la postre se restableció la calma del todo y, como suele suceder en casos parecidos, siguió un profundo y extraño silencio. Habiéndome pedido a continuación que forzase la tapa, accedí, por supuesto, «con infinito placer». Introduje un escoplo y, dándole unos cuantos golpecitos con un martillo, la tapa del cajón se desprendió de pronto y al mismo tiempo se levantó de un salto, en posición de sentado, mirando directamente al anfitrión, el cadáver magullado, ensangrentado y casi putrefacto del asesinado Mr. Shuttleworthy. Durante unos instantes miró fijamente y apesadumbrado, con sus ojos deteriorados y sin vida, el semblante de Mr. Goodfellow; pronunció despacio pero clara e impresionantemente las palabras: «¡Tú eres el hombre!». Y a continuación, cayendo por encima del costado del cajón, como si estuviera plenamente satisfecho, extendió sus trémulos miembros.

La escena que siguió es completamente imposible de describir. La aglomeración de gente hacia las puertas y ventanas fue tremenda, y muchos de los hombres más robustos de la sala se desmayaron en el acto de puro terror. Pero tras el primer desaforado y clamoroso estallido de espanto, todas las miradas se dirigieron hacia Mr. Goodfellow. Aunque viva mil años, nunca podré olvidar la angustia más que mortal reflejada en aquel rostro cadavérico, hasta hacía tan poco rubicundo de júbilo y vino. Durante varios minutos permaneció tieso como una estatua de mármol; sus ojos, con la penetrante mirada perdida, vueltos hacia dentro y absortos en la contemplación de su propia alma vil, asesina. Finalmente su expresión pareció dirigirse de pronto hacia el mundo exterior, cuando, con un rápido brinco, se levantó de su silla y, cayendo pesadamente con la cabeza y los hombros sobre la mesa, y en contacto con el cadáver, soltó de forma rápida y vehemente una confesión detallada del horrendo crimen por el que Mr. Pennifeather estaba encarcelado y condenado a muerte.

Lo que contó fue en esencia lo siguiente: Siguió a su víctima hasta las inmediaciones de la charca; allí disparó al caballo un pistoletazo; despachó a su jinete con la culata; se apoderó de la cartera; y, creyendo que el caballo había muerto, lo arrastró con gran esfuerzo hasta las zarzas que rodeaban la charca. Echó el cadáver de Mr. Shuttleworthy sobre su propio caballo y de ese modo lo llevó a un escondite seguro en el bosque a mucha distancia.

El chaleco, la navaja, la cartera y la bala los había colocado él mismo donde los encontraron, con el propósito de vengarse de Mr. Pennifeather. También ideó el descubrimiento del pañuelo y la camisa manchados de sangre.

Hacia el final del aterrador relato la voz del malvado culpable desfalleció y se hizo más cavernosa. Cuando finalmente concluyó la relación, se levantó, se alejó de la mesa tambaleándose y cayó… *muerto*.

Los medios mediante los cuales fue arrancada esta oportuna confesión, aunque eficaces, fueron sencillos ciertamente. La excesiva franqueza de Mr. Goodfellow me había indignado y despertado mis sospechas desde el principio. Me hallaba presente cuando Mr. Pennifeather lo golpeó, y la diabólica expresión que entonces apareció en su rostro, aunque fue pasajera, me convenció de que su amenaza de venganza, a ser posible, se cumpliría inflexiblemente. Estaba, pues, preparado para percibir los *manejos* del «viejo Charley» de un modo muy distinto del que lo consideraban los buenos ciudadanos de Rattleborough. Comprendí enseguida que todos los descubrimientos acusatorios provenían directa o indirectamente de él. Pero el hecho que me abrió los ojos por completo fue el asunto de la bala, *encontrada* por Mr. G. en el cadáver del caballo. *Yo* no había olvidado, aunque los rattleburgueses sí, que la bala había entrado en el caballo por un orificio, y *salió* por otro. Si fue encontrada dentro del animal, después de que hubiera salido, comprendí sin ningún género de dudas que debía haberla depositado la persona que la encontró. La camisa y el pañuelo ensangrentados confirmaban la idea sugerida por la bala, pues al examinar la sangre resultó ser excelente clarete, y nada más. Cuando me puse a pensar en esas cosas, y también en el reciente incremento de liberalidad y

gastos por parte de Mr. Goodfellow, abrigué una sospecha que no obstante era intensa aunque me negase a compartirla.

Entretanto inicié en privado una rigurosa búsqueda del cadáver de Mr. Shuttleworthy, y tenía buenas razones para buscar en zonas lo más apartado posible de aquellas hacia las cuales Mr. Goodfellow dirigió a su grupo. El resultado fue que, algunos días más tarde, encontré un antiguo pozo seco, cuya boca estaba casi oculta por las zarzas; y allí, en el fondo, descubrí lo que buscaba.

Pues bien dio la casualidad de que yo había escuchado la conversación entre los dos compinches, cuando Mr. Goodfellow había engatusado a su anfitrión para que le prometiera un cajón de Château Margaux. Actué basándome en ese indicio. Conseguí un trozo duro de barba de ballena, lo metí por la garganta del cadáver y deposité a este en un antiguo cajón de vino, teniendo cuidado de doblarlo de forma que la barba de ballena se doblase con él. De esta manera tuve que apretar fuertemente la tapa para sujetarla mientras la aseguraba con clavos; y contaba, por supuesto, con que, en cuanto los quitase, la tapa *saldría* disparada y el cuerpo se *alzaría*.

Dispuesto así el cajón, lo marqué, numeré y puse la dirección como ya conté; y después de escribir una carta en nombre de los vinateros que proveían a Mr. Shuttleworthy, di instrucciones a mi criado para que llevase el cajón, en una carretilla, hasta la puerta de Mr. Goodfellow cuando yo le diera la señal. Para las palabras que pretendía que dijera el cadáver, contaba categóricamente con mis habilidades como ventrílocuo; en cuanto a su efecto, confiaba en la conciencia del malvado asesino.

Creo que no queda nada más que explicar. Mr. Pennyweather quedó en libertad inmediatamente, heredó la fortuna de su tío, aprovechó las lecciones de la experiencia, se reformó y a partir de entonces llevó una nueva y dichosa vida.

CHARLES DICKENS

TRES ANÉCDOTAS DE DETECTIVES[51]

I

El par de guantes

—Es una historia simple —dijo el inspector Wield quien, acompañado por los sargentos Dornton y Mith, nos hizo otra visita crepuscular una noche de julio— y creo que le gustaría conocerla.

Está relacionada con el asesinato de la joven Eliza Grimwood, hace algunos años, en Waterloo Road. Era conocida comúnmente como la Condesa, debido a su belleza y a su altanera manera de comportarse; y cuando vi a la pobre Condesa (la había conocido lo suficiente para dirigirme a ella), que yacía muerta, le habían cortado el cuello en el suelo de su dormitorio, me creerá si le digo que me pasó por la cabeza una diversidad de reflexiones a propósito para hacer que un hombre se desanime bastante.

Eso no viene al caso. Fui a la casa la mañana siguiente al asesinato, y examiné el cadáver e hice un reconocimiento general del dormitorio en donde se encontraba. Al dar la vuelta a la almohada de la cama, hallé,

debajo de ella, un par de guantes. Un par de guantes de vestir de caballero, muy sucios; y en el interior del forro las letras TR y una cruz.

Pues bien, señor, me llevé los guantes y se los mostré al magistrado, en Union Hall, ante el cual se expuso el caso. Él me dijo:

—Wield, no hay ninguna duda de que este descubrimiento puede conducir a algo muy importante, y lo que usted debe hacer es averiguar quién es el dueño de esos guantes.

Yo pensaba lo mismo, por supuesto, e inmediatamente me dispuse a hacerlo. Examiné los guantes muy atentamente y mi opinión era que habían sido limpiados en seco. Tenían un olor a azufre y colofonia, ya me entiende, como normalmente tienen los guantes limpiados en seco, más o menos. Se los llevé a un amigo mío de Kensington, que se dedica a eso y se lo expuse.

—¿Qué me dice ahora? ¿Se han limpiado en seco estos guantes?

—Estos guantes se han limpiado en seco —me dijo él.

—¿Tiene usted alguna idea de quién los limpió? —le dije.

—En absoluto —me dijo él—. Estoy completamente seguro de que yo no los *limpié*. Pero se me ocurre una idea, Wield. En Londres no hay más de ocho o nueve firmas que se dedican a limpiar guantes —no los había, en aquella época, por lo visto— y creo que puedo darle sus señas; así podrá averiguar quién los limpió.

De modo que me dio las direcciones y fui de acá para allá, consultando a los respectivos encargados; pero, aunque todos estaban de acuerdo en que los guantes los limpiaron en seco, no pude averiguar qué hombre, mujer, o niño, había limpiado aquel susodicho par de guantes.

Entre que uno no se encontraba en casa, a otro se lo esperaba por la tarde, y esas cosas, la pesquisa me llevó tres días. La noche del tercer día, al pasar por Waterloo Bridge viniendo desde Surrey, completamente derrengado, y muy enfadado y decepcionado, pensé que un espectáculo en el Lyceum Theatre, que solo costaba un chelín, me refrescaría. Así que entré en el patio de butacas, a mitad de precio, y me senté cerca de un joven muy reservado y modesto. Viendo que yo era forastero (pensé que fue una suerte que pareciera serlo) me dijo los nombres de los actores en las tablas y entablamos una conversación. Cuando la función se terminó, salimos juntos y le dije:

—Hemos estado muy sociables y conformes, y a lo mejor no le importaría tomar una copa.

—Bueno, es usted muy amable —me dijo él—. No me *importaría* tomar una copa.

De modo que fuimos a una taberna, cerca del teatro, nos sentamos en una tranquila sala en el primer piso y pedimos cada uno una pinta de mitad y mitad[52] y una pipa.

Pues bien, señor, dejamos a un lado nuestras pipas y nos bebimos nuestras pintas de mitad y mitad y nos pusimos a conversar muy amigablemente, cuando el joven me dijo:

—Dispense pero tendré que dejar de hablar muy pronto, pues no tengo más remedio que volver a casa rápidamente. Tengo que trabajar toda la noche.

—¿Trabajar toda la noche?» —le dije—. ¿Es usted panadero?

—No —me dijo riéndose—. No soy panadero.

—No me lo parecía. No tiene usted pinta de panadero.

—No —me dijo—. Soy limpiador de guantes.

En mi vida había sentido mayor perplejidad que cuando escuché esas palabras que salieron de sus labios.

—¿Es usted limpiador de guantes?

—Sí —me dijo—. Eso soy.

—En ese caso —le dije, sacando los guantes del bolsillo—, quizás usted pueda decirme quién limpió este par de guantes. Es una historia extraña. Verá usted. El otro día estuve cenando en una animada tasca de Lambeth…, bastante promiscua…, con chicas de alterne…, cuando ¡algún caballero se olvidó allí estos guantes! Otro caballero y yo, ¿me comprende?, apostamos un soberano a que yo no averiguaría a quién pertenecían. He gastado ya no menos de siete chelines tratando de descubrirlo; pero, si pudiera usted ayudarme, con mucho gusto pagaría otros siete. Mire, llevan por dentro unas iniciales: TR y una cruz.

—Ya lo veo —me dijo—. ¡Vaya por Dios, conozco muy bien estos guantes! He visto docenas de pares que pertenecen al mismo individuo.

—¡No! —le dije.

—Sí —me dijo.

—Entonces, ¿sabe quién los ha limpiado? —le dije.

—Ya lo creo que sí —me dijo—. Los limpió mi padre.

—¿Dónde vive su padre? —le dije.

—Justo a la vuelta de la esquina —me dijo el joven—, cerca de Exeter Street. Él podrá decirle directamente a quién pertenecen.

—¿Tendría la amabilidad de acompañarme ahora?

—Cómo no —me dijo—. Pero no hace falta que le diga a mi padre que nos hemos conocido en el teatro, ya me entiende, porque podría no gustarle.

—¡De acuerdo!

Fuimos a la casa, y allí encontramos a un anciano con un mandil blanco que, acompañado de dos o tres hijas, frotaba y limpiaba montones de guantes en una sala de estar que daba a la fachada.

—Oye, padre —le dijo el joven—, aquí hay alguien que ha hecho una apuesta sobre quién es el propietario de un par de guantes, y le he dicho que tú puedes aclarárselo.

—Buenas noches, señor —le dije al anciano—. Estos son los guantes de los que habla su hijo. Con las iniciales TR, fíjese, y una cruz.

—Oh, sí —me dijo—, conozco muy bien esos guantes; he limpiado docenas de pares como esos. Pertenecen a Mr. Trinkle, el famoso tapicero de Cheapside.

—¿Se los entregó Mr. Trinkle personalmente, si me permite preguntárselo?

—No —me dijo—. Trinkle siempre se los da a Mr. Phibbs, que tiene una mercería en la acera de enfrente, y él me los da a mí.

—¿Le importaría a usted tomar una copa conmigo? —le dije.

—¡En absoluto! —me dijo.

De modo que me llevé al anciano y estuve un buen rato bebiendo y charlando con él y con su hijo, y nos despedimos tan amigos.

Eso ocurrió a última hora de la noche de un sábado. Lo primero que hice el lunes por la mañana fue presentarme en la mercería que estaba enfrente de Mr. Trinkle, el gran tapicero de Cheapside.

—¿Está Mr. Phibbs?

—Yo soy Phibbs.

—¡Ah! Creo que llevó usted este par de guantes a limpiar.

—Sí, por encargo del joven Mr. Trinkle, de ahí enfrente. ¡Está en la tienda!

—¡Ah! ¿Es el que está en la tienda? ¿El del gabán verde?

—El mismo.

—Verá usted, Mr. Phibbs. Este es un asunto desagradable. Pero la verdad es que soy el inspector Wield, de la brigada de detectives, y encontré estos guantes debajo de la almohada de la joven a la que asesinaron el otro día en Waterloo Road.

—¡Dios mío! —me dijo—. Es un joven muy respetable y, si su padre se entera de esto, ¡será su perdición!

—Lo lamento mucho —le dije—, pero tengo que detenerlo.

—¡Dios mío! —dijo Phibbs—. ¿No se puede hacer nada?

—Nada —le dije.

—¿Me permite que vaya a avisarlo? —me dijo—. Para que su padre no lo vea.

—No me opongo —le dije—, pero, por desgracia, Mr. Phibbs, no puedo permitir que ustedes se comuniquen. Si lo intentaran, me vería en la obligación de interferir directamente. ¿Por qué no le hace una seña para que venga?

Mr. Phibbs fue hasta la puerta y le hizo una seña, y el tapicero inmediatamente cruzó la calle. Era un joven elegante y jovial.

—Buenos días, señor —le dije.

—Buenos días, señor —me dijo.

—¿Puedo preguntarle, señor —le dije—, si conoce usted a alguien que se apellide Grimwood?

—¡Grimwood! ¡Grimwood! —dijo—. ¡No!

—¿Conoce usted Waterloo Road?

—¡Por supuesto que conozco Waterloo Road!

—¿Y por casualidad no sabrá usted que allí asesinaron a una joven?

—Sí, lo leí en el periódico, y lo sentí mucho.

—Aquí tengo un par de guantes, que le pertenecen que encontré debajo de su almohada la mañana siguiente.

Se quedó horrorizado, señor, ¡completamente horrorizado!

—Mr. Wield —me dijo—, le juro solemnemente que nunca estuve allí. ¡Que yo sepa, ni siquiera he visto a esa muchacha en toda mi vida!

—Lo siento mucho —le dije—. Si he de serle sincero, no creo que usted *sea* el asesino, pero tengo que llevarlo a Union Hall en un coche de alquiler. De todos modos, tratándose de un caso como este, creo que el magistrado lo interrogará personalmente.

Se llevó a cabo un interrogatorio a puertas cerradas, y así se descubrió que aquel joven conocía a una prima de la desventurada Eliza Grimwood, y que, habiendo pasado a verla uno o dos días antes del asesinato, se había dejado esos guantes encima de la mesa. ¿Y quién llegó poco después? ¡Eliza Grimwood!

—¿De quién son estos guantes? —dijo.

—Son de Mr. Trinkle —dijo su prima.

—¡Vaya! —dijo—, están muy sucios, y no creo que le sirvan. Me los llevaré para que mi criada limpie las estufas.

Y se los guardó en el bolsillo. La criada los había usado para limpiar las estufas y, no me cabe la menor duda, los había dejado en el dormitorio, encima de la repisa, o en la gaveta, o en algún sitio; y su señora, cuando inspeccionó la habitación para ver si estaba en orden, los había cogido y guardado debajo de la almohada, donde yo los encontré.

—Esa es la historia, señor.

II

Una pizca de astucia

—Una de las cosas más *hermosas* que se han hecho nunca —dijo el inspector Wield, recalcando el adjetivo, como si quisiera prepararnos para esperar más destreza o ingenio que gran interés— fue obra del sargento Witchem. ¡Tuvo una ocurrencia estupenda!

Witchem y yo estábamos en Epsom, un día de derbi, esperando en la estación la llegada de los carteristas. Como ya he mencionado cuando hablamos antes de estas cosas, estamos disponibles en la estación cuando hay carreras o una feria agrícola, o la toma de juramento de un rector en la universidad, o se espera a Jenny Lind[53], o algo por el estilo; y cuando llegan los carteristas, los hacemos volver de nuevo en el siguiente tren. Pero algunos carteristas, con motivo de este derbi al que me refiero, nos tomaron el pelo hasta el punto de alquilar un caballo y un tílburi. Salieron de Londres por Whitechapel y dieron un rodeo de varias millas; entraron en Epsom por dirección contraria; y se pusieron a trabajar, a diestro y siniestro, en el hipódromo, mientras nosotros los esperábamos en el ferrocarril. De cualquier manera, no es eso lo que voy a contarle.

Mientras Witchem y yo esperábamos en la estación, apareció Mr. Tatt, un caballero que en tiempos fue funcionario público, buen detective *amateur* a su manera, y muy respetado.

—Pero bueno, Charley Wield —me dijo—, ¿qué hace usted aquí? ¿Espera a alguno de sus viejos amigos?

—Sí, Mr. Tatt, lo de siempre.

—Vengan conmigo —me dijo—, usted y Witchem, a tomar una copa de jerez.

—No podemos movernos de aquí —le dije— hasta que llegue el próximo tren; pero después, iremos con mucho gusto.

Mr. Tatt esperó, el tren llegó, y Witchem y yo fuimos con él al hotel. Mr. Tatt no reparó en gastos para la ocasión; y llevaba en la pechera un precioso prendedor de diamante que debió costarle quince o veinte libras… Un alfiler muy elegante, desde luego. Nos habíamos tomado tres o cuatro copas, cuando, de pronto, Witchem gritó:

—¡Cuidado, Mr. Wield, manténgase firme!

Entraron como una exhalación en el hotel cuatro carteristas, que habían llegado como le dije, ¡y enseguida desapareció el alfiler de Mr. Tatt! Witchem les cerró el paso en la puerta, yo repartí golpes a diestro y siniestro con todas mis fuerzas, Mr. Tatt demostró que peleaba como había prometido, y acabamos todos rodando por el suelo del bar, patas arriba. ¡No creo que haya visto usted una escena de tanta confusión! Sin embargo

cumplimos con nuestros amigos (Mr. Tatt es tan hábil como el mejor agente), y los cogimos a todos y los llevamos a la estación. La estación estaba llena de gente que volvía de ver la carrera, y nos costó mucho trabajo sujetarlos. No obstante, al final lo conseguimos y los registramos, pero no llevaban nada encima y los encerramos; y para entonces estábamos bastante acalorados, ¡se lo aseguro!

Yo estaba muy desconcertado y no podía creerme que el alfiler hubiera desaparecido; se lo dije a Witchem cuando los pusimos a buen recaudo y fuimos a refrescarnos con Mr. Tatt.

—No nos ha salido bien la jugada esta vez, porque no llevaban nada encima y después de todo es solo una fanfarronada[54].

—¿Qué quiere usted decir, Mr. Weild? —dijo Witchem.

—¡Aquí está el alfiler de diamante!

Y en efecto estaba en la palma de su mano, ¡sano y salvo!

—Caramba, nos preguntamos —dijimos Mr. Tatt y yo, asombrados— cómo lo logró.

—Vi cuál de ellos se lo quitó; y cuando estábamos todos rodando por el suelo, le di un toquecito en el dorso de la mano, como sabía que haría su camarada, y el creyó que *era* su camarada y ¡me lo dio! Fue magnífico, ¡mag-ní-fi-co!

Ni siquiera fue eso ni mucho menos lo mejor del caso, pues aquel tipo fue juzgado en la sesión trimestral del tribunal de Guilford. Ya sabe usted, señor, lo que son esos tribunales superiores que se reúnen trimestralmente en los condados de Inglaterra y Gales para dirimir las causas civiles y criminales. Pues bien, ¿querrá creerme?, mientras los lentos jueces echaban un vistazo a las Actas del Parlamento, para ver qué podían hacer con él, ¡que me aspen si no escapó por la puerta ante sus propias narices! Se escapó por la puerta, señor, allí mismo; cruzó a nado un río y se subió a un árbol para secarse. Lo detuvieron en el árbol —una vieja lo había visto subir—, ¡y la pizca de astucia de Witchem lo dejó extasiado!

III

El sofá

—¡Es sorprendente lo que hacen a veces los jóvenes para echarse a perder y partirle el corazón a sus amigos! —dijo el sargento Dornton—. Tuve un caso de esa clase en el Saint Blank’s Hospital. Un caso desgraciado, a decir verdad, ¡con un final desgraciado!

El secretario, el cirujano interno y el tesorero del Saint Blank’s Hospital vinieron a Scotland Yard a proporcionar información sobre los numerosos robos de que habían sido víctima los estudiantes. No podían dejar nada en los bolsillos de sus gabanes mientras estuvieran colgados en el hospital, porque era casi seguro que serían robados. Constantemente les desaparecían diversas pertenencias y, como es natural, los caballeros estaban preocupados por ello e impacientes por el honor de la institución, por que el ladrón o ladrones fueran descubiertos. Me encargaron el caso y fui al hospital.

—Pues bien, caballeros —les dije, después de que hubimos hablado de ello—, supongo que todas esas pertenencias desaparecen normalmente en una habitación.

Me dijeron que sí. Así era en efecto.

—Me gustaría, si no les parece mal —les dije—, ver la habitación.

Era una habitación grande y escasamente amueblada, con unas cuantas mesas y bancos, y rodeada de perchas para sombreros y gabanes.

—Ahora, caballeros, díganme: ¿sospechan de alguien?

Me dijeron que sí. Sospechaban de alguien. Lamentaban decir que sospechaban de uno de los porteros.

—Me gustaría —les dije— que me indicaran de quién se trata y me dejasen que me encargue de él durante un rato.

Me indicaron quién era y me encargué de él. Luego volví al hospital y les dije:

—Pues bien, caballeros, no es el portero. Para su desgracia, le gusta demasiado la bebida, pero eso es lo peor de él. Sospecho que esos robos los comete uno de los estudiantes; y si ponen un sofá en la habitación de las

perchas —ya que no hay armario— creo que podré descubrir al ladrón. Me gustaría que hicieran el favor de cubrir el sofá con cretona, o algo por el estilo, para que yo pueda tenderme debajo de él en posición invertida, sin ser visto.

Colocaron el sofá y el día siguiente a las once en punto, antes de que llegaran los estudiantes, yo estaba allí, con aquellos caballeros, para meterme debajo de él. Resultó ser uno de esos sofás a la antigua con una gran viga transversal en el fondo, que me habría roto la espalda en un abrir y cerrar de ojos si hubiera podido meterme debajo. Nos costó bastante trabajo desprenderla en todo ese tiempo; sin embargo, nos pusimos todos manos a la obra y logramos quitarla y dejar sitio para mí. Me colé debajo del sofá, tendido con el rostro hacia el suelo, saqué mi navaja e hice un agujero conveniente en la cretona para mirar por él. Había acordado con los caballeros que, cuando los estudiantes hubieran subido a los pabellones, uno de ellos entraría y colgaría un gabán en una de las perchas. Y que ese gabán llevaría, en uno de los bolsillos, una cartera con billetes marcados.

Después de estar allí algún tiempo empezaron a dejarse caer los estudiantes, de uno en uno, de dos en dos y de tres en tres, hablando de todo tipo de cosas, sin pensar que había alguien debajo del sofá, y luego subieron a los pabellones. Finalmente llegó uno que esperó hasta quedarse solo en la habitación. Era un joven más bien alto y apuesto, de veintiún o veintidós años, con un bigotito. Se acercó a una percha concreta, cogió un precioso sombrero, se lo probó, colgó el suyo en su lugar y puso el otro en otra percha, casi enfrente de mí. Yo estaba completamente seguro de que era el ladrón, y de que volvería más tarde.

Cuando todos los estudiantes estaban arriba, entró el caballero con el gabán. Yo le había indicado dónde debía colgarlo, para poder verlo bien; y se marchó; y seguí tumbado un par de horas debajo del sofá, esperando.

Por fin volvió el mismo joven. Cruzó la habitación silbando, se detuvo y escuchó, dio otra vuelta silbando, volvió a pararse y a escuchar, y entonces empezó a recorrer los percheros, palpando los bolsillos de todos los gabanes. Cuando llegó al gabán del caballero y palpó la cartera, se impacientó y se apresuró tanto que rompió la tapa al abrirla violentamente.

Mientras se guardaba el dinero en el bolsillo, salí a gatas de debajo del sofá, e intercambiamos una mirada.

Como usted puede ver, yo soy moreno, pero en aquel momento estaba blanco, porque no andaba bien de salud, y tenía la cara tan larga como la de un caballo. Además, debajo del sofá había mucha corriente procedente de la puerta, y me había atado un pañuelo en la cabeza; de modo que no sé qué aspecto tenía. Se puso azul, literalmente azul, cuando me vio salir a gatas del sofá, y no me sorprendió.

—Soy detective del departamento de policía —le dije— y he estado aquí tendido desde que entró usted por primera vez esta mañana. Siento mucho, por usted y por su familia, que haya hecho lo que ha hecho; pero el caso está concluido. Tiene la cartera en la mano y lleva el dinero encima; ¡tengo que detenerlo!

Fue imposible presentar argumentos a su favor, y en el juicio se declaró culpable. No sé cómo ni cuándo consiguió los medios necesarios, pero mientras esperaba la sentencia, se envenenó en la prisión de Newgate.

Preguntamos a ese oficial, cuando terminó de contar la anécdota anteriormente mencionada, si el tiempo que pasó en aquella incómoda posición, debajo del sofá, se le hizo largo o corto.

—Verá usted, señor —respondió—, si él no hubiese entrado la primera vez, y yo no hubiera estado convencido de que era el ladrón, el tiempo se me habría hecho muy largo. Pero, así y todo, como estaba completamente seguro de que era mi hombre se me hizo bastante corto.

WILKIE COLLINS

CAZADOR CAZADO[55]

[Extractos de la correspondencia de la policía londinense]

Del inspector jefe Theakstone, del Departamento de Policía, al sargento Bulmer del mismo cuerpo

LONDRES, 4 DE JULIO DE 18

Sargento Bulmer:

Por la presente le informo de que se lo reclama para ayudar a esclarecer un caso importante, que requiere toda la atención de un miembro del cuerpo de su experiencia. El asunto del robo del que usted se ocupa actualmente, haga el favor de pasárselo al joven portador de esta carta. Cuéntele todos los detalles del caso, tal y como están; infórmelo de los progresos que ha hecho (en el caso de que los hubieran) para descubrir a la persona o personas que robaron el dinero; y déjelo hacer todo lo que pueda con el asunto que actualmente tiene entre manos. Tiene que asumir toda la responsabilidad del caso, y todo el crédito de su éxito, si lo lleva a buen término.

Eso en cuanto a las órdenes que quiero comunicarle.

Ahora, algo en confianza sobre este nuevo agente que va a reemplazarlo. Se llama Matthew Sharpin, y va a tener la oportunidad de entrar en nuestro departamento de un salto… si resulta ser lo suficientemente decidido para darlo. Como es natural, usted me preguntará cómo obtuvo ese privilegio. Solo puedo decirle que lo respalda alguien sumamente influyente en las altas esferas, que usted y a mí más nos valdría no mencionar como no sea en voz baja. Ha sido pasante de un abogado y es extremadamente vanidoso opinando de sí mismo, a la vez que su aspecto es mezquino y socarrón. Según dice, deja su anterior oficio y se une a nosotros por su propia voluntad y preferencia. Usted no lo creerá como tampoco yo. Tengo la teoría de que ha conseguido descubrir alguna información confidencial relacionada con los negocios de uno de los clientes de su jefe, lo que lo convierte en persona bastante inadecuada para continuar en la oficina y, al mismo tiempo, le da bastante ascendiente sobre su patrón, que correría un gran riesgo si lo pusiera entre la espada y la pared despidiéndolo. Creo que darle esta oportunidad sin precedentes en nuestro departamento es, hablando con franqueza, prácticamente como sobornarlo para hacerlo callar. Sea lo que sea, Mr. Matthew Sharpin debe encargarse del caso que lleva usted ahora; y si lo resuelve, meterá su repugnante nariz en nuestro departamento, tan cierto como que un día hemos de morir. Lo informo de esto, sargento, para que no se confunda dándole al novato algún motivo para ir a quejarse de usted a la jefatura de policía. Lo saluda atentamente,

FRANCIS THEAKSTONE

De Mr. Matthew Sharpin
al inspector jefe Theakstone

LONDRES, 5 DE JULIO DE 18…

Mi querido amigo:

Tras haber sido honrado con las indispensables instrucciones del sargento Bulmer, me permito recordarle ciertas indicaciones que he

recibido, relacionadas con el informe sobre mis próximas actuaciones que he de preparar para que la jefatura lo examine.

El objeto de este escrito, y del examen que usted lleve a cabo de su contenido, antes de enviarlo a la superioridad, es, según tengo entendido, concederme el honor de su consejo, dada mi bisoñez, en caso de que lo necesite (me atrevo a creer que no ocurrirá) en cualquier fase de mis actuaciones. Como las circunstancias excepcionales del caso que me ocupa me impiden ausentarme del lugar en el que se cometió el robo, hasta haber hecho algún progreso para descubrir al ladrón, me veo imposibilitado forzosamente para consultarlo a usted. De ahí la necesidad de poner por escrito los diversos detalles que, quizás, sería preferible comunicar de viva voz. Esta es, si no me equivoco, la situación en que ahora nos encontramos. Expongo por escrito mis impresiones sobre el particular, para que podamos entendernos con exactitud desde un principio; y tengo el honor de quedar siempre a su disposición,

MATTHEW SHARPIN

Del inspector jefe Theakstone
a Mr. Matthew Sharpin

LONDRES, 5 DE JULIO DE 18…

Muy señor mío:

Ha empezado usted perdiendo tiempo, tinta y papel. Ambos sabíamos muy bien cuáles eran nuestras respectivas situaciones cuando le envié a usted al sargento Bulmer con mi carta. No había la menor necesidad de repetirlo por escrito. En lo sucesivo, haga el favor de emplear su pluma en el asunto del que se ocupe.

Tiene usted en estos momentos tres asuntos distintos sobre los que ha de escribirme. Primero tiene que redactar una relación de las instrucciones que recibió del sargento Bulmer, para demostrarnos que no se le olvida nada, y que está al corriente de todas las circunstancias del caso que se le ha confiado. En segundo lugar tiene que informarme de lo que se propone

hacer. En tercer lugar tiene que comunicarme minuciosamente los progresos que haga (si es que hace alguno), de día en día y, si fuera necesario, también de hora en hora. Ese es *su* deber. En cuanto al *mío*, cuando quiera que me lo recuerde le escribiré y se lo diré. Mientras tanto, lo saluda atentamente,

FRANCIS THEAKSTONE

De Mr. Matthew Sharpin
al inspector jefe Theakstone

LONDRES, 6 DE JULIO DE 18…

Muy señor mío:

Usted es una persona bastante mayor y, como tal, lógicamente inclinado a sentirse un poco celoso de hombres como yo, que están en la plenitud de la vida y de sus facultades. Dadas las circunstancias, es mi deber ser atento con usted, y no tratar con tanta dureza sus pequeños defectos. Así pues, me niego rotundamente a sentirme ofendido por el tono de su carta; le concedo todo el beneficio de la generosidad innata de mi carácter; borro de mi memoria hasta la existencia de su grosero comunicado: en resumidas cuentas, inspector jefe Theakstone, lo perdono y voy al grano.

Mi primer deber es redactar una relación completa de las instrucciones que he recibido del sargento Bulmer. Aquí la tiene, según yo las veo.

En el número 13 de Rutherford Street, en el Soho, hay una papelería. La lleva un tal Mr. Yatman. Está casado, pero no tiene descendencia. Además de Mr. y Mrs. Yatman, los demás inquilinos de la casa son: un joven soltero, apellidado Jay, que se aloja en la habitación del segundo piso que da a la calle; un dependiente que duerme en uno de los desvanes; y una criada para todo cuya cama está en la trascocina. Una vez a la semana, viene una asistenta a ayudar a esa criada durante unas cuantas horas, solo por la mañana. Esas son las únicas personas que, en circunstancias normales, tienen libre acceso al interior de la casa, que naturalmente queda a su disposición.

Mr. Yatman lleva muchos años en el oficio, y ha prosperado bastante hasta lograr una independencia considerable para una persona de su posición. Desgraciadamente, intentó incrementar el importe de sus bienes mediante la especulación. Se arriesgó temerariamente en sus inversiones, la suerte se volvió contra él, y hace menos de dos años se convirtió de nuevo en un hombre pobre. Lo único que salvó del naufragio de sus bienes fue la suma de doscientas libras.

Aunque Mr. Yatman hizo todo lo posible para enfrentarse a sus nuevas circunstancias, renunciando a muchos de los lujos y comodidades a los que él y su esposa se habían acostumbrado, le resultó imposible economizar para ahorrar algún dinero de los ingresos producidos por su tienda. El negocio ha estado decayendo últimamente: las papelerías que anuncian precios más bajos han acabado por hacer daño a su clientela. Por consiguiente, hasta la última semana lo único que le quedaba al Mr. Yatman de todos sus bienes consistía en doscientas libras que había recuperado del naufragio de su fortuna. Dicha suma fue depositada en un banco comercial de la mayor reputación posible.

Hace ocho días, Mr. Yatman y su inquilino, Mr. Jay, conversaron acerca de las dificultades comerciales que en estos tiempos entorpecen el negocio en todos los órdenes. Mr. Jay (que vive de suministrar a los periódicos breves sueltos relacionados con accidentes, escándalos y sucesos en general; es, en resumidas cuentas, lo que llaman un gacetillero de a penique por línea) contó a su casero que había estado aquel día en la ciudad y había oído rumores desfavorables sobre los bancos comerciales. Los rumores a los que aludía ya habían llegado a oídos de Mr. Yatman por otras fuentes; y la confirmación de los mismos por su inquilino le produjo tanta impresión —predispuesto como estaba a alarmarse por la experiencia de sus anteriores pérdidas— que decidió ir inmediatamente al banco y retirar el depósito.

La tarde estaba ya a punto de acabarse y llegó justo a tiempo de llevarse el dinero antes de que el banco cerrase.

Recibió el dinero en billetes de los siguientes valores: un billete de cincuenta libras, tres billetes de veinte libras, seis billetes de diez libras y otros seis de cinco libras. Su propósito al cobrar el dinero de esa forma era tenerlo disponible para invertirlo inmediatamente en préstamos

insignificantes, con buena garantía, entre los pequeños comerciantes de su distrito, algunos de los cuales están seriamente apremiados para poder subsistir en estos momentos. Esa clase de inversiones le parecieron a Mr. Yatman que eran las más seguras y más rentables con las que podía arriesgarse en aquellos momentos.

Trajo el dinero en un sobre que metió en el bolsillo delantero; y al llegar a casa pidió a su dependiente que buscase una cajita plana de hojalata que no se había usado desde hacía años, y que, como recordaba Mr. Yatman, era exactamente del tamaño adecuado para guardar los billetes. Durante un rato buscaron la caja en vano. Mr. Yatman llamó a su esposa para saber si tenía alguna idea de dónde estaba. La pregunta la oyó por casualidad la criada para todo, que estaba retirando la bandeja del té en aquellos momentos, y Mr. Jay, que estaba bajando las escaleras para ir al teatro. Finalmente, el dependiente encontró la caja. Mr. Yatman colocó en ella los billetes, la cerró con un candado, y la metió en el bolsillo de su gabán. Sobresalía un poco del bolsillo del gabán, pero lo suficiente para que se viera. Mr. Yatman se quedó en casa toda la tarde, en el piso de arriba. No recibió visitas. A las once en punto se acostó y puso la caja, junto con su ropa, al lado de la cama.

Cuando él y su esposa despertaron a la mañana siguiente, la caja había desaparecido. El banco de Inglaterra suspendió inmediatamente el pago de los billetes, pero desde entonces no se ha tenido ninguna noticia del dinero.

Hasta aquí, los detalles del caso están perfectamente claros. Sin lugar a dudas llevan a la conclusión de que el robo debió cometerlo alguna persona que vive en la casa. Las sospechas recaen, por consiguiente, sobre la criada para todo, sobre el dependiente, y sobre Mr. Jay. Los dos primeros sabían que su patrón había estado preguntando por la caja, pero ignoraban qué era lo que quería meter en ella. Supondrían, por supuesto, que era dinero. Ambos tuvieron oportunidad de ver la caja en el bolsillo de Mr. Yatman (la criada, cuando se llevó la bandeja del té, y el dependiente, cuando, después de cerrar la tienda, vino a entregarle a su patrón las llaves de la gaveta), y como es lógico, de deducir, por su posición allí, que tenía la intención de llevársela al dormitorio por la noche.

Mr. Jay, por otra parte, se había enterado, durante la conversación de la tarde sobre los bancos comerciales, que su patrón tenía un depósito de doscientas libras en uno de ellos. También sabía que Mr. Yatman lo dejó con la intención de sacar el dinero; y oyó después, cuando bajaba las escaleras, que preguntaba por la caja. Por consiguiente, debió haber deducido que el dinero estaba en la casa, y que la caja era el receptáculo previsto para contenerlo. Es imposible, sin embargo, que pudiera tener la menor idea del lugar en el que Mr. Yatman pretendía guardarla durante la noche, dado que se marchó antes de que se encontrara la caja, y no regresó antes de que su patrón se hubiera acostado. Por lo tanto, si cometió el robo, debió de haber entrado en el dormitorio por pura conjetura.

Hablar del dormitorio me recuerda la necesidad de reparar en su situación en la casa, y los recursos que existen para conseguir fácil acceso al mismo a cualquier hora de la noche.

La habitación en cuestión se encuentra en la parte posterior del primer piso. Debido al miedo constitucional de Mrs. Yatman a los incendios (que le hace temer morir quemada en su habitación, en caso de accidente, por la dificultad de abrir la cerradura si se ha girado la llave) su marido se ha acostumbrado a no cerrar nunca con llave la puerta del dormitorio. Tanto él como su esposa tienen el sueño pesado, como ellos mismos reconocen. Por consiguiente, cualquier persona malintencionada que quisiera robar en el dormitorio correría un riesgo insignificante. Podría entrar en la habitación simplemente girando el pomo de la puerta y, si se moviese con la precaución habitual, no debería tener miedo a despertar a los que dormían dentro. Este detalle es importante. Refuerza nuestra convicción de que el dinero debió llevárselo uno de los inquilinos de la casa, porque muestra que el robo, en este caso, podría haberlo cometido cualquier persona desprovista de la superior cautela y astucia del ladrón experto.

Esas eran las circunstancias, tal como fueron relatadas al sargento Bulmer, cuando lo llamaron para descubrir a los culpables y, a ser posible, recuperar los billetes perdidos. Aunque llevó a cabo la investigación del modo más riguroso que pudo, no logró hallar ni un solo atisbo de prueba contra ninguna de las personas en las que lógicamente recaían las sospechas. Al ser informados del robo, sus comentarios y su

comportamiento fueron consecuentes con los comentarios y el comportamiento de personas inocentes. El sargento Bulmer intuyó desde el primer momento que se trataba de un caso que requería investigación personal y observación discreta. Empezó por recomendar a Mr. y Mrs. Yatman que fingieran tener plena confianza en la inocencia de las personas que vivían bajo su techo; y a continuación inició su actuación encargándose personalmente de vigilar las idas y venidas, y de averiguar las amistades, costumbres y secretos de la criada para todo.

Tres días y tres noches de esfuerzos, por su parte y la de otros, capacitados para ayudarlo en sus investigaciones, bastaron para convencerlo de que no había ningún motivo bien fundado para sospechar de la chica.

Después tomó la misma precaución con respecto al dependiente. Hubo más dificultades e incertidumbres para aclarar en privado el carácter de esta persona sin su conocimiento, pero los obstáculos fueron finalmente allanados con éxito aceptable; y aunque en este caso no existía la misma certeza que en el de la chica, hay buenas razones sin embargo para suponer que el dependiente no tiene nada que ver con el robo de la caja.

Como consecuencia inevitable de estas medidas, el número de sospechosos se reduce ahora al inquilino Mr. Jay.

Cuando presenté su carta de recomendación al sargento Bulmer, él ya había hecho algunas averiguaciones a propósito de ese joven. El resultado, de momento, no ha sido en modo alguno favorable. Las costumbres de Mr. Jay son irregulares; frecuenta tabernas y parece conocer a muchos personajes disolutos; está en deuda con la mayor parte de los comerciantes con los que trata; no ha pagado a Mr. Yatman el alquiler del mes pasado; ayer por la tarde vino a casa excitado por la bebida, y la semana pasada lo vieron hablar con un boxeador profesional. En otras palabras, aunque Mr. Jay dice ser periodista, en virtud de sus colaboraciones a los periódicos a razón de un penique por línea, es un joven de gustos vulgares, modales groseros y malas costumbres. Todavía no se ha descubierto nada con respecto a él que redunde en lo más mínimo en beneficio de su reputación.

He relatado, hasta el último detalle, todos los pormenores que me comunicó el sargento Bulmer. No creo que usted encuentre omisión alguna; y me parece que, aunque está predispuesto en contra de mí, admitirá que

nunca le han presentado una exposición de hechos más clara que la que yo he hecho ahora. Mi siguiente deber consiste en contarle lo que me propongo hacer, ahora que me han confiado el caso.

En primer lugar, es cosa mía sin ningún género de dudas continuar el caso a partir de donde lo dejó el sargento Bulmer. Basándome en él, tengo motivos para suponer que no es necesario preocuparme por la criada para todo y el dependiente. A estas personas a partir de ahora hay que considerarlas inocentes. Lo que queda por investigar en privado es la cuestión de la culpabilidad o inocencia de Mr. Jay. Antes de dar por perdidos los billetes, debemos asegurarnos, si es posible, de que él no sabe nada de ellos.

Este es el plan que he adoptado, con la plena aprobación de Mr. y Mrs. Yatman, para descubrir si Mr. Jay es o no la persona que ha robado la caja:

Me propongo presentarme hoy en la casa haciéndome pasar por un joven que busca alojamiento. Me mostrarán la habitación de la parte posterior del primer piso y me la ofrecerán en alquiler. Me instalaré esta noche, haciéndome pasar por un campesino que ha venido a Londres en busca de colocación en una tienda u oficina respetable.

De esa manera viviré junto a la habitación que ocupa Mr. Jay. El tabique que nos separa no es más que listones y yeso. Haré en él un pequeño agujero, cerca de la cornisa, a través del cual pueda ver lo que hace Mr. Jay en su habitación, y oír hasta la última palabra que se diga cuando lo visite cualquier amigo. Siempre que permanezca en casa, estaré en mi puesto de observación. Cada vez que salga, iré tras él. Empleando estos medios de vigilarlo, creo que puedo esperar descubrir con toda seguridad su secreto… si sabe algo acerca de los billetes.

No sabría decir qué piensa usted de mi plan de observación. A mí me parece que une las inestimables cualidades de la audacia y la sencillez. Fortalecido por esta convicción, termino el presente comunicado con una impresión de lo más optimista con respecto al futuro, y quedo a su entera disposición,

MATTHEW SHARPIN

Del mismo remitente
al mismo destinatario

7 DE JULIO

Muy señor mío:

Como usted no me ha honrado con ninguna respuesta a mi último comunicado, supongo que, a pesar de sus prejuicios contra mí, le ha producido la impresión favorable que me permití prever. Enormemente satisfecho por la muestra de aprobación que me da a entender su elocuente silencio, procedo a informarle de los progresos que se han producido durante las últimas veinticuatro horas.

Ahora estoy cómodamente instalado en la habitación contigua a la de Mr. Jay; y me complace decir que he practicado dos agujeros en el tabique, en vez de uno. Mi innato sentido del humor me ha llevado a la disculpable extravagancia de ponerles nombres apropiados. Al primero lo llamo «mi mirilla», y al otro «mi trompetilla». El nombre del primero se explica solo; el nombre del segundo se refiere a un pequeño conducto de hojalata, o tubo, insertado en el agujero, y torcido para que su boca quede cerca de mi oreja cuando estoy en mi puesto de observación. Así, mientras miro a Mr. Jay a través de mi mirilla, puedo oír hasta la última palabra que se dice en su habitación gracias a mi trompetilla.

La sinceridad —virtud que he poseído desde mi niñez— me obliga a reconocer, antes de seguir adelante, que la ingeniosa idea de añadir una trompetilla a la mirilla prevista en un principio fue obra de Mrs. Yatman. Esta señora —una persona de lo más instruida y competente, sencilla pero de modales distinguidos— ha participado en todos mis planes con un entusiasmo e inteligencia que no puedo elogiar suficientemente. Mr. Yatman está tan abatido por su pérdida que es incapaz de proporcionarme cualquier tipo de ayuda. Mrs. Yatman, que por supuesto le tiene mucho cariño, siente mucho más el deplorable estado de ánimo de su marido que la pérdida del dinero, y su deseo de ayudarlo a salir del lamentable estado de postración en el que ha caído le sirve sobre todo de estímulo para esforzarse.

—El dinero, Mr. Sharpin —me dijo ayer por la tarde, con lágrimas en los ojos—, el dinero puede recuperarse mediante un riguroso ahorro y atendiendo exclusivamente el negocio. Es el lamentable estado de ánimo de mi esposo lo que hace que me preocupe tanto el descubrimiento del ladrón. Puedo equivocarme, pero me sentí optimista nada más entrar usted en casa; y creo que, si alguien puede encontrar al malvado que nos ha robado, usted es el hombre indicado.

Acepté ese grato cumplido con el talante con que fue ofrecido, con la firme convicción de que tarde o temprano comprobaré haberlo merecido plenamente.

Permítame ahora volver al asunto; es decir, a mi mirilla y a mi trompetilla.

He disfrutado algunas horas observando tranquilamente a Mr. Jay. Aunque casi nunca está en casa, según me ha parecido entenderle a Mrs. Yatman, en circunstancias normales, hoy se ha quedado en casa todo el día. Esto es sospechoso, para empezar. He de reconocerle, además, que esta mañana se levantó tarde (siempre una mala señal tratándose de un joven), y que perdió mucho tiempo, después de haberse levantado, bostezando y quejándose de tener dolor de cabeza. Como todos los individuos libertinos, comió poco o nada en el desayuno. Lo siguiente que hizo fue fumarse una pipa…, una sucia pipa de espuma de mar, que un caballero se avergonzaría de llevarse a los labios. Cuando hubo acabado de fumar, sacó pluma, papel y tinta, y se sentó a escribir, dejando escapar un gruñido, no sabría decir si de remordimiento por haberse llevado los billetes, o de asco por la tarea que lo aguardaba. Después de escribir unos cuantos renglones (demasiado lejos de mi mirilla para brindarme la oportunidad de leer por encima de su hombro), se reclinó en la silla y se distrajo tarareando algunas canciones populares. Queda por ver si eso constituye algún tipo de señal secreta con la que se comunica con sus cómplices. Tras haberse distraído durante un buen rato canturreando, se levantó y empezó a pasearse por la habitación, deteniéndose de vez en cuando para agregar una frase al papel que estaba escribiendo. Al poco, se dirigió a un aparador cerrado y lo abrió. Forcé la vista con impaciencia, esperando hacer algún descubrimiento. Lo vi sacar algo del aparador con sumo cuidado…, se dio la vuelta… ¡y no era más que

una botella de *brandy* de una pinta! En cuanto bebió algo de licor, este malvado extremadamente indolente se volvió a tumbar en la cama, y al cabo de cinco minutos estaba profundamente dormido.

Después de oírlo roncar durante al menos dos horas, un golpe en su puerta me hizo volver a la mirilla. Se levantó de un salto y la abrió con sospechosa viveza.

Entró un chico muy pequeño, con la cara muy sucia, dijo: «Por favor, señor; lo están esperando». Te sentó en una silla, con las piernas lejos del suelo, y ¡sin más se quedó dormido! Mr. Jay lanzó un juramento, se puso una toalla húmeda alrededor de la cabeza y, volviendo a su papel, empezó a escribir en él tan rápido como sus dedos le permitían mover la pluma. De vez en cuando se levantaba para mojar la toalla en agua y volvérsela a liar a la cabeza. Continuó con esa ocupación durante casi tres horas; luego dobló las hojas de escritura, despertó al chico y se las dio, dirigiéndose a él con esta sorprendente expresión:

—Vamos, pues, joven dormilón, rápido…, ¡márchate! Si ves al jefe, dile que tenga preparado el dinero cuando yo vaya a recogerlo.

El chico sonrió abiertamente y desapareció. Estuve muy tentado de seguir al «dormilón», pero, después de pensarlo, consideré más prudente no perder de vista las actividades de Mr. Jay.

Media hora más tarde se puso el sombrero y salió. Yo hice lo mismo, por supuesto. Al bajar las escaleras me crucé con Mrs. Yatman, que las subía. La mujer había tenido la amabilidad, como habíamos planeado previamente, de encargarse de registrar la habitación de Mr. Jay, mientras estuviera fuera y yo me dedicase forzosamente a la agradable tarea de seguirlo dondequiera que fuese. En la ocasión a la que me refiero, fue directamente a la taberna más próxima y pidió un par de chuletas de cordero para cenar. Me puse en el compartimento más próximo y pedí la misma cena. No había pasado ni un minuto desde que llegué, cuando un joven de aspecto y modales muy sospechosos, que estaba sentado en la mesa de enfrente, cogió un vaso de cerveza negra y se unió a Mr. Jay. Fingí estar leyendo el periódico y, como era mi deber, presté atención con todas mis fuerzas.

—Jack ha estado aquí preguntando por usted —dijo el joven.

—¿Dejó algún mensaje? —preguntó Mr. Jay.

—Sí —dijo el otro—. Me dijo que, si me encontraba con usted, le dijera que está especialmente interesado en verlo esta noche; y que a las siete le hará una visita rápida en Rutherford Street.

—De acuerdo —dijo Mr. Jay—. Volveré a tiempo para verlo.

Dicho esto, el joven de aspecto sospechoso terminó su cerveza negra y, diciendo que tenía bastante prisa, se despidió de su amigo (puede que no me equivocase si dijera «su cómplice») y se marchó de la sala.

A las seis y veinticinco minutos y medio —en estos casos difíciles es importante ser preciso en cuanto a la hora— Mr. Jay terminó sus chuletas y pagó la cuenta. A las seis y veinticinco minutos y tres cuartos terminé mis chuletas y pagué mi cuenta. Diez minutos más tarde me hallaba en la casa de Rutherford Street y Mrs. Yatman me recibía en el pasillo. El rostro de esa encantadora mujer mostraba una expresión de tristeza y decepción que realmente me dio pena ver.

—Me temo, señora —le dije—, que no ha logrado usted ningún descubrimiento acusatorio en la habitación del inquilino.

Ella negó con la cabeza y suspiró. Fue un suspiro débil, lánguido, tembloroso; y por mi vida, me afectó bastante. Por un momento me olvidé del asunto y sentí mucha envidia de Mr. Yatman.

—No desespere, señora —le dije, con una dulzura insinuante que pareció conmoverla—. He escuchado una misteriosa conversación, me he enterado de una cita inculpatoria, y espero grandes cosas de mi mirilla y mi trompetilla. Por favor, no se alarme, pero creo que estamos a punto de descubrir algo.

En aquel momento mi entusiástica dedicación al asunto se impuso a mis compasivos sentimientos. La miré; le guiñé un ojo; la saludé con la cabeza y me marché.

Cuando regresé a mi observatorio, encontré a Mr. Jay digiriendo las chuletas de cordero en un sillón, con la pipa en los labios. En la mesa había dos vasos, una jarra de agua y la botella de *brandy* de una pinta. Eran casi las siete. A la hora prevista, entró la persona presentada como «Jack».

Parecía nervioso…, me alegra decir que parecía terriblemente nervioso. La sensación alentadora de éxito anticipado se difundía (para utilizar una

expresión contundente) por todo mi cuerpo, de la cabeza a los pies. Miré con ansioso interés a través de la mirilla y vi al visitante —el «Jack» de este delicioso caso— sentado frente a Mr. Jay, al otro lado de la mesa, de cara a mí. Teniendo en cuenta las distintas expresiones que sus semblantes mostraban en aquel preciso momento, aquellos dos canallas perdidos se parecían tanto en otros aspectos que inmediatamente se llegaba a la conclusión de que eran hermanos. Jack era el más limpio y mejor vestido de los dos. Lo reconozco, de entrada. Uno de mis defectos es, quizás, forzar la justicia y la imparcialidad hasta sus límites extremos. No soy fariseo; y si el vicio tiene su punto favorable, yo digo: hay que ser justos con él; sí, sí, no faltaría más, hay que ser justos con el vicio.

—¿Qué pasa ahora, Jack? —dijo Mr. Jay.

—¿No lo ves en mi cara? —dijo Jack—. Amigo mío, las demoras son peligrosas. Acabemos con la incertidumbre y arriesguémonos pasado mañana.

—¿Tan pronto? —exclamó Mr. Jay, pareciendo mucho más perplejo—. En fin, yo estoy dispuesto, si tú lo estás. Pero, dime, ¿está dispuesto el otro? ¿Estás completamente seguro de eso?

Sonrió mientras hablaba —una sonrisa espantosa— y subrayó las dos palabras «el otro». Era evidente que había un tercer rufián, un forajido anónimo, implicado en el asunto.

—Reúnete con nosotros mañana —dijo Jack— y juzga por ti mismo. Estate en Regent’s Park a las once de la mañana y búscanos en la bocacalle que conduce a Avenue Road.

—Allí estaré —dijo Mr. Jay—. ¿Quieres un poco de *brandy* con agua? ¿Por qué te levantas? ¿Te vas ya?

—Sí, me voy —dijo Jack—. Lo cierto es que estoy tan nervioso y agitado que no puedo quedarme quieto ni un minuto. Aunque te parezca ridículo, estoy en un continuo estado de excitación nerviosa. No puedo evitar, por mucho que lo intento, el temor a que nos descubran. Me imagino que cada hombre que me mira dos veces en la calle es un espía…

Al oír aquellas palabras, me pareció que las piernas me flaqueaban. Solo mi presencia de ánimo me mantuvo pegado a la mirilla…, nada más, le doy mi palabra de honor.

—¡Tonterías! —exclamó Mr. Jay, con toda la desfachatez de un delincuente experimentado—. Hasta ahora hemos guardado el secreto, y con un poco de maña nos las arreglaremos hasta el final. Toma un poco de *brandy* con agua y te sentirás tan seguro como yo de que lo lograremos.

Jack rechazó con firmeza el *brandy* con agua, y se empeñó del mismo modo en marcharse.

—Trataré de distraerme caminando —dijo—. Recuerda, mañana a las once en Avenue Road, al lado de Regent's Park.

Dicho eso, se fue. Su obstinado pariente se echó a reír con toda el alma y siguió fumándose su sucia pipa de espuma de mar.

Me senté al lado de mi cama, temblando verdaderamente de nerviosismo.

No me cabía la menor duda de que todavía no habían intentado cambiar los billetes robados; y me atrevería a añadir que el sargento Bulmer también opinaba lo mismo cuando dejó el caso en mis manos. ¿Qué conclusión lógica debía sacar de la conversación que acabo de poner por escrito? Por supuesto que los cómplices se reúnen mañana para repartirse el dinero robado y decidir el modo más seguro de cambiar los billetes al día siguiente. Sin lugar a dudas, Mr. Jay es el principal malhechor en este asunto, y seguramente correrá el mayor riesgo: cambiar el billete de cincuenta libras. Así que me propongo seguirlo… acudiendo mañana a Regent's Park, y haciendo cuanto esté a mi alcance para oír lo que allí se diga. Si se dan otra cita para el día siguiente, acudiré a ella, desde luego. Mientras tanto, necesitaré la ayuda inmediata de dos personas competentes (por si los granujas se separan después de su encuentro) para seguir a los dos malhechores secundarios. Es de justicia añadir que, si los bribones se marchan juntos, seguramente reservaré a mis subordinados. Como soy ambicioso por naturaleza, a ser posible deseo para mí todo el mérito del esclarecimiento de este robo.

8 DE JULIO

Tengo que agradecer la rápida llegada de mis dos subordinados…, hombres de escaso talento, me temo; aunque, afortunadamente, estaré siempre con ellos para dirigirlos.

Para evitar equívocos, lo primero que hice esta mañana fue, forzosamente, explicar a Mr. y Mrs. Yatman la presencia en escena de los dos desconocidos. Mr. Yatman (entre nosotros, un hombre débil) se limitó a dar muestras de desaprobación y refunfuñar. Mrs. Yatman (esa mujer tan por encima de lo normal) me apoyó con una encantadora mirada de comprensión.

—¡Ay, Mr. Sharpin! —me dijo—. ¡Cuánto lamento la presencia de esos dos hombres! Con su petición de ayuda da la impresión de que empieza a dudar de obtener éxito.

Le guiñé el ojo disimuladamente (tiene la amabilidad de permitirme hacer eso sin ofenderse) y le dije, con la frivolidad que me caracteriza, que estaba siendo víctima de un ligero error.

—Si los mandé llamar, señora, fue porque estoy seguro del éxito. Estoy resuelto a recuperar el dinero, no solo por mí, sino por Mr. Yatman… y por usted.

Hice bastante hincapié en esas tres últimas palabras.

—¡Ay, Mr. Sharpin! —me volvió a decir…, y su rostro se puso de un rojo delicioso… y bajó la mirada a lo que estaba haciendo. Podría irme al fin del mundo con aquella mujer, si Mr. Yatman se muriese.

Ordené a los dos subordinados que esperasen, hasta que los necesitara, en la entrada de Regent's Park que da a Avenue Road. Media hora después tomaba yo la misma dirección, siguiendo de cerca a Mr. Jay.

Los dos cómplices llegaron puntualmente a la hora fijada. Me da vergüenza hacerlo constar, pero no obstante es necesario manifestar que el tercer granuja —el forajido anónimo de mi informe, o si lo prefiere, el misterioso «otro» de la conversación entre los dos hermanos— ¡es una mujer! Y, lo que es peor, ¡una mujer joven! Y, lo que es más lamentable todavía, ¡una mujer atractiva! Hace mucho tiempo que me opongo a la convicción cada vez mayor de que, cada vez que se comete una maldad en este mundo, es inevitable que esté implicada una representante del sexo débil. Después de la experiencia de esta mañana, ya no puedo seguir resistiéndome a esa lamentable conclusión… Renunciaré a las mujeres…, exceptuando a Mrs. Yatman, renunciaré a las mujeres.

El hombre llamado Jack ofreció su brazo a la mujer. Mr. Jay se puso al otro lado de ella. Acto seguido los tres se alejaron lentamente entre los árboles. Los seguí a respetuosa distancia. Mis dos subordinados, también a respetuosa distancia, me siguieron.

Lamento muchísimo decir que era imposible acercarse a ellos lo suficiente para escuchar subrepticiamente la conversación sin correr un riesgo muy grande de ser descubierto. Lo único que pude deducir de sus gestos y movimientos es que los tres hablaban con extraordinaria vehemencia de un asunto que les interesaba muchísimo. Después de haber estado ocupados de ese modo durante más de un cuarto de hora, de pronto dieron la vuelta y volvieron sobre sus pasos. Mi presencia de ánimo no me abandonó en aquella emergencia. Indiqué a los dos subordinados que siguieran andando despreocupadamente y los dejaran atrás, mientras yo me escondía hábilmente detrás de un árbol. Cuando pasaron a mi lado, oí que «Jack» se dirigía a Mr. Jay con estas palabras:

—Digamos mañana por la mañana a las diez y media. Y procura llegar en un coche de alquiler. Es mejor no arriesgarse a tomar uno en este barrio.

Mr. Jay respondió brevemente algo que no pude oír. Volvieron al lugar en el que se habían reunido, y se dieron la mano con una descarada cordialidad que me dio asco ver. Luego se separaron. Yo seguí a Mr. Jay. Mis subordinados prestaron escrupulosamente la misma atención a los otros dos.

En vez de volverme a llevar a Rutherford Street, Mr. Jay me condujo al Strand. Se detuvo delante de una sórdida casa, de dudosa reputación que, de acuerdo con el letrero en la puerta, era la oficina de un periódico, pero que, a mi juicio, tenía toda la apariencia de un lugar dedicado a la recepción de bienes robados.

Después de permanecer dentro unos cuantos minutos, salió silbando, con los dedos índice y pulgar metidos en el bolsillo del chaleco. Un hombre menos discreto que yo lo habría detenido allí mismo. Recordé la necesidad de atrapar a los dos cómplices, y la importancia de no estropear la cita que se habían dado para la mañana siguiente. Me imagino que, en circunstancias difíciles, es poco frecuente encontrar semejante serenidad en un joven principiante, que todavía no ha adquirido fama como detective de la policía.

De la casa de apariencia sospechosa, Mr. Jay se fue a un fumadero, y se puso a leer revistas dando caladas a un *cheroot*[56]. Me senté en un mesa cerca de él, y me puse a leer revistas fumándome otro *cheroot*. Del fumadero fue dando un paseo a la taberna y pidió chuletas. Yo también fui a la taberna y pedí lo mismo. Cuando hubo acabado, regresó a su alojamiento. Cuando terminé yo volví al mío. Al anochecer estaba muerto de sueño y se acostó. En cuanto lo oí roncar, me venció el sueño y me acosté también.

A primera hora de la mañana llegaron mis dos subordinados a presentar su informe.

Habían visto al hombre llamado Jack dejar a la mujer cerca de la entrada de un chalé residencial aparentemente respetable, no lejos de Regent's Park. Cuando se quedó solo, tomó una bocacalle a la derecha, que conducía a una especie de calle suburbana, habitada principalmente por tenderos. Se detuvo ante una de las casas, y abrió la puerta de entrada con su propia llave, echando una mirada a su alrededor mientras la abría, mirando con recelo a mis hombres que callejeaban por la acera de enfrente. Esos fueron todos los pormenores que los subordinados tenían que comunicarme. Los retuve en mi habitación para que me acompañasen, si fuera necesario, y me pegué a la mirilla para echar un vistazo a Mr. Jay.

Estaba vistiéndose, y se esmeraba extraordinariamente en acabar con cualquier vestigio de su innato aspecto desaliñado. Eso era precisamente lo que yo esperaba. Un vagabundo como Mr. Jay sabe lo importante que es presentar un aspecto respetable cuando va a correr el riesgo de cambiar un billete robado. A las diez y cinco había terminado de cepillar su raído sombrero y restregado con miga de pan sus sucios guantes. A las diez y diez estaba en la calle, camino de la parada más próxima de coches de alquiler, seguido muy de cerca por mí y mis subordinados.

Tomó un coche de alquiler, y nosotros tomamos otro. Cuando los seguí el día anterior en el parque no pude oír el lugar en donde se habían citado, pero pronto comprobé que íbamos en dirección a la conocida verja de la Avenue Road.

El coche de alquiler en el que viajaba Mr. Jay se metió en el parque lentamente. Nosotros nos detuvimos afuera, para evitar despertar sus sospechas. Me bajé para seguir a pie al coche de alquiler. Justo en el

momento en que lo hacía, vi que se detenía y los dos cómplices salían de entre los árboles y se acercaban a él. Montaron en el coche de alquiler, que inmediatamente dio media vuelta. Volví corriendo a mi transporte y le dije al cochero que los dejara pasar y luego los siguiera como antes.

El hombre obedeció mis instrucciones, pero con tanta torpeza como para despertar sus sospechas. Los habíamos seguido durante unos tres minutos (volviendo a recorrer la misma calle que antes), cuando me asomé a la ventanilla para ver cuánta ventaja nos sacaban. Al hacerlo, vi que de pronto salían dos sombreros por las ventanillas del otro coche de alquiler, y dos rostros se volvían para mirarme. Me arrellané en el asiento bañado en un sudor frío; la expresión es burda, pero ninguna otra puede describir mi estado en aquel momento difícil.

—¡Nos han descubierto! —dije por lo bajo a mis dos subordinados. Me miraron sorprendidos. Mis sentimientos pasaron sin más de la más profunda desesperación al colmo de la indignación.

—¡Es culpa del cochero! Bájese uno de ustedes —les dije, muy digno —, bájese y dele un golpe en la cabeza.

En vez de seguir mis instrucciones (me gustaría que jefatura de policía fuese informada de este acto de desobediencia), se asomaron ambos por la ventanilla. Antes de que pudiera echarles para atrás, volvieron a sentarse los dos. Y antes de que pudiera expresar mi justa indignación, ambos se rieron burlonamente y me dijeron:

—¡Señor, mire afuera, por favor!

Miré afuera. El coche de alquiler de los ladrones se había detenido.

¿Dónde?

¡¡¡Ante la puerta de una iglesia!!!

No sé qué efecto podría haber tenido ese descubrimiento en el común de los mortales. Pero como yo soy muy religioso, me horrorizó. He leído muchas veces que los delincuentes son astutos y carecen de principios, pero nunca oí hablar de que tres ladrones trataran de dar esquinazo a sus perseguidores ¡entrando en una iglesia! Me atrevería a decir que la audacia sacrílega de ese procedimiento no tiene precedentes en los anales del crimen.

Censuré las burlas de mis subordinados frunciendo el entrecejo. Saltaba a la vista lo que pasaba por sus mentes superficiales. Aunque yo no hubiera sido capaz de ver más allá de las apariencias, al observar que dos hombres y una mujer bien vestidos entraban en una iglesia antes de las once de la mañana un día laborable, podría haber llegado a la misma conclusión apresurada que mis inferiores. Sea como fuere, las apariencias no tenían ningún poder para engañarme. Me bajé y, seguido por uno de mis hombres, entré en la iglesia. Al otro le ordené vigilar la puerta de la sacristía. ¡No es posible coger desprevenido a alguien que está siempre alerta… como su humilde servidor, Matthew Sharpin!

Subimos a hurtadillas las escaleras de la galería, nos desviamos hacia el triforio del órgano y miramos a través de las cortinas. Allí estaban los tres, sentados abajo en un banco de iglesia… Sí, por increíble que parezca, ¡sentados abajo en un banco de iglesia!

Antes de que pudiera decidir qué hacer, salió de la sacristía un clérigo con hábitos sacerdotales, seguido por un sacristán. Me daba vueltas la cabeza y se me nubló la vista. Flotaban en mi mente tétricos recuerdos de robos cometidos en sacristías. Temblé por aquel hombre excelente con hábitos sacerdotales…, incluso temblé por el sacristán.

El clérigo se colocó en el interior de la reja del altar. Los tres forajidos se le acercaron. Abrió el libro y empezó a leer. ¿Qué?, se preguntará usted.

Le contesto, sin dudarlo un instante: los primeros párrafos del Oficio matrimonial.

Mi subordinado tuvo la audacia de mirarme, además de meterse el pañuelo en la boca. No me digné prestarle atención. Después de haber descubierto que el hombre llamado Jack era el novio, y que Mr. Jay actuaba de padrino que llevaba la novia al altar, abandoné la iglesia, seguido por mi hombre, y nos reunimos con el otro subordinado en la puerta de la sacristía. Algunos en mi situación se habrían sentido un poco alicaídos y habrían empezado a pensar que había cometido un error estúpido. No me preocupaba ni el más remoto recelo del tipo que fuera. No me sentía menospreciado en lo más mínimo en mi propia estima. E incluso ahora, después de un lapso de tres horas, mi mente conserva, me alegra decir, la misma calma y similar optimismo.

En cuanto mis subordinados y yo nos reunimos fuera de la iglesia, les di a entender mi intención de seguir al otro coche de alquiler, a pesar de lo que había ocurrido. Mis motivos para decidir eso se evidenciarán enseguida. Los dos subordinados se asombraron de mi resolución. Uno de ellos tuvo la impertinencia de decirme:

—Si no le importa, señor, ¿a quién estamos siguiendo? ¿A un hombre que ha robado dinero o a un hombre que ha robado una esposa?

El otro subalterno lo alentó riéndose. Los dos se merecen una reprimenda oficial y, sinceramente, confío en que ambos la recibirán.

Cuando se terminó la ceremonia nupcial, los tres se subieron a un coche de alquiler y, una vez más, nuestro vehículo (hábilmente oculto en la esquina de la iglesia) empezó a seguirlos.

Los seguimos hasta la estación terminal del South-Western Railway. La pareja de recién casados sacó billetes para Richmond y pagó la tarifa con medio soberano, privándome así del placer de detenerlos, lo que sin duda alguna habría hecho si hubieran utilizado un billete. Se despidieron de Mr. Jay, diciendo:

—No olvides la dirección: Babylon Terrace, número catorce. Cenas con nosotros dentro de una semana.

Mr. Jay aceptó la invitación y añadió, jocosamente, que volvía inmediatamente a su casa para quitarse la ropa limpia y estar otra vez cómodo y sucio durante el resto del día. He de informar que lo acompañé a casa sin contratiempos, y que en estos momentos vuelve a estar cómodo y sucio (para utilizar su vergonzoso lenguaje).

Aquí queda el caso, que en este momento ha llegado a lo que yo llamaría su primera fase.

Sé muy bien lo que las personas que juzgan a la ligera dirán de mi actuación hasta ahora. Afirmarán que me he estado engañando a lo largo de toda mi investigación del modo más absurdo; declararán que las conversaciones sospechosas que he comunicado se referían únicamente a las dificultades y los peligros de llevar a cabo con éxito un casamiento clandestino; y apelarán a la escena en la iglesia como prueba irrefutable de lo apropiado de sus aserciones. Dejémoslo así. No voy a discutir de momento. Pero, desde lo más profundo de mi sagacidad de hombre sensato,

hago una pregunta que a mis enemigos más implacables, creo, no les resultará nada fácil responder.

Admitiendo el hecho del casamiento, ¿qué prueba me proporciona eso de la inocencia de las tres personas implicadas en aquella transacción clandestina? Ninguna. Por el contrario, refuerza mis sospechas contra Mr. Jay y sus cómplices, porque hace pensar en un motivo claro para que robaran el dinero. Un caballero que va a pasar su luna de miel en Richmond necesita dinero; y un caballero endeudado con todos sus tenderos necesita dinero. ¿Le parecen pocos motivos para justificar una imputación? En nombre de la moralidad ultrajada, lo niego. Esos hombres se han unido y han robado a una mujer. ¿Por qué no habrían de unirse y robar una caja? Me baso en la lógica de la virtud rigurosa; y desafío a toda la sofistería del vicio a que me mueva una sola pulgada de mi posición.

Hablando de virtud, creo que puedo añadir que he expuesto esta opinión sobre el caso a Mr. y Mrs. Yatman. Al principio, a esa competente y encantadora mujer le resultó difícil comprender la exacta concatenación de mis razonamientos. Nada me impide confesar que dio muestras de desaprobación, y derramó lágrimas, y participó en la lamentación prematura de su marido por la pérdida de las doscientas libras. Pero una pequeña y cuidadosa explicación por mi parte, y una pequeña y atenta escucha por la suya, la hicieron cambiar de opinión en última instancia. Ahora está de acuerdo conmigo en que no hay nada en esa inesperada circunstancia del casamiento clandestino que contribuya firmemente a desviar las sospechas de Mr. Jay, o de Mr. Jack, o de la mujer huida. «Lagarta atrevida» fue el término usado por mi buena amiga al hablar de ella, pero dejémoslo pasar. Es más apropiado declarar que Mrs. Yatman no ha perdido su confianza en mí, y que Mr. Yatman promete seguir su ejemplo y procurar por todos los medios aguardar esperanzado resultados futuros.

Dado el nuevo sesgo que han tomado las circunstancias, ahora tengo que esperar asesoramiento de su oficina. Aguardo nuevas órdenes con toda la compostura de un hombre de recursos. Cuando seguí la pista de los tres cómplices desde la puerta de la iglesia hasta la estación terminal de ferrocarril, tenía dos motivos para hacerlo. En primer lugar, los seguí por una cuestión de asunto oficial, creyendo todavía que eran culpables del

robo. En segundo lugar, los seguí por una cuestión de especulación personal, con objeto de descubrir el refugio en el que la pareja huida pretendía esconderse, y disponer de una mercancía vendible que ofrecer a la familia y a los amigos de la joven. Así que, pase lo que pase, creo que puedo congratularme de antemano de no haber perdido el tiempo. Si la oficina aprueba mi conducta, tengo un plan dispuesto para tomar nuevas medidas. Si la oficina me censura, me iré, con mi información vendible, al elegante chalet residencial en las inmediaciones de Regent's Park. De todos modos, el asunto me embolsará dinero, y acredita mi agudeza y mi extraordinaria listeza.

Solo tengo unas palabras más que añadir: si alguien se atreve a afirmar que Mr. Jay y sus cómplices son completamente inocentes del robo de la caja, yo, a mi vez, desafío a ese individuo —incluso aunque fuese el propio inspector jefe Theakstone— a que me diga quién cometió el robo en Rutherford Street (Soho).

Tengo el honor de quedar siempre a su entera disposición,

MATTHEW SHARPIN

Del inspector jefe Theakstone
al sargento Bulmer

BIRMINGHAM, 9 DE JULIO

Sargento Bulmer:

Ese mocoso estúpido, Mr. Matthew Sharpin, ha liado el caso de Rutherford Street, exactamente como esperaba que hiciese. Razones profesionales me impiden salir de esta ciudad; de modo que le escribo para aclarar el asunto. Le adjunto las páginas tontamente emborronadas que el individuo en cuestión, Sharpin, llama informe. Écheles un vistazo; y cuando haya desentrañado todo ese galimatías, creo que estará de acuerdo conmigo en que ese bobo engreído ha buscado al ladrón por todos lados salvo el adecuado. Usted, en cambio, puede coger al culpable en cinco minutos.

Resuelva el caso inmediatamente, envíeme su informe a esta ciudad, y comunique a Mr. Sharpin que está suspendido hasta nuevo aviso.

Suyo afectísimo,

FRANCIS THEAKSTONE

Del sargento Bulmer
al inspector jefe Theakstone

LONDRES, 10 DE JULIO

Inspector Theakstone:

Su carta y el documento adjunto llegaron sin ningún percance. Los hombres sensatos, dicen, siempre aprenden algo, incluso de un necio. Cuando terminé el divagador informe de Sharpin, fruto de su propia necedad, vi con bastante claridad la forma de poner fin al caso de Rutherford Street, como usted pensó que lo vería. Media hora después estaba en la casa. A la primera persona que vi fue al propio Mr. Sharpin.

—¿Ha venido usted a ayudarme? —me dijo.

—No exactamente —le dije—. He venido a comunicarle que está usted suspendido hasta nuevo aviso.

—Muy bien —me contestó, sin que se le hubieran bajado los humos en lo más mínimo con respecto a su propia estima—. Suponía que estaría usted celoso de mí. Es muy lógico; y no lo culpo. Entre, por favor, y siéntase como en su casa. Yo me voy a hacer un trabajillo detectivesco, por mi cuenta, en las inmediaciones de Regent's Park. Hasta más ver, sargento, ¡hasta más ver!

Con estas palabras se quitó de en medio…, que era precisamente lo que yo quería que hiciese.

En cuanto la sirvienta cerró la puerta, le dije que avisara a su patrón de que quería hablarle en privado. Me hizo pasar a la trastienda; y allí estaba Mr. Yatman, completamente solo, leyendo el periódico.

—Señor mío, vengo a hablarle del robo —le dije.

Me cortó en seco, bastante malhumorado…, algo lógico en un pobre hombre como él, débil y afeminado.

—Sí, sí, lo sé —me dijo—. Ha venido a decirme que su maravilloso sabiondo, que ha estado haciendo agujeros en el tabique del segundo piso, ha cometido un error y ha perdido el rastro del bribón que me ha robado dinero.

—Sí, señor —le dije—. Esa *es* una de las cosas que vine a decirle. Pero tengo algo más que decirle, además de eso.

—¿Puede usted decirme quién es el ladrón? —me preguntó, más malhumorado que nunca.

—Sí, señor —le dije—. Creo que puedo.

Dejó el periódico, y empezó a parecerme que estaba bastante inquieto y asustado.

—¿No será mi dependiente? —dijo—. Espero, por su propio bien, que no sea mi dependiente.

—Siga haciendo conjeturas, caballero —le dije.

—¿La criada, esa sucia holgazana? —me dijo.

—Sí que es holgazana, señor —le dije—, y también sucia; mis primeras pesquisas acerca de ella lo prueban. Pero ella no robó el dinero.

—¿Quién es, entonces, en el nombre del cielo?

—Prepárese, se lo ruego, para una sorpresa muy desagradable —le dije —. Y por si acaso pierde los estribos, disculpe que le advierta de que soy más fuerte que usted, y que, si se permite ponerme las manos encima, puedo hacerle daño sin querer, simplemente en defensa propia.

Se puso de color ceniciento y apartó la silla dos o tres pies de mí.

—Usted, señor mío, me ha pedido que le diga quién se ha llevado el dinero —proseguí—. Si insiste en que le de una respuesta…

—Insisto —me dijo, con un hilo de voz—. ¿Quién se lo ha llevado?

—Se lo ha llevado su esposa —le dije con mucha tranquilidad, y de forma muy concluyente al mismo tiempo.

Saltó de la silla como si le hubiera dado una puñalada, y golpeó la mesa con el puño, con tanta fuerza que la madera volvió a crujir.

—Tranquilo, señor mío —le dije—. Encolerizarse no le facilitará la verdad.

—¡Eso es mentira! —dijo, dando otro golpe en la mesa con el puño—. ¡Una despreciable, vil e infame mentira! ¿Cómo se atreve…?

Se detuvo y volvió a caer de espaldas en la silla, mirando a su alrededor desconcertado hasta cierto punto, y acabó por echarse a llorar.

—Cuando recobre el juicio, señor mío —le dije—, estoy seguro de que será un perfecto caballero y se disculpará por el lenguaje que acaba de emplear. Mientras tanto, haga el favor de prestar atención, si puede, a esta breve explicación. Mr. Sharpin ha enviado a nuestro inspector un informe de lo más irregular y ridículo, poniendo por escrito, no solo las insensateces que ha hecho y dicho, sino también las que hizo y dijo Mrs. Yatman. En la mayoría de los casos, semejante documento habría ido a parar a la papelera; pero en este caso concreto, da la casualidad que la provisión de disparates de Mr. Sharpin llega a una conclusión cierta, que el simplón que los escribió ni siquiera pudo sospechar de principio a fin. Estoy tan seguro de esa conclusión que perderé el puesto si no resulta que Mrs. Yatman se ha estado aprovechando del desatino y la vanidad de ese joven, y ha tratado de protegerse de ser descubierta animándolo expresamente a sospechar de personas inocentes. Le digo esto con toda seguridad; e incluso iré más allá. Me comprometo a darle una opinión clara sobre por qué cogió el dinero Mrs. Yatman, y lo que ha hecho con él, o con una parte. Nadie puede mirar a esa mujer, señor mío, sin que le llame la atención el buen gusto y la hermosura de sus vestidos…

Según decía estas últimas palabras, el pobre hombre pareció recuperar de nuevo el habla. Inmediatamente me cortó en seco, con tanta arrogancia como si fuera duque en lugar de papelero.

—Pruebe otra manera de justificar su vil calumnia contra mi esposa —me dijo—. La factura de la modista correspondiente al año pasado está ahora mismo en el archivo de cuentas pagadas.

—Discúlpeme, señor mío —le dije—, pero eso no prueba nada. Las modistas, debo decirle, acostumbran a utilizar cierta triquiñuela que es de nuestra incumbencia en la experiencia diaria de nuestro oficio. Cualquier mujer casada que lo desee puede tener dos cuentas en su modista; una es la cuenta que el marido ve y paga; la otra es la cuenta particular, que incluye todos los artículos dispendiosos, y que la esposa paga a escondidas, cuando

puede, a plazos. Según nuestra experiencia, esos pagos a plazos salen, en su mayor parte, del dinero para gastos domésticos. En su caso, tengo la sospecha de que no se pagó ningún plazo; la amenazaron con entablar un proceso; Mrs. Yatman, conociendo su nueva situación, se sintió acorralada, y pagó su cuenta particular con el dinero para gastos domésticos.

—No lo creo —me dijo—. Cada palabra que me dice es un insulto abominable a mí y a mi esposa.

—Señor mío, ¿es usted capaz —le dije, interrumpiéndolo para ahorrar tiempo y palabras— de sacar del archivo esa factura pagada de la que me ha hablado hace un momento y venir conmigo ahora mismo a la modista en la que compra Mrs. Yatman?

Al oír eso enrojeció, cogió enseguida la factura, y se puso el sombrero. Saqué de mi cartera la relación de los números de los billetes desaparecidos y salimos de la casa inmediatamente.

Llegamos a la modista (una de las más caras del West End, como suponía) y, alegando que era un asunto importante, solicité una entrevista en privado con la dueña de la tienda. No era la primera vez que nos habíamos enfrentado con motivo de alguna delicada investigación como aquella. Nada más verme, mandó llamar a su marido. Le dije quién era Mr. Yatman y lo que queríamos.

—¿Es estrictamente privado? —me preguntó el marido. Asentí con la cabeza.

—¿Y confidencial? —dijo la esposa. Asentí de nuevo.

—¿Ves algún inconveniente, querida, en complacer al sargento y mostrarle los libros? —dijo el marido.

—Ninguno, cariño, si tú estás de acuerdo —contestó la esposa.

A todo esto, el pobre Mr. Yatman parecía la personificación del asombro y la desolación, completamente fuera de lugar en nuestra educada entrevista. Trajeron los libros… y bastó un simple vistazo a las páginas en las que figuraba el nombre de Mrs. Yatman, bastó y sobró, para confirmar la veracidad de todo cuanto yo había dicho.

Allí, en un libro, estaba la cuenta del marido, que Mr. Yatman había saldado. Y allí, en otro, estaba la cuenta particular, también tachada; la fecha de liquidación era precisamente el día siguiente al robo de la caja.

Dicha cuenta particular ascendía a la suma de ciento setenta y cinco libras y unos chelines; y abarcaba un periodo de tres años. No constaba que se hubiera pagado ni un solo plazo. Debajo del último renglón había un asiento con ese propósito: «Tercer aviso por escrito, 23 de junio». Lo señalé y pregunté a la modista si se refería al «pasado junio». Sí, se refería al pasado junio; y lamentaba mucho decir que lo acompañaba una amenaza de proceso legal.

—Creí que ustedes concedían a los buenos clientes más de tres años de crédito —le dije.

La modista miró a Mr. Yatman, y me dijo al oído:

—No cuando el marido se ve en un apuro.

Mientras hablaba señaló la cuenta. Los asientos a partir de que Mr. Yatman se metiera en dificultades eran tan desorbitados para una persona en la situación de su esposa como las del año anterior. Si la mujer había economizado en otras cosas, era indudable que no lo había hecho en vestirse.

No quedaba ya más que revisar el libro de caja, por pura fórmula. El dinero se había pagado en billetes, cuya cantidad y numeración concordaban exactamente con las cifras anotadas en mi lista.

Después de eso, me pareció mejor sacar inmediatamente a Mr. Yatman de la tienda. Estaba en un estado tan lastimoso, que llamé a un coche de alquiler y lo acompañé a su casa. Al principio gritó y desvarió como un niño: pero no tardé en calmarlo… y debo añadir, a su favor, que se disculpó con la mayor elegancia por su lenguaje cuando el coche de alquiler se paró en seco ante la puerta de su casa. A cambio, yo traté de darle algún consejo sobre cómo arreglar las cosas con su esposa en el futuro. No me hizo mucho caso y subió las escaleras murmurando algo sobre una separación. Parece dudoso que Mrs. Yatman pueda salir bien parada del apuro. Yo diría que se pondrá histérica y gritará para conseguir que el pobre hombre la perdone, amenazándolo. Pero eso no nos incumbe. Por lo que a nosotros se refiere, el caso se ha acabado; y con este informe se llega a una conclusión.

De modo que permanezco a sus órdenes,

THOMAS BULMER

P. D.: Debo añadir que cuando me marchaba de Rutherford Street me encontré con Mr. Sharpin, que venía a recoger sus cosas.

—¡Imagínese! —me dijo, frotándose las manos muy animado—. He estado en el elegante chalé residencial; y en cuanto mencioné mi profesión me echaron inmediatamente a patadas. Hubo dos testigos del atropello; y eso me valdrá cien libras, como mínimo.

—Le deseo suerte —le dije.

—Gracias —me respondió—. ¿Cuándo podré hacerle el mismo cumplido por encontrar al ladrón?

—Cuando quiera —le dije—, porque ya se ha encontrado al ladrón.

—Ya me lo esperaba —me dijo—. Yo hice todo el trabajo; y ahora usted saca tajada, atribuyéndose el mérito… Mr. Jay, por supuesto.

—No —le respondí.

—Entonces ¿quién es?

—Pregunte a Mrs. Yatman —le dije—. Lo espera para decírselo.

—¡Muy bien! Prefiero oírlo de labios de esa encantadora mujer que de usted —me contestó y entró en la casa con mucha prisa.

—¿Qué le parece eso, inspector Theakstone? ¿Le gustaría estar en el pellejo de Mr. Sharpin? A mí no, ¡se lo aseguro!

Del inspector jefe Theakstone
a Mr. Matthew Sharpin

13 DE JULIO

Muy señor mío:

El sargento Bulmer ya le ha comunicado que se considere suspendido hasta nuevo aviso. Estoy autorizado para añadir que rechazamos de forma concluyente sus servicios como miembro del Departamento de policía. Tenga la amabilidad de aceptar esta carta como notificación oficial de su despido del cuerpo.

Le informo extraoficialmente que este rechazo no supone ninguna critica a su reputación. Significa solamente que usted no es lo bastante perspicaz para lo que queremos. Si tuviéramos que reclutar un nuevo miembro, preferiríamos mil veces a Mrs. Yatman.

Siempre a su disposición,

FRANCIS THEAKSTONE

Nota a la correspondencia precedente, añadida por Mr. Theakstone.

El inspector no está en condiciones de agregar ninguna aclaración de importancia a la última carta. Se ha descubierto que Mr. Matthew Sharpin salió de la casa de Rutherford Street cinco minutos después de su entrevista con el sargento Bulmer; su comportamiento expresaba las más vivas emociones de terror y asombro, y su mejilla izquierda mostraba una llamativa marca roja, que podría ser consecuencia de una bofetada en el rostro de manos de una mujer. El dependiente de Rutherford Street también lo oyó emplear una expresión muy chocante referida a Mrs. Yatman; y lo vieron agitar el puño cerrado rencorosamente cuando dobló la esquina a toda prisa. No se ha sabido más de él, y se conjetura que ha abandonado Londres con la intención de ofrecer sus valiosos servicios a la policía de provincias.

Se sabe todavía menos del interesante asunto doméstico de Mr. y Mrs. Yatman. Sin embargo, se ha comprobado de manera concluyente que el médico de la familia fue llamado a toda prisa el día en que Mr. Yatman volvió de la modista. Poco después, el boticario de la vecindad despachó una receta de tipo sedante destinada a Mrs. Yatman. Al día siguiente, Mr. Yatman compró unas sales aromáticas en la botica, y después apareció en la biblioteca circulante y solicitó una novela, que describiera la alta sociedad, para entretener a una mujer enferma. De esos detalles se ha inferido que no ha creído conveniente cumplir la amenaza de separarse de su esposa…, al menos en el (supuesto) estado actual del sistema nervioso de esa mujer tan sensible.

Mark Twain

EL ROBO DEL ELEFANTE BLANCO[57]

[No incluido en *A Tramp Abroad*, porque se temía que algunos detalles habían sido exagerados y que otros no eran ciertos. Antes de que se hubiera probado lo infundado de esas sospechas, el libro había entrado en prensa. M. T.]

I

La curiosa historia que relato a continuación me la contó alguien que conocí por casualidad en el ferrocarril. Era un caballero de más setenta años de edad y su rostro, verdaderamente bondadoso y amable, y sus modales formales y sinceros, llevaban el sello inconfundible de la verdad en cada afirmación que salía de su boca. Me dijo:

—Ya sabe usted cómo venera al real elefante blanco de Siam la gente de aquel país. Como sabrá, está consagrado a los reyes, solo ellos pueden poseerlo, y a decir verdad, es hasta cierto punto incluso superior a los reyes, ya que no solo recibe honores sino culto. Pues bien, hace cinco años, cuando surgió entre Gran Bretaña y Siam el conflicto acerca de la línea fronteriza, enseguida resultó evidente que Siam no tenía razón. Por consiguiente se dieron rápidamente toda clase de satisfacciones, y el representante británico declaró que se daba por satisfecho y que se debía olvidar el pasado. Eso alivió enormemente al rey de Siam y, en parte como

muestra de gratitud, y en parte también, acaso, para acabar con cualquier otro vestigio de desavenencia que Inglaterra pudiera sentir hacia él, quiso enviar a la reina un presente…, el único modo seguro de propiciar a un enemigo, según el pensamiento oriental. Ese regalo no solo debía ser regio, sino primorosamente regio. Por eso, ¿qué obsequio podía ser más conveniente que un elefante blanco? Dado mi cargo en la administración pública de la India, se me consideró especialmente merecedor del honor de llevar el presente a Su Majestad. Se tripuló un barco para mí y mis criados y los funcionarios y encargados del elefante, y a su debido tiempo llegué al puerto de Nueva York y ubiqué mi regia carga en una estupenda residencia temporal en Jersey City. Antes de reanudar el viaje era preciso permanecer allí un tiempo para que el animal recobrase la salud.

Todo fue bien durante quince días…, luego empezaron mis desgracias. ¡Robaron el elefante blanco! Me llamaron a altas horas de la noche para informarme de aquel tremendo infortunio. Durante unos instantes fui presa del terror y la ansiedad; me sentía impotente. Luego me tranquilicé y recobré mis facultades. No tardé en comprender qué camino debía seguir…, pues, en efecto, para un hombre inteligente no había más que un camino posible. A pesar de lo tarde que era, me fui en avión a Nueva York y conseguí que un agente me llevase al departamento de detectives de la jefatura central de policía. Por fortuna llegué a tiempo, aunque el jefe del departamento, el famoso inspector Blunt, estaba a punto de marcharse a casa. Era un hombre de estatura media y cuerpo macizo, y cuando estaba absorto en sus pensamientos tenía un modo de fruncir el ceño y de darse golpecitos en la frente con el dedo, reflexivamente, que enseguida te convencía de que te encontrabas en presencia de una persona nada común. Solo verlo me infundió confianza y me hizo sentir optimista. Expuse el motivo de mi visita. No se alarmó en lo más mínimo; en apariencia su aplomo no se vio más afectado que si le hubiera dicho que alguien me había robado el perro. Me indicó con la mano que me sentase y me dijo tranquilamente:

—Déjeme pensar un momento, por favor.

Diciendo eso, se sentó ante su mesa de despacho y apoyó la cabeza en la mano. Varios funcionarios trabajaban en el otro extremo de la habitación; el

rasgueo de sus plumas fue el único ruido que oí durante los siguientes seis o siete minutos. Mientras tanto el inspector seguía allí sentado, ensimismado. Por fin levantó la cabeza, y había algo en los rasgos firmes de su rostro que me revelaba que el cerebro había hecho su trabajo y ya había trazado un plan. Con una impresionante voz grave me dijo:

—No es un caso cualquiera. Cada paso hay que darlo con cautela; hay que asegurarse de cada paso antes de dar el siguiente. Y hay que mantener la discreción…, una discreción extrema y absoluta. No hable a nadie del asunto, ni siquiera a los periodistas. Yo me ocuparé de *ellos*; me aseguraré de que se enteren únicamente de lo que pueda convenirme dejarles saber.

Tocó un timbre; apareció un joven.

—Alaric, diga a los periodistas que se queden de momento.

El muchacho se retiró.

—Ahora sigamos con el asunto… y sistemáticamente. En esta profesión mía nada puede lograrse sin un método estricto y minucioso.

Tomó papel y pluma.

—Veamos: ¿nombre del elefante?

—Hasán Ben Alí Ben Selim Abdalá Mohamed Moisés Alhammal Jamsetjejeebhoy Dhuleep Sultán Ebu Bhudpoor.

—Muy bien. ¿Nombre de pila?

—Jumbo.

—Muy bien. ¿Lugar de nacimiento?

—La capital de Siam.

—¿Viven sus padres?

—No…, han muerto.

—¿Tuvieron otra prole además de este?

—Ninguna. Era hijo único.

—Muy bien. Esas cuestiones son suficientes para este encabezamiento. Ahora haga el favor de describirme el elefante, y no omita ningún detalle, por insignificante que sea…, mejor dicho, insignificante desde *su* punto de vista. Para mí no *hay* detalles insignificantes en esta profesión; no existe tal cosa.

Describí…, él tomó nota. Cuando terminé, me dijo:

—Ahora, escuche. Si he cometido algún error, corríjame.

Leyó lo siguiente:

—Estatura: diecinueve pies (casi seis metros); longitud desde el ápice de la frente a la inserción de la cola: veintiséis pies (casi ocho metros); longitud de la trompa: dieciséis pies (casi cinco metros); longitud de la cola: seis pies (casi dos metros); longitud total, incluyendo trompa y cola: cuarenta y ocho pies (poco más de catorce metros y medio); longitud de los colmillos: nueve pies y medio (casi tres metros); orejas adecuadas a esas dimensiones; su pisada parece la huella que deja un barril cuando se pone vertical en la nieve; color del elefante: blanco apagado; en cada oreja tiene un agujero del tamaño de un plato para la inserción de joyas, y tiene la costumbre en grado insospechado de lanzar un chorro de agua sobre los espectadores y de maltratar con su trompa no solo a las personas que conoce, sino incluso a completos desconocidos; cojea ligeramente de la pata trasera derecha, y tiene una pequeña cicatriz en la axila izquierda causada por un antiguo forúnculo; cuando lo robaron, llevaba encima un castillo con asientos para quince personas, y una mantilla de silla de lamé del tamaño de una alfombra corriente.

No había ningún error. El inspector tocó el timbre, entregó la descripción a Alaric y dijo:

—Haga cincuenta mil copias de este impreso ahora mismo y envíelas por correo a todos los despachos de detectives y a todas las casas de empeño del continente.

Alaric se retiró.

—Vaya…, de momento todo va bien. Ahora necesito una fotografía de la propiedad.

Le di una. La examinó con ojo crítico y dijo:

—Tendrá que servir, ya que no disponemos de nada mejor; pero tiene la trompa enrollada y metida en la boca. Es una lástima, está hecho a propósito para inducir a error, ya que, por supuesto, normalmente no la tiene en esa posición.

Tocó el timbre.

—Alaric, saque cincuenta mil copias de esta fotografía a primera hora de la mañana y envíelas por correo con las circulares con la descripción.

Alaric se retiró para cumplir las órdenes. El inspector dijo:

—Sin duda será necesario ofrecer una recompensa. ¿Por qué importe?

—¿Qué cantidad propone usted?

—Para *empezar*, yo diría… pues no sé, veinticinco mil dólares. Es un asunto complicado y difícil; hay un millar de vías de escape y oportunidades de ocultación. Esos ladrones tienen amigos y compinches en todas partes…

—¡Válgame Dios!, ¿sabe usted quiénes son?

El rostro circunspecto, experto en ocultar los pensamientos y las emociones en su fuero interno, no me dio ninguna pista, ni tampoco las palabras de respuesta, dichas con tanto sigilo:

—No se preocupe por eso. Puede que sí y puede que no. Generalmente nos hacemos una idea bastante atinada de quién es nuestro hombre por su modo de trabajar y el tamaño de la pieza que persigue. No nos enfrentamos con un carterista o sañero, tenga en cuenta eso. Esta propiedad no ha sido «levantada» por un principiante. Pero, como le decía, teniendo en cuenta la cantidad de viajes que habrá que hacer, y la diligencia con la que los ladrones ocultarán sus huellas cuando se marchen, veinticinco mil puede ser una suma demasiado pequeña que ofrecer. No obstante, creo que vale la pena empezar con eso.

De modo que nos decidimos por esa cifra para empezar. Luego, aquel hombre, al que no se le escapaba nada que pudiera ni por casualidad servir de pista, dijo:

—Hay casos en la historia detectivesca que demuestran que los delincuentes han sido descubiertos por las peculiaridades de sus apetencias. Pues bien, ¿qué come ese elefante, y cuánto?

—Bueno, en cuanto a lo que come…, comería *cualquier cosa*. Comería un hombre, comería una biblia…, comería cualquier cosa *entre* un hombre y una biblia.

—Bien…, muy bien, ya lo creo, pero demasiado indeterminado. Se precisan detalles…, los detalles son lo único valioso en nuestro oficio. Muy bien…, en lo referente a hombres. En una comida (o, si lo prefiere, en un día), ¿cuántos hombres se comería, si estuviesen tiernos?

—No le importaría que estuviesen tiernos o no; en una sola comida se comería cinco hombres normales.

—Muy bien, cinco hombres; tomaremos nota de eso. ¿Qué nacionalidades preferiría?

—Le dan igual las nacionalidades. Prefiere conocidos, pero no está predispuesto contra los desconocidos.

—Muy bien. Veamos, por lo que se refiere a las biblias. ¿Cuántas biblias se comería en una comida?

—Se comería una edición entera.

—Es demasiado sucinto. ¿Se refiere usted a la edición corriente en octavo, o a la ilustrada para familias?

—Creo que le darían igual las ilustraciones; es decir, creo que no apreciaría más las ilustraciones que la simple letra impresa.

—No, no me ha comprendido. Me refiero al volumen. La biblia corriente en octavo pesa unas dos libras y media (poco más de un kilo), mientras que en cuarto mayor con ilustraciones pesa diez o doce (cuatro kilos y medio o cinco kilos y medio). ¿Cuántas biblias ilustradas por Doré se comería en una comida?

—Si usted conociera a ese elefante, no lo preguntaría. Aceptaría lo que tuvieran.

—Está bien, pongámoslo entonces en dólares y centavos. Debemos averiguarlo de algún modo. La biblia ilustrada por Doré, en cuero de Rusia, biselado, cuesta cien dólares el ejemplar.

—Necesitaría biblias por valor de unos cincuenta mil dólares…, digamos, una edición de quinientos ejemplares.

—Eso es ya más exacto. Tomaré nota. Muy bien; le gustan los hombres y las biblias; de momento, no está mal. ¿Qué más se comería? Quiero detalles.

—Dejaría las biblias para comer ladrillos, dejaría los ladrillos para comer botellas, dejaría las botellas para comer ropa, dejaría la ropa para comer gatos, dejaría los gatos para comer ostras, dejaría las ostras para comer jamón, dejaría el jamón para comer azúcar, dejaría el azúcar para comer pastel de carne, dejaría el pastel de carne para comer patatas, dejaría las patatas para comer salvado, dejaría el salvado para comer heno, dejaría el heno para comer avena, dejaría la avena para comer arroz, ya que fue

criado sobre todo con arroz. No hay absolutamente nada que no se comería salvo la mantequilla europea y, si la probara, se la comería.

—Muy bien. Cantidad usual en una comida…, digamos más o menos…

—Verá usted, cualquier cantidad desde un cuarto a media tonelada.

—Y bebe…

—Todo lo que es fluido. Leche, agua, *whisky*, melaza, aceite de ricino, aceite de trementina, ácido fénico…, no hace falta entrar en detalles; apunte cualquier fluido que se le ocurra. Bebe todo lo que es fluido, excepto el café europeo.

—Muy bien. ¿Y en cuanto a cantidad?

—Anote de cinco a quince barriles… Su sed varía; el resto de sus apetencias, no.

—Esas cosas son raras. Deberían proporcionarnos muy buenas pistas para localizarlo.

Tocó el timbre.

—Alaric, llame al capitán Burns.

Apareció Burns. El inspector Blunt le expuso todo el asunto, hasta el último detalle. Luego dijo con el tono claro y concluyente de un hombre que ya ha decidido sus planes y está acostumbrado a mandar:

—Capitán Burns, destaque a los detectives Jones, Davis, Halsey, Bates y Hackett para que sigan al elefante.

—A sus órdenes, inspector.

—Destaque a los detectives Moses, Dakin, Murphy, Rogers, Tupper, Higgins y Bartholomew para que sigan a los ladrones.

—A sus órdenes, inspector.

—Ponga una buena guardia…, una guardia de treinta hombres selectos, con otros treinta en reserva… en el lugar en donde robaron el elefante, para que lo vigilen estrictamente y no permitan acercarse a nadie…, excepto a los periodistas…, sin una autorización mía por escrito.

—A sus órdenes, inspector.

—Ponga a detectives de paisano en el ferrocarril, los buques de vapor y estaciones de ferri, y en todas las carreteras que salgan de Jersey City, con orden de registrar a todas las personas sospechosas.

—A sus órdenes, inspector.

—Proporcione a todos esos hombres fotografías acompañadas de la descripción del elefante, y deles instrucciones de registrar todos los trenes y ferris y otros barcos que salgan.

—A sus órdenes, inspector.

—Si encontraran el elefante, que se apoderen de él y me envíen la información por telégrafo.

—A sus órdenes, inspector.

—Que me informen de inmediato si encontrasen alguna pista…, huellas del animal o algo por el estilo.

—A sus órdenes, inspector.

—Consiga una orden para mandar a la policía de puertos a patrullar la línea costera con los cinco sentidos.

—A sus órdenes, inspector.

—Despache detectives de paisano por todos los ferrocarriles: por el norte hasta Canadá, por el oeste hasta Ohio, por el sur hasta Washington.

—A sus órdenes, inspector.

—Coloque expertos en todas las oficinas de telégrafos para escuchar todos los mensajes; y que exijan que les traduzcan todos los despachos cifrados.

—A sus órdenes, inspector.

—Que todas esas cosas se hagan con la mayor discreción… Recuerde, con la mayor discreción.

—A sus órdenes, inspector.

—Preséntenme un informe puntualmente a la hora acostumbrada.

—A sus órdenes, inspector.

—¡Ya!

—A sus órdenes, inspector.

Se marchó.

El inspector Blunt estuvo callado y pensativo por un momento, mientras el fuego de sus ojos se enfriaba y se desvanecía. Luego se volvió hacia mí y dijo con voz plácida:

—No soy muy dado a presumir, no es mi costumbre; pero… encontraremos el elefante.

Le estreché la mano efusivamente y le di las gracias; y *tuve la impresión* de que me lo agradecía. Cuanto más miraba a aquel hombre, más me agradaba, y más lo admiraba y me asombraban los misteriosos prodigios de su profesión. Luego nos separamos para pasar la noche y regresé a casa sintiéndome mucho más alegre que cuando llegué a su despacho.

II

A la mañana siguiente estaba todo en los periódicos, con los detalles más insignificantes. Incluso había añadidos… que consistían en la «teoría» de este detective, del otro detective y del detective de más allá sobre cómo se hizo el robo, quiénes eran los ladrones y adónde habían huido con el botín. Había once teorías de esas, y tenían en cuenta todas las posibilidades; y ese solo hecho demuestra que los detectives piensan por su cuenta. No había dos teorías similares, o que se parecieran mucho, salvo en un detalle sorprendente en el que estaban absolutamente de acuerdo las once. Era que, aunque habían arrancado la parte posterior de mi edificio y la única puerta permanecía cerrada con llave, al elefante no lo habían sacado por la brecha, sino por alguna otra vía de escape (desconocida). Todos coincidían en que los ladrones habían abierto aquella brecha solo para despistar a los detectives. Eso jamás se me habría ocurrido a mí o a cualquier otro profano, acaso, pero no había engañado a los detectives ni por un instante. De modo que, lo que yo había supuesto que era la única cosa sin ningún misterio en realidad era la que más me había confundido. Las once teorías daban los nombres de los presuntos ladrones, pero ni siquiera dos de ellas mencionaban a los mismos ladrones; el número total de personas sospechosas era treinta y siete. Todos los reportajes de los diversos periódicos terminaban con la opinión más importante de todas: la del inspector jefe Blunt. Parte de esa declaración decía lo siguiente:

«El jefe sabe quiénes son los dos principales culpables: Duffy el Fiable y McFadden el Rojo. Diez días antes de que se llevara a cabo el robo el jefe estaba ya al corriente de que se iba a intentar y se había puesto discretamente a seguir a esos dos destacados maleantes; pero,

lamentablemente, la noche en cuestión se perdió su rastro y, antes de que volvieran a encontrarlo, el pájaro voló…, es decir, el elefante.

Duffy y McFadden son los truhanes más audaces de la profesión; el jefe tiene motivos para creer que fueron ellos los que robaron la estufa de la jefatura central de policía una desapacible noche del invierno pasado…, a consecuencia de lo cual el jefe y todos los detectives presentes estuvieron en manos de los médicos antes de que amaneciera, algunos con los pies helados, y los demás con los dedos, las orejas u otros miembros».

Cuando leí la primera mitad de aquel texto me asombró más que nunca la sorprendente sagacidad de aquel hombre extraño. No solo veía con claridad todo lo actual, sino que ni siquiera se le podía ocultar el futuro. Fui enseguida a su despacho y le dije que me habría gustado que hubiese hecho arrestar a aquellos hombres, evitando así el problema y la pérdida; pero su respuesta fue sencilla e incontestable.

—No nos incumbe impedir el delito, sino castigarlo. No podemos castigarlo hasta que se cometa.

Le comenté que la discreción con la que habíamos empezado la habían echado a perder los periódicos; no solo habían revelado todos nuestros datos, sino todos nuestros planes y propósitos; incluso habían dado los nombres de todas las personas sospechosas, las cuales, sin duda, ahora ocultarían su identidad o se esconderían.

—Que lo hagan. Comprobarán, cuando yo esté dispuesto, que mi mano caerá sobre ellas, en los lugares donde se escondan, infalible como la mano del destino. En cuanto a los periódicos, *debemos* mantenernos en buenos términos con ellos. La fama, la reputación, la constante mención pública… son primordiales para el detective. Debe hacer públicos sus datos, si no se supondrá que no tiene ninguno; debe hacer pública su teoría, pues nada hay tan extraño o sorprendente como la teoría de un detective, o que le proporcione tan portentosa estima; debemos hacer públicos nuestros planes, porque los periódicos insisten en saberlos y no podemos negárselos sin ofenderlos. Debemos mostrar constantemente al público lo que estamos haciendo o creerán que no hacemos nada. Es mucho más agradable que un periódico diga «La ingeniosa y extraordinaria teoría de Blunt es la

siguiente», que enterarse que dice alguna cosa dura, o peor todavía, sarcástica.

—Comprendo la fuerza de lo que dice. Pero me he fijado que esta mañana, en una parte de sus comentarios a la prensa, se negó a revelar su opinión sobre cierta cuestión sin importancia.

—Sí, siempre hacemos eso; da buen resultado. Además, no me había formado una opinión sobre esa cuestión, en resumidas cuentas.

Deposité una considerable suma de dinero en manos del inspector para costear los gastos corrientes, y me senté a esperar noticias. Suponíamos que los telegramas empezarían a llegar en cualquier momento. Mientras tanto, releí los periódicos y también nuestra circular con la descripción, y observé que nuestra recompensa de veinticinco mil dólares parecía ofrecerse únicamente a los detectives. Le dije que, en mi opinión, debía ofrecerse a quienquiera que atrapase al elefante. El inspector me dijo:

—Son los detectives quienes encontrarán al elefante, por consiguiente la recompensa irá a donde corresponde. Si otras personas encontraran al animal, sería únicamente fijándose en los detectives y aprovechándose de las pistas e indicaciones robadas a ellos, y en definitiva, eso daría derecho a la recompensa a los detectives. La verdadera finalidad de la recompensa consiste en estimular a los hombres que entregan su tiempo y su experta sagacidad a esa clase de trabajo, y no en otorgar beneficios a ciudadanos que encuentran casualmente una presa sin habérselos ganado por sus propios méritos y esfuerzos.

Eso era bastante razonable, ya lo creo. En aquel preciso instante el telégrafo del rincón empezó a dar chasquidos, y el resultado fue el siguiente despacho:

FLOWER STATION, N. Y., 7.30

Tengo una pista. Encontré serie huellas profundas en granja cerca de aquí. Las seguí dos millas al este sin resultado. Creo elefante fue al oeste. Lo seguiré en esa dirección.

DARLEY, detective

—Darley es uno de los mejores hombres del cuerpo —dijo el inspector —. Muy pronto volveremos a tener noticias suyas.

Llegó el telegrama número 2:

BARKER'S, N. J., 7.40

Acabo llegar. Anoche forzaron aquí cristalería y se llevaron ochocientas botellas. Agua en gran cantidad cerca de aquí solo a cinco millas. Me dirigiré hacia allí. Elefante estará sediento. Las botellas estaban vacías.

BAKER, detective

—Esto también promete mucho —dijo el inspector—. Ya le dije que las apetencias de ese animal no serían malas pistas.

Telegrama número 3:

TAYLORVILLE, L. I., 8.15

Montón heno desapareció anoche cerca de aquí. Comida seguramente. Tengo una pista y me voy.

HUBBARD, detective

—¡Cómo va de un sitio a otro! —dijo el inspector—. Sabía que sería un trabajo complicado, pero no obstante lo atraparemos.

FLOWER STATION, N. Y., 9

Seguí huellas tres millas dirección oeste. Grandes, profundas y desiguales. Acabo de encontrar campesino que dice no son huellas de elefante. Dice son agujeros que hizo para desarraigar pimpollos de árboles de sombra cuando se heló tierra invierno pasado. Deme órdenes cómo actuar.

DARLEY, detective

—¡Ajá! ¡Un cómplice de los ladrones! La cosa se pone caliente —dijo el inspector.

Dictó el siguiente telegrama a Darley:

Arréstelo y oblíguelo a dar el nombre de sus compinches. Continúe siguiéndole los pasos… hasta el Pacífico, si es preciso.

Jefe BLUNT

Siguiente telegrama:

CONEY POINT, PA., 8.45

Anoche forzaron aquí oficina gas y se llevaron tres meses facturas impagadas. Tengo una pista y me voy.

MURPHY, detective

—¡Cielos! —dijo el inspector—. ¿Se comería facturas de gas?

—Por ignorancia… sí; pero no lo mantendrían con vida. Al menos sin ayuda.

En aquel preciso instante llegó este emocionante telegrama:

IRONVILLE, N. Y., 9.30

Recién llegado. Pueblo consternado. Elefante pasó por aquí esta mañana a las cinco. Unos dicen que fue al este, otros dicen al oeste, otros al norte, otros al sur; pero todos afirman no esperaron a verlo expresamente. Mató un caballo; he conseguido un trozo como pista. Lo mató con la trompa; por el tipo de golpe creo lo dio con la

izquierda. Por la posición en que yace caballo, creo elefante desplazó hacia norte a lo largo de vía Berkley Railway. Lleva cuatro horas y media ventaja, pero ahora mismo sigo su rastro.

HAWES, detective

Di gritos de alegría. El inspector estaba tan reservado como una estatua esculpida. Tocó el timbre sin perder la calma.

—Alaric, envíeme al capitán Burns.

Apareció Burns.

—¿Cuántos hombres están disponibles para órdenes inmediatas?

—Noventa y seis, señor.

—Envíelos al norte inmediatamente. Que se concentren a todo lo largo de la carretera de Berkley al norte de Ironville.

—A sus órdenes.

—Que lleven a cabo sus movimientos con la mayor discreción. Tan pronto como los demás estén desocupados, manténgalos disponibles.

—A sus órdenes.

—¡Ya!

—A sus órdenes.

Acto seguido llegó otro telegrama:

SAGE CORNERS, N. Y., 10.30

Recién llegado. Elefante pasó por aquí a las 8.15. Todos huyeron pueblo menos un policía. Al parecer elefante no golpeó al policía, sino a la farola. Alcanzó ambos. He conseguido un trozo del policía como pista.

STUMM, detective

—De modo que el elefante ha vuelto hacia el oeste —dijo el inspector —. De todos modos, no escapará, porque mis hombres están dispersos por toda aquella zona.

El siguiente telegrama decía:

Glover’s, 11.15

Recién llegado. Pueblo desierto, excepto enfermos y ancianos. Elefante pasó hace tres cuartos de hora. Mitin popular antitemplanza se reunía; metió la trompa por una ventana y los bañó con agua de cisterna. Algunos la tragaron…, desde entonces muertos; varios ahogados. Detectives Cross y O’Shaughnessy pasaban por la ciudad, pero iban al sur… así que no encontraron elefante. Toda la zona aterrada en muchas millas a la redonda… gente huye de sus casas. Dondequiera que vayan encuentran elefante, y mata a muchos.

BRANT, detective

Aquellos estragos me angustiaron tanto que estuve a punto de derramar lágrimas. Pero el inspector se limitó a decir:

—Ya ve usted… lo estamos rodeando. Intuye nuestra presencia; ha vuelto de nuevo hacia el este.

Sin embargo estaban por llegar más noticias preocupantes. El telégrafo trajo esta:

HOGANSPORT, 12.19

Recién llegado. Elefante pasó hace media hora, causando pavor y revuelo de lo más espantoso. Elefante hace estragos en las calles; pasaron dos fontaneros, mató uno…, otro escapó. Pesar general.

O’FLAHERTY, detective

—Ahora está justo en medio de mis hombres —dijo el inspector—. Nada puede librarlo.

Llegó una serie de telegramas de detectives que estaban diseminados por Nueva Jersey y Pensilvania, y que seguían pistas consistentes en

graneros, fábricas y bibliotecas de catequesis, asolados, llenos de esperanzas…, esperanzas que sin duda alguna equivalían a certezas. El inspector dijo:

—Ojalá pudiera comunicarme con ellos y ordenarles que se dirigieran al norte, pero es imposible. Un detective solo va a la oficina de telégrafos para enviar un informe; acto seguido vuelve a marcharse y no se sabe cómo echarle mano.

En aquel preciso instante llegó este despacho:

BRIDGEPORT, CT., 12.15

Barnum ofrece 4000 dólares anuales por derecho exclusivo usar elefante como medio de publicidad ambulante desde ahora hasta que detectives lo encuentren. Quiere pegarle carteles de circo. Desea respuesta inmediata.

BOGGS, detective

—¡Eso es completamente absurdo! —exclamé.

—Ya lo creo que lo es —dijo el inspector—. Evidentemente Mr. Barnum, que se cree tan listo, no me conoce…, pero yo a él sí.

Acto seguido dictó esta contestación al despacho:

Oferta Mr. Barnum rechazada. Que sean 7000 dólares o nada.

Jefe BLUNT

—Vaya. No tendremos que esperar mucho su respuesta. Mr. Barnum no está en casa; está en la oficina de telégrafos…, es su estilo cuando tiene un negocio entre manos. Dentro de tres…

Trato hecho. P. T. BARNUM

Entonces se interrumpió el chasquido del instrumento telegráfico. Antes de que yo pudiera hacer un comentario sobre este extraordinario episodio, el siguiente despacho dirigió mis pensamientos por otro cauce muy angustioso.

BOLIVIA, N. Y., 12.50

Elefante llegó aquí del sur y atravesó hacia el bosque a las 11.50, dispersando funeral de camino, y restando dos dolientes. Ciudadanos le dispararon pequeñas balas de cañón y luego huyeron. Detective Burke y yo llegamos diez minutos después, desde el norte, pero confundimos unas excavaciones con pisadas, y así perdimos mucho tiempo; pero por fin dimos con la pista correcta y la seguimos hasta bosques. Luego anduvimos a gatas y continuamos sin perder de vista el rastro, así que lo seguimos dentro de la maleza. Burke se había adelantado. Lamentablemente el animal se había detenido a descansar; por consiguiente, Burke, que había inclinado la cabeza, absorto en el rastro, se dio un topetazo contra las patas traseras del elefante antes de darse cuenta de su proximidad. Burke se levantó inmediatamente, agarró la cola y exclamó con júbilo: «Reclamo la recom…», pero no pasó de ahí, pues un solo golpe de la enorme trompa puso fuera de combate al valiente detective reducido a fragmentos. Hui hacia atrás, y el elefante se volvió y me siguió hasta la linde del bosque, a enorme velocidad, y me habría perdido inevitablemente, si no hubiera intervenido de nuevo providencialmente lo que quedaba del cortejo fúnebre, que distrajo su atención. Acabo de enterarme de que ya no queda nada de ese cortejo fúnebre; pero eso no es ninguna pérdida, pues hay material en abundancia para otro. Mientras tanto, el elefante ha vuelto a desaparecer.

MULROONEY, detective

No tuvimos más noticias excepto de los diligentes y resueltos detectives diseminados por Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware y Virginia —que seguían nuevas y prometedoras pistas— hasta que, poco después de las dos de la tarde, llegó este telegrama:

BAXTER CENTER, 2.15

Elefante estuvo aquí, cubierto de carteles de circo y disolvió una reunión evangelista, derribando y dañando a muchos que estaban a punto de emprender una vida mejor. Ciudadanos lo acorralaron y establecieron guardia. Cuando detective Brown y yo llegamos, poco después, entramos cerco y procedimos a identificar elefante por fotografía y descripción. Todas las señales concordaban exactamente excepto una, que no pudimos ver: la cicatriz-forúnculo bajo axila. Para asegurarse, Brown se arrastró por debajo para mirar, y al momento le rompió la crisma…, es decir, le aplastó y aniquiló cabeza, aunque nada salió del despojo. Todos huyeron; también elefante, golpeando a diestro y siniestro con mucho efecto. Ha escapado, pero dejó llamativos rastros sangre de heridas de cañón. Seguro redescubrimiento. Cambió hacia sur, a través denso bosque.

BRENT, detective

Ese fue el último telegrama. Al anochecer se cerró una niebla tan densa que no podían distinguirse objetos a más de tres pies. Duró toda la noche. Los ferris y hasta los ómnibus tuvieron que dejar de circular.

III

A la mañana siguiente los periódicos estaban tan llenos de teorías de detectives como antes; también contaban con todo detalle todos nuestros trágicos datos, y muchos más que habían recibido de sus corresponsales telegráficos. Columna tras columna estaban ocupadas, en un tercio de su

extensión, con destacados titulares, que me revolvía el estómago leerlos. Su tono general era el siguiente:

> ¡EL ELEFANTE BLANCO EN LIBERTAD! ¡AVANZA EN SU MARCHA FATAL! ¡PUEBLOS ENTEROS ABANDONADOS POR SUS ASUSTADOS HABITANTES! ¡EL TERROR LÍVIDO LO PRECEDE, LA MUERTE Y LA DEVASTACIÓN LO SIGUEN! ¡TRAS ELLOS, LOS DETECTIVES! ¡GRANEROS DESTRUIDOS, FÁBRICAS VACIADAS, COSECHAS DEVORADAS, REUNIONES PÚBLICAS DISPERSADAS, ACOMPAÑADAS DE ESCENAS DE CARNICERÍA, IMPOSIBLE DE DESCRIBIR! ¡LAS TEORÍAS DE LOS TREINTA Y CUATRO DETECTIVES MÁS EMINENTES DE LA POLICÍA! ¡LA TEORÍA DEL JEFE BLUNT!

—¡Vaya! —dijo el inspector Blunt, a punto de delatar su entusiasmo—, ¡eso es magnífico! Es el mayor golpe de suerte que haya tenido nunca una organización policiaca. Su fama llegará hasta los confines de la tierra y perdurará hasta el fin de los tiempos, y mi nombre con ella.

Pero a mí no me alegró. Me parecía que yo había cometido todos aquellos sangrientos crímenes, y que el elefante era solo mi agente irresponsable. ¡Y cómo había aumentado la lista! En cierto lugar «se había entrometido en una elección y matado a cinco electores que votaron más de una vez». Había rematado esa acción con el destrozo de dos infelices llamados O'Donohue y McFlannigan, que «acababan de hallar refugio un día antes en el hogar de los oprimidos del mundo entero, y estaban a punto de ejercitar por primera vez el noble derecho de los ciudadanos americanos a votar, cuando fueron fulminados por la implacable mano del Azote de Siam». En otro, el elefante «había encontrado a un chiflado predicador sensacionalista que preparaba sus heroicos ataques de la próxima temporada contra el baile, el teatro y otras cosas que no pueden devolver el golpe, y lo había pisado». Y en otro sitio todavía «había matado a un representante de pararrayos». Así que la lista seguía, cada vez más sangrienta, y más y más desgarradora. Había matado a sesenta personas y herido a doscientas cuarenta. Todos los informes atestiguaban cabal y exactamente la actividad y dedicación de los detectives, y todos terminaban con la observación de

que «trescientos mil ciudadanos y cuatro detectives vieron al espantoso animal, que fulminó a dos de los últimos».

Yo temía empezar a oír de nuevo los chasquidos del telégrafo. Luego empezaron a entrar a raudales los mensajes, pero por fortuna su índole me decepcionó. Pronto resultó evidente que se había perdido cualquier rastro del elefante. La niebla le había permitido hallar un buen escondite sin ser visto. Telegramas procedentes de los puntos más absurdamente lejanos informaban de que allí se había vislumbrado una imprecisa mole enorme a través de la niebla a tal hora, que era «indudablemente el elefante». Esa imprecisa mole enorme se había vislumbrado en New Haven, en New Jersey, en Pensilvania, en el interior del estado de New York, en Brooklyn, ¡y hasta en la propia ciudad de Nueva York! Pero en todos los casos la imprecisa mole enorme se había esfumado rápidamente sin dejar rastro alguno. Todos los detectives de la numerosa fuerza pública, esparcidos por aquella inmensa extensión del país, despachaban su informe cada hora, y todos y cada uno de ellos tenía una pista, y seguía a algo, y le pisaba los talones.

Pero el día pasó sin otro resultado.

Lo mismo al día siguiente.

Exactamente lo mismo al siguiente.

Las noticias de la prensa empezaron a hacerse monótonas, con datos que no significaban nada, pistas que no conducían a nada, y teorías que casi habían agotado los recursos que sorprenden, deleitan y deslumbran.

Por consejo del inspector doblé la recompensa.

Siguieron otros cuatro días aburridos. Entonces los pobres y esforzados detectives recibieron un duro golpe: los periodistas se negaron a publicar sus teorías, y dijeron indiferentemente:

—Dennos un respiro.

Dos semanas después de la desaparición del elefante elevé la recompensa a setenta y cinco mil dólares por consejo del inspector. Era una gran suma, pero creí que sería preferible sacrificar mi fortuna personal antes que perder mi reputación ante mi gobierno. Ahora que los detectives tenían la suerte adversa, los periódicos se volvieron en su contra, y empezaron a lanzarles los sarcasmos más mordaces. Eso les dio una idea a los *minstrels*

[58], que se disfrazaron de detectives y persiguieron al elefante en el escenario del modo más extravagante. Los caricaturistas dibujaron a los detectives oteando el país con catalejos, mientras el elefante, a sus espaldas, les robaba manzanas de los bolsillos a hurtadillas. E hicieron toda clase de dibujos ridículos de la insignia del detective —sin duda ustedes la han visto impresa en oro en la contracubierta de las novelas policiacas—, consistente en un ojo desmesuradamente abierto, con la leyenda «NUNCA DORMIMOS». Cuando los detectives pedían algo de beber, el tabernero, con ínfulas de chistoso, resucitaba una obsoleta forma de expresión y decía: «¿Quiere algo estimulante que le abra los ojos?»[59]. Toda la atmósfera estaba llena de sarcasmos.

Pero había un hombre que permanecía tranquilo, indiferente, inmutable, sin que nada lo afectara. Era aquel ser roblizo, el inspector jefe. Su espléndido ojo nunca decaía, su serena seguridad en sí mismo jamás flaqueaba. Siempre decía:

—Que sigan con sus recriminaciones; quien ríe el último ríe mejor.

Mi admiración por aquel hombre llegó a ser una especie de adoración. Siempre estaba de su lado. Su oficina se había convertido en un lugar desagradable para mí, y a partir de entonces, día a día, lo era cada vez más. No obstante, si él podía soportarlo, me propuse hacerlo yo también…, al menos mientras pudiera. Así que iba con regularidad y me quedaba…, el único intruso que parecía ser capaz de hacerlo. Todos se preguntaban cómo podía; y a menudo me parecía que debía abandonar, pero en tales ocasiones observaba aquel rostro sosegado y aparentemente insensible, y me mantenía firme.

Unas tres semanas después de la desaparición del elefante, una mañana estaba a punto de decir que *tendría* que arriar la bandera y retirarme, cuando el gran detective detuvo aquel pensamiento proponiendo una medida más soberbia y magistral.

Consistía en llegar a un arreglo con los ladrones. La exuberante inventiva de aquel hombre superaba todo lo que jamás había visto, y he tenido un amplio trato con los cerebros más admirables de este mundo. Me dijo que confiaba en poder llegar a un arreglo por cien mil dólares, y recuperar el elefante. Le dije que creía poder reunir esa cantidad poco a

poco, pero ¿qué sería de los pobres detectives que habían trabajado tan lealmente? Me contestó:

—En los arreglos se llevan siempre la mitad.

Eso eliminó mi única objeción. De modo que el inspector escribió dos notas de esta guisa:

> SEÑORA MÍA: Su marido puede ganar una gran suma de dinero (y totalmente respaldado por la ley) citándose inmediatamente conmigo.
>
> Jefe BLUNT

Envió una de ellas por medio de su mensajero de confianza a la «supuesta esposa» de Duffy el Fiable, y la otra a la supuesta esposa de McFadden, el Rojo.

Al cabo de una hora llegaron estas ofensivas respuestas:

> VIEJO TONTO: Duffy el Fiable lleva dos años muerto.
>
> BRIDGET MAHONEY

> JEFE GARROTE[60]: A McFadden el Rojo lo ahorcaron hace 18 meses y está en el cielo. Todos los asnos, menos los detectives, lo saben.
>
> MARY O'HOOLIGAN

—Hace tiempo que había sospechado estos hechos —dijo el inspector —; este testimonio prueba la infalible precisión de mi instinto.

En cuanto un recurso le fallaba, tenía otro dispuesto. Escribió inmediatamente un anuncio para los periódicos de la mañana y guardó una copia:

> A.–xwblv. 242 N. Tjnd–fz328wmlg. Ozpo,–; 2m! Ogw. Mum.

Dijo que si el ladrón estaba vivo, eso lo llevaría al lugar de reunión habitual. Explicó además que el lugar de reunión habitual era un sitio en donde se trataban los asuntos comerciales entre detectives y delincuentes. Ese encuentro tendría lugar a las doce de la noche siguiente.

No podíamos hacer nada hasta entonces, y no perdí tiempo en salir de la oficina, agradecido ciertamente por el privilegio.

La noche siguiente, a las once, llevé cien mil dólares y los puse en manos del jefe, que poco después se despidió, con su magnífica y nítida confianza de siempre en la mirada. Pasó finalmente una hora casi interminable; entonces oí sus gratos pasos y me levanté jadeante y salí a su encuentro tambaleándome. ¡Cómo brillaban sus ojos de júbilo! Me dijo:

—¡Hemos llegado a un arreglo! ¡Los guasones verán mañana las cosas de otro modo! ¡Sígame!

Tomó una vela encendida y bajó de una zancada al inmenso sótano abovedado, en donde siempre dormían sesenta detectives, y ahora una veintena jugaban a las cartas para pasar el rato. Lo seguí de cerca. Bajó rápidamente al oscuro extremo más alejado de aquel lugar y, en el preciso instante en que yo sucumbía a la angustia de la asfixia y estaba a punto de desvanecerme, dio un traspiés y cayó sobre los miembros extrínsecos de un enorme objeto, y al caer lo oí exclamar:

—Nuestra noble profesión queda reivindicada. ¡Aquí está su elefante!

Me llevaron a la oficina de arriba y me reanimaron con ácido fénico. Irrumpió el departamento de policía en pleno, y siguió otro momento de júbilo triunfal como nunca había presenciado antes. Llamaron a los periodistas, se abrió champán a espuertas, se brindó, los apretones de mano y las felicitaciones fueron continuos y entusiastas. Como es natural, el jefe era el héroe del momento, y su felicidad eran tan completa y se la había ganado tan paciente, digna y valerosamente que me alegró verlo, aunque yo me había convertido en un mendigo sin hogar, mi inestimable cargo se había ido al garete, y había perdido mi posición al servicio de mi país a causa de lo que siempre parecería el incumplimiento fatalmente negligente de mi gran deber. Muchas miradas elocuentes revelaron su profunda admiración por el jefe, y muchas voces de detectives murmuraron: «Mírenlo…, es ahora mismo el rey de la profesión; basta con darle una

pista, no necesita nada más, y no hay nada escondido que no pueda encontrar». El reparto de los cincuenta mil dólares causó gran placer; cuando se terminó, el jefe echó un discursito, mientras se metía su parte en el bolsillo, y dijo:

—Disfrútenlos, muchachos, porque se los han ganado; y más que eso, han ganado fama imperecedera para la profesión de detective.

Llegó un telegrama que decía:

MONROE, MICH., 10

Primera vez doy con oficina telégrafos en más de tres semanas. He seguido huellas, a caballo, a través bosques, a mil millas de aquí, y cada día son más profundas y más grandes y más recientes. No se preocupe: en menos de una semana tendré el elefante. Completamente seguro.

DARLEY, DETECTIVE

El jefe pidió tres hurras por «Darley, uno de los cerebros más admirables de la policía», y acto seguido ordenó que le telegrafiaran para que volviese a casa y recibiera su parte de la recompensa.

Así concluyó el maravilloso episodio del elefante robado. Los periódicos de nuevo fueron agradables con sus elogios, el día siguiente, con una deleznable excepción. Ese periodicucho decía: «¡Qué estupendos son los detectives! Puede que sean un poco lentos para encontrar una cosita como un elefante extraviado…, pueden perseguirlo durante todo el día y dormir toda la noche con los cuerpos destruidos durante tres semanas, pero finalmente lo encontrarán… ¡si pueden conseguir que el hombre que lo extravió les muestre el lugar!».

Perdí para siempre al pobre Hasán. Los cañonazos lo habían herido mortalmente, se había arrastrado hasta aquel lugar hostil en medio de la niebla, y allí, rodeado por sus enemigos y en constante peligro de ser descubierto, se había consumido de hambre y sufrimiento hasta que la muerte lo dejó en paz.

El arreglo me costó cien mil dólares; los gastos que tuve que pagar a los detectives fueron cuarenta y dos mil dólares más; nunca volví a solicitar un puesto a mi gobierno; estoy arruinado y recorro la tierra… pero mi admiración por aquel hombre, a quien considero el detective más grande que el mundo haya producido nunca, permanece viva hasta el día de hoy, y así permanecerá hasta el fin.

OSCAR WILDE

EL CRIMEN DE LORD ARTHUR SAVILE
Un estudio sobre el deber[61]

I

Era la última recepción de *Lady* Windermere antes de Pascua y Bentick House estaba más llena de lo habitual. Seis ministros del Gabinete habían llegado de la recepción del presidente de la Cámara de los Comunes con sus cruces y bandas, todas las mujeres bonitas llevaban sus vestidos más de moda, y al final de la galería de arte estaba la princesa Sophia de Carlsrühe, gruesa mujer de aspecto tártaro, de minúsculos ojos negros y con estupendas esmeraldas, hablando mal francés a grito pelado y riéndose exageradamente de todo lo que le decían. Indudablemente era una sorprendente mezcla de gente. Guapísimas paresas charlaban afablemente con violentos radicales, populares predicadores se codeaban con eminentes escépticos, un verdadero corro de obispos seguía de sala en sala a una corpulenta prima donna, en la escalera había varios miembros de la Royal Academy disfrazados de artistas, y se decía que en tiempos la sala en la que cenaban estuvo completamente abarrotada de genios. A decir verdad, era una de las mejores veladas de *Lady* Windermere, y la princesa se quedó casi hasta las once y media.

En cuanto se hubo marchado, *Lady* Windermere regresó a la galería de arte, donde un célebre economista político explicaba solemnemente la

teoría científica de la música a un indignado virtuoso de Hungría, y empezó a hablar a la duquesa de Paisley. Estaba increíblemente bella con su espléndido cuello de marfil, sus grandes ojos azul nomeolvides, y sus abundantes rizos dorados. Eran de *or pur*…, no de ese pálido color paja que hoy en día usurpa el correcto nombre del oro, sino de ese oro como entretejido con rayos de sol, o escondido en extraño ámbar; y le daban a su rostro algo parecido a una aureola de santa, con no poco del atractivo de una pecadora. Era un curioso estudio psicológico. Había descubierto desde muy joven la importante verdad de que nada se parece tanto a la inocencia como la indiscreción; y en una serie de imprudentes aventuras, la mitad de ellas completamente inofensivas, había adquirido todos los privilegios de una personalidad. Había cambiado de marido más de una vez; en efecto, el Debrett[62] le atribuye tres matrimonios; pero como nunca había cambiado de amante, el mundo había dejado de chismorrear sobre ella. Tenía ya cuarenta años de edad, sin hijos, y con esa desmesurada pasión que constituye el secreto para permanecer joven.

De pronto echó un vistazo a la habitación con impaciencia, y dijo con su clara voz de contralto:

—¿Dónde está mi quiromántico?

—¿Su qué, Gladys? —exclamó la Duquesa, sobresaltándose sin querer.

—Mi quiromántico, Duquesa; ya no puedo vivir sin él.

—¡Querida Gladys! Usted siempre tan original—murmuró la Duquesa, tratando de recordar qué era realmente un quiromántico, y esperando que no fuera lo mismo que un pedicuro[63].

—Viene a verme la mano dos veces por semana con regularidad —continuó *Lady* Windermere— y está de lo más interesado en ello.

—¡Cielo Santo! —se dijo la Duquesa—, es una especie de pedicuro en definitiva. ¡Qué horror! Espero que sea extranjero al menos. No estaría tan mal.

—Tengo que presentárselo sin falta.

—¡Presentármelo! —exclamó la Duquesa—, ¿no irá a decirme que está aquí?

Y se puso a buscar un pequeño abanico de carey y un chal de encaje con muchos jirones, para estar dispuesta a irse enseguida.

—Claro que está aquí; no se me ocurriría dar una fiesta sin él. Me dice que tengo una mano puramente psíquica, y que si mi pulgar hubiera sido un poquito más corto, habría sido una pesimista empedernida y habría entrado en un convento.

—¡Ah, ya veo! —dijo la Duquesa, sintiéndose muy aliviada—, dice la buenaventura, ¿no es cierto?

—Y los infortunios también —respondió *Lady* Windermere—, en grandes cantidades. El año que viene, por ejemplo, corro un gran peligro, por tierra y por mar, de modo que voy a vivir en un globo, y por la noche me subirán la cena en una cesta. Está todo escrito en mi dedo meñique, o en la palma de mi mano, no recuerdo en cuál.

—Pero seguramente eso es tentar a la Providencia, Gladys.

—Mi querida Duquesa, seguramente la Providencia puede resistir la tentación en esta ocasión. Creo que todo el mundo tendría que hacerse leer las manos una vez al mes, para saber lo que no debe hacer. Por supuesto, uno lo hace de todos modos, pero es tan agradable ser prevenido. Bueno, si nadie va inmediatamente a buscar a Mr. Podgers, tendré que ir yo.

—Déjeme ir, *Lady* Windermere —dijo un joven alto y apuesto, que estaba al lado, escuchando la conversación con una sonrisa divertida.

—Muchísimas gracias, Lord Arthur; pero me temo que usted no lo reconocería.

—Si es tan maravilloso como usted dice, *Lady* Windermere, me resultaría imposible no verlo. Dígame cómo es y se lo traeré enseguida.

—Digamos que no parece en absoluto un quiromántico. Quiero decir que no es misterioso, ni esotérico, ni romántico. Es un hombrecillo resuelto, con una graciosa cabeza calva y grandes gafas con montura dorada; algo entre médico de familia y procurador de provincias. De veras lo siento mucho, pero no es culpa mía. La gente es tan fastidiosa. Todos mis pianistas parecen poetas, y todos mis poetas parecen pianistas; y recuerdo que la temporada pasada invité a cenar a un conspirador de lo más terrible, un hombre que había volado a tanta gente y siempre se ponía una cota de malla y llevaba una daga en la manga de la camisa; ¿y saben que cuando vino parecía solamente un viejo clérigo de lo más simpático y se pasó toda la velada gastando bromas? Por supuesto, era muy divertido y todo lo que se

quiera, pero a mí me decepcionó muchísimo; y cuando le pregunté por la cota de malla, se limitó a reír y dijo que era demasiado fría para llevarla en Inglaterra. ¡Ah, ahí está Mr. Podgers! Veamos, Mr. Podgers, quiero que lea la mano de la duquesa de Paisley. Duquesa, tiene que quitarse el guante. No, la mano izquierda no, la otra.

—Querida Gladys, de verdad no creo que eso esté del todo bien —dijo la Duquesa, desabotonándose lánguidamente un guante de cabritilla bastante manchado.

—Nada interesante lo está nunca —dijo *Lady* Windermere—: *on a fait le monde ainsi* [64]. Pero debo presentárselo. Duquesa, le presento a Mr. Podgers, mi quiromántico preferido. Mr. Podgers, le presento a la duquesa de Paisley, y si dice que su monte de la luna es más grande que el mío, nunca más volveré a creer en usted.

—Le aseguro, Gladys, que no hay nada de eso en mi mano —dijo la Duquesa modestamente.

—Su Excelencia tiene toda la razón —dijo Mr. Podgers, echando una ojeada a la mano gordita de dedos cortos y cuadrados—, el monte de la luna no está desarrollado. La línea de la vida, en cambio, es excelente. Haga el favor de doblar la muñeca. Gracias. ¡Tres líneas distintas en las *rascettes* [65]! Vivirá muchos años, Duquesa, y será extremadamente feliz. Ambición… muy moderada, línea de la cabeza no exagerada, línea del corazón…

—Vamos, sea indiscreto, Mr. Podgers —exclamó *Lady* Windermere.

—Nada me complacería tanto —dijo Mr. Podgers, inclinándose—, si la Duquesa lo hubiese sido alguna vez, pero siento decirle que veo una gran estabilidad afectiva, combinada con un fuerte sentido del deber.

—Prosiga, por favor, Mr. Podgers —dijo la Duquesa, pareciendo bastante satisfecha.

—La economía no es la menor de las virtudes de su Excelencia —continuó Mr. Podgers, y a *Lady* Windermere le dio un ataque de risa.

—La economía es una cosa muy buena —observó la Duquesa con suficiencia—; cuando me casé con Paisley, él tenía once castillos y ni una sola casa apta para vivir.

—Y ahora tiene doce casas y ni un solo castillo —exclamó *Lady* Windermere.

—Qué le vamos a hacer, querida —dijo la Duquesa—, me gusta…

—La comodidad —dijo Mr. Podgers—, y los adelantos modernos, y disponer de agua caliente en todas las habitaciones. Su excelencia tiene toda la razón. La comodidad es lo único que nuestra civilización puede darnos.

—Ha descrito usted admirablemente el carácter de la Duquesa, Mr. Podgers, y ahora debe adivinar el de *Lady* Flora. —Y respondiendo a una inclinación de cabeza de la sonriente anfitriona, una muchacha alta, de pelo rubio rojizo típico de Escocia y omoplatos salientes, salió desmañadamente de detrás del sofá y tendió una mano grande y huesuda con dedos espatulados.

—¡Ah, una pianista! Por lo que veo —dijo Mr. Podgers—, una pianista excelente, pero quizás no tan buena música. Muy reservada, muy razonable, y que le gustan mucho los animales.

—¡Muy cierto! —exclamó la Duquesa, volviéndose hacia *Lady* Windermere—, ¡totalmente cierto! Flora mantiene dos docenas de perros pastores escoceses en Macloskie, y convertiría nuestra casa en Londres en una casa de fieras si su padre la dejase.

—Bueno, eso es precisamente lo que yo hago con mi casa todos los jueves por la tarde —exclamó *Lady* Windermere, riendo—, solo que prefiero los leones[66] a los perros pastores escoceses.

—Es su único error, *Lady* Windermere —dijo Mr. Podgers, haciendo una reverencia ostentosa.

—Si una mujer no puede hacer que sus errores sean encantadores, no es más que una hembra —fue su respuesta—. Pero tiene que leernos unas cuantas manos. Vamos, *Sir* Thomas, muestre la suya a Mr. Podgers. —Y un anciano caballero de aspecto afable, con chaleco blanco, se dio a conocer y alargó una mano gruesa y basta con un dedo corazón muy largo.

—Un temperamento aventurero; cuatro viajes largos en el pasado y uno en el futuro. Ha naufragado tres veces. No, solo dos, pero corre peligro de naufragio en su próximo viaje. Conservador acérrimo, muy puntual, y le apasiona coleccionar curiosidades. Tuvo una grave enfermedad entre los

dieciséis y los dieciocho años. Le dejaron una fortuna hacia los treinta. Gran aversión a los gatos y a los radicales.

—¡Extraordinario! —exclamó *Sir* Thomas—; la verdad es que tiene que leerle la mano a mi esposa también.

—Su segunda esposa —dijo Mr. Podgers con naturalidad, teniendo todavía la mano de *Sir* Thomas en la suya—. Me encantará.

Pero *Lady* Marvel, mujer de aspecto melancólico, pelo castaño y pestañas románticas, se negó totalmente a que su pasado o su futuro fuera puesto al descubierto; y *Lady* Windermere no pudo hacer nada para persuadir a *Monsieur* de Koloff, embajador ruso, siquiera a quitarse los guantes. De hecho, mucha gente parecía tener miedo a enfrentarse al extraño hombrecillo de sonrisa estereotipada, lentes doradas y ojos vivarachos, redondos y brillantes como cuentas; y cuando le dijo a la pobre *Lady* Fermor, justo delante de todos, que a ella le tenía completamente sin cuidado la música, pero que le gustaban muchísimo los músicos, el sentir general fue que la quiromancia era una ciencia de lo más peligrosa y que no se debería fomentar, excepto en un *tête-à-tête* [67].

En cambio, lord Arthur Savile, que no sabía nada de la desventurada historia de *Lady* Fermor, y había estado observando a Mr. Podgers con bastante interés, rebosaba de curiosidad porque le leyeran su propia mano y, no atreviéndose a ponerse en evidencia, cruzó la habitación hasta donde estaba sentada *Lady* Windermere y, sonrojándose de modo encantador, le preguntó si pensaba que a Mr. Podgers le importaría.

—No le importará, por supuesto —dijo *Lady* Windermere—, está aquí para eso. Todos mis leones, Lord Arthur, están amaestrados y pasan por el aro siempre que se lo pido. Pero debo advertirle de antemano que se lo contaré todo a Sybil. Viene a almorzar conmigo mañana para hablar de tocas, y si Mr. Podgers averigua que usted tiene mal genio, o es propenso a la gota, o tiene una mujer en Bayswater[68], sin falta le informaré de todo ello.

Lord Arthur sonrió y dio muestras de desaprobación.

—No tengo miedo —respondió—. Sybil me conoce tan bien como yo a ella.

—¡Ah!, lamento un poco oírle decir eso. La verdadera base del matrimonio es el desacuerdo mutuo. No, no soy ni mucho menos una cínica, simplemente tengo experiencia, lo cual, sin embargo, es casi lo mismo. Mr. Podgers, lord Arthur Savile se muere por que le lean la mano. No le diga que está prometido a una de las jóvenes más bellas de Londres, porque eso apareció hace un mes en el *Morning Post*.

—Mi querida *Lady* Windermere —exclamó la marquesa de Jedburgh—, deje que Mr. Podgers se quede aquí un poco más. Acaba de decirme que subiré al escenario, y estoy tan interesada.

—Si le ha dicho eso, *Lady* Jedburgh, me lo llevaré con mucho gusto. Venga inmediatamente, Mr. Podgers, y léale la mano a Lord Arthur.

—De acuerdo —dijo *Lady* Jedburgh, haciendo un pequeño *moue* [69] mientras se levantaba del sofá—, si no me dejan subir al escenario, al menos podré formar parte del público.

—Por supuesto; todos vamos a formar parte del público —dijo *Lady* Windermere—; y ahora, Mr. Podgers, no deje de contarnos algo agradable. Lord Arthur es uno de mis favoritos especiales.

Pero cuando Mr. Podgers vio la mano de Lord Arthur, curiosamente palideció y no dijo nada. Un escalofrío pareció recorrerlo y sus grandes y espesas cejas se crisparon convulsivamente de una manera extraña y enojosa, como si estuviera desconcertado. Acto seguido aparecieron enormes gotas de sudor en su frente amarilla, como un relente tóxico, y sus gruesos dedos se volvieron fríos y húmedos.

Lord Arthur no dejó de notar aquellas extrañas muestras de agitación y, por primera vez en su vida, sintió miedo. Su primer impulso fue irse precipitadamente de la habitación, pero se contuvo. Era preferible averiguar lo peor, fuera lo que fuese, que permanecer en aquella horrible incertidumbre.

—Estoy esperando, Mr. Podgers —le dijo.

—Todos estamos esperando —exclamó *Lady* Windermere, a su manera atropellada e impaciente, pero el quiromántico no respondió.

—Creo que Arthur va a ser actor —dijo *Lady* Jedburgh—, y que, después de su reprimenda, Mr. Podgers tiene miedo de decírselo.

De pronto, Mr. Podgers dejó caer la mano derecha de Lord Arthur, y le cogió la izquierda, inclinándose tanto para examinarla que la montura dorada de sus lentes casi parecía rozar la palma. Por un momento su rostro se convirtió en una pálida máscara de horror, pero pronto recobró la *sang-froid* [70] y, alzando la vista hacia *Lady* Windermere, dijo con una sonrisa forzada:

—Es la mano de un joven encantador.

—¡Por supuesto que lo es! —respondió *Lady* Windermere—, pero ¿será un marido encantador? Eso es lo que quiero saber.

—Todos los jóvenes encantadores lo son —dijo Mr. Podgers.

—No creo que un marido deba ser demasiado fascinante —murmuró *Lady* Jedburgh, meditabunda—, es tan peligroso.

—Mi querida niña, nunca son demasiado fascinantes —exclamó *Lady* Windermere—. Pero lo que yo quiero son detalles. Los detalles son lo único que interesa. ¿Qué va a ocurrirle a Lord Arthur?

—Pues bien, en los próximos meses Lord Arthur hará un viaje…

—Ya lo creo, su luna de miel, ¡por supuesto!

—Y perderá a un pariente.

—Espero que no sea su hermana —dijo *Lady* Jedburgh, en un tono de voz compasivo.

—Seguro que su hermana no —respondió Mr. Podgers, agitando la mano con desaprobación—, solo un pariente lejano.

—En fin, estoy terriblemente decepcionada —dijo *Lady* Windermere—. No tengo nada en absoluto que contarle mañana a Sybil. Hoy en día a nadie le importan los parientes lejanos. Pasaron de moda hace años. En cambio, será mejor que le consiga un vestido de seda negra; siempre es útil para la iglesia, ¿no cree? Y ahora vamos a cenar. Seguramente se lo habrán comido todo, pero podemos encontrar algo de sopa caliente. François solía hacer antes una sopa excelente, pero actualmente la política lo altera tanto que nunca me siento completamente segura con él. Me gustaría de veras que el general Boulanger se quedara quieto[71]. Duquesa, seguramente esté usted cansada.

—Nada de eso, querida Gladys —respondió la Duquesa, dirigiéndose hacia la puerta, contoneándose—. He disfrutado enormemente, y el

pedicuro, quiero decir el quiromántico, es de lo más interesante. Flora, ¿dónde puede estar mi abanico de carey? Oh, gracias, *Sir* Thomas, muchísimas gracias. ¿Y mi chal de encaje, Flora? Oh, gracias, *Sir* Thomas, es usted muy amable, de veras.

Y la noble criatura finalmente logró bajar la escalera sin dejar caer su frasco de perfume más que dos veces.

Lord Arthur Savile había permanecido todo ese tiempo de pie junto a la chimenea, con el mismo sentimiento de terror y la misma sensación deprimente de la desgracia que se avecinaba. Sonrió con tristeza a su hermana, cuando pasó rápidamente por delante de él del brazo de Lord Plymdale, encantadora con su brocado rosa y sus perlas, y apenas oyó a *Lady* Windermere cuando le pidió que la siguiera. Pensaba en Sybil Merton, y la idea de que algo pudiera interponerse entre ellos hizo que las lágrimas empañasen sus ojos.

Por su aspecto se diría que Némesis había robado el escudo de Palas y le había mostrado la cabeza de la Gorgona. Parecía petrificado, y la melancolía daba a su rostro un aspecto marmóreo. Había llevado la vida refinada y lujosa de un joven bien nacido y rico, una vida exquisita, exenta de sórdidas ansiedades y con hermosa despreocupación infantil; y ahora por primera vez se daba cuenta del terrible misterio del destino, del tremendo significado de la palabra fatalidad.

¡Qué insensato y monstruoso parecía todo aquello! ¿Era posible que estuviese escrito en su mano, en caracteres que él era incapaz de leer, pero que otro podía descifrar, algún espantoso secreto ofensivo, algún signo de crimen teñido de sangre? ¿No había escapatoria posible? ¿No éramos más que piezas de ajedrez, movidas por un poder invisible, vasijas que el alfarero moldea a su capricho, por orgullo o por vergüenza? Su razón se rebelaba contra eso, y aun así tenía la sensación de que alguna tragedia se cernía sobre él, y que de pronto le exigían soportar una responsabilidad inadmisible. Los actores son tan afortunados. Pueden elegir entre actuar en una tragedia o en una comedia, entre sufrir o divertirse, reír o derramar lágrimas. Pero en la vida real eso es diferente. La mayoría de hombres y mujeres se ven forzados a desempeñar papeles para los que no tienen ninguna aptitud. Nuestros Guildenstern interpretan a Hamlet para nosotros,

y nuestros Hamlet tienen que bromear como el Príncipe Hal. El mundo es un escenario, pero el reparto de la función está mal hecho.

De pronto entró en la sala Mr. Podgers. Cuando vio a Lord Arthur se sobresaltó, y su rostro vulgar y grasiento se volvió de una especie de color amarillo verdoso. Las miradas de ambos hombres se cruzaron y por un momento hubo silencio.

—La Duquesa se ha dejado aquí un guante, Lord Arthur, y me ha pedido que se lo lleve —dijo por fin Mr. Podgers—. ¡Ah, lo veo en el sofá! Buenas noches.

—Mr. Podgers, debo insistir en que me dé una contestación clara a la pregunta que le voy a hacer.

—En otra ocasión, Lord Arthur, es que la Duquesa está preocupada. Me temo que he de irme.

—No se irá. La Duquesa no tiene ninguna prisa.

—No deberíamos hacer esperar a las señoras, Lord Arthur —dijo Mr. Podgers, con su sonrisa forzada—. El bello sexo es propenso a impacientarse.

Los labios finamente cincelados de Lord Arthur se torcieron en una mueca de desdén petulante. La pobre duquesa le parecía muy poco importante en aquel momento. Atravesó la habitación hasta donde se encontraba Mr. Podgers, y le tendió la mano.

—Dígame lo que vio —le dijo—. Dígame la verdad. Debo saberla. No soy ningún niño.

Los ojos de Mr. Podgers lo miraron con asombro tras sus lentes de montura dorada y movió con desasosiego uno y otro pie mientras sus dedos jugaban nerviosamente con una llamativa leontina.

—¿Qué le hace creer, Lord Arthur, que vi en su mano algo más de lo que le dije?

—Sé que lo vio, y exijo que me diga lo que era. Le pagaré. Le daré un cheque de cien libras.

Los ojos verdes relampaguearon unos instantes, y luego recobraron de nuevo su expresión apagada.

—¿Por qué no guineas? —dijo por fin Mr. Podgers, en voz baja.

—Cómo no. Le enviaré un cheque mañana. ¿Cuál es su club?

—No tengo club. Es decir, no lo tengo en este momento. Mi dirección es…, pero permítame que le dé mi tarjeta. —Y sacando del bolsillo de su chaleco una tarjeta de visita con cantos dorados, Mr. Podgers se la alargó, inclinándose profundamente, a Lord Arthur, que leyó:

MR. SEPTIMUS R. PODGERS

QUIROMÁNTICO PROFESIONAL
WEST MOON STREET 103A

—Mis horas de visita son de diez a cuatro —murmuró Mr. Podgers—, y hago rebaja a las familias.

—Dese prisa, señor —exclamó Lord Arthur, poniéndose muy pálido y tendiéndole la mano.

Mr. Podgers echó un vistazo alrededor nerviosamente y corrió la pesada *portière*[72] al otro lado de la puerta.

—Llevará un poco de tiempo, Lord Arthur, haría mejor sentándose

—Dese prisa, señor —exclamó de nuevo Lord Arthur, golpeando furiosamente con los pies el suelo encerado.

Mr. Podgers sonrió, sacó del bolsillo delantero una pequeña lupa y la limpió cuidadosamente con su pañuelo.

—Estoy completamente a su disposición —dijo.

II

Diez minutos más tarde, con el rostro lívido por el terror, y los ojos desorbitados por el desconsuelo, lord Arthur Savile salió precipitadamente de Bentinck House, abriéndose paso con dificultad entre la muchedumbre de lacayos con abrigos de pieles que rodeaban el gran toldo a rayas, y parecía no ver ni oír nada. La noche era gélida, y las farolas de gas de la plaza llameaban y vacilaban por el viento cortante; pero las manos le abrasaban por la fiebre y la frente le ardía como el fuego. Caminó sin cesar, con paso casi de borracho. Un policía lo miró con curiosidad cuando pasó a su lado, y un mendigo, que salió cabizbajo de un soportal para pedir limosna, se asustó al ver una angustia mayor que la suya. Una vez se detuvo

bajo una farola y se miró las manos. Creyó que ya podía percibir en ellas la mancha de sangre, y un débil grito salió de sus labios trémulos.

¡Un asesinato! Eso es lo que había visto en ellas el quiromántico. ¡Un asesinato! Hasta la misma noche parecía saberlo, y el viento desolador parecía gritárselo al oído. Las esquinas recónditas de las calles no hablaban de otra cosa. Se reían burlonamente de él desde los tejados de las casas.

Primero llegó al Parque[73], cuyo sombrío bosque parecía fascinarlo. Se apoyó en la verja con desaliento, refrescándose la frente contra el metal húmedo, y escuchando el silencio trémulo de los árboles. «¡Un asesinato! ¡Un asesinato!», no dejaba de repetir, como si la iteración pudiera amortiguar el horror de aquella palabra. El sonido de su propia voz lo hizo estremecerse, no obstante casi esperaba que Eco pudiera oírlo y despertase de sus sueños a la ciudad dormida. Sintió un loco deseo de parar al primer transeúnte y contárselo todo.

Luego se metió en los estrechos e ignominiosos callejones del otro lado de Oxford Street. Dos mujeres con los rostros pintados se burlaron de él cuando pasó. Desde el fondo de un patio oscuro le llegó un ruido de juramentos y golpes, seguidos de gritos estridentes, y vio, acurrucadas en el húmedo umbral de una puerta, las siluetas encorvadas de la pobreza y la decrepitud. Lo invadió una extraña compasión. ¿Estaban predestinados a su fin aquellos hijos del pecado y la miseria, como él al suyo? ¿Eran, como él, simples marionetas de un espectáculo monstruoso?

Y sin embargo no era el misterio, sino la comedia del sufrimiento, lo que le impresionó; su absoluta inutilidad, su grotesca carencia de sentido. ¡Qué incoherente parecía todo! ¡No había ninguna armonía! Le sorprendía la discordancia entre el optimismo superficial de la época y la realidad de la vida. Él era todavía muy joven.

Poco después se encontró delante de Marylebone Church. La silenciosa calzada parecía una larga cinta de plata bruñida, salpicada de trecho en trecho por los enigmáticos arabescos de las vacilantes sombras. A lo lejos se curvaba la hilera de llamas vacilantes de las farolas de gas, y delante de una casita rodeada por una tapia había un solitario cabriolé con pescante, en cuyo interior dormía el cochero. Apresuró el paso en dirección a Portland Place, volviéndose de vez en cuando, como si temiese que lo fueran

siguiendo. En la esquina de Rich Street había dos hombres, leyendo un pequeño cartel en una valla. Animado por un extraño sentimiento de curiosidad, cruzó la calle. Mientras se acercaba, la palabra «Asesinato», impresa en letras del molde, le saltó a la vista. Se sobresaltó, y un rubor intenso tiñó su mejilla. Era un anuncio que ofrecía una recompensa por cualquier información que condujese al arresto de un hombre de estatura mediana, entre treinta y cuarenta años de edad, que llevaba un sombrero hongo, un gabán negro y pantalones a cuadros, y tenía una cicatriz en la mejilla derecha. Lo leyó una y otra vez, y se preguntó si cogerían al infeliz, y cómo se haría la cicatriz. Quizás, algún día, su propio nombre se anunciaría en carteles en las paredes de Londres. Algún día, quizás, también pondrían precio a su cabeza.

Solo pensar en ello le provocaba náuseas. Dio media vuelta y se apresuró a adentrarse en la noche. No sabía muy bien adónde fue. Tenía el impreciso recuerdo de haber vagado entre un laberinto de casas sórdidas, de haberse perdido en una gigantesca red de calles sombrías, y ya había despuntado el día cuando se encontró por fin en Piccadilly Circus. Cuando regresaba tranquilamente a casa hacia Belgrave Square, tropezó con las grandes carretas que se dirigían a Covent Garden. Los carreteros de blusas blancas, con sus simpáticos rostros bronceados y sus hirsutos cabellos rizados, marchaban con paso firme, restallando sus látigos, y gritándose de vez en cuando unos a otros; sobre la grupa de un enorme caballo rucio, guía de un tiro tintineante, iba sentado un muchacho gordinflón, con un ramillete de prímulas en su sombrero estropeado, agarrándose firmemente con sus manecitas a las crines y riendo; y los grandes montones de legumbres parecían bloques de jade que se recortaban en el cielo matutino, bloques de jade verde que se perfilaban sobre los pétalos rosados de alguna rosa maravillosa. Lord Arthur se sentía singularmente conmovido, y no sabría decir por qué. Había algo en el delicado encanto del amanecer que le parecía inexplicablemente patético, y se acordó de todos los días que empiezan con encanto y devienen en tormenta. Además, esos rústicos, con sus voces broncas y joviales, y sus modales despreocupados, ¡qué Londres tan extraño veían! ¡Un Londres libre del pecado de la noche y el humo del día, una ciudad descolorida, fantasmal, una desoladora ciudad de tumbas!

Se preguntó qué pensaban ellos, y si sabían algo de su esplendor y de su ignominia, de sus intensos y ardientes placeres, y de su horrible hambre, de todo lo que se hace y se echa a perder desde la alborada al crepúsculo. Para ellos probablemente era solo un mercado al que llevaban sus frutos para venderlos, y en donde a lo sumo se quedaban unas pocas horas, dejando las calles todavía en silencio, las casas todavía dormidas. Le gustó verlos pasar. Aunque fueran groseros, con sus pesados zapatos con clavos y sus torpes andares, traían consigo un poco de la Arcadia. Le pareció haber vuelto a la naturaleza, y que ella le había enseñado la paz. Los envidió por todo lo que ignoraban.

Cuando hubo llegado a Belgrave Square el cielo era de un azul pálido y los pájaros empezaban a gorjear en los jardines.

III

Cuando Lord Arthur despertó eran las doce, y el sol de mediodía entraba a raudales a través de las cortinas de seda ebúrnea de su habitación. Se levantó y miró por la ventana. Una tenue calima estaba suspendida sobre la gran ciudad, y los tejados de las casas parecían plata mate. En el chispeante verde de la plaza de abajo unos niños revoloteaban como mariposas blancas, y la acera estaba llena de gente que se dirigía al Parque. Nunca le había parecido más encantadora la vida, nunca le habían parecido más remotas las cosas inicuas.

Entonces su ayuda de cámara le trajo una taza de chocolate en una bandeja. Después de habérsela bebido, descorrió una pesada *portière* de felpa de color melocotón y pasó al cuarto de baño. La luz se filtraba débilmente desde arriba por las delgadas láminas de ónice transparente, y en la bañera de mármol el agua espejeaba como un ópalo. Se metió apresuradamente hasta que las frías ondas llegaron a la garganta y el pelo, y acto seguido sumergió la cabeza justo debajo, como si hubiera querido borrar la mancha de algún recuerdo vergonzoso. Cuando salió se sentía casi en paz. Las exquisitas condiciones físicas de aquel momento lo habían dominado, como ciertamente ocurre muchas veces tratándose de

complexiones elaboradas con mucha delicadeza, pues los sentidos, como el fuego, pueden purificar a la vez que destruir.

Después de desayunar, se dejó caer en un diván y encendió un cigarrillo. En la repisa de la chimenea, enmarcada en fino brocado antiguo, había una gran fotografía de Sybil Merton, como la había visto por primera vez en el baile de *Lady* Noel. La cabecita exquisitamente formada se inclinaba ligeramente hacia un lado, como si el delgado y esbelto cuello apenas pudiese soportar el peso de tanta belleza; los labios estaban ligeramente abiertos y parecían hechos para la música melodiosa; y a los ojos soñadores asomaba con asombro toda la delicada pureza de la doncellez. Con su suave y ceñido vestido de *crêpe-de-chine* [74], y su gran abanico en forma de hoja, parecía una de esas delicadas figurillas que se encuentran en los olivares cerca de Tanagra[75], y en su postura y actitud había un amago de gracia griega. Sin embargo no era *petite*. Era simple y totalmente proporcionada, cosa rara en una época en que tantas mujeres sobrepasan el tamaño natural o son insignificantes.

Pues bien, mientras Lord Arthur la miraba, estaba henchido de la terrible pena que da el amor. Tenía la impresión de que casarse con ella, pendiendo sobre su cabeza la condena por asesinato, sería una traición como la de Judas, un crimen peor que cualquiera de los que se le podrían haber ocurrido a los Borgia. ¿Qué felicidad podía haber para ellos, cuando en cualquier momento le podían pedir que cumpliera la tremenda profecía que llevaba escrita en la mano? ¿Qué clase de vida sería la suya mientras el Destino siguiera teniendo en la balanza su espantosa suerte? El casamiento debía posponerse a toda costa. Estaba totalmente decidido a ello. Aunque amase a la joven apasionadamente —y el simple roce de sus dedos, cuando se sentaban uno al lado del otro, hacía estremecer todo su cuerpo con exquisito deleite— no obstante reconocía, sin ningún género de dudas, que debía cumplir con su deber, y era plenamente consciente de que no tenía derecho a casarse hasta haber cometido el crimen. Hecho eso, podría presentarse ante el altar con Sybil Merton, y poner su vida en manos de ella sin miedo a haber obrado mal. Hecho eso, podría tomarla en sus brazos, sabiendo que ella nunca tendría que sonrojarse por su causa, que nunca

tendría que caérsele la cara de vergüenza. Pero antes que nada tenía que hacerlo; y cuanto antes, mejor para ambos.

Muchos hombres en su situación habrían preferido el camino de rosas del remoloneo a las empinadas cumbres del deber; pero Lord Arthur era demasiado escrupuloso para anteponer el placer a los principios. En su amor había mucho más que simple pasión; y Sybil era para él el símbolo de todo lo que es bueno y noble. De momento sentía una repugnancia lógica contra lo que se le pedía que hiciese, pero no tardó en desaparecer. Su corazón le dijo que no se trataba de un pecado sino de un sacrificio; su razón le recordó que no le quedaba otra salida. Tenía que elegir entre vivir para sí mismo y vivir para los demás; y por terrible que fuese sin duda la tarea que se le imponía, sabía sin embargo que no debía permitir que el egoísmo venciese al amor. Tarde o temprano a todos nos piden que decidamos sobre la misma cuestión…, a todos nos preguntan lo mismo. A Lord Arthur le llegaba en su juventud…, antes de que el cinismo calculador de la madurez hubiera echado a perder su carácter, o el egotismo superficial tan de moda hubiese corroído su corazón, y no tenía la menor duda acerca de cumplir con su deber. Por suerte para él también, no era un simple soñador ni un diletante ocioso. De haberlo sido, habría vacilado, como Hamlet, y habría permitido que la indecisión echase a perder su propósito. Pero era esencialmente práctico. La vida para él implicaba acción, más que intención. Tenía lo más raro de todo: sentido común.

Las impresiones descabelladas y confusas de la noche anterior ya habían desaparecido por completo y recordó, casi con una sensación de vergüenza, sus insensatos vagabundeos de calle en calle, su tremenda angustia emocional. Hasta la sinceridad de sus sufrimientos hacía que le parecieran ahora irreales. Se preguntaba cómo había podido ser tan necio para despotricar contra lo inevitable. La única cuestión que parecía preocuparle era a quién iba a eliminar; pues no ignoraba el hecho de que el asesinato, como las religiones del mundo pagano, exige una víctima así como un sacerdote. Como no era un genio, no tenía enemigos, y lo cierto es que le parecía que no era el momento de satisfacer algún resentimiento o antipatía personal, ya que la misión en la que estaba comprometido era de una gran solemnidad. Por consiguiente redactó una lista de sus amigos y

parientes en una hoja de papel de carta y, tras estudiarla con cuidado, se decidió a favor de *lady* Clementina Beauchamp, una anciana encantadora que vivía en Curzon Street, y era prima segunda suya por parte de madre. Siempre le había tenido mucho cariño a *Lady* Clem, como todos la llamaban, y como era muy rico por haber heredado los bienes de Lord Rugby cuando alcanzó la mayoría de edad, no había ninguna posibilidad de que su muerte le proporciona algún vulgar provecho monetario. A decir verdad, cuanto más pensaba en el asunto más le parecía que era justo la persona apropiada y, pareciéndole que cualquier demora sería injusta con Sybil, decidió llevar a cabo sus planes inmediatamente.

Lo primero que tenía que hacer era, por supuesto, pagar al quiromántico; de modo que se sentó ante su pequeño escritorio Sheraton que estaba cerca de la ventana, extendió un cheque por 105 libras a favor de Mr. Septimus Podgers y, metiéndolo en un sobre, le dijo a su ayuda de cámara que lo llevase a West Moon Street. Acto seguido telefoneó a las caballerizas para que le trajeran su cabriolé con pescante, y se vistió para salir. Cuando abandonaba de la habitación se acordó de la fotografía de Sybil Merton, y juró que, pasara lo que pasara, nunca le daría a conocer lo que hacía por ella, sino que guardaría siempre el secreto de su abnegación en lo más íntimo de su corazón.

De camino al Buckingham se paró en una florería y envió a Sybil una preciosa cesta de narcisos de bellos pétalos blancos y llamativos ojos de faisán, y al llegar al club se dirigió directamente a la biblioteca, tocó la campanilla y ordenó al camarero que le llevase limón con soda y un libro de toxicología. Había decidido por lo menos que el veneno era el mejor medio que podía adoptar en aquel penoso asunto. Cualquier cosa como la violencia corporal le resultaba extremadamente desagradable, y además tenía mucho empeño en no asesinar a *Lady* Clementina de un modo que pudiera llamar la atención, pues no soportaba la idea de convertirse en el centro de atención de las veladas de *Lady* Windermere, o ver aparecer su nombre en los vulgares ecos de sociedad de los periódicos. Tenía que pensar también en el padre y la madre de Sybil, que eran bastante anticuados, y podrían oponerse al matrimonio si se producía algo parecido a un escándalo, aunque estaba convencido de que, si les contara todos los

detalles del asunto, serían los primeros en comprender los motivos que lo habían impulsado. Por lo tanto tenía sus razones para decidirse por el veneno. Era seguro, certero y discreto, y eliminaba la necesidad de escenas penosas, las cuales, como a la mayoría de ingleses, lo molestaban radicalmente.

Sin embargo, de la ciencia de los venenos no sabía absolutamente nada y, como el camarero pareció completamente incapaz de encontrar algo en la biblioteca, salvo la Ruff's *Guide* y la *Baily's Magazine* [76], examinó él mismo los estantes y encontró finalmente una espléndida edición encuadernada de la *Pharmacopeia*, y un ejemplar de la *Toxicology* de Erskine, editada por *sir* Mathew Reid, presidente del Real Colegio de Médicos y uno de los miembros más antiguos del Buckingham, que había sido elegido en lugar de otro por equivocación; *contretemps* que enfureció tanto al Comité que, cuando se presentó el verdadero candidato, votaron en contra por unanimidad. Los términos técnicos utilizados en ambos libros desconcertaron bastante a Lord Arthur y, ya había empezado a lamentar no haber prestado mayor atención a las lenguas clásicas en Oxford, cuando en el segundo volumen de Erskine, encontró un informe muy completo e interesante sobre las propiedades de la aconitina[77], escrito en un inglés bastante claro. Le pareció que era justo el veneno que necesitaba. Era rápido —es más, de efecto casi instantáneo—, completamente indoloro y, tomado en forma de cápsula de gelatina, el modo recomendado por *Sir* Matthew, de ninguna manera desagradable al gusto. Por consiguiente tomó nota en el puño de la camisa de la cantidad necesaria para una dosis mortal, volvió a poner los libros en su sitio y se fue paseando por St. James Street hasta la farmacia de los prestigiosos Pestle y Humbey. A Mr. Pestle, que siempre atendía personalmente a la aristocracia, le extrañó bastante el pedido y de un modo muy respetuoso murmuró algo sobre que se precisaba una receta médica. Sin embargo, en cuanto le explicó Lord Arthur que era para un gran mastín noruego del que se veía obligado a deshacerse, ya que mostraba síntomas de rabia incipiente y ya había mordido dos veces al cochero en la pantorrilla, manifestó su entera conformidad, alabó a Lord Arthur por sus estupendos conocimientos de toxicología y ordenó preparar la receta inmediatamente.

Lord Arthur metió la cápsula en una preciosa *bonbonnière* [78] de plata que vio en el escaparate de una tienda de Bond Street, tiró el horrible pastillero de Pestle y Humbey, y se fue inmediatamente en coche a casa de *Lady* Clementina.

—¡Y bien, *monsieur le mauvais sujet* [79]! —exclamó la anciana, cuando entró en la habitación—, ¿por qué no has venido a verme en todo este tiempo?

—Mi querida *Lady* Clem, nunca tengo un momento disponible —dijo Lord Arthur sonriendo.

—Supongo que quieres decir que vas todo el día de un sitio a otro con *miss* Sybil Merton comprando *chiffons* [80] y diciendo tonterías. No puedo entender por qué la gente arma tanto alboroto para casarse. En mis tiempos nunca se nos ocurriría besuquearnos en público, ni en privado si vamos a eso.

—Le aseguro, *Lady* Clem, que no he visto a Sybil desde hace veinticuatro horas. Por lo que he podido deducir, debe de estar todo el tiempo en la sombrerería.

—Por supuesto; esa es la única razón de que vengas a ver a una vieja fea como yo. Me extraña que los hombres no escarmentéis. *On a fait des folies pour moi* [81], y aquí estoy, hecha una pobre reumática, con un tupé postizo y mal genio. Caramba, a no ser por la bendita *Lady* Jansen, que me envía todas las peores novelas francesas que puede encontrar, no creo que lograra pasar el día. Los médicos no sirven para nada en absoluto, salvo para sacarle a una sus honorarios. Ni siquiera son capaces de curar mi ardor de estómago.

—Le he traído un remedio para eso, *Lady* Clem —dijo Lord Arthur con aire solemne—. Es una cosa maravillosa, inventada por un americano.

—No creo que me gusten los inventos americanos, Arthur. Estoy completamente segura de ello. He leído recientemente algunas novelas americanas y eran completamente absurdas.

—¡Oh, pero esto no tiene nada de absurdo, *Lady* Clem! Le aseguro que es un remedio idóneo. Tiene que prometerme que lo probará.

Y Lord Arthur sacó de su bolsillo la cajita y se la dio.

—Pues no sé, Arthur, la caja es preciosa. ¿Es un regalo, de verdad? Qué amable eres. ¿Y esta es la medicina maravillosa? Parece un *bonbon*[82]. La tomaré ahora mismo.

—¡Cielo santo, *Lady* Clem! —exclamó Lord Arthur, reteniendo su mano—, no debe hacer tal cosa. Es una medicina homeopática y, si la toma sin tener ardor de estómago, podría hacerle muchísimo daño. Espere a tener un ataque y tómela entonces. Le asombrará el resultado.

—Me gustaría tomarla ahora —dijo *Lady* Clementina, poniendo a contraluz la pequeña cápsula transparente, con su burbuja movible de aconitina líquida—. Estoy segura de que es deliciosa. La verdad es que, aunque detesto a los médicos, soy muy aficionada a las medicinas. No obstante, la guardaré hasta mi próximo ataque.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Lord Arthur con impaciencia—. ¿Será pronto?

—Espero que no sea antes de una semana. Ayer por la mañana tuve uno y lo pasé muy mal. Pero nunca se sabe.

—Entonces ¿está segura de tener uno antes de que acabe el mes, *Lady* Clem?

—Eso me temo. Pero ¡qué simpático estás hoy, Arthur! A decir verdad, Sybil te ha hecho mucho bien. Y ahora tienes que salir corriendo, porque voy a cenar con gente muy aburrida a la que no le gusta chismorrear, y sé que si no concilio el sueño ahora no podré mantenerme despierta durante la cena. Adiós, Arthur, dale recuerdos a Sybil de mi parte, y te agradezco mucho la medicina americana.

—No se olvidará de tomarla, ¿verdad, *Lady* Clem? —dijo Lord Arthur, levantándose del asiento.

—Claro que no, tonto. Eres muy amable preocupándote por mí, y te escribiré si necesito más.

Lord Arthur abandonó la casa muy animado y sintiendo un inmenso alivio.

Esa noche tuvo una entrevista con Sybil Merton. Le dijo que se encontraba de pronto en una situación terriblemente difícil, de la que ni el honor ni el deber le permitían sustraerse. Le dijo que la boda debía aplazarse de momento, pues no era libre hasta que no se librase de sus

espantosos líos. La imploró que confiara en él, y que no albergase ninguna duda sobre el futuro. Todo saldría bien, pero era preciso tener paciencia.

La escena tuvo lugar en el invernadero de la casa de Mr. Merton, en Park Lane, donde Lord Arthur había cenado, como de costumbre. Sybil nunca le había parecido más feliz, y por un momento le dieron ganas a Lord Arthur de acobardarse, escribir a *Lady* Clementina sobre la píldora, y dejar que la boda siguiera adelante como si no existiera en el mundo el tal Mr. Podgers. Sin embargo, enseguida se impuso su buen corazón, y ni siquiera vaciló cuando Sybil se arrojó en sus brazos llorando. La belleza que turbaba sus sentidos había conmovido también su conciencia. Le parecía que no sería justo destrozar una vida tan hermosa por unos cuantos meses de placer.

Se quedó con Sybil hasta casi medianoche, consolándola y siendo consolado a su vez, y a primera hora de la mañana siguiente se marchó a Venecia, después de escribir a Mr. Merton una carta valiente y firme sobre la necesidad de posponer la boda.

IV

En Venecia se encontró con su hermano, Lord Surbiton, que casualmente había llegado de Corfú en su yate. Los dos jóvenes pasaron juntos una deliciosa quincena. Por la mañana recorrían el Lido a caballo, o se deslizaban de acá para allá por los verdes canales en su larga góndola negra; por la tarde solían recibir visitas en el yate; y por la noche cenaban en el Florian y fumaban innumerables cigarrillos en la Piazza. No obstante, por alguna razón Lord Arthur no era feliz. Cada día observaba la sección necrológica de *The Times*, esperando ver la notificación de la muerte de *Lady* Clementina, pero cada día se llevaba una decepción. Empezaba a temer que le hubiese sucedido algún accidente, y a menudo lamentaba haberle impedido tomar la aconitina cuando tenía tantas ganas de probar su efecto. Además, las cartas de Sybil, aunque rebosaban de amor, confianza y ternura, tenían a menudo un tono muy triste, y a veces llegaba a pensar que se había separado de ella para siempre.

Pasados quince días Lord Surbiton se hartó de Venecia y decidió bajar por la costa hasta Rávena, ya que se enteró de que la caza del urogallo era excelente en el Pinar[83]. Al principio Lord Arthur se negó rotundamente a ir, pero Surbiton, a quien apreciaba mucho, finalmente lo convenció de que si se quedaba en el Danieli[84] se deprimiría mortalmente, y la mañana del quince partieron, con fuerte viento del nordeste y mar bastante picado. La caza fue excelente, y la vida al aire libre devolvió el color a las mejillas de Lord Arthur, pero hacia el veintidós empezó a preocuparse por *Lady* Clementina y, a pesar de las protestas de Surbiton, regresó a Venecia por tren.

Cuando salía de su góndola ante la escalinata del hotel, el propietario salió a su encuentro con un fajo de telegramas. Lord Arthur se los arrebató de las mano y los abrió rápidamente. Todo había salido bien. ¡*Lady* Clementina había muerto de repente la noche del diecisiete!

Su primer pensamiento fue para Sybil y le envió un telegrama anunciando su inmediato regreso a Londres. Acto seguido ordenó a su ayuda de cámara poner sus cosas en la maleta para el correo de la noche, envió a sus gondoleros pagándoles cinco veces el precio del pasaje y subió corriendo a su sala de estar a paso ligero y eufórico. Allí comprobó que le aguardaban tres cartas. Una era de la propia Sybil, llena de compasión y condolencia. Las otras eran de su madre y del abogado de *Lady* Clementina. Al parecer la anciana había cenado con la Duquesa aquella misma noche, había deleitado a todos con su ingenio y su *esprit* [85], pero había regresado a su casa algo temprano, quejándose de ardor de estómago. Por la mañana la encontraron muerta en su cama, sin que por lo visto hubiera sufrido. Habían llamado inmediatamente a *sir* Matthew Reid, pero, naturalmente, no había nada que hacer, y la iban a enterrar el día veintidós en Beauchamp Chalcote. Unos cuantos días antes de su muerte había hecho su testamento: dejaba a Lord Arthur su casita en Curzon Street, con todo el mobiliario, efectos personales y cuadros, a excepción de su colección de miniaturas, que debía ir a su hermana, *lady* Margaret Rufford, y su collar de amatistas, que debía recibir Sybil Merton. La propiedad no era de mucho valor; pero Mr. Mansfield, el abogado, estaba por demás impaciente porque Lord Arthur regresase enseguida, a ser posible, ya que había un gran número de

facturas por pagar, y *Lady* Clementina nunca había llevado las cuentas con asiduidad.

A Lord Arthur lo había conmovido mucho que *Lady* Clementina se acordase de él con tanta amabilidad, y le pareció que Mr. Podgers tenía mucho de lo que responder. Sin embargo, su amor por Sybil predominaba sobre cualquier otra emoción, y el convencimiento de haber cumplido con su deber le proporcionó paz y consuelo. Cuando llegó a Charing Cross, se sintió completamente feliz.

Los Merton le recibieron muy amablemente. Sybil lo hizo prometer que nunca más permitiría que algo se interpusiera entre ellos, y se fijó la boda para el siete de junio. La vida le volvió a parecer radiante y hermosa, y recuperó de nuevo su antigua alegría.

Sin embargo, un día, mientras recorría la casa de Curzon Street, en compañía del abogado de *Lady* Clementina y la propia Sybil, quemando paquetes de cartas descoloridas y vaciando cajones que contenían alguna que otra birria, la joven gritó de pronto alborozada.

—¿Qué has encontrado, Sybil? —le dijo Lord Arthur, levantando los ojos de lo que estaba haciendo y sonriendo.

—Estaba preciosa *bonbonnière* de plata, Arthur. ¿No crees que está primorosamente labrada? ¿Es holandesa, verdad? ¡Dámela, por favor! Sé que las amatistas no me sentarán bien hasta que tenga más de ochenta años.

Era la caja que había contenido la aconitina.

Lord Arthur se sobresaltó, y un ligero rubor apareció en sus mejillas. Casi había olvidado por completo lo que había hecho, y le pareció una curiosa coincidencia que precisamente Sybil, por la que había sufrido toda aquella angustia terrible, fuese la primera en recordárselo.

—Claro que puedes tomarla, Sybil. Yo mismo se la regalé a la pobre *Lady* Clem.

—¡Oh!, gracias, Arthur; ¿y puedo quedarme también el *bonbon*? No tenía ni idea de que a *Lady* Clementina le gustasen los dulces. Me parecía que era demasiado intelectual.

Lord Arthur se puso pálido como un cadáver, y se le ocurrió una idea horrible.

—¿El *bonbon*, Sybil? ¿A qué te refieres? —dijo despacio, con voz ronca.

—Hay uno dentro, eso es todo. Parece bastante pasado y está cubierto de polvo; no tengo la menor intención de comerlo. ¿Qué pasa, Arthur? ¡Qué pálido te has puesto!

Lord Arthur cruzó rápidamente la habitación y cogió la caja. Dentro estaba la cápsula de color ámbar con su burbuja de veneno. ¡Después de todo *Lady* Clementina había fallecido de muerte natural!

Casi no pudo soportar la impresión de aquel descubrimiento. Arrojó al fuego la cápsula, y se dejó caer en el sofá, soltando un grito de desesperación.

V

Mr. Merton lamentó bastante el segundo aplazamiento del casamiento, y *Lady* Julia, que ya había encargado su vestido para la boda, hizo todo lo posible para que Sybil rompiese el compromiso. Sin embargo, aunque Sybil quería muchísimo a su madre, había puesto toda su vida en las manos de Lord Arthur, y nada de lo que pudo decirle *Lady* Julia logró hacer que flaqueara su fe. En cuanto al propio Lord Arthur, tardó varios días en sobreponerse a su tremenda decepción, y durante algún tiempo tuvo los nervios completamente trastornados. No obstante, su excelente sentido común pronto se impuso, y su mente sensata y práctica no le dejó dudar mucho tiempo de lo que tenía que hacer. Después de que el veneno resultara ser un completo fracaso, la dinamita, o cualquier otra clase de explosivo, era lógicamente la alternativa adecuada.

De modo que volvió a revisar la lista de amigos y parientes, y después de meditarlo cuidadosamente, decidió volar a su tío el deán de Chichester. El deán, hombre de gran cultura y erudición, era muy aficionado a los relojes y tenía una estupenda colección que abarcaba desde el siglo XV hasta el momento actual, y le pareció a Lord Arthur que aquel *hobby* del bueno del deán le ofrecía una oportunidad excelente para llevar a cabo su plan. Dónde procurarse un artefacto explosivo era, sin duda, harina de otro costal.

La guía telefónica de Londres no le proporcionó ninguna información sobre esa cuestión, y pensaba que no tenía mucho sentido recurrir a Scotland Yard, ya que nunca parecía saber nada sobre las actividades de la facción dinamitera hasta después de haberse producido una explosión, y tampoco mucho incluso entonces.

Súbitamente pensó en su amigo Rouvaloff, un joven ruso de tendencias muy revolucionarias al que había conocido en casa de *Lady* Windermere aquel invierno. Se decía que el conde Rouvaloff estaba escribiendo una biografía de Pedro el Grande, y había llegado a Inglaterra con el propósito de examinar los documentos relativos a la estancia de aquel zar en este país como carpintero de ribera[86], aunque todos sospechaban que era un agente nihilista, y no había la menor duda de que la embajada rusa no miraba con buenos ojos su presencia en Londres. Lord Arthur pensó que era el hombre que necesitaba, y una mañana bajó en coche a Bloomsbury para pedirle consejo y ayuda.

—¿De modo que va a tomarse en serio la política? —le dijo el conde Rouvaloff cuando Lord Arthur le hubo contado el objeto de su cometido; pero Lord Arthur, que detestaba cualquier tipo de fanfarronada, se sintió obligado a confesarle que no tenía el menor interés por las cuestiones sociales, y solamente necesitaba el artefacto explosivo para un asunto estrictamente familiar, que no le concernía más que a él.

El conde Rouvaloff se lo quedó mirando durante unos instantes atónito y acto seguido, en vista de que hablaba completamente en serio, escribió una dirección en un trozo de papel, puso sus iniciales y se lo alargó por encima de la mesa.

—Amigo mío, Scotland Yard daría bastante por conocer esta dirección.

—No la conseguirán —exclamó Lord Arthur riendo; y después de estrechar la mano al ruso efusivamente, bajó corriendo las escaleras, examinó el papel y ordenó al cochero que le llevase a Soho Square.

Allí lo despidió y fue dando un paseo por Greek Street, hasta llegar a un lugar llamado Bayle’s Court. Pasó bajo el soportal y vino a parar a un curioso *cul-de-sac* [87], que al parecer ocupaba una lavandería francesa, pues una red completa de cuerdas para tender se extendía de casa en casa, y en el aire matinal había un revuelo de ropa blanca. Fue caminando hasta el

fondo y llamó a una casita verde. Después de cierta demora, durante la cual todas las ventanas del patio se convirtieron en una masa borrosa de rostros asomados, abrió la puerta un extranjero de aspecto bastante insolente, que le preguntó en muy mal inglés qué se le había perdido. Lord Arthur le alargó el papel que el conde Rouvaloff le había dado. Al verlo, el hombre hizo una reverencia e invitó a Lord Arthur a entrar a un salón muy desvencijado de la planta baja que daba a la calle, y al cabo de unos instantes *Herr* Winckelkopf, como se hacía llamar en Inglaterra, entró bruscamente en la habitación con una servilleta muy manchada de vino alrededor del cuello y un tenedor en la mano izquierda.

—El conde Rouvaloff me ha dado una carta de recomendación para usted —le dijo Lord Arthur, haciendo reverencia—, y deseo tener una breve entrevista con usted por un asunto de negocios. Me llamo Smith, Mr. Robert Smith, y quiero que me proporcione un reloj explosivo.

—Encantado de conocerlo, Lord Arthur —dijo el cordial alemán riéndose—. No se inquiete, es mi obligación conocer a todo el mundo, y recuerdo haberlo visto una tarde en casa de *Lady* Windermere. Espero que su Señoría se encuentre bien. ¿Le importaría sentarse conmigo mientras termino de desayunar? Hay un *pâté* excelente, y mis amigos tienen la amabilidad de decir que mi vino del Rin es mejor que cualquiera que puedan conseguir en la embajada alemana.

Y antes de que Lord Arthur se hubiera recuperado de su sorpresa por haber sido reconocido, se encontró sentado en la habitación del fondo probando el más delicioso Marcobrünner[88] en un vaso de *hock* [89] amarillo pálido que tenía grabado el monograma imperial, y charlando de la manera más amistosa posible con el famoso conspirador.

—Los relojes explosivos —dijo *Herr* Winckelkopf— no son muy buenos artículos para exportar al extranjero, ya que, aun cuando lograsen pasar la aduana, el servicio de trenes es tan irregular que por lo general explotan antes de haber llegado a su destino. En cambio, si usted lo quiere para uso interno, puedo proporcionarle un artículo excelente y garantizarle que estará satisfecho con el resultado. ¿Puedo preguntarle a quien está destinado? Si es para la policía, o alguien relacionado con Scotland Yard, me temo que no puedo hacer nada por usted. Los detectives ingleses son en

el fondo nuestros mejores amigos, y he comprobado siempre que, confiando en su estupidez, podemos hacer exactamente lo que queramos. No podría prescindir de ninguno de ellos.

—Le aseguro —dijo Lord Arthur— que esto no tiene nada en absoluto que ver con la policía. A decir verdad, el reloj está destinado al deán de Chichester.

—¡Válgame Dios! No podía imaginarme, Lord Arthur, que fueran tan firmes sus convicciones religiosas. Pocos jóvenes las tienen hoy en día.

—Me temo que usted me sobrestima, *Herr* Winckelkopf —dijo Lord Arthur, sonrojándose—. La verdad es que en realidad no sé nada de teología.

—¿Es, pues, un asunto puramente privado?

—Puramente privado.

Herr Winckelkopf se encogió de hombros y salió de la habitación, volviendo poco después con una pastilla redonda de dinamita del tamaño aproximado de un penique y un precioso relojito francés de sobremesa rematado por una figura de similor que representaba a la Libertad pisoteando a la hidra del Despotismo.

El rostro de Lord Arthur se iluminó nada más verlo.

—Eso es precisamente lo que quiero —exclamó—, y ahora dígame cómo hacerlo explotar.

—¡Ah!, ese es mi secreto —respondió *Herr* Winckelkopf, contemplando su invento con una justificada mirada de orgullo—; deme a conocer cuándo quiere usted que explote y prepararé el mecanismo para ese momento.

—Está bien, hoy es martes, si usted pudiera enviarlo inmediatamente…

—Eso es imposible; tengo entre manos una gran cantidad de trabajo importante para algunos amigos míos de Moscú. No obstante, podría enviarlo mañana.

—¡Oh!, habrá tiempo más que suficiente —dijo Lord Arthur amablemente—, si se entrega mañana por la noche o el jueves por la mañana. En cuanto al momento de la explosión, digamos el viernes exactamente al mediodía. El deán siempre está en casa a esa hora.

—El viernes, al mediodía —repitió *Herr* Winckelkopf, y tomó nota con ese propósito en un gran libro mayor situado en un escritorio cerca de la chimenea.

—Y ahora —dijo Lord Arthur, levantándose de su asiento—, dígame por favor cuánto le debo.

—Es un asunto tan insignificante, Lord Arthur, que me gustaría no cobrarle nada. La dinamita asciende a siete chelines y seis peniques, el reloj será tres libras y diez chelines, y el porte unos cinco chelines. Me complace enormemente hacerle un favor a cualquier amigo del conde Rouvaloff.

—Pero ¿y la molestia que usted se ha tomado, *Herr* Winckelkopf?

—¡Ah, no es nada! Para mí es un placer. No trabajo por dinero; vivo exclusivamente para mi arte.

Lord Arthur dejó sobre la mesa cuatro libras, dos chelines y seis peniques, agradeció al hombrecillo alemán su amabilidad y, tras lograr rechazar una invitación para reunirse con algunos anarquistas en una merienda cena el sábado siguiente, abandonó la casa y se dirigió al Parque.

Los dos días siguientes estuvo en un estado de la mayor excitación, y el viernes a las doce del mediodía se fue en coche al Buckingham para esperar noticias. Durante toda la tarde el imperturbable conserje estuvo anunciando los telegramas procedentes de varias partes del país con los resultados de carreras de caballos, los veredictos de los pleitos por divorcio, el estado del tiempo y cosas por el estilo, mientras la cinta del telégrafo con su constante tictac ofrecía detalles aburridos de una sesión nocturna de la Cámara de los Comunes y de un pánico sin importancia en la Bolsa. A las cuatro en punto llegaron los periódicos de la tarde, y Lord Arthur desapareció en la biblioteca con el *Pall Mall*, el *St. James's*, el *Globe* y el *Echo*, indignando enormemente al coronel Goodchild, que necesitaba leer las noticias sobre un discurso que había pronunciado aquella mañana en Mansion House[90] acerca de las misiones sudafricanas y la conveniencia de tener obispos negros en cada provincia, y por una u otra razón estaba totalmente en contra del *Evening News*. Sin embargo, ninguno de los periódicos contenía la menor alusión a Chichester, y Lord Arthur tuvo el presentimiento de que el atentado debía de haber fallado. Fue un golpe terrible para él, y durante algún tiempo se sintió completamente desconcertado. *Herr* Winckelkopf, a

quien fue a ver al día siguiente, se deshizo en rebuscadas excusas y le propuso proporcionarle otro reloj gratis, o una caja de bombas de nitroglicerina a precio de coste. Pero había perdido toda confianza en los explosivos, y el propio *Herr* Winckelkopf reconoció que en la actualidad todo está tan adulterado que incluso la dinamita difícilmente puede conseguirse en estado puro. Sin embargo, el hombrecillo alemán, aunque admitió que algo debía de haber fallado en el mecanismo, no había perdido la esperanza de que el reloj pudiera todavía explotar, y citó como ejemplo el caso de un barómetro que él había enviado hacía tiempo al gobernador militar de Odessa, el cual, aunque regulado para explotar al cabo de diez días, no había llegado a hacerlo antes de tres meses. Bien es verdad que cuando explotó, solo consiguió volar en mil pedazos a una criada, ya que el gobernador había salido de la ciudad seis semanas antes, pero al menos demostró que, como fuerza destructiva, la dinamita era, cuando está controlada por un mecanismo, un poderoso instrumento, aunque algo impuntual. Esa reflexión consoló un poco a Lord Arthur, pero hasta ella estaba condenada a decepcionarlo, pues dos días más tarde, mientras subía la escalera, lo llamó la Duquesa a su *boudoir*[91] y le mostró una carta que acababa de recibir de la residencia del deán.

—Jane escribe unas cartas preciosas —dijo la Duquesa—, la verdad es que deberías leer la última. Es igual de buena que las novelas que nos envía Mudie[92].

Lord Arthur le quitó la carta de la mano. Decía lo siguiente:

RESIDENCIA DEL DEÁN, CHICHESTER

27 DE MAYO

Mi querida tía:

Le agradezco mucho la franela para la Dorcas Society[93], y también la guinga. Estoy completamente de acuerdo con usted en que es un disparate que quieran llevar ropa bonita, pero hoy en día todos son tan radicales e irreligiosos que es difícil hacerles comprender que no deberían intentar vestirse como la clase alta. Le

aseguro que no sé a lo que vamos a llegar. Como papá dice a menudo en sus sermones, vivimos en una época de escepticismo.

Nos hemos divertido mucho con un reloj que un admirador desconocido envió a papá el jueves pasado. Llegó de Londres en una caja de madera, con el porte pagado, y papá presiente que debe haberlo enviado alguien que había leído su admirable sermón «¿Es libertad el libertinaje?», ya que coronaba el reloj la figura de una mujer que llevaba en la cabeza lo que papá dijo que era el gorro frigio. No creo que fuera apropiado, pero papá dijo que era histórico, de modo que supongo que no importa. Parker lo desembaló y papá lo puso en la repisa de la chimenea de la biblioteca, y allí estábamos todos sentados el viernes por la mañana cuando, nada más dar el reloj las doce, oímos como un zumbido, una bocanada de humo salió del pedestal de la figura, y la diosa de la libertad se cayó, ¡y se rompió la nariz al dar con la pantalla! Maria se asustó bastante, pero parecía tan ridículo que James y yo nos echamos a reír, y hasta le divirtió a papá. Cuando lo examinamos, descubrimos que era una especie de reloj despertador, y que, si se ponía a una hora determinada, y se colocaba un poco de pólvora y un fulminante debajo de un pequeño percutor, explotaba cuando quisieras. Papá dijo que no debía quedarse en la biblioteca, porque hacía ruido, de modo que Reggie se lo llevó al aula, y durante todo el día no hace más que provocar pequeñas explosiones. ¿Cree usted que le gustaría a Arthur como regalo de bodas? Supongo que están muy de moda en Londres. Papá dice que podrían ser muy útiles, porque demuestran que la libertad no puede durar, sino que debe venirse abajo. Papá dice que la libertad la inventaron cuando la Revolución francesa. ¡Qué horrible parece!

Ahora tengo que ir a la Dorcas, donde les leeré su carta que es de lo más instructiva. Qué cierta es, querida tía, su idea de que, dada su clase de vida, deberían llevar ropa que no les favorezca. Debo decir que es absurda su preocupación por la vestimenta, cuando hay tantas cosas más importantes en este mundo, y en el otro. Me alegro mucho de que su popelín con flores haya dado tan buen resultado, y

que su encaje no se haya desgarrado. Voy a ponerme mi raso amarillo que tan amablemente me regaló para ir el miércoles a casa del obispo, y creo que quedará bien. ¿Usted le pondría lazos? Jennings dice que ahora todos llevan lazos, y que las enaguas deben llevar volantes. Reggie acaba de provocar otra explosión, y papá ha ordenado que lleven el reloj a los establos. Creo que a papá ya no le gusta tanto como al principio, aunque se siente muy halagado de que le hayan enviado un juguete tan bonito e ingenioso. Eso demuestra que la gente lee sus sermones, y saca provecho de ellos.

Papá le envía cariñosos saludos, a los que también se unen James, Reggie y Maria, y esperando que la gota del tío Cecil vaya mejor, créame, querida tía, queda siempre a su disposición su afectuosa sobrina

JANE PERCY

P. D.: Dígame lo de los lazos. Jennings insiste en que están de moda.

Lord Arthur parecía tan serio y desdichado por la carta que a la Duquesa le entró un ataque de risa.

—Mi querido Arthur —exclamó—, ¡no volveré a mostrarle una carta de ninguna joven! Pero ¿qué puedo decirle acerca del reloj? Creo que es un invento estupendo, y me gustaría tener uno.

—No tengo muy buena opinión de ellos —dijo Lord Arthur, sonriendo tristemente, y después de besar a su madre, abandonó la habitación.

Cuando subió, se echó en un sofá y sus ojos se llenaron de lágrimas. Había hecho todo lo posible para cometer ese asesinato, pero no lo había conseguido en ninguna de las dos ocasiones, y no por su culpa. Había procurado cumplir con su deber, pero parecía que el destino lo había traicionado. Lo agobiaba la sensación de ineficacia de las buenas intenciones, la inutilidad de intentar portarse bien. Tal vez sería mejor romper definitivamente el compromiso matrimonial. Sybil sufriría, es cierto, pero el sufrimiento no podía echar a perder realmente una naturaleza tan noble como la suya. En cuanto a él mismo, ¿qué importaba? Siempre hay alguna guerra en la que un hombre puede morir, alguna causa por la que

un hombre puede dar su vida, y como la vida ya no le producía ningún placer, no le tenía ningún miedo a la muerte. ¡Que el destino cumpla con su cometido! Él no movería ni un dedo para ayudarlo.

A las siete y media se vistió y bajó al club. Surbiton estaba allí con un grupo de jóvenes y se vio obligado a cenar con ellos. Ni su conversación trivial ni sus frívolas bromas lo interesaban y, en cuanto sirvieron el café, los dejó, inventando algún compromiso para escaparse. Cuando salía del club, el conserje le dio una carta. Era de *Herr* Winckelkopf, pidiéndole que pasara a verlo al día siguiente por la tarde para examinar un paraguas que explotaba nada más abrirlo. Era el último grito en inventos y acababa de llegar de Ginebra. Hizo pedazos la carta. Había decidido no intentar más experimentos. Luego deambuló hasta bajar al Thames Embankment y estuvo sentado junto al río durante varias horas. La luna asomaba, como el ojo de un león, por entre una melena de nubes rojizas, e innumerables estrellas salpicaban la bóveda hueca, como oro en polvo esparcido sobre una cúpula púrpura. De vez en cuando una gabarra se balanceaba en la turbia corriente y la marea la llevaba a la deriva, y las señales ferroviarias cambiaban de verde a escarlata cuando los trenes cruzaban el puente pitando. Al cabo de un tiempo, resonaron las doce en la alta torre de Westminster, y con cada campanada sonora del reloj la noche parecía temblar. Después se apagaron las luces del ferrocarril, solo quedó una farola solitaria lanzando destellos como un enorme rubí sobre un poste gigante, y el clamor de la ciudad se hizo más débil.

A las dos se levantó y se fue paseando hacia Blackfriars. ¡Qué irreal parecía todo! ¡Como un sueño inesperado! Las casas del otro lado del río parecían salir de la oscuridad. Se diría que la plata y la sombra había moldeado de nuevo el mundo. La enorme cúpula de St. Paul se perfilaba como una ilusión a través del aire tenebroso.

Cuando se aproximaba a la Aguja de Cleopatra[94] vio a un hombre inclinado sobre el pretil y, al acercarse más, el hombre levantó los ojos y la luz de un farol de gas le dio de lleno en el rostro.

¡Era Mr. Podgers, el quiromántico! Era inconfundible aquel rostro grasiento y fofo, aquellas gafas con montura dorada, aquella sonrisa lánguida, enfermiza, aquella boca sensual.

Lord Arthur se detuvo. Una genial idea cruzó su mente y, sin hacer ruido, se acercó sigilosamente a él por detrás. Al instante agarró a Mr. Podgers por las piernas y lo arrojó al Támesis. Se oyó un juramento grosero, un fuerte chapoteo, y todo quedó en silencio. Lord Arthur echó una ojeada con preocupación, pero no vio ni rastro del quiromántico a excepción de un sombrero de copa, que daba volteretas en un remolino de agua iluminado por la luna. Poco después también se hundió, y no quedó ninguna huella visible de Mr. Podgers. Por un momento creyó vislumbrar la figura voluminosa y deforme nadando resueltamente hacia la escalera que había junto al puente, y lo invadió una horrible sensación de fracaso, pero resultó ser solo un reflejo y, cuando salió la luna por detrás de una nube, desapareció. Al fin le pareció haber hecho realidad el mandato del destino. Exhaló un profundo suspiro de alivio, y el nombre de Sybil acudió a sus labios.

—¿Se le ha caído algo, señor? —dijo de pronto una voz detrás de él.

Se dio la vuelta y vio a un policía con una linterna sorda.

—Nada importante, sargento —le contestó sonriendo, y llamando a un cabriolé con pescante, subió a él de un salto y le dijo al cochero que lo llevase a Belgrave Square.

Durante unos cuantos días pasó de la esperanza al temor y viceversa. Hubo momentos en que casi esperaba que Mr. Podgers entrara en la habitación, y sin embargo en otras ocasiones le parecía que el destino no podía ser tan injusto con él. Dos veces fue a la dirección del quiromántico en West Moon Street, pero no pudo decidirse a tocar el timbre. Deseaba asegurarse, pero lo asustaba.

Por fin ocurrió. Estaba sentado en la sala para fumadores del club tomando el té y escuchando con bastante resignación el informe de Surbiton sobre la última canción humorística del Gaiety, cuando entró el camarero con los periódicos de la tarde. Cogió el *St. James's*, y estaba hojeándolo con desgana cuando le llamó la atención este extraño titular:

SUICIDIO DE UN QUIROMÁNTICO

Se puso pálido por la emoción y empezó a leer. El párrafo decía lo siguiente:

> Ayer por la mañana, a las siete, el cadáver del eminente quiromántico Mr. Septimus R. Podgers fue arrojado a la orilla en Greenwich, justo delante del Ship Hotel. El malogrado caballero había desaparecido hacía algunos días, y en los círculos quirománticos había bastante preocupación por su seguridad. Se supone que se suicidó bajo los efectos de un trastorno mental transitorio, causado por exceso de trabajo, y en ese sentido el juez de instrucción ha dictado esta tarde un veredicto. Mr. Podgers acababa de terminar un tratado detallado sobre el tema de la mano humana, que pronto será publicado y sin duda llamará mucho la atención. El difunto tenía sesenta y cinco años, y no parece haber dejado parientes.

Lord Arthur salió precipitadamente del club con el periódico todavía en la mano, para enorme asombro del conserje, que trató en vano de detenerlo, y sin pérdida de tiempo se fue en coche a Park Lane. Sybil lo vio desde la ventana, y algo le dijo que era portador de buenas noticias. Bajó corriendo a su encuentro y, cuando vio su rostro, supo que todo iba bien.

—Mi querida Sybil —exclamó Lord Arthur—, ¡casémonos mañana mismo!

—¡Qué tonto eres! ¡Si ni siquiera hemos encargado la tarta nupcial! —dijo Sybil, riendo con lágrimas en los ojos

VI

Cuando tuvo lugar el casamiento, unas tres semanas más tarde, una verdadera multitud abarrotaba St. Peter’s. El oficio lo leyó de un modo de lo más impresionante el deán de Chichester, y todos reconocieron no haber visto nunca una pareja más linda que la novia y el novio. Eran más que lindos, en todo caso… eran felices. Lord Arthur no lamentó ni por un momento todo lo que había sufrido por amor a Sybil, en tanto que ella, por su parte, le dio lo mejor que una mujer puede dar a un hombre: deferencia,

ternura y amor. En su caso la realidad no arruinó el romance. Siempre se sintieron jóvenes.

Algunos años más tarde, cuando ya habían nacido dos preciosos niños, *Lady* Windermere fue a visitarlos a Alton Priory, una bonita casa antigua que había sido el regalo de bodas del Duque a su hijo; y una tarde, mientras estaba sentada con *Lady* Arthur en el jardín debajo de un tilo, observando cómo jugaban el niño y la niña de acá para allá en la rosaleda, cual rayos de sol intermitentes, de pronto le cogió la mano a su anfitriona y le dijo:

—¿Eres feliz, Sybil?

—Mi querida *Lady* Windermere, pues claro que soy feliz. ¿Usted no?

—No tengo tiempo de ser feliz, Sybil. Siempre me gusta la última persona que me presentan; pero normalmente, en cuanto conozco a alguien, me harto de él.

—¿Ya no le satisfacen sus leones, *Lady* Windermere?

—¡Oh, no, qué va! Los leones solo duran una temporada. En cuanto les cortan la melena, son las criaturas más aburridas que existen. Además, se portan muy mal, si una es realmente amable con ellos. ¿Recuerda a aquel odioso Mr. Podgers? Era un terrible impostor. Ni que decir tiene, eso no me importó en modo alguno, y hasta cuando quiso que le prestase dinero lo perdoné, pero no podía soportar que me hiciese la corte. A decir verdad me ha hecho aborrecer la quiromancia. Ahora me dedico a la telepatía. Es mucho más divertida.

—En esta casa no debe decir nada en contra de la quiromancia, *Lady* Windermere; es el único tema del que a Arthur no le gusta que se burlen. Le aseguro que se lo toma muy en serio.

—¿No irás a decirme que cree en ella, verdad, Sybil?

—Pregúnteselo a él, *Lady* Windermere, ahí lo tiene.

Lord Arthur venía del jardín con un gran ramo de rosas amarillas en la mano, y sus dos hijos brincaban a su alrededor.

—¿Lord Arthur?

—Sí, *Lady* Windermere.

—¿No irá usted a decirme que cree en la quiromancia?

—Ya lo creo que sí —dijo el joven, sonriendo.

—Pero ¿por qué?

—Porque a ella le debo toda la felicidad de mi vida —murmuró él, echándose encima de un sillón de mimbre.

—Mi querido Lord Arthur, ¿qué es lo que le debe?

—Sybil —le contestó él, alargándole las rosas a su esposa, mirando intensamente sus ojos violetas.

—¡Qué bobada! —exclamó *Lady* Windermere—. Nunca en toda mi vida oí semejante bobada.

ARTHUR CONAN DOYLE

LA BANDA MOTEADA[95]

Echando un vistazo a mis notas sobre los más de setenta casos en los que pude estudiar los métodos de mi amigo Sherlock Holmes, he comprobado que muchos son trágicos, algunos cómicos y una gran cantidad simplemente extraños, pero ni uno solo vulgar; pues, como trabajaba más por amor a su arte que para adquirir riqueza, solo aceptaba implicarse en aquellas investigaciones con tendencia a lo insólito e incluso a lo fantástico. Sin embargo, entre todos estos casos tan variados, no recuerdo ninguno que presente características más singulares que el referente a la muy conocida familia de Surrey, los Roylott de Stoke Moran. Los incidentes en cuestión sucedieron en los comienzos de mi relación con Holmes, cuando, estando ambos solteros, compartíamos unas habitaciones en Baker Street. Posiblemente podría haberlos consignado por escrito antes de ahora, pero entonces prometí guardar silencio y hasta el mes pasado no quedé liberado de la promesa por el fallecimiento prematuro de la dama a la que di mi palabra. Quizás sea conveniente que los hechos hayan salido ahora a la luz, pues tengo motivos para afirmar que han corrido ciertos rumores acerca de la muerte del doctor Grimesby Roylott que tienden a convertir el asunto en algo todavía más terrible que la propia verdad.

Fue a principios de abril del año ochenta y tres. Al despertar cierta mañana encontré junto a mi cama a Sherlock Holmes, completamente vestido. Por regla general solía levantarse tarde y, como vi en el reloj que había encima de la repisa de la chimenea que no eran más que las siete y

cuarto, lo miré con los ojos entreabiertos, un poco sorprendido, y quizás también con algo de rencor, pues yo era un hombre de hábitos metódicos.

—Siento mucho haberlo despertado, Watson —me dijo—, pero es el destino de todos esta mañana. Mrs. Hudson se despertó y su respuesta fue despertarme a mí, y yo a usted.

—Pues ¿qué ocurre? ¿Hay fuego en la casa?

—No, es un cliente. Al parecer ha llegado una joven en un considerable estado de agitación, que insiste en verme. Ahora espera en la sala de estar. Pues bien, cuando una joven vaga por la metrópoli a estas horas de la mañana, despertando y sacando de la cama a la gente que duerme, presumo que se trata de algo muy urgente que tiene que comunicar. Si resultase ser un caso interesante, estoy seguro de que a usted le gustaría seguirlo desde el principio. De todos modos creí que debía despertarlo y darle una oportunidad.

—Mi querido amigo, no me lo perdería por nada del mundo.

No había nada que me gustara tanto como seguir a Holmes en sus investigaciones profesionales y admirar las deducciones, tan rápidas que parecían intuiciones a pesar de estar siempre basadas en fundamentos lógicos, con que desenmarañaba los problemas que le proponían. Me vestí rápidamente, y a los pocos minutos estaba dispuesto a acompañar a mi amigo a la sala de estar, en la planta baja. Una joven vestida de negro y cubierta con un tupido velo, que estaba sentada junto a la ventana, se levantó al entrar nosotros.

—Buenos días, señora —dijo Holmes, animado—. Me llamo Sherlock Holmes. Este caballero es mi íntimo amigo y socio, el doctor Watson, ante el cual puede usted hablar con igual libertad que ante mí. Ajá, me alegra comprobar que Mrs. Hudson ha tenido el buen tino de encender el fuego. Le ruego que se acerque a la chimenea y pediré que le traigan una taza de café bien caliente, pues observo que está usted temblando.

—No es el frío lo que me hace temblar —dijo la mujer en voz baja, cambiando de sitio como le había pedido Holmes.

—¿Qué es, entonces?

—El miedo, Mr. Holmes. El pánico.

Mientras hablaba se levantó el velo y pudimos ver que, en efecto, se hallaba en un lamentable estado de nerviosismo, con el rostro demacrado y ceniciento, y los ojos inquietos y asustados, como los de un animal acosado. Su semblante y su figura correspondían a los de una mujer de treinta años, pero sus cabellos habían encanecido prematuramente y parecía cansada y ojerosa. Sherlock Holmes le echó un vistazo con una de esas miradas suyas tan penetrantes y exhaustivas.

—No debe tener usted miedo —dijo con voz tranquilizadora, inclinándose hacia delante y dándole palmaditas en el antebrazo—. Sin duda alguna pronto arreglaremos las cosas. Veo que ha llegado usted esta mañana en tren, ¿no es cierto?

—¿Acaso me conoce usted?

—No, pero observo que conserva el billete de vuelta en la palma de su guante izquierdo. Ha debido de salir usted muy temprano, y para llegar a la estación tuvo que hacer un largo trayecto en *dog-cart* [96]por carreteras difíciles.

La joven se sobresaltó bastante y se quedó mirando fijamente a mi compañero con perplejidad.

—No hay misterio alguno en esas observaciones mías, mi querida señora —le dijo Holmes, sonriendo—. La manga izquierda de su chaqueta está salpicada de barro por lo menos en siete lugares distintos y las manchas son muy recientes. No hay ningún vehículo, salvo el *dog-cart*, que levante barro de esa manera, y eso únicamente cuando va uno sentado a la izquierda del conductor.

—Sean cuales fueren sus motivos para decir eso, tiene usted toda la razón —dijo ella—. Salí de casa antes de las seis, llegué a Leatherhead a las seis y veinte, y cogí el primer tren para Waterloo. Señor, no puedo soportar más esta tensión, si continúa me volveré loca. No tengo nadie a quien recurrir…, nadie, salvo una persona que se preocupa por mí, pero la pobrecita no puede serme de mucha ayuda. He oído hablar de usted, Mr. Holmes; he oído hablar de usted a Mrs. Farintosh, a quien usted ayudó en un momento de acuciante necesidad. Fue ella quien me dio su dirección. ¿No cree usted, señor, que podría ayudarme a mí también, y arrojar alguna luz en la densa oscuridad que me rodea? En estos momentos no me es

posible recompensarlo por sus servicios, pero dentro de uno o dos meses estaré casada y dispondré de mis propios ingresos, y entonces podrá comprobar al menos que no soy desagradecida.

Holmes se dirigió a su escritorio y, tras abrirlo, sacó un pequeño registro de sus casos y lo consultó.

—Farintosh —dijo—. ¡Ah, sí!, ya recuerdo el caso; se trataba de una tiara de ópalos. Creo, Watson, que fue antes de conocerlo a usted. Señora, lo único que puedo decirle es que tendré mucho gusto en dedicar a su caso la misma atención que le dediqué al de su amiga. En cuanto a la paga, sepa usted que mi profesión constituye mi única recompensa; pero está usted autorizada a costear los gastos en que yo incurra cuando mejor le convenga. Y ahora le ruego que nos exponga todo cuanto pueda ayudarnos a formar una opinión sobre el asunto.

—¡Ay de mí! —respondió nuestra visitante—. Lo verdaderamente horrible de mi situación radica en el hecho de que mis temores son tan vagos, y mis sospechas están exclusivamente basadas en detalles tan nimios, los cuales podrían parecer triviales a otros, que incluso la única persona a quien tengo derecho a pedir ayuda y consejo considera todo lo que le conté como extravíos de una mujer nerviosa. Aunque no me lo diga, lo adivino en sus respuestas tranquilizadoras y en sus miradas huidizas. Pero me han dicho, Mr. Holmes, que usted es capaz de penetrar en la multiforme maldad del corazón humano. Usted podría aconsejarme cómo esquivar los peligros que me rodean.

—Señora, la escucho con la mayor atención.

—Me llamo Helen Stoner y vivo con mi padrastro, que es el último superviviente de una de las antiguas familias sajonas de Inglaterra, los Roylott de Stoke Moran, en el límite occidental de Surrey.

Holmes asintió con la cabeza.

—El apellido me es familiar —dijo.

—Esa familia fue en tiempos una de las más ricas de Inglaterra y sus dominios se extendían hasta Berkshire por el norte y Hampshire por el oeste. Sin embargo, en el último siglo hubo cuatro herederos sucesivos que llevaron una vida disoluta y despilfarradora, y finalmente, en los tiempos de la Regencia[97], un jugador completó la ruina de la familia. No quedó nada

salvo unos cuantos acres de tierra y la casa, construida hace doscientos años, que estaba gravada con una cuantiosa hipoteca. El último *squire* llevó allí la penosa y horrible existencia de un aristócrata pobre; pero su único hijo, mi padrastro, comprendiendo que debía adaptarse a las nuevas circunstancias, consiguió un adelanto de un pariente, lo que le permitió costearse la carrera de Medicina, y se fue a Calcuta, donde, gracias a su habilidad profesional y su entereza de carácter, se hizo con una numerosa clientela. Sin embargo, en un arrebato de ira, a causa de unos robos perpetrados en su casa, mató a palos a su mayordomo nativo y faltó muy poco para que lo condenaran a muerte. Aun así, tuvo que cumplir una larga condena de cárcel y más tarde regresó a Inglaterra convertido en un hombre taciturno y desengañado.

Durante su estancia en la India se casó con mi madre, Mrs. Stoner, viuda del general de división Stoner, de la compañía de Artillería de Bengala. Mi hermana Julia y yo somos gemelas y teníamos solo dos años cuando mi madre se volvió a casar. Nuestra madre disponía de una cuantiosa suma de dinero, no inferior a mil libras al año, que legó al doctor Roylott mientras viviésemos con él, a condición de que nos dotase a cada una con una determinada cantidad anual en caso de que nos casáramos. Poco después de nuestro regreso a Inglaterra falleció mi madre…, murió hace ocho años en un accidente de tren cerca de Crewe. El doctor Roylott renunció, pues, a su intención de establecer una consulta en Londres, y nos llevó a vivir con él a su casa solariega de Stoke Moran. El dinero que había dejado mi madre bastaba para cubrir todas nuestras necesidades, y no parecía existir obstáculo alguno a nuestra felicidad.

Pero, más o menos por aquella época, se produjo un tremendo cambio en mi padrastro. En vez de hacer nuevas amistades e intercambiar visitas con nuestros vecinos, que al principio no cabían en sí de contento al ver regresar a un Roylott a Stoke Moran, sede de su vieja familia, se encerró en su casa y salía muy pocas veces, salvo para enzarzarse en violentas riñas con cualquiera que se cruzase en su camino. La disposición a la violencia, rayana en la manía, ha sido hereditaria en los varones de la familia, y en el caso de mi padrastro se había acentuado, creo, debido a su larga estancia en los trópicos. Participó en una serie de vergonzosas reyertas, dos de las

cuales terminaron en el tribunal correccional, hasta llegar a convertirse finalmente en el terror del pueblo: la gente huía cuando él se acercaba, ya que es un hombre de una fuerza tremenda y completamente incontrolable cuando lo acomete un arrebato de ira.

La semana pasada tiró al herrero del pueblo al río, por encima del pretil, y solo logré evitar un escándalo público pagándole todo el dinero que pude reunir. No tenía amigos, a excepción de los gitanos nómadas, y dio permiso a estos vagabundos para que acamparan en los pocos acres de tierras cubiertas de zarzas que constituyen la finca familiar, aceptando a cambio la hospitalidad de sus tiendas de campaña, y a veces incluso se iba con ellos durante semanas enteras. Le encantan también los animales de la India que le envía un agente de negocios suyo, y en estos momentos tiene un guepardo y un babuino, que se pasean libremente por sus tierras y a quienes los aldeanos temen casi tanto como a su dueño.

Ya puede usted figurarse por lo que le cuento que la vida de mi pobre hermana Julia y la mía no tenían nada de agradable. Nadie quería servir en nuestra casa y durante mucho tiempo nosotras mismas tuvimos que ocuparnos de las tareas domésticas. Cuando murió mi hermana no tenía más que treinta años, pero sus cabellos ya habían empezado a encanecer, al igual que los míos.

—¿Entonces, ha muerto su hermana?

—Murió hace exactamente dos años y precisamente es de su muerte de lo que quiero hablarle. Ya comprenderá usted que, llevando el género de vida que le he descrito, era poco probable que llegásemos a tratar a alguna persona de nuestra misma edad y posición social. Sin embargo, teníamos una tía, hermana soltera de mi madre, *Miss* Honoria Westphail, que vive cerca de Harrow, y cuya casa nos permitían visitar de vez en cuando. Hace dos años Julia fue allí a pasar las Navidades y conoció a un comandante de infantería de Marina retirado con el que llegó a comprometerse. Cuando regresó mi hermana, mi padrastro se enteró del compromiso y no puso objeciones al matrimonio; pero quince días antes del día señalado para la boda ocurrió el terrible suceso que me privó de mi única compañera.

Sherlock Holmes había permanecido recostado en su butaca con los ojos cerrados y la cabeza hundida en un almohadón, pero al escuchar esto

entreabrió los párpados y lanzó una mirada a su visitante.

—Le ruego que sea más precisa en cuanto a los detalles.

—Me será fácil, ya que todos los sucesos de aquella espantosa noche han quedado profundamente impresos en mi memoria. Como ya le he dicho, la casa solariega es muy vieja y actualmente solo se encuentra habitada una de sus alas. Los dormitorios de esta ala están en la planta baja, y las salas de estar en el bloque central del edificio. De esos dormitorios, el primero es el del doctor Roylott, el segundo el de mi hermana y el tercero el mío. No se comunican entre sí, pero las puertas de los tres dan al mismo pasillo. ¿Me explico con claridad?

—Perfectamente.

—Las ventanas de las tres habitaciones dan al césped. Aquella noche fatal el doctor Roylott se había ido a su habitación muy temprano, aunque nosotras sabíamos que no se había retirado a descansar, ya que a mi hermana le molestaba el olor de los fuertes cigarros indios que él solía fumar. Por consiguiente, mi hermana se marchó de su habitación y vino a la mía, donde estuvimos un buen rato charlando acerca de su próxima boda. A las once se levantó para marcharse, pero al llegar a la puerta se detuvo y miró hacia atrás.

—Dime, Helen —me dijo—, ¿nunca has oído en la quietud de la noche como si alguien silbase?

—Jamás —me dijo ella.

—Supongo que no serás tú misma la que silbas mientras duermes, ¿verdad?

—Desde luego que no. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Porque durante las últimas noches, a eso de las tres de la mañana, he oído con toda claridad un débil silbido. Como tengo el sueño muy ligero, me desperté enseguida. No sé de dónde venía…, tal vez de la habitación de al lado, o del césped. Se me ocurrió de pronto preguntarte si tú lo habías oído.

—Pues no, no he oído nada. Deben de ser esos malditos gitanos que acampan en la finca.

—Es muy posible. Y sin embargo, si procedía del césped, me extraña que tú no lo oyeras también.

—Es que yo duermo más profundamente que tú.

—Bueno, de todos modos no tiene la menor importancia —me contestó sonriente, cerró la puerta y unos instantes después la oí girar la llave en la cerradura.

—¿De verdad? —dijo Holmes—. ¿Tenían la costumbre de cerrar la puerta con llave todas las noches?

—Siempre.

—¿Y por qué?

—Creo haberle mencionado ya que el doctor tenía un guepardo y un babuino. No nos sentíamos seguras a menos que las puertas estuvieran cerradas con llave.

—Ya veo. Por favor, prosiga con su exposición de los hechos.

—Aquella noche no pude dormir. Tenía la vaga sensación de que se cernía sobre nosotras alguna desgracia. Como recordará, mi hermana y yo somos gemelas, y ya sabe usted lo sutiles que son los vínculos que unen a dos almas tan estrechamente relacionadas. Era una noche tormentosa. El viento aullaba en el exterior y la lluvia golpeaba contra las ventanas. De pronto, en medio del barullo de la tempestad, oí el grito desesperado de una mujer aterrorizada y reconocí la voz de mi hermana. Salté de la cama, me envolví en un chal y salí precipitadamente al pasillo. Al abrir la puerta de mi alcoba me pareció oír un silbido semejante al que mi hermana había descrito, y unos instantes después un sonido estruendoso, como si se hubiese caído al suelo un objeto metálico. Mientras corría por el pasillo se abrió la puerta de la habitación de mi hermana y giró lentamente sobre sus goznes. La miré horrorizada, sin saber qué era lo que estaba a punto de salir de ella. Gracias a la luz de la lámpara del pasillo, vi aparecer en el hueco a mi hermana, con el rostro lívido de espanto, las manos tanteando en busca de ayuda y todo su cuerpo tambaleándose como el de un borracho. Corrí hacia ella y le eché los brazos al cuello, pero en aquel mismo instante sus rodillas parecieron ceder y se cayó al suelo. Se retorció como si estuviera sufriendo atrozmente y sus miembros se convulsionaron de manera espantosa. Al principio creí que no me había reconocido pero, al inclinarme sobre ella, de pronto gritó con una voz que no podré olvidar nunca: «¡Oh, Dios mío! ¡Helen! ¡Fue la banda! ¡La banda moteada!». Quiso decir algo

más y señaló con el dedo en dirección a la alcoba del doctor, pero una nueva convulsión se apoderó de ella y la privó del habla. Salí corriendo al pasillo, llamé a mi padrastro a voz en grito y tropecé con él cuando salía precipitadamente de su habitación envuelto en su batín. Cuando llegó al lado de mi hermana, ella estaba inconsciente, y aunque vertió coñac en su garganta y mandó a alguien a pedir ayuda al médico de la aldea, todos los esfuerzos resultaron inútiles, pues poco a poco se fue apagando y murió sin haber recobrado el conocimiento. Tal fue el terrible final de mi querida hermana.

—Un momento —dijo Holmes—; ¿está usted segura de haber oído ese silbido y ese ruido metálico? ¿Podría jurarlo?

—Eso fue lo que me preguntó el juez de instrucción del condado durante la investigación. Estoy convencida de haberlo oído pero, entre el estrépito de la tormenta y los crujidos de una casa antigua como esa, es posible que me haya equivocado.

—¿Estaba vestida su hermana?

—No, llevaba puesto el camisón. En su mano derecha se le encontró la cabeza chamuscada de una cerilla, y en la izquierda una caja de cerillas.

—Eso prueba que había encendido una vela y había mirado a su alrededor cuando dio el grito de alarma. Eso es importante. ¿Y a qué conclusiones llegó el juez de instrucción?

—Investigó el caso con mucho cuidado, pues la conducta del doctor Roylott era bien conocida en el condado desde hacía tiempo, pero no pudo descubrir ninguna causa que explicase la muerte de manera satisfactoria. Mi testimonio demostraba que la puerta había sido cerrada por dentro, y que las ventanas estaban bloqueadas con anticuados postigos, que se aseguraban todas las noches con grandes barras de hierro. Se escudriñaron con mucho cuidado las paredes, comprobándose que todas eran totalmente macizas, y también se examinó a fondo el suelo, con idéntico resultado. La chimenea es ancha, pero sus barrotes estaban atrancados con cuatro grandes cerraderos. Por lo tanto, es indudable que mi hermana estaba completamente sola cuando encontró su fin. Además, su cuerpo no presentaba señales de violencia.

—¿No pensaron en algún veneno?

—Los médicos la reconocieron buscando el veneno, pero sin éxito.

—¿De qué cree usted, pues, que murió la desdichada joven?

—Estoy convencida de que murió de puro miedo y de un ataque de nervios, aunque no logro imaginar qué fue lo que la asustó.

—¿Había gitanos en la finca en aquel momento?

—Sí, casi siempre hay alguno.

—Bueno, ¿y qué dedujo usted de su alusión a una banda…, una banda moteada?

—Unas veces pensé que aquellas palabras fueron solo desatinos del delirio, otras que pudiera referirse a alguna banda o grupo de personas, quizás esos mismos gitanos de la finca. Acaso los pañuelos de lunares que muchos de ellos llevan en la cabeza le sugirieron el extraño adjetivo que utilizó.

Holmes negó con la cabeza, como si estuviera muy lejos de conformarse con aquella explicación.

—Estamos con el agua al cuello —dijo—. Siga con su narración, se lo ruego.

—Han pasado dos años desde entonces y hasta hace muy poco mi vida ha sido más solitaria que nunca. Hará un mes, sin embargo, un querido amigo, al que conozco desde hace muchos años, me hizo el honor de pedir mi mano. Se llama Armitage…, Percy Armitage…, y es el segundo hijo de Mr. Armitage, de Crane Water, cerca de Reading. Mi padrastro no mostró ninguna disconformidad con la boda y nos casaremos en el transcurso de la primavera. Hace dos días se iniciaron algunas reparaciones en el ala oeste del edificio y han perforado la pared de mi alcoba, de modo que tuve que trasladarme a la habitación en la que murió mi hermana y dormir en la misma cama en la que ella durmió. Imagínese, pues, mi escalofrío de terror cuando la pasada noche, estando desvelada pensando en su terrible destino, oí de pronto en el silencio de la noche el suave silbido que anunció su propia muerte. Me levanté de un salto y encendí la lámpara, pero no vi nada en la habitación. Sin embargo, estaba demasiado desconcertada para volver a acostarme, de modo que me vestí y en cuanto amaneció tomé un *dog-cart* en la Posada de la Corona, que está enfrente, y me fui a Leatherhead, de

donde he venido esta mañana, con el único propósito de verlo y pedirle consejo.

—Ha hecho usted muy bien —dijo mi amigo—. Pero ¿me lo ha dicho todo?

—Sí, todo.

—Eso no es cierto, *Miss* Stoner. Está usted protegiendo a su padrastro.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

Por toda respuesta, Holmes echó hacia atrás el puño de encaje negro que orlaba la mano que nuestra visitante apoyaba en la rodilla, dejando al descubierto sobre su blanca muñeca cinco manchitas lívidas, que parecían ser las huellas dejadas por otros tantos dedos.

—A usted la han tratado cruelmente —dijo Holmes.

La joven enrojeció profundamente y cubrió su muñeca lastimada.

—Es un hombre duro y tal vez no se dé cuenta de su propia fuerza.

Hubo un largo silencio, durante el cual Holmes, con la barbilla apoyada en las manos, miró fijamente el fuego que chisporroteaba en la chimenea.

—Este asunto está muy poco claro —dijo al fin—. Hay mil detalles que desearía conocer antes de decidir qué camino tomar. Sin embargo no podemos perder ni un solo instante. Si fuéramos hoy mismo a Stoke Moran, ¿podríamos visitar esas habitaciones sin que se entere su padrastro?

—Da la casualidad que hoy habló de venir a la ciudad para un asunto de la mayor importancia. Es probable que esté fuera todo el día y por tanto nada podrá molestarnos. Ahora tenemos un ama de llaves, pero es vieja y estúpida, y me será muy fácil quitarla de en medio.

—Excelente. Watson, ¿tiene algún inconveniente en hacer este viaje?

—Ni mucho menos.

—Entonces iremos los dos. ¿Qué va a hacer usted, *Miss* Stoner?

—Aprovechando que estoy en Londres me gustaría hacer un par de cosas. Pero regresaré en el tren de las doce para estar allí cuando ustedes lleguen.

—Puede usted contar con que estaremos allí a primera hora de la tarde. Yo también tengo que atender un pequeño negocio. ¿No quiere usted esperar y quedarse a desayunar?

—No, debo irme. Me siento más aliviada desde que le he confiado mis problemas. Espero verlo de nuevo esta tarde.

Se cubrió el rostro con su tupido velo negro y salió sigilosamente de la habitación.

—¿Qué piensa usted de todo esto, Watson? —preguntó Sherlock Holmes, reclinándose en su butaca.

—Me parece un asunto de lo más misterioso y siniestro.

—Bastante misterioso y siniestro.

—Pero si la joven tiene razón al decir que las paredes y el suelo son sólidos, y que la puerta, la ventana y la chimenea son infranqueables, entonces es indudable que su hermana estaba sola cuando halló su misteriosa muerte.

—¿Qué pasa, entonces, con esos silbidos nocturnos y con las extrañas palabras de la moribunda?

—No sé.

—Si usted combina los silbidos en la noche, la presencia de una banda de gitanos que tiene relaciones íntimas con el viejo doctor, el hecho de que tenemos motivos fundados para creer que el doctor está interesado en impedir el matrimonio de su hijastra, la alusión de la moribunda a una banda y, por último, el hecho de que *Miss* Helen Stoner oyó un ruido metálico, que pudiera haber sido causado por una de aquellas barras de metal con que se aseguran los postigos al volver a caer en su sitio, creo que existen buenas razones para pensar que el misterio puede aclararse siguiendo estas pautas.

—Pero entonces ¿qué hacían los gitanos?

—Me cuesta imaginarlo.

—Veo muchos inconvenientes a semejante teoría.

—A mí me ocurre lo mismo. Precisamente por ese motivo vamos a ir hoy a Stoke Moran. Quiero comprobar si las objeciones son inevitables o si pueden explicarse. Pero ¿qué demonios sucede?

La exclamación de mi compañero le fue arrancada por la repentina apertura de la puerta y la aparición de una gigantesca figura recortada en el marco. Su indumentaria era una peculiar mezcla del profesional y el agricultor: llevaba un sombrero de copa negro, una larga levita y un par de

polainas altas, y blandía una fusta de cazador. Era tan alto que su sombrero rozaba verdaderamente el montante de la puerta, y la anchura de su cuerpo parecía abarcarla de lado a lado. Su cara grande, surcada por un millar de arrugas, quemada por el sol hasta volverse amarilla, y con huellas de toda clase de maléficas pasiones, se volvía alternativamente hacia nosotros dos, mientras que sus ojos hundidos y malhumorados y la nariz muy delgada y descarnada le daban cierto parecido con una feroz ave de presa.

—¿Cuál de ustedes dos es Holmes? —preguntó aquella aparición.

—Ese es mi nombre, señor; pero usted juega con ventaja, pues yo ignoro el suyo —dijo mi compañero en voz baja.

—Soy el doctor Grimesby Roylott, de Stoke Moran.

—Muy bien, doctor —dijo Holmes, amablemente—. Tome asiento, por favor.

—No pienso hacer tal cosa. Mi hijastra ha estado aquí. La he seguido. ¿Qué le ha contado a usted?

—Hace un poco de frío para la época en que estamos —dijo Holmes.

—¿Qué le ha contado a usted? —gritó el viejo, furioso.

—Pero he oído decir que este año la cosecha de azafrán promete ser muy buena —prosiguió mi compañero, imperturbable.

—¡Ah! Intenta desconcertarme, ¿verdad? —dijo nuestro nuevo visitante, dando un paso adelante y agitando su fusta de cazador—. ¡Ya sé quién es usted, canalla! He oído hablar de usted antes de ahora. Usted es Holmes, el entrometido.

Mi amigo sonrió.

—¡Holmes, el metomentodo!

Mi amigo continuó sonriendo.

—¡Holmes, el pretencioso funcionario de poca monta de Scotland Yard!

Holmes se rio con ganas.

—Su conversación es de lo más divertida —dijo—. Cuando salga, cierre la puerta, pues estamos en plena corriente.

—Me iré cuando haya dicho lo que tengo que decir. No se atreva usted a entrometerse en mis asuntos. Sé que *Miss* Stoner ha estado aquí…, ¡la seguí! ¡Soy hombre peligroso para vérselas conmigo! Mire.

Rápidamente dio un paso adelante, cogió el atizador y lo dobló completamente con sus enormes manos morenas.

—Procure que no lo agarre entre mis manos —gruñó y, arrojando al hogar el torcido atizador, salió de la habitación dando grandes zancadas.

—Parece una persona muy amable —dijo Holmes, riéndose—. Yo no soy tan corpulento, pero si se hubiese quedado podría haberle demostrado que mis puños valen tanto como los suyos.

Mientras hablaba, recogió el atizador de acero y, haciendo un repentino esfuerzo, volvió a enderezarlo.

—¡Cómo se le ocurre tener la insolencia de confundirme con un policía! Sin embargo, este incidente presta mayor encanto a nuestra investigación, y solo espero que nuestra amiguita no sufra las consecuencias de su imprudencia al permitir que este bruto la siguiera. Y ahora, Watson, encargaremos el desayuno, y después iré dando un paseo hasta Doctor's Commons[98], donde espero conseguir algunos datos que pueden ayudarnos en este asunto.

Era cerca de la una cuando Sherlock Holmes regresó de su excursión. En la mano traía una hoja de papel azul, cubierta de garabatos con notas y cifras.

—He visto el testamento de la difunta esposa —dijo—. Para determinar su valor exacto me he visto obligado a calcular los precios actuales de los valores a que se refiere. El importe total, que en el momento del fallecimiento de la esposa ascendía a casi mil cien libras, ahora, debido a la caída de los precios agrícolas, no supera las setecientas cincuenta libras. En caso de matrimonio, cada hija tiene derecho a reclamar una renta de doscientas cincuenta libras. Es evidente, por tanto, que si las dos se hubiesen casado, esta considerable suma habría quedado reducida a una simple miseria, e incluso casándose una sola, el hombre quedaría seriamente quebrantado. Mi trabajo esta mañana no ha sido inútil, puesto que he comprobado que el doctor Roylott tiene poderosos motivos para oponerse a tales matrimonios. Pues bien, Watson, este caso es demasiado serio para que malgastemos el tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que el viejo está al corriente de que nos interesamos por sus asuntos, de modo que, si está usted dispuesto, llamaremos a un coche de alquiler que nos lleve a

Waterloo. Le agradecería mucho que metiese su revólver en el bolsillo. Un Eley's n.º 2 es un excelente argumento contra caballeros capaces de retorcer atizadores de acero haciéndoles un nudo. Eso y un cepillo de dientes es, creo yo, cuanto necesitamos llevar.

En Waterloo tuvimos la suerte de coger el tren para Leatherhead, y al llegar alquilamos un cabriolé en la posada de la estación, que nos llevó unas cuatro o cinco millas a través de los preciosos caminos rurales de Surrey. Era un día perfecto, brillaba el sol y solo había unas pocas nubes aborregadas en el cielo. En los árboles y en los setos al borde del camino acababan de brotar los primeros retoños verdes, y en el aire flotaba el agradable aroma de la tierra húmeda. Qué extraño contraste, para mí al menos, entre la dulce promesa de la primavera y esta siniestra búsqueda que nos ocupaba. Mi compañero iba sentado en la parte delantera del cabriolé, con los brazos cruzados, el sombrero encasquetado hasta los ojos y la barbilla hundida en el pecho, absorto en los pensamientos más profundos. Sin embargo, de pronto se sobresaltó, me dio un golpecito en el hombro y señaló con el dedo más allá de los prados.

—¡Mire usted allí!

Un parque con bastante arbolado se extendía en suave pendiente, hasta convertirse en un bosquecillo en su punto más alto. De entre las ramas sobresalían los hastiales grises y la cumbrera de una vieja mansión.

—¿Stoke Moran? —preguntó Holmes.

—Sí, señor —contestó el cochero—, es la casa del doctor Grimesby Roylott.

—En aquella dirección se ven algunos edificios —dijo Holmes—: ahí es a donde vamos.

—Es la aldea —dijo el cochero, señalando a un grupo de tejados a cierta distancia hacia la izquierda—; pero si ustedes quieren llegar a la casa, les resultará más corto si pasan por encima de la escalera de la cerca y siguen después por el sendero que atraviesa los campos. Allí es donde pasea la señora.

—Me imagino que se referirá usted a *Miss* Stoner —observó Holmes, protegiéndose los ojos del sol—. Sí, creo que es mejor que hagamos lo que usted sugiere.

Nos apeamos, pagamos la tarifa y el cabriolé se puso a traquetear de nuevo de vuelta a Leatherhead.

—He preferido —dijo Holmes, mientras saltábamos la cerca— hacerle creer al cochero que éramos arquitectos, o que veníamos por algún asunto concreto. Eso quizás impida que se vaya de la lengua. Buenas tardes, *Miss* Stoner. Ya ve usted que hemos cumplido con nuestra palabra.

Nuestra cliente de la mañana se había adelantado rápidamente para salir a nuestro encuentro con una cara que expresaba su alegría.

—Les he estado esperando con impaciencia —exclamó, estrechándonos calurosamente las manos—. Ha salido todo estupendamente. El doctor Roylott se fue a la ciudad y es poco probable que regrese antes de que anochezca.

—Hemos tenido el placer de conocer al doctor —dijo Holmes, y en pocas palabras le explicó lo que había ocurrido.

Mientras *Miss* Stoner lo escuchaba, hasta sus labios palidecieron.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Entonces es que me ha seguido.

—Eso parece.

—Es tan astuto que nunca sé cuándo estoy a salvo de él. ¿Qué dirá cuando regrese?

—Deberá usted estar en guardia, pues es posible que alguien más astuto que él le siga la pista. Deberá usted encerrarse con llave esta noche. Si él se muestra violento, la llevaremos a casa de su tía en Harrow. Ahora debemos aprovechar bien el tiempo, de modo que llévenos inmediatamente a las habitaciones que tenemos que examinar.

El edificio era de piedra gris, cubierta de musgo, y se componía de un elevado pabellón central y dos alas en curva, como las pinzas de un cangrejo, a cada lado. En una de estas alas las ventanas estaban rotas y las habían tapiado con tablas de madera, mientras que el techo, medio hundido, completaba la ruinosa imagen. El pabellón central se hallaba en mejor estado de conservación, pero el bloque a mano derecha era relativamente moderno y las persianas de las ventanas, así como el humo azulado que ascendía en espirales de las chimeneas, indicaban que era allí donde habitaba la familia. Al final del muro habían montado unos andamios y la sillería estaba rota en varios sitios, pero en el momento de nuestra visita no

se veía ningún obrero. Holmes recorrió con parsimonia el descuidado césped de un lado a otro y examinó con profunda atención la parte de fuera de las ventanas.

—Aquella ventana debe de pertenecer a la habitación en que usted solía dormir, la del centro debe de ser la que ocupaba su hermana y la más próxima al edificio principal la del doctor Roylott, ¿no es cierto?

—Así es. Pero ahora duermo en la del medio.

—Solo durante las reformas, según tengo entendido. A propósito, no parece que hubiera ninguna necesidad urgente de reparaciones en el extremo del muro.

—Claro que no la había. Creo que fue una excusa para trasladarme a otra habitación.

—¡Vaya!, eso da que pensar. Ahora bien, al otro lado de esa ala estrecha se extiende el pasillo al que dan las puertas de esas tres habitaciones. Tendrá ventanas, por supuesto.

—Sí, pero muy pequeñas. Demasiado estrechas para que nadie pueda pasar por ellas.

—Como ustedes dos por la noche cerraban con llave las puertas de sus habitaciones, estas eran inaccesibles por aquel lado. Pues bien, ¿tendría usted la amabilidad de entrar en su alcoba y atrancar los postigos?

Así lo hizo *Miss* Stoner, y Holmes, después de examinar cuidadosamente la ventana abierta, intentó por todos los medios posibles forzar el postigo, pero sin éxito. No había ni una sola rendija por donde pudiera pasar un cuchillo para levantar la tranca. Luego comprobó con su lupa los goznes, pero eran de hierro macizo y estaban sólidamente empotrados en la mampostería.

—¡Hummm…! —dijo, rascándose la barbilla y algo perplejo—, indudablemente mi teoría presenta algunas dificultades. Nadie podría pasar por aquí con los postigos echados. En fin, veamos si el interior arroja alguna luz sobre el asunto.

Una pequeña puerta lateral conducía al encalado pasillo al que daban los tres dormitorios. Holmes rehusó examinar el tercer aposento, de modo que pasamos inmediatamente al segundo, en el que ahora dormía *Miss* Stoner, y en donde su hermana había muerto. Era un cuartito sencillo, de techo bajo y

una chimenea abierta, a la manera de las viejas casas de campo. En una esquina había una cómoda marrón, en la otra una cama estrecha con una colcha blanca, y a mano izquierda de la ventana un tocador. Esos objetos y dos sillitas de mimbre constituían el único mobiliario de la habitación, salvo una alfombra Wilton cuadrada en el centro. El entablado del suelo y el revestimiento de madera de las paredes era de roble marrón carcomido, tan viejo y descolorido que tal vez datase de la época en que se construyó el edificio. Holmes arrastró una de las butacas hasta un rincón y se sentó sin decir palabra, dejando vagar la mirada en derredor, arriba y abajo, fijándose en todos los detalles del cuarto.

—¿Con qué comunica esta campanilla? —preguntó al fin, señalando un grueso cordón de campanilla que colgaba junto al lecho, cuya borla descansaba sobre la almohada.

—Llega hasta la habitación del ama de llaves.

—Parece más nueva que el resto de las cosas.

—Sí, la pusieron hace solo un par de años.

—Supongo que fue su hermana la que la pidió.

—No, jamás oí que la usara. Estábamos acostumbradas a conseguir por nosotras mismas todo lo que necesitábamos.

—A decir verdad, parece innecesario poner allí un tirador tan bonito. Discúlpeme unos minutos mientras examino el suelo.

Se tendió boca abajo con la lupa en la mano y gateó velozmente hacia delante y hacia atrás, examinando minuciosamente las grietas entre las tablas. Luego hizo lo mismo con el revestimiento de madera que cubría las paredes del cuarto. Finalmente se acercó a la cama y pasó algún tiempo observándola fijamente y recorriendo la pared de arriba abajo con la mirada. Por último cogió con la mano el cordón de campanilla y le dio un rápido y enérgico tirón.

—¡Caramba!, es falsa —dijo.

—¿No suena?

—No, ni siquiera está unida a un alambre. Esto es muy interesante. Ahora fíjese en que está sujeta a un gancho, precisamente encima del pequeño ventilador.

—¡Qué absurdo! Nunca había reparado en ello.

—¡Es muy extraño! —murmuró Holmes, tirando del cordón—. En esta habitación hay una o dos cosas muy raras. Por ejemplo, ¡qué tonto debió de ser el contratista para poner un ventilador que da a otra habitación, cuando le habría costado lo mismo que se comunicara con el exterior!

—Es bastante reciente también —dijo la joven.

—Lo pusieron al mismo tiempo que el cordón, ¿no es cierto? —comentó Holmes.

—Sí, por aquel entonces se llevaron a cabo varios pequeños cambios.

—Parece que fueron de lo más interesantes: cordón de campanilla falso y orificios de ventilación que no ventilan. Con su permiso, *Miss* Stoner, llevaremos ahora nuestras investigaciones al cuarto interior.

La alcoba del doctor Grimesby Roylott era más grande que la de su hijastra, pero estaba amueblada con idéntica sencillez. Un catre de campaña, un pequeño estante de madera lleno de libros, la mayor parte de índole científica, un sillón junto a la cama, una simple silla de madera arrimada a la pared, una mesa redonda y una gran caja de caudales de hierro, eran las cosas más importantes con que tropezaba la vista. Holmes dio una vuelta por la habitación a paso lento y examinó todos y cada uno de aquellos objetos con el más vivo interés.

—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó, propinando un golpecito a la caja de caudales.

—Los documentos profesionales de mi padrastro.

—Ah, entonces es que ha mirado en el interior.

—Solo una vez, hace muchos años. Recuerdo que estaba lleno de papeles.

—¿No habrá por casualidad un gato ahí dentro?

—No. ¡Vaya una ocurrencia más extraña!

—¡Caramba, fíjese en esto!

Holmes cogió un platillo de leche que había encima de la caja de caudales.

—Pues no; no tenemos ningún gato. Pero sí un guepardo y un babuino.

—¡Sí, claro! El caso es que el guepardo se trata precisamente de un gato grande, pero me parece que con un platillo de leche no tendrá suficiente

para satisfacer sus necesidades. Hay una cuestión que me gustaría determinar.

Se agachó delante de la silla de madera y examinó su asiento con la mayor atención.

—Gracias. Esto está completamente resuelto —dijo, levantándose y metiendo la lupa en el bolsillo—. ¡Pero bueno! ¡Aquí hay algo interesante!

El objeto que le había llamado la atención era una pequeña tralla de perro que colgaba en una esquina de la cama. La tralla, sin embargo, estaba enrollada y terminaba en un nudo corredizo.

—¿Qué piensa usted de esto, Watson?

—Es una tralla bastante corriente. Pero no sé por qué tiene ese nudo corredizo.

—Es bastante poco corriente, ¿no es cierto? ¡Ay de mí!, vivimos en un mundo perverso y lo peor de todo es cuando un hombre inteligente pone su talento al servicio del crimen. Creo que ya he descubierto suficiente, *Miss* Stoner, y con su permiso saldremos al césped.

Nunca había visto a mi amigo con una expresión tan adusta y un semblante tan sombrío como cuando nos alejamos del escenario de su investigación. Habíamos recorrido varias veces el césped de un lado a otro sin que, ni *Miss* Stoner ni yo mismo, nos atreviéramos a interrumpir los pensamientos de Holmes hasta que él mismo volviera de su ensueño.

—*Miss* Stoner, es esencial —dijo— que siga mis consejos al pie de la letra.

—Así lo haré, desde luego.

—El asunto es demasiado serio para que usted vacile lo más mínimo. Su vida puede depender de que se amolde a ellos.

—Le aseguro que estoy en sus manos.

—En primer lugar, mi amigo y yo debemos pasar la noche en su habitación.

Tanto *Miss* Stoner como yo lo miramos con asombro.

—Sí, es preciso. Permítame que me explique. Creo que aquella es la posada del pueblo, ¿no es cierto?

—Sí, la Posada de la Corona.

—Muy bien. Desde allí son visibles sus ventanas, ¿verdad?

—Desde luego.

—Cuando regrese su padrastro debe usted recluirse en su habitación, pretextando una jaqueca. Luego, en cuanto lo oiga retirarse por la noche, debe usted abrir los postigos de su ventana, descorrer el cerrojo, poner una lámpara para que nos sirva de señal y luego se trasladará con todo lo que pueda necesitar a la habitación que solía ocupar antes. Sin duda alguna, a pesar de las reparaciones, podrá usted arreglárselas por una noche.

—Ya lo creo, sin el menor problema.

—El resto déjelo en nuestras manos.

—Pero ¿qué harán?

—Pasaremos la noche en su habitación e investigaremos la causa de ese ruido que la perturbó.

—Creo, Mr. Holmes, que usted ya tiene formada una opinión —dijo *Miss* Stoner, poniendo una mano en la manga de mi compañero.

—Puede que sí.

—Pues entonces, por amor de Dios, dígame cuál fue la causa de la muerte de mi hermana.

—Antes de hablar preferiría tener pruebas más evidentes.

—Por lo menos podrá usted decirme si lo que yo pienso es cierto, y si murió de un susto repentino.

—Me parece que no. Creo que probablemente hubo un motivo más tangible. Y ahora, *Miss* Stoner, debemos irnos, pues si regresase el doctor Roylott y nos viera, habríamos hecho el viaje en vano. Adiós y sea valiente, pues si hace lo que le he dicho, puede tener la seguridad de que pronto ahuyentaremos los peligros que la amenazan.

Sherlock Holmes y yo no tuvimos ninguna dificultad en reservar un dormitorio y una sala de estar en la Posada de la Corona. Estaban situados en la primera planta y desde nuestra ventana dominábamos perfectamente la verja de entrada y el ala habitada de la casa solariega Stoke Moran. Al anochecer vimos pasar en coche al doctor Roylott; su enorme cuerpo destacaba al lado de la pequeña figura del joven cochero. El muchacho tuvo alguna dificultad para abrir la pesada verja de hierro, y oímos el ronco bramido de la voz del doctor, y observamos que lo amenazaba con los puños cerrados, hecho una furia. El carruaje siguió su camino y pocos

minutos más tarde reparamos de repente en una luz entre los árboles, al encenderse una lámpara en una de las salas de estar.

—¿Sabe usted, Watson —dijo Holmes, sentado a mi lado, mientras a nuestro alrededor la oscuridad iba en aumento— que tengo verdaderos escrúpulos en cuanto a llevarlo conmigo? La expedición no estará exenta de peligros.

—¿Puedo ayudarlo?

—Su presencia puede ser inapreciable.

—Pues entonces iré con mucho gusto.

—Es muy amable de su parte.

—Me habla usted de peligros. Por supuesto ha descubierto usted en esas habitaciones algo que a mí me ha pasado inadvertido.

—No es eso, pero me figuro que he deducido algo más que usted. Imagino que usted vio todo lo que yo vi.

—No advertí nada de extraordinario salvo el cordón de la campanilla, y confieso que no puedo imaginar para qué sirve.

—También vio usted el ventilador, ¿no es cierto?

—Sí, pero no creo que sea tan insólito el que haya una pequeña abertura entre dos habitaciones. Es tan pequeña que difícilmente podría pasar por ella una rata.

—Antes de que llegásemos a Stoke Moran ya sabía yo que encontraríamos un ventilador.

—¡Mi querido Holmes!

—Pues sí, lo sabía. Usted recordará que *Miss* Stoner nos dijo en su declaración que su hermana olió el aroma del cigarro del doctor Roylott. Pues bien, eso sugiere desde luego que debía de haber alguna comunicación entre ambas habitaciones. La cual tenía que ser muy pequeña, o de lo contrario la habrían descubierto durante la investigación del juez de instrucción. Deduje que se trataba de un ventilador.

—¿Y qué mal puede haber en ello?

—Verá usted, existe por lo menos una curiosa coincidencia de fechas. Se abre un ventilador del que pende un cordón y una joven que duerme en la cama que hay debajo, muere. ¿No lo sorprende eso?

—Hasta ahora no veo ninguna relación entre ambas cosas.

—¿No observó usted algo muy raro con respecto a la cama?

—No.

—Estaba sujeta al suelo. ¿Vio usted alguna vez una cama sujeta de ese modo?

—No puedo decir que la haya visto.

—Por lo tanto, la joven no podía cambiar de sitio la cama. Esta debía permanecer siempre en la misma posición con respecto al ventilador y la cuerda…, pues podemos llamarla así, ya que está claro que nunca estuvo destinada a hacer de tirador.

—Holmes —grité—, creo adivinar vagamente adónde quiere ir usted a parar. Estamos a tiempo de impedir un crimen insidioso y horrible.

—Bastante insidioso y bastante horrible. Cuando un médico se descarría, resulta ser el mayor de los criminales, ya que tiene coraje y conocimiento. Palmer y Pritchard[99] estaban considerados como los más destacados miembros de su profesión. Este hombre llega todavía más lejos, pero creo, Watson, que nosotros podremos llegar más lejos todavía que él. Antes de que se acabe la noche, contemplaremos bastantes horrores: por Dios, fumemos tranquilamente una pipa y pensemos por unas horas en algo más alegre.

A eso de las nueve se extinguió la luz que brillaba entre los árboles y los alrededores de Stoke Moran se quedaron completamente a oscuras. Pasaron dos horas y de repente, justo al dar el reloj las once, vimos frente a nosotros una luz brillante.

—Es la señal —dijo Holmes, levantándose de un salto—; procede de la ventana del centro.

Cuando salíamos de la posada, mi amigo intercambió algunas palabras con el dueño, explicándole que íbamos a hacer una visita de última hora a un conocido nuestro y que era posible que pasáramos allí la noche. Un momento después estábamos ya en la oscura carretera, un viento frío azotaba nuestros rostros y una luz amarillenta centelleaba frente a nosotros a través de la penumbra para guiarnos en nuestra sombría misión.

Nos resultó muy fácil entrar en los jardines, ya que en la vieja tapia del parque había muchas brechas sin reparar. Abriéndonos paso entre los árboles, llegamos al césped, lo atravesamos y, cuando estábamos a punto de

entrar por la ventana, salió disparado de una mata de laurel lo que parecía ser un niño repugnante y deforme, que se tiró a la hierba contorsionando todos sus miembros y luego echó a correr por el césped hasta desaparecer en la oscuridad.

—¡Dios mío! —susurré—, ¿vio usted eso?

Al principio Holmes se asustó tanto como yo. Presa del nerviosismo, su mano se cerró sobre mi muñeca como un torno. Luego se echó a reír y me dijo al oído:

—Vaya familia tan simpática. Es el babuino.

Me había olvidado de los extraños animales domésticos adoptados por el doctor. Tenía también un guepardo; puede que en cualquier momento nos lo encontrásemos sobre nuestras espaldas. Confieso que me sentí más tranquilo cuando, después de seguir el ejemplo de Holmes y quitarme los zapatos, me vi dentro del dormitorio. Mi compañero cerró los postigos sin hacer ruido, puso la lámpara sobre la mesa y echó un vistazo al cuarto. Todo estaba como lo habíamos visto durante el día. Luego, acercándose sigilosamente a mí y haciendo bocina con la mano, me susurró de nuevo al oído con tal delicadeza que solo pude distinguir las siguientes palabras:

—El más leve ruido sería fatal para nuestros planes.

Asentí con la cabeza para demostrar que lo había oído.

—Debemos apagar la luz, pues él podría verla a través del ventilador.

Volví a asentir con la cabeza.

—No se duerma; puede que su vida dependa de ello. Tenga preparada su pistola por si la necesitamos. Yo me sentaré al lado de la cama, y usted en aquella silla.

Saqué mi revólver y lo puse en una esquina de la mesa.

Holmes había traído un bastón largo y fino y lo colocó sobre la cama, junto a él. A su lado dejó la caja de cerillas y un cabo de vela. Luego apagó la lámpara y nos quedamos a oscuras.

¿Cómo podré olvidar aquella espantosa vigilia? No se oía el menor ruido, ni siquiera el murmullo de una respiración y, sin embargo, yo sabía que mi compañero permanecía con los ojos abiertos, a escasos pasos de mí, en el mismo estado de tensión nerviosa en que yo me encontraba. Los postigos no dejaban pasar el menor rayo de luz y aguardamos

completamente a oscuras. De vez en cuando nos llegaba desde el exterior el grito de alguna ave nocturna, y en cierta ocasión, en nuestra misma ventana, una especie de prolongado aullido felino que nos indicaba que el guepardo andaba suelto. A lo lejos escuchamos las graves campanadas del reloj parroquial, que sonaban cada cuarto de hora. ¡Qué largos parecían aquellos cuartos! Dieron las doce, la una, las dos, las tres, y permanecimos en silencio a la espera de lo que pudiera acontecer.

De pronto vimos el momentáneo destello de una luz arriba en el ventilador, que inmediatamente desapareció para dejar paso a un fuerte olor a aceite quemado y a metal recalentado. Alguien había encendido una linterna sorda en la habitación de al lado. Oí un ligero ruido de algo que se movía y a continuación volvió a reinar el silencio, aunque el olor era cada vez más fuerte. Durante una media hora permanecí aguzando el oído. Súbitamente se oyó otro sonido… muy suave, relajante, como si un pequeño chorro de vapor se escapase constantemente de un hervidor. En cuanto lo oímos, Holmes saltó de la cama, encendió una cerilla y con su bastón la emprendió a golpes con el tirador.

—¿Lo ve, Watson? —gritó—. ¿Lo ve?

Pero yo no vi nada. Cuando Holmes encendió la luz escuché un débil silbido, pero el repentino deslumbramiento de mis fatigados ojos me impidió distinguir qué era con exactitud lo que mi amigo golpeaba tan ferozmente. Sin embargo, pude ver que su rostro mostraba una palidez cadavérica y una expresión de angustia y repugnancia.

Cuando ya había dejado de golpear y miraba al ventilador, de pronto rompió el silencio de la noche el grito más horroroso que he oído en toda mi vida. Su intensidad fue en aumento hasta convertirse en un espantoso chillido ronco, una mezcla de dolor, miedo y rabia. Cuentan que lejos, en la aldea, e incluso en la distante rectoría, aquel grito sacó de la cama a los que dormían. A nosotros nos heló el corazón y nos quedamos mirándonos el uno al otro hasta que sus últimos ecos se desvanecieron en el silencio del que surgieron.

—¿Qué significa eso? —dije con voz entrecortada.

—Significa que todo ha concluido —respondió Holmes—. Y puede, después de todo, que eso sea lo mejor. Coja su pistola que vamos a entrar en

la habitación del doctor Roylott.

Encendió la lámpara con semblante serio y salió al pasillo. Llamó dos veces a la puerta del aposento, sin obtener respuesta del interior. Luego dio la vuelta al picaporte y entró, seguido muy de cerca por mí con la pistola amartillada en la mano.

Fue una extraña visión lo que nuestros ojos avistaron. Una linterna sorda colocada sobre la mesa, con la pantalla a medio correr, proyectaba un brillante rayo de luz sobre la caja de caudales de hierro, cuya puerta estaba entornada. Junto a esa mesa, sentado en la silla de madera, estaba el doctor Grimesby Roylott, vestido con un largo batín gris, del que sobresalían por debajo sus desnudos tobillos y sus pies enfundados en unas babuchas turcas de color rojo sin tacón. Sobre las rodillas tenía el mango corto con la tralla larga que habíamos visto durante el día. Su barbilla apuntaba hacia arriba y sus ojos miraban fijamente a una esquina del techo con espantosa rigidez. Alrededor de la frente llevaba una extraña banda amarilla, con motas parduscas, que parecía cernir de un modo muy ajustado su cabeza. Al entrar nosotros no hizo ruido alguno ni se movió.

—¡La banda! ¡La banda moteada! —susurró Holmes.

Di un paso adelante: al momento su extraño tocado empezó a moverse y de entre su cabello se alzó la cabeza achatada y en forma de diamante y el pescuezo hinchado de una repugnante serpiente.

—¡Es una víbora de los pantanos! —exclamó Holmes—, la serpiente más mortífera de la India. Roylott ha muerto diez segundos después de ser mordido. La violencia, en verdad, recae sobre el violento, y el intrigante cae en la fosa que cavó para otro. Hagamos retroceder a este animal hasta su madriguera y entonces podremos trasladar a *Miss* Stoner a algún lugar seguro y comunicar a la policía del condado lo que ha sucedido.

Mientras hablaba, cogió rápidamente el látigo para perros del regazo del muerto y, arrojando el lazo alrededor del pescuezo del reptil, lo sacó de su horrorosa percha y, manteniéndolo a distancia, lo tiró al interior de la caja de caudales de hierro, que cerró inmediatamente.

Así fue en realidad como murió el doctor Grimesby Roylott de Stoke Moran. Me parece innecesario prolongar un relato ya de por sí demasiado largo, explicando cómo dimos la triste noticia a la aterrorizada muchacha,

cómo la llevamos a Harrow a la mañana siguiente en el primer tren y la dejamos al cuidado de su bondadosa tía, cómo la parsimoniosa investigación oficial llegó a la conclusión de que el doctor encontró la muerte mientras jugaba imprudentemente con su peligrosa mascota. Lo poco que aún me quedaba por saber del caso me lo contó Sherlock Holmes al día siguiente, durante nuestro viaje de regreso.

—Confieso —me dijo— que había llegado a una conclusión completamente errónea, lo que demuestra, mi querido Watson, lo peligroso que es siempre razonar sin tener suficientes datos. La presencia de los gitanos y la palabra «banda» que utilizó la pobre chica, sin duda para explicar lo que había vislumbrado fugazmente a la luz de la cerilla, bastaron para ponerme sobre una pista totalmente equivocada. El único mérito que puedo reclamar es que de inmediato reconsideré mi postura en cuanto comprendí que el peligro que amenazaba a la ocupante de la habitación no podía entrar por la ventana ni tampoco por la puerta. Enseguida me llamaron la atención, como ya le comenté, el ventilador y el tirador que pendía junto a la cama. El descubrimiento de que se trataba de un falso tirador y de que la cama estaba atornillada al suelo suscitó inmediatamente mi sospecha de que la cuerda serviría en realidad para que pudiera descender por ella y llegar hasta el lecho algo que pasaría por el agujero. De inmediato pensé en una serpiente, y cuando la asocié con el hecho, ya conocido por mí, de que el doctor tenía todo un surtido de animales de la India, tuve el presentimiento de que probablemente estaba en el buen camino. La idea de utilizar un veneno que ningún análisis químico pudiera detectar era lógico que se le ocurriera a un hombre inteligente y despiadado, que había sido educado en Oriente. La rapidez con que actuaba tal veneno era también una ventaja, desde su punto de vista. Muy perspicaz tenía que ser, en verdad, el juez de instrucción capaz de distinguir las dos pequeñas perforaciones oscuras que indicaban el lugar en donde los colmillos envenenados habían hecho su trabajo. Luego pensé en el silbido. Desde luego, tenía que hacer volver a la serpiente antes de que la víctima pudiera verla a plena luz. La habría entrenado, probablemente sirviéndose de la leche que vimos, para regresar cuando él la llamase. La haría pasar por el ventilador a la hora que juzgase más oportuna, con la certeza de que

reptaría por la cuerda hacia abajo y se posaría encima de la cama. Puede que mordiera a la ocupante, o puede que no, tal vez ella podría librarse todas las noches durante una semana, pero tarde o temprano sucumbiría.

Había llegado a esas conclusiones antes de entrar en la habitación del doctor. Al examinar la silla advertí que aquel hombre tenía la costumbre de ponerse de pie encima de ella, lo cual, claro está, sería imprescindible para poder llegar hasta el ventilador. La visión de la caja de caudales, el platillo de leche y el lazo de la tralla, bastaron finalmente para disipar cualquier duda que aún pudiera quedar. El ruido metálico que escuchó *Miss* Stoner lo produjo obviamente su padrastro al cerrar apresuradamente la puerta de su caja de caudales, tras meter dentro a su terrible ocupante. Una vez que me decidí por esa hipótesis, ya conoce usted los pasos que di para ponerla a prueba. Oí el silbido del animal, como sin duda alguna usted también lo oyó, e inmediatamente encendí la luz y lo ataqué.

—Dando lugar con ello a que el animal se metiera por el ventilador.

—Y también que se volviera contra su amo, que estaba al otro lado. Algunos golpes de mi bastón lo alcanzaron y lo enfurecieron de tal manera, que saltó, como suelen hacer esa clase de animales, sobre la primera persona que vio. Sin duda alguna, hasta cierto punto soy responsable indirecto de la muerte del doctor Grimesby Roylott, pero puedo decir que no creo probable que eso vaya a pesar sobre mi conciencia.

BARONESA ORCZY

ASESINATO EN REGENT’S PARK[100]

Para entonces *Miss* Polly Burton se había acostumbrado a su extraordinario *vis-à-vis* en el rincón[101].

Él siempre estaba allí cuando ella llegaba, en el mismo rincón, vestido con uno de esos extraordinarios trajes de mezclilla a cuadros; casi nunca decía los buenos días y, cuando ella aparecía, invariablemente él empezaba a juguetear, cada vez más nervioso, con un trozo de cuerda hecho jirones y enredado.

—¿Le interesó a usted alguna vez el asesinato en Regent’s Park? —le preguntó él un día.

Polly le respondió que había olvidado la mayor parte de los detalles relacionados con aquel curioso asesinato, pero que recordaba perfectamente el revuelo y alboroto que había causado en cierto sector de la sociedad londinense.

—Se refiere usted al círculo de las carreras de caballos y el juego —le dijo él—. Todas las personas implicadas, directa o indirectamente, en el asesinato eran del tipo llamado comúnmente «hombres de la alta sociedad» o «grandes vividores», mientras que el Harewood Club de Hanover Street, alrededor del cual se centró todo el escándalo relacionado con el asesinato, era uno de los clubes más elegantes de Londres.

Seguramente las actividades del Harewood Club, que era básicamente un club de juego, nunca habrían llamado la atención «oficialmente» de las

autoridades policiales a no ser por el asesinato en Regent’s Park y las revelaciones que salieron a relucir a propósito de él.

Supongo que usted conoce la tranquila plaza situada entre Portland Place y Regent’s Park, que llaman Park Crescent en su extremo sur, y posteriormente Park Square East y Park Square West. Marylebone Road, con su tráfico pesado, cruza en línea recta la gran plaza separando sus preciosos jardines, los cuales se comunican a través de un túnel bajo la calle; y por supuesto debe usted recordar que la nueva estación de metro en la parte sur de la plaza todavía no había sido planeada.

La noche del seis de febrero de 1907 había mucha niebla, sin embargo Mr. Aaron Cohen, que vivía en el número treinta de Park Square South, a las dos de la mañana, después de meterse de manera definitiva en el bolsillo las abundantes ganancias que acababa de llevarse del tapete verde del Harewood Club, empezó a pasear solo de regreso a su casa. Una hora más tarde, el alboroto de un violento altercado en la calle despertó de su tranquilo sueño a la mayor parte de los vecinos de Park Square West. Durante uno o dos minutos se oyó la voz airada de un hombre que vociferaba con vehemencia, seguida inmediatamente de gritos desesperados de «Policía» y «Asesinato». Acto seguido se oyó el estampido doble sostenido de armas de fuego, y nada más.

La niebla era muy espesa y, como usted sin duda habrá experimentado, en esos casos es muy difícil localizar un sonido. No obstante, antes de que transcurriese un minuto o dos a lo sumo, el agente F 18, policía que dirigía el tráfico en la esquina de Marylebone Road, apareció en escena y, después de, en primer lugar, llamar con el silbato a cualquiera de sus compañeros de ronda, empezó a avanzar a tientas en la niebla, más desconcertado que ayudado eficazmente por las instrucciones contradictorias de los vecinos de las casas inmediatas, que casi se caían de las ventanas altas mientras gritaban al agente.

—En la verja, policía.

—En la parte más alta de la calle.

—No, la más baja.

—Fue a este lado de la acera, estoy seguro.

—No, en el otro.

Finalmente fue otro policía, F 22, el que, internándose en Park Square West desde el lado norte, casi tropezó con el cadáver de un hombre tendido en la acera con la cabeza contra la verja de la plaza. Para entonces una verdadera multitud de gente había bajado a la calle de sus diferentes casas, curiosos por enterarse de lo que había sucedido realmente.

El policía enfocó con la intensa luz de su linterna ciega el rostro del infortunado hombre.

—Parece que ha sido estrangulado, ¿no es cierto? —murmuró a su compañero.

Y le señaló la lengua hinchada, los ojos medio fuera de las cuencas, inyectados en sangre y congestionados, el color morado, casi negro, del rostro.

En aquel momento uno de los espectadores, más insensible a los horrores, escudriñó con curiosidad el rostro del hombre muerto y lanzó una exclamación de asombro.

—¡Pero si es Mr. Cohen, que vive en el número treinta!

La mención de un apellido conocido en toda la calle había provocado que dos o tres hombres avanzaran y examinasen con más atención la máscara horriblemente deformada del hombre asesinado.

—Es nuestro vecino de al lado, sin duda alguna —afirmó Mr. Ellison, un joven abogado, residente en el número treinta y uno.

—¿Qué demonios estaba haciendo en esta noche de niebla completamente solo, y a pie? —preguntó otro.

—Solía regresar a casa muy tarde. Supongo que pertenece a algún club de juego de la ciudad. Me imagino que no pudo conseguir un coche de alquiler que lo trajese hasta aquí. La verdad es que no sé mucho de él. Solo lo conocemos de saludarnos.

—¡Pobre diablo! Parece un caso de estrangulamiento para robar, al estilo antiguo.

—De todos modos, el vil asesino, quienquiera que sea, quería asegurarse de haber matado a su hombre —añadió el agente F 18, mientras recogía un objeto de la acera—. Aquí está el revólver, al que le faltan dos cartuchos. Caballeros, ¿oyeron ustedes la detonación hace unos instantes?

—Sin embargo, no parece haberle dado. El pobre tipo fue estrangulado, sin duda.

—Y trató de disparar a su asaltante, obviamente —afirmó el joven abogado con autoridad.

—Si logró alcanzar al bestia, podría haber alguna posibilidad de rastrear la dirección que tomó.

—Pero no con esta niebla.

Sin embargo, la aparición del inspector, el detective y el oficial médico pronto puso fin a otra discusión.

Llamaron al timbre del número treinta y pidieron a las criadas (las cuatro eran mujeres) que examinasen el cadáver.

Entre lágrimas de horror y gritos de miedo, todas reconocieron en el asesinado a su señor Mr. Aaron Cohen. Por lo tanto, lo llevaron a su habitación hasta que el juez de instrucción comenzase la investigación.

La policía tenía ante sí una tarea bastante difícil, debe usted admitir; había muy pocos indicios, y en un primer momento ninguna pista, literalmente.

La investigación no descubrió prácticamente nada. En el vecindario se sabía muy poco de Mr. Aaron Cohen y de sus negocios. Sus criadas ni siquiera sabían el nombre o paradero de los varios clubes que frecuentaba.

Tenía una oficina en Throgmorton Street y todos los días atendía sus negocios. Almorzaba en casa y a veces llevaba amigos para cenar. Cuando estaba solo invariablemente iba al club, en el que se quedaba hasta muy de madrugada.

La noche del asesinato había salido a eso de las nueve. Esa fue la última vez que sus criadas lo habían visto. Con respecto al revólver, las cuatro criadas juraron de forma concluyente que no lo habían visto antes, y que, a menos que Mr. Cohen lo hubiese comprado aquel mismo día, no pertenecía a su señor.

Aparte de eso, no se había encontrado ningún rastro del asesino; pero la mañana siguiente al crimen se halló un par de llaves unidas por una cadenita metálica cerca de una entrada en el otro extremo de la plaza, que daba directamente a Portland Place. Resultaron ser, la primera, la llave de Mr. Cohen, y la segunda, su llave de la verja de entrada a la plaza.

Por consiguiente se suponía que el asesino, tras haber llevado a cabo su funesto propósito y registrar los bolsillos de su víctima, había descubierto las llaves y se había escapado al introducirse en la plaza, cruzar por debajo del túnel, y volver a salir de la plaza por la otra entrada. Luego tuvo la precaución de no llevarse las llaves consigo, sino que las tiró y desapareció en la niebla.

El jurado dictó un veredicto de asesinato premeditado contra una o varias personas desconocidas, y la policía fue picada en su amor propio para que descubriera al osado asesino desconocido. El resultado de sus investigaciones, llevadas con maravillosa destreza por Mr. William Fisher, condujeron al sensacional arresto, como una semana después del crimen, de uno de los más elegantes jóvenes petimetres de Londres.

El caso instruido por Mr. Fisher en contra del acusado venía a decir en pocas palabras esto:

La noche del seis de febrero, poco después de medianoche, el juego en el Harewood Club de Hanover Square empezó a acalorarse bastante. Mr. Aaron Cohen jugaba a la ruleta con unos veinte o treinta amigos suyos, la mayoría jóvenes nada despabilados y llenos de dinero, y tenía la banca. «La banca» estaba ganando mucho, y al parecer era la tercera noche consecutiva en la que Mr. Aaron Cohen había vuelto a casa con varios centenares de libras más de las que tenía cuando empezó a jugar.

El joven John Ashley, hijo de un caballero de provincias muy rico que es M. F. H.[102] en alguna parte de las Midlands, estaba perdiendo mucho, y en su caso también parecía que era la tercera noche consecutiva en la que la fortuna le había vuelto la espalda.

Recuerde —continuó el hombre del rincón— que cuando le cuento todos estos detalles y datos le estoy dando el testimonio combinado de varios testigos, que llevó muchos días recoger y clasificar.

Por lo visto ese joven, Mr. Ashley, aunque muy popular en la alta sociedad, se creía comúnmente que estaba en lo que vulgarmente llaman «apuros»; se había endeudado hasta las cejas y temía muchísimo a su padre, de quien era el hijo menor, y que en una ocasión lo había amenazado con enviarlo a Australia con un billete de cinco libras en el bolsillo si volvía a invocar en exceso su paternal indulgencia.

A la totalidad de los numerosos compañeros de John Ashley les parecía evidente que el rico M. F. H. administraba el dinero con mano muy firme. El joven, que tenía el gusanillo de hacer un buen papel en los círculos en los que se movía, había recurrido frecuentemente a las diversas fortunas que de vez en cuando le sonreían en los tapetes verdes del Harewood Club.

Sea como fuere, el consenso general en el Club era que el joven Ashley había cambiado sus últimas veinticinco libras antes de sentarse para una jugada de ruleta con Aaron Cohen en aquella concreta noche del seis de febrero.

Parece que todos sus amigos, entre los cuales destacaba Mr. Walter Hatherell, hicieron todo lo posible para disuadirlo de medir su suerte con la de Cohen, que había tenido una racha inaudita de buena suerte. Pero el joven Ashley, acalorado por el vino, exasperado por su mala suerte, no prestaba atención a nadie; tiró encima de la mesa un billete de cinco libras tras otro, pidió prestado a los que se ofrecían, además de jugar de fiado durante algún tiempo. Finalmente, a la una y media de la mañana, después de una racha de diecinueve rojo, el joven se dio cuenta de que no le quedaba ni un penique en los bolsillos y que tenía una deuda…, una deuda de juego…, una deuda de honor de mil quinientas libras con Mr. Aaron Cohen.

Ahora bien, debemos rendir a este caballero tan difamado la justicia que le negaron persistentemente tanto la prensa como el público; todos los que estuvieron presentes afirmaron de forma concluyente que el propio Mr. Cohen trató reiteradamente de persuadir al joven Mr. Ashley de que abandonase el juego. En este asunto él mismo se encontraba en una delicada situación, ya que era el ganador, y una o dos veces el sarcasmo había aflorado a los labios del joven, acusando al poseedor de la banca de desear retirarse de la competencia antes de que él tuviera un golpe de suerte.

Mr. Aaron Cohen, fumando el mejor habano, finalmente se había encogido de hombros y dijo:

—¡Como usted quiera!

Pero a la una y media estaba ya harto del jugador, que siempre perdía y nunca pagaba… Nunca podría pagar, eso pensaba probablemente Mr. Cohen. Así que en aquel momento se negó a seguir aceptando más puestas

«promisorias» de Mr. John Ashley. Siguieron unas cuantas palabras acaloradas, rápidamente moderadas por la dirección, que siempre está alerta para evitar la menor sospecha de escándalo.

Mientras tanto Mr. Hatherell, con gran sensatez, persuadió al joven Ashley a que abandonase el Club y todas sus tentaciones y se fuera a casa; a ser posible que se acostase.

La amistad de los dos jóvenes, que era bien conocida en la alta sociedad, consistía sobre todo, según parece, en que Walter Hatherell era el compañero complaciente y asistente de John Ashley en sus insensatas y extravagantes travesuras. Pero aquella noche este, al parecer sosegado tardíamente por sus terribles y cuantiosas pérdidas, permitió que su amigo lo apartase del escenario de sus desastres. Eran entonces alrededor de las dos menos veinte.

Al llegar a ese punto, la situación se puso interesante —continuó el hombre del rincón, preocupado como era costumbre en él—. No es de extrañar que la policía interrogase al menos a una docena de testigos antes de asegurarse de manera correcta de que cada declaración estuviera concluyentemente comprobada.

Walter Hatherell, después de una ausencia de unos diez minutos, es decir a las dos menos diez, regresó al salón del club. En respuesta a varias preguntas, dijo que había tenido que despedirse de su amigo en la esquina de New Bond Street, ya que él parecía estar deseando quedarse solo, y que Ashley le dijo que daría una vuelta por Piccadilly antes de regresar a casa… Pensaba que un paseo le sentaría bien.

A las dos en punto, o más o menos, Mr. Aaron Cohen, satisfecho de su labor aquella noche, dejó de ser banquero y, metiéndose en el bolsillo sus cuantiosas ganancias, inició su paseo de vuelta a casa, mientras que Mr. Walter Hatherell abandonó el club media hora más tarde.

Exactamente a las tres en punto se oyeron en Park Square West los gritos de «Asesinato» y el estampido de armas de fuego, y encontraron a Mr. Aaron Cohen estrangulado fuera de la verja del jardín.

A primera vista el asesinato en Regent’s Park pareció, tanto a la policía como al público, uno de esos crímenes absurdos y torpes, por supuesto obra

de un principiante, y desde luego sin objeto, visto que, sin ninguna dificultad, podía llevar inevitablemente al patíbulo a sus autores.

Comprenderá usted que se ha establecido un motivo.

—Busquen a quien saque provecho del crimen —dicen nuestros *confrères* [103] franceses. Pero había algo más que eso.

El agente de policía James Funnell, en su ronda, dejó Portland Place y se internó en Park Crescent unos pocos minutos después de haber oído que el reloj de la Holy Trinity Church de Marylebone daba las dos y media. En aquellos momentos la niebla no era quizás tan espesa como fue más tarde por la mañana, y el policía vio a dos caballeros con abrigos y sombreros de copa cogidos del brazo apoyados en la verja de la plaza, cerca de la entrada. No pudo distinguir sus rostros, sin duda debido la niebla, pero oyó que uno de ellos le decía al otro:

—No es más que una cuestión de tiempo, Mr. Cohen. Sé que mi padre pagará el dinero por mí, y usted no perderá nada si espera.

Aparentemente el otro no respondió a eso, y el policía siguió para adelante; cuando regresó al mismo sitio, después de haber finalizado su ronda, los dos caballeros habían desaparecido, pero más tarde fue cerca de esa misma entrada donde se encontraron las dos llaves mencionadas en la investigación.

Otro hecho interesante —añadió el hombre del rincón, con una de esas sarcásticas sonrisas suyas que Polly no acababa de explicarse— fue el hallazgo del revólver en el escenario del crimen. Al mostrarle ese revólver, el ayuda de cámara de Mr. Ashley declaró bajo juramento que pertenecía a su señor.

Todos estos hechos establecen, desde luego, una excelente, y por ahora ininterrumpida, serie de pruebas circunstanciales en contra de Mr. John Ashley. No es de extrañar, por tanto, que la policía, plenamente satisfecha del trabajo de Mr. Fisher y el suyo propio, solicitara un mandamiento judicial en contra del joven, y lo arrestase en su piso de Clarges Street una semana después de que se cometiera el crimen.

Lo cierto es que, como usted bien sabe, la experiencia me ha enseñado siempre que cuando un asesino parece especialmente insensato y torpe, y

las pruebas en contra de él específicamente irrecusables, es cuando la policía debe evitar a toda costa los riesgos.

Pues bien, si en este caso John Ashley hubiese cometido en efecto el asesinato en Regent's Park de la manera que sugiere la policía, habría sido un criminal en más de un sentido, pues esa clase de idiotez es en mi opinión peor que muchos crímenes.

La acusación presentó sus testigos uno tras otro en despliegue triunfal. Estuvieron los miembros del Harewood Club, que habían visto el estado de excitación del acusado después de sus cuantiosas pérdidas en el juego a favor de Mr. Aaron Cohen; estuvo Mr. Hatherell, quien, a pesar de su amistad con Ashley, se vio obligado a admitir que se había despedido de él en la esquina de Bond Street veinte minutos antes de las dos, y no lo había vuelto a ver hasta que regresó a casa a las cinco.

Luego llegó el testimonio de Arthur Chipps, ayuda de cámara de John Ashley. Resultó ser de una índole muy sensacional.

Declaró que, la noche en cuestión, su señor llegó a casa unos diez minutos antes de las dos. Chipps todavía no se había acostado. Cinco minutos más tarde Mr. Ashley volvió a salir, diciendo al ayuda de cámara que no lo esperase. Chipps no sabría decir a qué hora habían regresado a casa ninguno de los dos jóvenes caballeros.

Esa breve vuelta a casa —presumiblemente para buscar el revólver— se consideró muy importante, y a los amigos de Mr. John Ashley les pareció que su caso era poco menos que desesperado.

El testimonio del ayuda de cámara y el de James Funnell, el agente de policía, que había oído por casualidad la conversación cerca de la verja del parque, eran sin duda alguna las dos pruebas más irrecusables contra el acusado. Le aseguro que aquel día yo estaba pasando un momento especial. Hubo dos rostros en la audiencia que me procuraron el mayor placer que había tenido en muchos días. Uno de ellos era el de Mr. John Ashley.

Esta es su foto: bajo, moreno, atildado, de estilo un poco «salado», pero por lo demás parece hijo de un granjero acaudalado. Estuvo muy callado y apacible ante el tribunal, y de vez en cuando dirigió unas cuantas palabras a su abogado. Escuchó con seriedad, y un ocasional encogimiento de

hombros, el relato del crimen, tal como lo había reconstruido la policía, ante una audiencia emocionada y horrorizada.

Mr. John Ashley, enloquecido y frenético por sus terribles dificultades económicas, en primer lugar había ido a su casa en busca de un arma, luego aguardó emboscado en alguna parte a Mr. Aaron Cohen cuando dicho caballero regresaba a su casa. El joven había implorado el aplazamiento de la deuda. Mr. Cohen quizás se mostró inflexible; pero Ashley lo siguió importunando casi hasta la puerta de su casa.

Allí, viendo a su acreedor decidido en definitiva a cortar en seco la desagradable entrevista, había agarrado al malogrado hombre por detrás en un momento de descuido, y lo estranguló; luego, temiendo que su vil acción no se hubiera consumado plenamente, había disparado dos veces al cuerpo ya muerto, fallando en ambas ocasiones de pura excitación nerviosa. El asesino después debió de haber vaciado los bolsillos de su víctima y, al encontrar la llave del jardín, pensó que sería un modo seguro de evitar su captura cruzar la plaza por debajo del túnel y salir directamente por la puerta más lejana que da a Portland Place.

La pérdida del revólver fue uno de esos accidentes imprevistos que una Providencia justiciera pone en el camino de los bellacos, entregándolo en manos de la justicia humana por su propio acto de desatino.

Sin embargo, Mr. John Ashley no parecía en absoluto estar impresionado por el relato de su crimen. No había contratado los servicios de uno de los abogados más eminentes, experto en sacar contradicciones a los testigos mediante hábiles repreguntas… ¡Ay, por Dios, no! Se había contentado con los de un lerdo, aburrido, muy mediocre representante de la ley, que, cuando citaba a sus testigos, era completamente ajeno a cualquier deseo de causar sensación.

Se levantó de su asiento discretamente y, en medio de un intenso silencio, citó al primero de los tres testigos a favor de su cliente. Citó a tres caballeros, pero podría haber presentando una docena, miembros del Ashton Club de Great Portland Street, todos los cuales declararon bajo juramento que a las tres de la mañana del seis de febrero, es decir, en el momento mismo en que los gritos de «Asesinato» despertaron a los vecinos de Park Square West, y se estaba cometiendo el crimen, Mr. John Ashley

estaba tranquilamente sentado en las salas de reunión del Ashton Club jugando al *bridge* con tres testigos. Había llegado unos cuantos minutos antes de las tres (como testificó el portero del club) y se quedó durante una hora y media aproximadamente.

Huelga decir que esta indudable *alibi* [104], sobradamente confirmada, causó una verdadera sensación en el baluarte de la acusación. Ni siquiera los más consumados criminales podían estar en dos lugares a la vez, y aunque el Ashton Club infringe en varios aspectos las leyes del juego de nuestro muy virtuoso país, sus miembros pertenecen a las mejores, más irreprochables clases de la sociedad. Mr. Ashley había sido visto y confirmado en el momento mismo del crimen por, al menos, una docena de caballeros cuyo testimonio estaba sin lugar a dudas por encima de toda sospecha.

El comportamiento de Mr. John Ashley durante toda esta asombrosa fase de la investigación siguió siendo de una tranquilidad y corrección perfectas. No había la menor duda de que el convencimiento de poder probar su inocencia con tan absoluta conclusión había calmado sus nervios durante todo el proceso.

Sus respuestas al magistrado fueron claras y simples, incluso sobre el delicado tema del revólver.

—Abandoné el club, señor —explicó—, completamente decidido a hablar a solas con Mr. Cohen para pedirle un aplazamiento en el pago de mi deuda con él. Comprenderá usted que no me atreviera a hacerlo en presencia de otros caballeros. Fui a mi casa y permanecí en ella durante uno o dos minutos, pero no para buscar el revólver, como afirma la policía, pues siempre llevo encima uno cuando hay niebla, sino para ver si en mi ausencia había llegado una carta de negocios muy importante.

—Luego volví a salir, y me encontré con Mr. Cohen muy cerca del Harewood Club, anduve con él gran parte del camino y nuestra conversación fue de lo más amistosa. Nos despedimos en plena Portland Place, cerca de la entrada a la plaza, donde el policía nos vio. Mr. Cohen tenía entonces la intención de atravesar la plaza, por ser el camino más corto para llegar a su casa. Pensé que la plaza parecía oscura y peligrosa por la niebla, sobre todo porque Mr. Cohen llevaba una gran suma de dinero.

—Tuvimos una corta discusión sobre aquel asunto, y finalmente lo convencí de que tomase mi revólver, pues yo iba a regresar a casa pasando solo por calles muy frecuentadas, y además no llevaba nada que mereciese la pena robar. Tras una pequeña vacilación, Mr. Cohen aceptó el préstamo de mi revólver, y así es como llegó a encontrarse en el mismo escenario del crimen; finalmente me despedí de Mr. Cohen unos cuantos minutos después de haber oído al reloj de la iglesia dar las tres menos cuarto. A las tres menos cinco me encontraba en la confluencia de Oxford Street con Great Portland Street, y tardé por lo menos diez minutos para ir andando desde allí hasta el Ashton Club.

Esta aclaración era todavía más verosímil, fíjese bien, porque la cuestión del revólver nunca había sido explicada de modo satisfactorio por la acusación. Un hombre que ha estrangulado eficazmente a su víctima no dispararía dos balas de su revólver sin otro motivo aparente que el de llamar la atención del transeúnte más próximo. Era mucho más probable que fuese Mr. Cohen quien disparó al aire…, quizás en un arrebato, cuando de pronto lo atacaron por detrás. Por consiguiente, la explicación de Mr. Ashley no solo era plausible, era la única posible.

Comprenderá usted por tanto que, después de un interrogatorio de casi media hora, el magistrado, la policía y el público estuvieran igualmente encantados de proclamar que el acusado abandonase la corte sin mancha alguna en su reputación.

—Sí —interrumpió Polly con vehemencia, ya que, por una vez, su perspicacia había sido al menos tan aguda como la del hombre del rincón—, pero la sospecha de aquel crimen horrible solo desplazó el desdoro de un amigo a otro y, por supuesto, sé…

—Pero ahí está —lo interrumpió él discretamente—, usted no sabe…; se refiere, por supuesto, a Mr. Walter Hatherell. También a algún otro al mismo tiempo. El amigo, débil y complaciente, que comete un crimen en nombre de su amigo cobarde pero más asertivo que lo ha incitado al mal. Era una buena teoría; y fue defendida bastante mayoritariamente, supongo, incluso por la policía.

Digo «incluso» porque se esforzaron mucho para levantar una causa contra el joven Hatherell, pero la mayor dificultad la encontraron con la

hora. A la misma hora en que el policía había visto a los dos hombres fuera de Park Square, Walter Hatherell seguía todavía en el Harewood Club, que no abandonó hasta las dos menos veinticinco. Si hubiese querido acechar y robar a Aaron Cohen, sin duda no habría esperado hasta la hora en que presumiblemente este ya había llegado a su casa.

Además, veinte minutos es un tiempo increíblemente escaso para ir andando de Hanover Square a Regent's Park sin la posibilidad de atravesar las plazas, buscar a un hombre, cuyo paradero no podía determinar en veinte yardas o algo así, tener una discusión con él, asesinarlo y registrar sus bolsillos. Además, no tenía ningún motivo.

—Pero… —dijo Polly pensativa, pues recordó en aquel preciso instante que el asesinato en Regent's Park, como popularmente lo habían llamado, seguía siendo un misterio tan impenetrable como no había habido ningún otro en los anales de la policía.

El hombre del rincón torció completamente a un lado su extraña cabeza como de pájaro y la miró, muy divertido aparentemente por su perplejidad.

—¿No comprende usted cómo se cometió el asesinato? —le preguntó, sonriendo socarronamente.

Polly no tuvo más remedio que admitir que no lo comprendía.

—Si por casualidad usted se hubiese encontrado en la difícil situación de Mr. John Ashley —persistió—, ¿no hubiese procurado poder acabar convenientemente con Mr. Aaron Cohen, embolsarse sus ganancias, y después manejar completamente a su antojo a la policía de su país confirmando una *alibi* indiscutible?

—No podría arreglar convenientemente —replicó ella— estar al mismo tiempo en dos sitios diferentes separados media milla.

—¡No! Admito realmente que no podría hacerlo a menos que tuviera también un amigo…

—¿Un amigo? Pero usted dice…

—Yo digo que admiraba a Mr. Ashley, pues fue su cabeza la que planeó todo, pero no podía llevar a cabo el fascinante y terrible drama sin la ayuda de unas manos dispuestas y capaces.

—Aun así… —protestó ella.

—Primera cuestión —empezó él a decir muy excitado, jugueteando con su inevitable trozo de cuerda—. John Ashley y su amigo Walter Hatherell abandonaron el club juntos, y juntos decidieron el plan de campaña. Hatherell regresó al club y Ashley fue a buscar el revólver… el revólver que desempeñó un papel tan importante en el drama, pero no el que le atribuyó la policía. Pues bien, tratemos de seguir de cerca a Ashley cuando seguía los pasos de Aaron Cohen. ¿Usted cree que entabló conversación con él? ¿Que anduvo a su lado? ¿Que le pidió aplazar la deuda? ¡No! Lo siguió a escondidas y le agarró por la garganta, como suelen hacer los que estrangulan para robar cuando hay niebla. Cohen era apopléjico, y Ashley joven y fornido. Además, tenía intención de matar…

—Pero dos hombres conversaron fuera de la verja de la plaza —protestó Polly—, uno de ellos era Cohen y el otro Ashley.

—Discúlpeme —dijo el hombre del rincón, saltando de su asiento corrido como una mona—, no hubo dos hombres hablando fuera de la verja de la plaza. Según el testimonio del agente de policía James Funnell, había dos hombres con los brazos cruzados apoyados en la verja y uno de ellos estaba hablando.

—Entonces usted cree que…

—En el momento en que James Funnell oyó que el reloj de la Holy Trinity daba las dos y media, Aaron Cohen ya estaba muerto. Mire qué sencillo es todo —añadió entusiasmado— y qué fácil a partir de entonces…, fácil, pero ¡ay, por Dios!, qué maravillosa, extraordinariamente ingenioso. En cuanto pasa James Funnell, John Ashley, tras abrir la puerta, recoge del suelo el cadáver de Aaron Cohen y atraviesa la plaza llevándolo en los brazos. La plaza está desierta, por supuesto, además el camino es bastante fácil y debemos suponer que Ashley lo había hecho antes. En cualquier caso, no había ningún riesgo de encontrarse con alguien.

Mientras tanto, Hatherell había abandonado el club: tan rápido como sus piernas de atleta pueden llevarlo, recorre a toda prisa Oxford Street y Portland Place. Los dos bellacos habían acordado dejar cerrada la puerta de entrada a la plaza.

Pisándole los talones a Ashley, Hatherell cruza la plaza y llega a la otra puerta a tiempo para echarle una mano a su cómplice para colocar el

cadáver contra la verja. Acto seguido, sin demorarse ni un instante, Ashley vuelve a cruzar corriendo los jardines, directamente al Ashton Club, y arroja las llaves del hombre muerto, en el mismo sitio donde había procurado que lo viese y lo oyera un transeúnte.

Hatherell da a su amigo seis o siete minutos de ventaja, luego inicia el altercado que dura dos o tres minutos, y finalmente despierta al vecindario gritando «Asesinato» y con la detonación de una pistola para establecer que el crimen fue cometido cuando su autor ya se ha procurado una *alibi* incontrovertible.

No sé lo que usted piensa de todo esto, claro está —añadió la rara criatura mientras buscaba su abrigo y sus guantes—, pero para mí la planificación de ese asesinato (viniendo de principiantes, nada menos) es una de las estrategias más astutas con las que me he encontrado. Es uno de esos casos en los que no hay ninguna posibilidad de culpar del crimen al autor o a su cómplice. No han dejado una sola prueba tras ellos; han previsto todo, y cada uno ha desempeñado su papel con una serenidad y un valor que, aplicado a una causa grande y buena, convertiría a ambos en magníficos estadistas.

Por lo que, me temo, no son más que un par de sinvergüenzas que han escapado a la justicia humana, y solo merecen la plena e incondicional admiración de usted muy sinceramente.

Se esfumó. Polly quiso hacerlo volver, pero su flaca figura ya no era visible a través de la puerta de cristales. Había muchas cosas que habría deseado preguntarle: ¿qué pruebas, qué datos tenía? Eran sus teorías, en definitiva, pero, lo cierto es que, ella presentía que había resuelto una vez más uno de los más enigmáticos misterios de la gran criminalidad londinense.

Jack London

LA HISTORIA DEL HOMBRE LEOPARDO[105]

Había en sus ojos una mirada distraída, perdida, y su voz triste, insistente, dulce como la de una doncella, parecía la representación apacible de una melancolía profundamente arraigada. Era el hombre leopardo, pero no lo parecía. Su profesión, su medio de vida, consistía en aparecer en una jaula de leopardos amaestrados ante públicos numerosos, a los que emocionaba mediante ciertas exhibiciones de valor por las que sus empresarios lo recompensaban a una escala proporcionada a las emociones que producía.

Como digo, no lo parecía. Era estrecho de caderas, estrecho de hombros y anémico, aunque parecía agobiado no tanto por la melancolía como por una tristeza grata y discreta, que soportaba tan gratamente y con la misma discreción. Durante una hora yo había intentado sacarle una historia, pero al parecer carecía de imaginación. Para él no había ningún atractivo en su vistosa carrera, ningún hecho atrevido, ninguna emoción…, tan solo una gris monotonía y un aburrimiento infinito.

¿Leones? ¡Oh, sí! Había peleado con ellos. No fue nada. Lo único que había que hacer era permanecer sobrio. Cualquiera podía parar los pies a un león con un simple palo. Él había lidiado con uno durante media hora hacía tiempo. Le pegaba en el hocico cada vez que se abalanzaba, y cuando actuaba con cautela atacando con la cabeza baja, pues bien, lo único que tenía que hacer era extender la pierna. Cuando el león echaba mano a la pierna, la retiraba y volvía a pegarle detrás del hocico. Nada más.

Con la mirada perdida y su flujo de palabras dulces me mostró sus cicatrices. Tenía muchas, y una reciente en el hombro donde una tigresa lo había alcanzado y había llegado hasta el hueso. Me imaginé las rasgaduras hábilmente zurcidas que tendría en la chaqueta. Su brazo derecho, desde el codo hasta la muñeca, parecía que lo hubieran pasado por una trilladora, de los estragos producidos por garras y dientes. Pero no era nada, decía, las viejas heridas solo lo molestaban un poco cuando llegaba el tiempo lluvioso.

De pronto su rostro se iluminó al recordar algo, pues deseaba tanto contarme una historia como yo oírla.

—Supongo que habrá oído hablar del domador de leones a quien otro hombre detestaba, ¿verdad? —me preguntó.

Hizo una pausa y miró pensativamente a un león enfermo en la jaula de enfrente.

—Tiene dolor de muelas —explicó—. Pues bien, para el público la mayor atracción era que el domador de leones metiera la cabeza en la boca de un león. El hombre que lo detestaba asistía a cada actuación suya con la esperanza de ver que el león mascase. Seguía el espectáculo por todo el país. Los años pasaban y él envejecía, y el domador de leones envejecía, y el león envejecía. Y por fin un día, sentado en un asiento delantero, vio lo que había esperado. El león mascó, y no hubo ninguna necesidad de llamar a un médico.

El hombre leopardo echó un vistazo fortuito a las uñas de sus dedos de una manera que habría sido crítica si no hubiese sido tan triste.

—Bueno, es lo que yo llamo paciencia —continuó—, y es mi estilo. Pero no era el estilo de un individuo que yo conocía. Era un tragasables y malabarista francés, bajo, delgado, diminuto. De Ville, se hacía llamar, y tenía una linda esposa. Ella era trapecista y solía tirarse de cabeza a una red desde lo alto de la carpa, dando una vuelta de campana tan estupenda como quieras.

De Ville tenía un genio vivo, tan vivo como su mano, y su mano era tan viva como la zarpa de un tigre. Un día, porque el maestro de ceremonias lo llamó comerranas, o algo parecido y quizás un poco peor, lo empujó contra el fondo de pino blando que usaba en su número de lanzamiento de

cuchillo, tan rápido que el maestro de ceremonias no tuvo tiempo para pensar y allí, delante del público, De Ville siguió lanzando sus cuchillos, clavándolos en la madera todo alrededor del maestro de ceremonias, tan cerca que atravesaron su ropa y la mayor parte de ellos penetraron en la piel.

Los *clowns* tuvieron que arrancar los cuchillos para soltarlo, pues estaba bien sujeto. De modo que circuló la noticia de que había que tener cuidado con De Ville, y nadie se atrevía apenas a ser más que atento con su esposa. Y además ella era una bruja traviesa, solo que todo el mundo le tenía miedo a De Ville.

Pero había un hombre, Wallace, que no le tenía miedo a nada. Era el domador de leones, y empleaba el mismo truco de meter la cabeza en la boca del león. La había metido en la boca de alguno de ellos, aunque su preferido era Augustus, una enorme bestia de buen carácter, con la que siempre se podía contar.

Como iba diciendo, Wallace (Wallace el Rey lo llamábamos) no le tenía miedo a nada, vivo o muerto. Era un rey, ya lo creo. Lo he visto borracho y, por una apuesta, entrar en la jaula de un león que se había vuelto peligroso, y sin un palo acabar con él a golpes. Lo hacía nada más que con su puño en pleno hocico.

Madame de Ville…

Al oír un revuelo a nuestras espaldas, el hombre leopardo se volvió discretamente. Era una jaula dividida, y un gran lobo gris le había agarrado una pata a un mono, que asomaba por el enrejado y alrededor del tabique, y estaba intentando arrancársela a viva fuerza. El brazo parecía estirarse cada vez más como un elástico grueso, y los compañeros del desventurado mono estaban armando un terrible alboroto. No había ningún guarda cerca, así que el hombre leopardo dio un par de pasos para aproximarse, asestó al lobo un golpe fuerte en el hocico con el bastón liviano que llevaba, y regresó con una lánguida sonrisa de disculpa para reanudar su frase inacabada como si no hubiera habido ninguna interrupción.

—… Miró a Wallace el Rey y Wallace el Rey la miró a ella, mientras De Ville ponía mala cara. Advertimos a Wallace, pero fue inútil. Se rio de

nosotros, como se rio de De Ville un día cuando este metió la cabeza en un cubo de engrudo porque quería pelea.

De Ville estaba en un verdadero lío…, lo ayudé a salir; pero él estaba más fresco que una lechuga y no amenazaba. Pero reconocí un brillo en sus ojos que a menudo había visto en los ojos de las fieras, e hice todo lo posible para darle a Wallace una última advertencia. Él se rio, pero después de eso ya no miró tanto en dirección de *Madame* de Ville.

Pasaron varios meses. Nada había sucedido y yo empezaba a creer que no había nada que temer. Por entonces estábamos en el Oeste, actuando en San Francisco. Durante la función vespertina, cuando la gran carpa estaba llena de mujeres y niños, estaba yo buscando a Red Denny, el jefe del equipo de montaje, que se había llevado mi navaja.

Al pasar por delante de una de las tiendas donde se vestían los artistas, miré a través de un agujero en la lona para comprobar si podía localizarlo. No estaba allí, pero justo delante de mí vi a Wallace el Rey, en mallas, esperando su turno para salir a la pista con su jaula de leones amaestrados. Estaba observando muy divertido una pelea entre una pareja de trapecistas. Las demás personas de la tienda observaban lo mismo, a excepción de De Ville, que, me di cuenta, miraba fijamente a Wallace con manifiesto odio. Wallace y los demás estaban demasiados ocupados siguiendo la pelea para darse cuenta de eso y de lo que siguió.

Pero yo lo vi a través del agujero en la lona. De Ville sacó su pañuelo del bolsillo, hizo como si se enjugase con él el sudor del rostro (era un día caluroso), y al mismo tiempo pasó por detrás de Wallace. La mirada me preocupó en aquel momento, pues no solo vi en ella odio, sino también júbilo.

«De Ville soportará la observación», me dije, y realmente respiré más tranquilo cuando lo vi salir por la entrada a los terrenos del circo y subir a un tranvía en dirección al centro de la ciudad. Pocos minutos después me encontraba en la carpa, y había alcanzado a Red Denny. Wallace el Rey estaba haciendo su número y tenía fascinado al público. Estaba de muy mal humor, y había excitado a todos los leones hasta hacerlos gruñir, mejor dicho, a todos excepto al viejo Augustus, que estaba demasiado gordo y perezoso y viejo para excitarse por algo.

Finalmente Wallace restalló su látigo contra las rodillas del viejo león y lo puso en situación. El viejo Augustus, mirando con asombro pero afablemente, abrió la boca y Wallace metió en ella la cabeza. Acto seguido las fauces se juntaron, y la *mascaron*, justo así.

El hombre leopardo sonrió de un modo dulce y melancólico, y la mirada perdida volvió a sus ojos.

—Y ese fue el final de Wallace el Rey —prosiguió con su voz baja, triste—. Después de que se calmara el alboroto esperé el momento oportuno y me agaché a oler la cabeza de Wallace. Luego estornudé.

—¿Era…? —pregunté con vacilante impaciencia.

—Rapé…, que De Ville dejó caer en su pelo en la tienda donde se vestían los artistas. El viejo Augustus nunca tuvo intención de hacerlo. Solamente estornudó.

MAURICE LEBLANC

EL ARRESTO DE ARSÈNE LUPIN[106]

¡Qué extraño viaje! Sin embargo, ¡había comenzado tan bien! En cuanto a mí, nunca hice otro que se presentara con mejores auspicios. El *Provence* es un transatlántico rápido, cómodo, y está bajo el mando del más afable de los hombres. Allí se reunía la sociedad más selecta. Se establecían relaciones, se organizaban diversiones. Teníamos esa impresión exquisita de estar separados del mundo, reducidos a nosotros mismos como si estuviéramos en una isla desconocida, obligados, por consiguiente, a arrimarnos los unos a los otros.

Y nos arrimamos…

¿Alguna vez han pensado en lo que hay de original y de imprevisto en esa agrupación de seres que, la víspera todavía no se conocían, y que, durante algunos días, entre el cielo infinito y el mar inmenso, van a vivir en la mayor intimidad, juntos van a desafiar las iras del océano, el asalto terrorífico de las olas, las jugarretas de las tempestades y la calma solapada del agua adormecida?

Es, en el fondo, vivida en una especie de resumen trágico, la vida misma, con sus reveses y sus grandezas, su monotonía y su diversidad, y he ahí por qué, tal vez, se saborea con una prisa febril y una voluptuosidad aún más intensa ese corto viaje del que se divisa el fin en el momento mismo en que se comienza.

Pero, después de varios años, algo ocurre que se suma singularmente a las emociones de la travesía. La pequeña isla flotante depende todavía de

ese mundo del que nos creíamos liberados. Subsiste un vínculo, que no se rompe sino poco a poco en pleno océano, y poco a poco, en pleno océano, se restablece. ¡El telégrafo sin hilos! ¡La llamada de otro universo del que se reciben noticias del modo más misterioso posible! La imaginación ya no tiene el recurso de evocar los alambres por cuyo interior se desliza el mensaje invisible. El misterio es más insondable todavía, más poético también, y hay que recurrir a las alas del viento para explicar este nuevo milagro.

Así, en los primeros momentos, nos sentimos seguidos, escoltados, precedidos incluso por esa voz lejana que, de vez en cuando, cuchicheaba a uno de nosotros algunas palabras desde allá lejos. Dos amigos me hablaron. Otros diez, otros veinte nos enviaron a todos, a través del espacio, sus despedidas entristecidas o sonrientes.

Ahora bien, al segundo día, a quinientas millas de la costa francesa, en una tarde borrascosa, el telégrafo sin hilos nos transmitió un telegrama cuyo texto era:

Arsène Lupin a bordo barco, primera clase, cabello rubio, herida antebrazo derecho, viaja solo, se apellida R…

En aquel preciso momento un fuerte trueno estalló en el sombrío cielo. Las ondas eléctricas se interrumpieron. El resto del telegrama no nos llegó. Del apellido bajo el que se ocultaba Arsène Lupin no se supo más que la inicial.

Si se hubiera tratado de cualquier otra noticia, no dudo de que el secreto habría sido mantenido escrupulosamente por los empleados de la línea telegráfica, así como por el comisario a bordo y por el capitán. Pero hay acontecimientos que parecen superar la discreción más rigurosa. Aquel mismo día, sin que pueda decirse cómo se había divulgado, todos sabíamos que el famoso Arsène Lupin se ocultaba entre nosotros.

¡Arsène Lupin entre nosotros! ¡El inasequible atracador[107] cuyas proezas se contaban en todos los periódicos desde hacía meses! ¡El enigmático personaje con el que el viejo Ganimard, nuestro mejor policía, había entablado aquel duelo a muerte cuyas peripecias se mostraban de manera tan pintoresca! Arsène Lupin, el *gentleman* caprichoso que no opera más que en palacios y salones, y que, una noche en que había penetrado en

casa del barón Schormann, se había marchado con las manos vacías y había dejado su tarjeta, compuesta por esta fórmula: «Arsène Lupin, *gentleman*-atracador, volverá cuando los muebles sean auténticos». ¡Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces: por turno chófer, tenor, corredor de apuestas, hijo de familia, adolescente, anciano, viajante de comercio marsellés, médico ruso, torero español!

Hay que darse cuenta de esto: ¡Arsène Lupin, yendo y viniendo en el ambiente relativamente restringido de un transatlántico, qué digo yo, en ese rinconcito de la primera clase, donde todos se vuelven a encontrar a cada instante, en ese comedor, en ese salón, en ese fumadero! Arsène Lupin era quizás ese señor… o aquel, mi vecino de mesa, mi compañero de camarote…

—¡Y esto va a durar todavía cinco veces veinticuatro horas! —exclamó al día siguiente *Miss* Nelly Underdown—. ¡Es intolerable! Espero que lo arrestarán.

Y se dirigió a mí:

—Veamos, *Monsieur* d’Andrézy, usted que tiene ya una relación excelente con el capitán, ¿no sabe nada?

¡Yo bien hubiera querido saber algo para complacer a *Miss* Nelly! Era una de esas criaturas magníficas que, en cualquier parte que estén, ocupan enseguida el lugar más a la vista. Su belleza, lo mismo que su fortuna, deslumbra. Tienen una corte de fervientes entusiastas.

Educada en París por una madre francesa, se reunió con su padre, el riquísimo Underdown de Chicago. Una de sus amigas, *Lady* Jerland, la acompañaba.

Desde el primer momento, yo había presentado mi candidatura de pretendiente. Pero, en la rápida intimidad del viaje, enseguida me había turbado su encanto, y cuando sus grandes ojos negros se encontraban con los míos me sentía un poco demasiado emocionado para coquetear. Sin embargo, ella acogía mis respetos con cierta benevolencia. Se dignaba reír con mis chistes y se interesaba por mis anécdotas. Una vaga simpatía parecía responder a la solicitud que yo le manifestaba.

Un solo rival, quizás, me había inquietado, un muchacho bastante guapo, elegante, comedido, cuyo humor taciturno ella parecía preferir a

veces a mis modales más «fuera de lugar» de parisino.

Precisamente formaba parte del grupo de admiradores que rodeaba a *Miss* Nelly, cuando ella me interrogó. Estábamos en el puente, gratamente arrellanados en sendas mecedoras. La tempestad de la víspera había despejado el cielo. El momento era delicioso.

—No sé nada en concreto, *mademoiselle* —le respondí—, pero ¿es imposible que nosotros mismos llevemos a cabo nuestra pesquisa tan bien como lo haría el anciano Ganimard, enemigo personal de Arsène Lupin?

—¡Ay, se anticipa usted mucho!

—¿En qué, pues? ¿Tan complicado es el problema?

—Muy complicado.

—Es que usted olvida los elementos de que disponemos para resolverlo.

—¿Qué elementos?

—Primero, Lupin se hace llamar *Monsieur* R…

—Una descripción un poco vaga.

—Segundo, viaja solo.

—¡Si esa particularidad le basta!

—Tercero, es rubio.

—¡Bueno!, ¿y qué?

—En tal caso no tenemos más que consultar la lista de pasajeros y proceder por eliminación.

Tenía la lista en mi bolsillo. La cogí y la hojeé.

—Observo en primer lugar que no hay más que trece personas cuya inicial llame nuestra atención.

—¿Trece solamente?

—En primera clase, sí. De esos trece *messieurs* R…, como pueden ustedes cerciorarse, nueve están acompañados de esposas, de hijos o de criados. Quedan cuatro individuos solitarios: el marqués de Raverdan…

—Secretario de embajada —interrumpió *Miss* Nelly—, lo conozco.

—El comandante Rawson…

—Es mi tío —dijo alguien.

—M. Rivolta…

—Presente —exclamó uno de nosotros, un italiano cuyo rostro ocultaba una barba de color negro de lo más bonito.

Miss Nelly se echó a reír.

—*Monsieur* no es precisamente rubio.

—Entonces —proseguí yo—, nos vemos obligados a concluir que el culpable es el último de la lista.

—¿O sea?

—Es decir, M. Rozaine. ¿Conoce alguien a M. Rozaine?

Se callaron. Pero *Miss* Nelly, interpelando al joven taciturno, cuya asiduidad cerca de ella me atormentaba, le dijo:

—Y bien, *Monsieur* Rozaine, ¿no contesta usted?

Las miradas se volvieron hacia él. Era rubio.

Confesémoslo, sentí como una pequeña desazón en lo más íntimo. Y el silencio embarazoso que nos abrumaba me indicó que los demás asistentes experimentaron también esa especie de sofoco. Por otra parte, eso era absurdo, pues al fin nada en la conducta de aquel señor permitía sospechar de él.

—¿Por qué no respondo? —dijo—. Pues porque, teniendo en cuenta mi apellido, mi condición de viajero aislado y el color de mi cabello, he procedido ya a una pesquisa análoga, y he llegado al mismo resultado. Soy, pues, del parecer de que me arresten.

Al pronunciar esas palabras su semblante tenía una extraña expresión. Sus labios, finos como dos trazos inflexibles, se afinaron todavía más y palidecieron. Hilillos de sangre estriaron sus ojos.

Sin duda alguna bromeaba. No obstante, su fisonomía y su actitud nos impresionaron. Cándidamente, *Miss* Nelly preguntó:

—Pero usted no tiene ninguna herida.

—Es cierto —dijo él—, me falta la herida.

Con un gesto nervioso se recogió el puño y dejó el brazo al descubierto. Pero enseguida me asaltó una idea. Mis ojos se cruzaron con los de *Miss* Nelly: había mostrado el brazo izquierdo.

Y a fe mía, ya iba a hacer la observación, cuando un incidente distrajo nuestra atención. *Lady* Jerland, la amiga de *Miss* Nelly, llegó corriendo.

Estaba descompuesta. Nos apresuramos a rodearla, y solo tras muchos esfuerzos consiguió balbucear:

—¡Mis joyas, mis perlas! ¡Se han llevado todo!

No, no se habían llevado todo, como supimos más tarde; algo bastante curioso: ¡habían elegido!

De la estrella de diamantes, el colgante de cabujones de rubíes, de los collares y de los brazaletes rotos habían quitado, no las piedras más gruesas, sino las más finas, las más preciosas, las que, se diría, tenían mayor valor ocupando menos espacio. Las monturas yacían sobre la mesa. Las vi, todos las vimos, despojadas de sus joyas como flores de las que se hubieran arrancado los bonitos pétalos deslumbrantes y colorados.

¡Y para ejecutar ese trabajo, había sido preciso, durante el tiempo en que *Lady* Jerland tomaba el té, había sido preciso, en pleno día, y en un pasillo frecuentado, fracturar la puerta del camarote, encontrar un pequeño talego disimulado a propósito en el fondo de una sombrerera, abrirlo y elegir!

No hubo más que un grito entre nosotros. No hubo más que una opinión entre todos los pasajeros, cuando se conoció el robo: es Arsène Lupin. Y de hecho, era verdaderamente su estilo, complicado, misterioso, inconcebible… y sin embargo lógico, pues si era difícil ocultar la voluminosa masa que habría formado el conjunto de las joyas, cuánto menor era la dificultad tratándose de pequeñas piezas independientes unas de otras: perlas, esmeraldas y zafiros.

Y a la hora de la cena, pasó lo siguiente: quedaron vacíos los dos asientos a derecha e izquierda de Rozaine. Y por la noche se supo que lo había convocado el capitán.

Su arresto, que nadie puso en duda, causó un verdadero alivio. Por fin se respiraba. Aquella noche nos distrajimos con varios pasatiempos. Se bailó. *Miss* Nelly, sobre todo, mostró una alegría asombrosa que me hizo ver que, si los respetos de Rozaine pudieron haberlo agradado al principio, apenas se acordaba de ellos. Su encanto acabó por conquistarme. Cerca de la medianoche, a la serena claridad de la luna, le aseguré mi devoción con una emoción que no pareció disgustarla.

Pero el día siguiente, ante el estupor general, nos enteramos de que, al no ser suficientes los cargos contra él, habían puesto en libertad a Rozaine.

Hijo de un importante comerciante de Burdeos, había exhibido la documentación perfectamente en regla. Además, sus brazos no presentaban

el menor rastro de herida.

—¡La documentación! ¡Partida de nacimiento! —exclamaron los enemigos de Rozaine—. Pero ¡Arsène Lupin les proporcionará tantas como ustedes quieran! En cuanto a la herida, es que no recibió ninguna… ¡o que borró el rastro de la misma!

Se les objetó que a la hora del robo Rozaine (estaba demostrado) se paseaba por el puente. A lo que ellos replicaron:

—¿Es que un hombre del temple de Arsène Lupin necesita asistir al robo que él mismo comete?

Por otra parte, fuera de cualquier consideración ajena, había un detalle que ni los más escépticos podían reprobar: ¿quién, salvo Rozaine, viajaba solo, era rubio y llevaba un apellido que comenzaba por erre? ¿A quién señalaba el telegrama, si no era a Rozaine?

Y cuando Rozaine, algunos minutos antes del desayuno, se dirigió audazmente a nuestro grupo, *Miss* Nelly y *Lady* Jerland se levantaron y se alejaron.

Aunque parezca mentira, tenían miedo.

Una hora más tarde, una circular manuscrita pasó de mano en mano entre los empleados de a bordo, los marineros y los viajeros de todas las clases: M. Louis Rozaine prometía una suma de diez mil francos a quien desenmascarase a Arsène Lupin o encontrara al poseedor de las piedras robadas.

—Y si nadie me ayuda contra ese bandido —declaró Rozaine al capitán—, yo le ajustaré las cuentas.

Rozaine contra Arsène Lupin, o más bien, según la expresión que circulaba, Arsène Lupin contra Arsène Lupin. ¡La lucha no carecía de interés!

Se prolongó durante dos días. Se vio a Rozaine deambular de un lado a otro, mezclarse con el personal, preguntar, fisgonear. Por las noches se divisaba su sombra, merodeando.

Por su parte, el capitán desplegó la energía más activa. Se registró el *Provence* de arriba abajo, por todos los rincones. Se indagó en todos los camarotes, sin excepción, con el pretexto, muy acertado, de que los objetos estaban ocultos en cualquier lugar, salvo en el camarote del culpable.

—Se acabará efectivamente por descubrir algo, ¿no es cierto? —me preguntó *Miss* Nelly—. Por muy brujo que sea, no puede hacer que los diamantes y las perlas se vuelvan invisibles.

—Claro que sí —le respondí—, o en todo caso habrá que examinar detenidamente la guarnición interior de nuestros sombreros, el forro de nuestras chaquetas, todo lo que llevamos encima.

Y mostrándole mi kodak, una 9x12, con la cual no dejaba de fotografiarla en las posturas más diversas, añadí:

—¿No cree usted que en una máquina fotográfica, no mayor que esta, habría sitio para todas las piedras preciosas de *Lady* Jerland? Se finge estar tomado vistas y la jugarreta está hecha.

—Sin embargo, he oído decir que no hay ladrón que no deje tras él algún indicio.

—Hay uno: Arsène Lupin.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque no piensa únicamente en el robo que comete, sino en todas las circunstancias que podrían denunciarlo.

—Al principio, usted era más confiado.

—Pero, después, lo he visto en acción.

—Entonces ¿a su modo de ver…?

—A mi modo de ver, perdemos el tiempo.

Y de hecho, las investigaciones no dieron ningún resultado, o al menos, el que dieron no correspondió al esfuerzo general: le robaron el reloj al capitán.

Furioso, redobló su ardor y vigiló más estrechamente todavía a Rozaine, con el que había tenido varias entrevistas. El día siguiente, ironía encantadora, se encontró el reloj entre los cuellos postizos del segundo de a bordo.

Todo aquello parecía prodigioso, y denunciaba bien a las claras el estilo humorístico de Arsène Lupin, atracador, en efecto, pero también diletante. Trabajaba por gusto y por vocación, sin duda alguna, pero también para entretenerse. Daba la impresión del señor que se divierte con la obra que hace representar, y que, entre bastidores, se ríe a carcajadas de sus agudezas y de las situaciones que imaginó.

Decididamente, era un artista en su género, y cuando yo observaba a Rozaine, sombrío y obstinado, y pensaba en el doble papel que desempeñaba sin duda este curioso personaje, no podía hablar de él sin una cierta admiración.

Ahora bien, la penúltima noche, el oficial de guardia oyó gemidos en el lugar más oscuro del puente. Se acercó. Un hombre estaba tendido, la cabeza envuelta en un echarpe gris muy tupido, los puños atados por medio de una cuerdecilla fina.

Lo liberaron de sus ataduras. Lo levantaron, le prodigaron toda clase de cuidados.

Ese hombre era Rozaine.

Era Rozaine, asaltado durante una de sus expediciones, derribado y despojado. Una tarjeta de visita, sujeta a su ropa con un alfiler, llevaba inscritas estas palabras: «Arsène Lupin acepta agradecido los diez mil francos de M. Rozaine».

En realidad, la cartera robada contenía veinte billetes de mil.

Naturalmente, se acusó al pobre de haber simulado ese ataque contra sí mismo. Pero, aparte de que le habría sido imposible atarse de esa manera, se comprobó que la escritura de la tarjeta era completamente diferente de la de Rozaine, y por el contrario, se parecía, hasta el punto de confundirse, a la de Arsène Lupin, tal y como la reproducía un viejo periódico encontrado a bordo.

Así pues, Rozaine no era Arsène Lupin. ¡Rozaine era Rozaine, hijo de un comerciante de Burdeos! Y la presencia de Arsène Lupin se confirmaba una vez más, ¡y con qué acto de temeridad!

Aquello fue el terror. Nadie se atrevía ya a quedarse a solas en su camarote, y tampoco a aventurarse solo por los lugares demasiado apartados. Prudentemente, la gente se agrupaba para asegurarse los unos a los otros. Y aun así, una desconfianza instintiva desunía a los más íntimos. Es que la amenaza no provenía de un individuo aislado, y por eso mismo menos peligroso. Arsène Lupin, ahora, era…, era todo el mundo. Nuestra imaginación sobreexcitada le atribuía un poder milagroso e ilimitado. Se le suponía capaz de ponerse los disfraces más inesperados, de ser por turno el respetable comandante Rawson, o el noble marqués de Raverdan, o incluso,

pues ya nadie se fijaba en la inicial acusatoria, tal o cual persona conocida de todos, aunque tuviera esposa, hijos y criados.

Los primeros partes telegráficos no aportaron ninguna novedad. Al menos, el capitán no nos los dio a conocer, y semejante silencio para nada nos tranquilizaba.

Asimismo, el último día nos pareció interminable. Se vivía en la ansiosa espera de una desgracia. Esta vez, ya no sería un robo, no sería ya una simple agresión, sería un crimen, un asesinato. No se admitía que Arsène Lupin se conformase con dos hurtos insignificantes. Dueño absoluto del buque, y las autoridades reducidas a la impotencia, no tenía más que mandar, todo le estaba permitido, disponía de los bienes y de las existencias.

Fueron unas horas deliciosas para mí, lo confieso, pues me proporcionaron la confianza de *Miss* Nelly. Impresionada por tantos acontecimientos, de temperamento inquieto, buscó espontáneamente a mi lado una protección, una seguridad que me alegraba poder ofrecerle.

En el fondo, bendecía a Arsène Lupin. ¿No era él quien nos acercaba? ¿No era gracias a él que tuviera derecho a entregarme a los sueños más hermosos? Sueños de amor y sueños menos quiméricos, ¿por qué no confesarlo? Los Andrézy son una familia de rancio abolengo de Poitiers, pero su blasón está un poco desdorado, y no me parecía indigno de un gentilhombre el soñar con devolver a su apellido el lustre perdido.

Y esos sueños, lo notaba, no ofuscaban a Nelly. Sus ojos sonrientes me autorizaban a tenerlos. La dulzura de su voz me decía que confiase.

Y hasta el último momento, acodados en la borda, permanecimos uno cerca del otro, mientras el perfil de las costas americanas desfilaba ante nosotros.

Se habían interrumpido las pesquisas. Se esperaba. Desde la primera clase hasta el entrepuente, que rebosaba de emigrantes, se esperaba el momento supremo en que por fin se explicaría el enigma insoluble. ¿Quién era Arsène Lupin? ¿Bajo qué nombre, bajo qué máscara se ocultaba el famoso Arsène Lupin?

Y ese momento supremo llegó. Viviría yo cien años y no olvidaría ni el más ínfimo detalle.

—¡Qué pálida está usted, *Miss* Nelly! —dije a mi compañera, que se apoyaba en mi brazo, completamente desfalleciente.

—¡Y usted! —me respondió ella—. ¡Ah!, ¡qué cambiado está!

—¡Imagínese! Este instante es apasionante, y me alegro tanto de vivirlo junto a usted, *Miss* Nelly. Me parece que su recuerdo persistirá a veces…

Ella no escuchaba, anhelante y febril. Bajaron la pasarela. Pero antes de que pudiéramos atravesarla, subió a bordo gente, aduaneros, hombres de uniforme, carteros.

Miss Nelly balbuceó:

—Se darán cuenta de que Arsène Lupin se ha escapado durante la travesía, y a mí no me sorprendería.

—Tal vez ha preferido la muerte al deshonor, zambullirse en el Atlántico antes que ser arrestado.

—No se ría —dijo ella, irritada.

De repente me estremecí y, como ella me preguntaba, le dije:

—¿Ve usted a aquel viejecito que está de pie al final de la pasarela?

—¿Con un paraguas y una levita verde oliva?

—Es Ganimard.

—¿Ganimard?

—Sí, el célebre policía, el que ha jurado que arrestará a Arsène Lupin con sus propias manos. ¡Ah!, ya comprendo que no hayamos tenido informaciones de aquel lado del océano. ¡Ganimard estaba allí! Y no le gusta que alguien se ocupe de sus asuntos de poca monta.

—Entonces ¿está seguro de que cogerán a Arsène Lupin?

—¿Quién sabe? Ganimard no lo ha visto nunca, al parecer, más que maquillado y disfrazado. A menos que conozca su nombre ficticio…

—¡Ah! —dijo ella, con esa seguridad un poco cruel de las mujeres—. ¡Si pudiera presenciar el arresto!

—Tengamos paciencia. Por supuesto Arsène Lupin ha notado ya la presencia de su enemigo. Preferirá salir entre los últimos, cuando la vista del viejo se haya cansado.

El desembarco comenzó. Apoyado en su paraguas, con aire indiferente, Ganimard no parecía prestar atención a la muchedumbre que se apiñaba

entre las dos barandillas. Observé que un oficial de a bordo, apostado detrás de él, le informaba de vez en cuando.

Desfilaron el marqués de Raverdan, el comandante Rawson, el italiano Rivolta, y otros, muchos otros… Y me di cuenta de que Rozaine se acercaba.

¡Pobre Rozaine! ¡No parecía repuesto de sus desventuras!

—Quizás sea él a pesar de todo… —me dijo *Miss* Nelly—. ¿Qué opina usted?

—Creo que sería muy interesante tener en una misma fotografía a Ganimard y a Rozaine. Tome pues mi máquina fotográfica, estoy tan cargado.

Se la di, pero demasiado tarde para que ella la utilizase. Pasaba Rozaine. El oficial se inclinó sobre la oreja de Ganimard, este alzó los hombros ligeramente, y pasó Rozaine.

Pero entonces, Dios mío, ¿quién era Arsène Lupin?

—Sí —habló ella en voz alta—. ¿Quién es?

No había más que una veintena de personas. Ella las observó por turno con el temor confuso de que él no estuviese entre esas veinte personas.

Le dije:

—No podemos esperar más tiempo.

Ella se adelantó. Yo la seguí. Pero no habíamos dado ni diez pasos cuando Ganimard nos cerró el paso.

—Y bien, ¿qué ocurre? —exclamé yo.

—Un momento, *monsieur*, ¿qué prisa tiene?

—Acompaño a *mademoiselle*.

—Un momento —repitió con voz más imperiosa.

Me miró profundamente de hito en hito, luego me dijo mirándome a los ojos.

—Arsène Lupin, ¿no es así?

Me eché a reír.

—No, soy nada menos que Bernard d’Andrézy,

—Bernard d’Andrézy murió hace tres años en Macedonia.

—Si Bernard d’Andrézy hubiese muerto, ya no estaría en este mundo. Y ese no es el caso. He aquí mi documentación.

—Es la suya, sí. Cómo la tiene usted, es lo que tendré el placer de explicarle.

—Pero ¡usted está loco! Arsène Lupin se embarcó bajo el nombre de R.

—Sí, de nuevo uno de sus trucos, una falsa pista sobre la que usted los ha lanzado allá lejos. ¡Ah! Menudo talento tiene usted, buen mozo. Pero esta vez ha cambiado la suerte. Veamos, Lupin, demuestre que es un buen intérprete.

Vacilé un momento. De un golpe seco, me pegó en el antebrazo derecho. Lancé un grito de dolor. Había golpeado en la herida todavía mal cerrada que indicaba el telegrama.

Vaya, hay que resignarse. Me volví hacia *Miss* Nelly, que me escuchaba lívida, vacilante.

Su mirada tropezó con la mía, después la bajó hacia la kodak que yo le había devuelto. Hizo un gesto brusco, y tuve la impresión, tuve la certeza de que ella de pronto comprendió. Sí, allí estaban, entre los tabiques estrechos de zapa negra, en los huecos del pequeño objeto que yo había tenido la precaución de depositar en sus manos antes de que Ganimard me detuviese, allí se encontraban sin duda alguna los veinte mil francos de Rozaine, las perlas y los diamantes de *Lady* Jerland.

¡Ah!, lo juro. En aquel momento solemne, cuando Ganimard y dos de sus acólitos me rodearon, todo me era indiferente, mi arresto, la hostilidad de la gente, todo, excepto esto: la resolución que iba a tomar *Miss* Nelly a propósito de lo que yo le había confiado.

Que hubiese contra mí esa prueba material y decisiva, ni siquiera me atrevía a pensarlo, pero ¿se decidiría *Miss* Nelly a facilitar esa prueba?

¿Me traicionaría? ¿Me perdería por ella? ¿Se comportaría como un enemigo que no perdona, o bien como una mujer que recuerda y cuyo desprecio se atenúa con un poco de indulgencia, con un poco de simpatía involuntaria?

Ella pasó ante mí, la saludé muy quedamente, sin una palabra. Mezclada con los demás viajeros, se dirigió hacia la pasarela, con mi kodak en la mano.

Sin duda, pensé, no se atreve en público. La entregará dentro de un momento.

Pero, al llegar a mitad de la pasarela, mediante un torpe movimiento simulado, la dejó caer al agua, entre el muro del muelle y el costado del buque.

Después, la vi alejarse.

Su bella silueta se perdió en la muchedumbre, apareció de nuevo y desapareció. Todo había terminado, terminado para siempre.

Durante un momento permanecí inmóvil, triste a la vez y lleno de una dulce ternura, después suspiré, con gran asombro de Ganimard:

—Lástima, a pesar de todo, no ser un hombre honrado…

Fue así como, una tarde de invierno, Arsène Lupin me contó la historia de su arresto. La serie de incidentes casuales, cuyo relato escribiré algún día, habían urdido unos vínculos entre nosotros… ¿diría yo de amistad? Sí, me atrevo a creer que Arsène Lupin me honra con cierta amistad, y que es por amistad por lo que llega a veces a mi casa de improviso, aportando, en el silencio de mi gabinete de trabajo, su alegría juvenil, la influencia de su apasionante vida, su buen humor de hombre para quien el destino no tiene más que beneficios y sonrisas.

¿Su retrato? ¿Cómo podría hacerlo? Veinte veces he visto a Arsène Lupin, y veinte veces es un ser diferente el que me aparece… o mejor dicho, el mismo ser del que veinte espejos me habrían devuelto tantas imágenes deformadas, teniendo cada una sus ojos peculiares, su rostro de forma especial, su propio ademán, su silueta y su carácter.

—Yo mismo —me dijo él—, no sé bien quién soy. Ya no me reconozco en un espejo.

Desplante, sin duda, y paradoja, pero verdad con respecto a los que se tropiecen con él y que ignoren sus recursos infinitos, su paciencia, su arte del maquillaje, su prodigiosa facultad de transformar hasta las proporciones de su rostro, y de alterar incluso la relación entre sus rasgos.

—¿Por qué —dice él también— habría de tener una apariencia definida? ¿Por qué no evitar ese peligro de una personalidad siempre idéntica? Mis actos me representan suficientemente.

Y precisa con un poquito de orgullo:

—Tanto mejor si no puede decirse con toda certeza: He aquí Arsène Lupin. Lo esencial es que digan sin temor a equivocarse: Arsène Lupin ha

hecho esto.

Son algunos de esos actos, algunas de esas aventuras, lo que trato de reconstruir, según las confidencias de las que tuvo el detalle de agraciarme, ciertas tardes de invierno, en el silencio de mi gabinete de trabajo…

JACQUES FUTRELLE

EL PROBLEMA DE LA CELDA NÚMERO TRECE[108]

I

Después de ser bautizado Augustus S. F. X. van Dusen, este caballero adquirió más tarde prácticamente todas la restantes letras del alfabeto en el curso de una brillante carrera científica y, habiéndolas adquirido honorablemente, las añadió al otro extremo. Su nombre, por consiguiente, tomado con todo lo que le correspondía, era una estructura increíblemente impresionante. Era Ph. D., LL. D., F. R. S., M. D., y M. D. S.[109] Era también algunas otras cosas (qué era exactamente, no podría decirlo) gracias al reconocimiento de su talento por varias instituciones docentes y científicas extranjeras.

Su aspecto no era menos imponente que su nomenclatura. Era esbelto, con el encorvamiento de espalda del estudioso y la palidez de una vida sedentaria y solitaria en su rostro lampiño. Sus ojos tenían un severo estrabismo perpetuo (el estrabismo de quien examina cosas pequeñas) y cuando se les podía ver a través de sus gruesas gafas eran meras aberturas de color azul desvaído. Pero encima de sus ojos estaba su rasgo más destacado. Era una frente alta y ancha, casi anormal en sus dimensiones, coronada por una abundante melena de espeso pelo rubio. Todas esas cosas conspiraban para darle una personalidad peculiar, casi grotesca.

El profesor Van Dusen era remotamente alemán. Durante generaciones, sus antepasados habían sido eminentes científicos; él era el resultado lógico, la mente dominante. En primer lugar y por encima de todo era un lógico. Al menos treinta y cinco años del medio siglo, o poco más o menos, de su vida los había dedicado exclusivamente a demostrar que dos y dos siempre son cuatro, excepto en casos excepcionales, en los que son tres o cinco, según sea el caso. Insistía claramente en la proposición general de que todas las cosas que se inician deben llegar a alguna parte, y podía utilizar la fuerza mental concentrada de sus antepasados para examinar un problema dado. Por cierto, cabe observar que el profesor Van Dusen llevaba un sombrero de talla 8[110].

El mundo en general ha oído hablar vagamente del profesor Van Dusen como La Máquina Pensante. Es un apodo que le asignó un periódico con ocasión de una extraordinaria exhibición de ajedrez en la que demostró que alguien que no conocía el juego podía, a base de aplicar la lógica inevitable, derrotar a un campeón que había dedicado toda una vida a su estudio. ¡La Máquina Pensante! Quizás esto lo describía con mayor aproximación que todas sus iniciales honoríficas, pues pasaba semana tras semana, mes tras mes, en el retiro de su pequeño laboratorio, del que habían salido ideas que hicieron titubear a sus compañeros científicos y conmovieron profundamente al mundo en general.

Solo de vez en cuando tenía visitantes La Máquina Pensante, y normalmente eran hombres que, siendo ellos mismos eminentes científicos, pasaban por su casa para dilucidar una cuestión y quizás convencerse a sí mismos. Dos de esos hombres, el doctor Charles Ransome y Alfred Fielding, pasaron una tarde para discutir alguna teoría que no viene al caso aquí.

—Semejante cosa es imposible —declaró el doctor Ransome rotundamente en el curso de la conversación.

—Nada es imposible —declaró La Máquina Pensante con igual énfasis. Siempre hablaba enfadado—. La mente lo domina todo. Cuando la ciencia reconozca por lo menos este hecho se habrá conseguido un gran avance.

—¿Qué me dice del dirigible?

—Que no es imposible después de todo —afirmó La Máquina Pensante —. Será inventado en cualquier momento. Lo haría yo mismo, pero estoy ocupado.

El doctor Ransome se rio indulgentemente.

—Le he oído ya cosas parecidas —dijo—. Pero no significan nada. La mente puede dominar la materia, pero todavía no se ha encontrado la forma de aplicarse. Hay ciertas cosas que no se pueden *pensar* fuera de la existencia, o más bien que no producirían grandes cantidades de pensamiento.

—¿Cuáles, por ejemplo? —preguntó La Máquina Pensante.

El doctor Ransome se quedó pensativo de momento mientras fumaba.

—Pues bien, digamos los muros de la prisión —respondió—. Nadie puede salir de una celda por medio del *pensamiento*. Si pudiera, no habría presos.

—Un hombre puede aplicar su cerebro y su ingenio de modo que pueda salir de una celda, lo cual es lo mismo —le espetó La Máquina Pensante.

Aquello le hizo un poco de gracia al doctor Ransome.

—Supongamos un caso —dijo al cabo de un momento—. Coja una celda en la que estén confinados presos condenados a muerte…, hombres que están desesperados y enloquecidos por el miedo, aprovecharían cualquier oportunidad de escaparse… Suponga que estuviera usted encerrado en una de esas celdas. ¿Podría escapar?

—Por supuesto —declaró La Máquina Pensante.

—Naturalmente —dijo Mr. Fielding, que por primera vez tomaba parte en la conversación—, podría destruir la celda con un explosivo…, pero dentro un preso no podría conseguir eso.

—No sería nada por el estilo —dijo La Máquina Pensante—. Aunque me tratasen como tratan a los presos condenados a muerte, saldría de la celda.

—No, a menos que hubiese entrado en ella con las herramientas previstas para salir —dijo el doctor Ransome.

La Máquina Pensante estaba visiblemente molesto y sus ojos azules se animaron.

—Enciérreme en cualquier celda de cualquier prisión en cualquier sitio y en cualquier momento, llevando solo lo necesario, y escaparé en una semana —declaró con acritud.

El doctor Ransome se enderezó en su silla, interesado. Mr. Fielding encendió otro cigarro.

—¿Quiere usted decir que podría, en efecto, salir por medio del *pensamiento*? —preguntó el doctor Ransome.

—Saldría —fue la respuesta.

—¿Habla en serio?

—Ya lo creo que hablo en serio.

El doctor Ransome y Mr. Fielding se callaron durante un buen rato.

—¿Estaría dispuesto a probarlo? —preguntó por fin Mr. Fielding.

—Desde luego —dijo el profesor Van Dusen, y había una pizca de ironía en su voz—. He hecho cosas más estúpidas que esa para convencer a otros hombres de verdades menos importantes.

El tono era ofensivo y había un trasfondo bastante parecido al enojo por ambas partes. Sin duda era algo absurdo, pero el profesor Van Dusen reiteró su consentimiento a emprender la fuga y así se decidió.

—A partir de ahora —añadió el doctor Ransome.

—Preferiría empezar mañana —dijo La Máquina Pensante—, porque…

—No, ahora —dijo Mr. Fielding, terminantemente—. ¿Está usted dispuesto a ser arrestado, en sentido figurado, sin previo aviso encerrado en una celda, sin ninguna posibilidad de comunicarse con amigos, y dejado allí con exactamente los mismos cuidados y atenciones que concederían a un condenado a muerte?

—De acuerdo, vamos allá —dijo La Máquina Pensante, y se levantó.

—Digamos la celda de los condenados a muerte de la Chisholm Prison.

—La celda de los condenados a muerte de la Chisholm Prison.

—¿Y qué llevará?

—Lo menos posible —dijo La Máquina Pensante—. Zapatos, calcetines, camisa y pantalón.

—Permitirá, por supuesto, que lo registren, ¿no es cierto?

—Debo ser tratado exactamente como se trata a todos los presos —dijo La Máquina Pensante—. Ni más cuidado ni menos.

Hubo que arreglar algunos preparativos en cuanto a obtener permiso para llevar a cabo la prueba, pero los tres eran hombres influyentes y todo se resolvió satisfactoriamente por teléfono, aunque los funcionarios de la prisión, a los que se explicó el experimento con razones puramente científicas, quedaron muy desconcertados. El profesor Van Dusen sería el preso más distinguido que habían albergado nunca.

Cuando La Máquina Pensante se hubo puesto lo que iba a llevar durante su encarcelación, llamó a la viejecita que era a la vez su ama de llaves, cocinera y criada.

—Martha —le dijo—, ahora son las nueve y veintisiete. Me marcho. Dentro de una semana, a las nueve y media, estos caballeros y posiblemente uno o dos más cenarán aquí conmigo. Recuerde que al doctor Ransome le gustan mucho las alcachofas.

Los tres hombres fueron conducidos a la Chisholm Prison, donde los esperaba el alcaide, que había sido informado del asunto por teléfono. No había entendido nada más que el eminente profesor Van Dusen iba a ser su preso, si podía tenerlo durante una semana; que no había cometido ningún delito, pero que iba a recibir un trato como el que recibían los restantes presos.

—Regístrelo —ordenó el doctor Ransome.

Registraron a La Máquina Pensante. No le encontraron nada; los bolsillos del pantalón estaban vacíos; la camisa blanca de pechera almidonada no tenía bolsillos. Le quitaron los zapatos y los calcetines, los examinaron y se los volvió a poner. Mientras observaba todos esos preparativos (el riguroso registro) y se daba cuenta de la lastimosa, infantil debilidad física del hombre, el rostro sin color, y las delgadas manos blancas, el doctor Ransome casi lamentó su intervención en el asunto.

—¿Está usted seguro de querer hacer esto? —le preguntó.

—¿Se convencería usted si no lo hiciese? —preguntó a su vez La Máquina Pensante.

—No.

—Muy bien. Lo haré.

La lástima que había sentido el doctor Ransome se disipó por el tono que aquel empleó. Lo irritó, y decidió aceptar el experimento hasta el final;

sería una mordaz reprobación de su egoísmo.

—¿Le será imposible comunicarse con alguien de fuera? —preguntó.

—Completamente imposible —respondió el alcaide—. No se le permitirá escribir ningún tipo de artículo.

—Y ¿no entregarán sus carceleros ningún mensaje suyo?

—Ni una palabra, directa o indirectamente —dijo el alcaide—. Puede usted estar seguro de eso. Me comunicarían cualquier cosa que él pudiera decir o me entregarían cualquier cosa que pudiera darles.

—Eso parece completamente satisfactorio —dijo Mr. Fielding, que estaba francamente interesado en el problema.

—Por supuesto, en caso de que fracase —dijo el doctor Ransome— y pida su libertad, ¿entiende que tiene que liberarlo?

—Entiendo —respondió el alcaide.

La Máquina Pensante siguió escuchando, pero no tenía nada que decir hasta que todo acabó. Entonces habló:

—Me gustaría hacer tres peticiones sin importancia. Pueden concedérmelas o no, como deseen.

—Ningún favor especial a estas alturas —advirtió Mr. Fielding.

—No pido ninguno —fue la dura respuesta—. Me gustaría tener un poco de polvo dentífrico (cómprenlo ustedes mismos para asegurarse de que no es otra cosa) y quisiera un billete de cinco dólares y dos de diez.

El doctor Ransome, Mr. Fielding y el alcaide intercambiaron miradas de estupefacción. No les sorprendió la petición de polvo dentífrico, sino la petición de dinero.

—¿Hay algún hombre con quien nuestro amigo pueda entrar en contacto al que podría sobornar con veinticinco dólares? —preguntó el doctor Ransome al alcaide.

—Ni con veinticinco centenares de dólares —fue la tajante respuesta.

—De acuerdo, que se los den —dijo Mr. Fielding—. Creo que son bastante inofensivos.

—¿Y cual es la tercera petición? —preguntó el doctor Ransome.

—Me gustaría que me limpiaran los zapatos.

De nuevo se intercambiaron miradas de estupefacción. La última petición era el colmo del absurdo, así que la aceptaron. Una vez que se

atendieron todas esas peticiones, volvieron a llevar a La Máquina Pensante a la prisión de la que había prometido escapar.

—Esta es la celda número trece —dijo el alcaide, deteniéndose ante la tercera puerta de acero de un corredor—. Aquí es donde tenemos a los condenados por asesinato. Nadie puede irse de aquí sin mi permiso; y nadie que esté aquí puede comunicarse con el exterior. Arriesgo mi reputación con eso. Está a solo tres puertas de mi despacho y puedo oír sin problemas cualquier ruido extraño.

—¿Servirá esta celda, caballeros? —preguntó La Máquina Pensante. En su voz había una pizca de ironía.

—Perfectamente —fue la respuesta.

Abrieron de par en par la pesada puerta de acero, hubo carreras y huidas precipitadas de patas diminutas, y La Máquina Pensante fue a parar a la penumbra de la celda. Acto seguido, el alcaide cerró la puerta con doble vuelta de llave.

—¿Qué es ese ruido de ahí dentro? —preguntó el doctor Ransome, a través de los barrotes.

—Ratas… las hay por docenas —respondió La Máquina Pensante, lacónicamente.

Cuando se alejaban los tres hombres, tras darle las buenas noches, La Máquina Pensante preguntó:

—¿Qué hora es exactamente, alcaide?

—Las once y diecisiete —respondió el alcaide.

—Gracias. Me reuniré con ustedes, caballeros, en su despacho a las ocho y media en punto de aquí a una semana —dijo La Máquina Pensante.

—¿Pero y si no lo hace?

—No hay pero que valga.

II

La Chisholm Prison era una construcción de granito, grande y extensa, de cuatro pisos en total, en medio de acres de espacio abierto. Estaba rodeada por un muro de sólida mampostería de dieciocho pies de altura

(cinco metros y medio), de un acabado tan liso por dentro y por fuera que no ofrecía ningún punto de apoyo para el pie de un escalador, por muy experto que fuera. Encima de esta cerca, por más precaución, había otra cerca de cinco pies (metro y medio) de barras de acero, cada una de las cuales terminaba en una punta afilada. Esta cerca en sí misma marcaba un límite absoluto entre libertad y encarcelamiento, pues, aunque un preso escapase de su celda, le resultaría imposible pasar el muro.

El patio rodeaba la prisión por todos los lados con una distancia entre el edificio y el muro de veinticinco pies de anchura (algo más de siete metros y medio), y de día era campo de entrenamiento de los presos a los que se concedía el beneficio de una esporádica libertad a medias. Pero eso no les valía a los que estaban en la celda número trece. Durante todo el día había cuatro guardias armados en el patio, cada uno vigilando un lado del edificio de la prisión.

Por la noche el patio estaba casi tan intensamente iluminado como por el día. En cada uno de los cuatro costados había una gran lámpara de arco que se elevaba por encima del muro de la prisión y proporcionaba a los guardias una clara visión. Las luces también iluminaban intensamente los remates en punta del muro. Los cables que alimentaban las lámparas de arco ascendían por los costados del edificio sobre aisladores y desde el último piso salían hasta los postes que sostenían las luces de arco.

Todas esas cosas la vio y comprendió La Máquina Pensante, que solo podía ver el exterior a través de los herméticos barrotes de la ventana de su celda poniéndose de pie en la cama. Eso fue la mañana siguiente a su encarcelación. También dedujo que en alguna parte al otro lado del muro pasaba un río, porque oyó débilmente el zumbido de una lancha motora y vio muy arriba en el aire un ave acuática. De aquella misma dirección llegaban gritos de niños que jugaban y de vez en cuando el crac de una pelota al batearla. Se dio cuenta entonces de que entre el muro de la prisión y el río había un espacio abierto, un campo de juegos.

Se consideraba que la Chisholm Prison era completamente segura. Nadie había escapado nunca de ella. La Máquina Pensante, encaramado en su cama, al ver lo que vio pudo entender fácilmente el porqué. Las paredes de la celda, aunque construidas a juzgar por las apariencias veinte años

antes, eran muy sólidas y los barrotes de la ventana no tenían ni el más ligero atisbo de herrumbre. La ventana misma, incluso sin los barrotes, sería un modo difícil de salir porque era pequeña.

Sin embargo, al ver esas cosas, La Máquina Pensante no se desanimó. En cambio, miró de reojo con aire pensativo a la gran lámpara de arco (lucía un sol brillante) y localizó el cable que iba de ella al edificio. Ese cable eléctrico, razonó, debía de descender por el costado del edificio a no mucha distancia de su celda. Eso podría valer la pena saberlo.

La celda número trece estaba en el mismo piso de las oficinas de la prisión, es decir, no en el sótano ni tampoco en el piso superior. Solo había cuatro escalones hasta el piso del despacho, así que el nivel del piso debía estar a solo tres o cuatro pies (algo menos, o más, del metro) por encima del suelo. Él no podía ver el suelo que estaba justo debajo de su ventana, pero sí el que había un poco más allá en dirección al muro. Sería una caída fácil desde la ventana. Tanto mejor.

Entonces La Máquina Pensante empezó a recordar cómo había llegado a la celda. Primero, estaba el puesto del guardia exterior, que formaba parte del muro. Había dos verjas con muchos barrotes, ambas de acero. En esa verja había siempre un hombre de guardia. Permitía a las personas pasar a la prisión después de muchos chirridos de llaves y cerraduras, y las dejaba salir cuando le ordenaban hacerlo. El despacho del alcaide estaba en el edificio de la prisión, y para llegar a ese funcionario desde el patio de la prisión se debía pasar una puerta de acero macizo que solo tenía una mirilla. Después, para acceder de ese despacho interior a la celda número trece, donde él se encontraba en aquellos momentos, debía dejarse atrás una pesada puerta de madera y dos puertas de acero hasta los corredores de la prisión; y siempre había que contar con la puerta de la celda número trece, cerrada con doble vuelta de llave.

Había pues, recordó La Máquina Pensante, siete puertas que salvar antes de que uno pudiese pasar de la celda número trece al mundo exterior, como hombre libre. Pero frente a eso estaba el hecho de que casi nunca lo estorbaban. A las seis de la mañana aparecía un carcelero en la puerta de su celda con el desayuno de los presos; volvía de nuevo a mediodía, y otra vez

a la seis de la tarde. A las nueve en punto de la noche llegaba la visita de inspección. Eso era todo.

«El sistema de esta prisión está organizado de manera admirable», fue el elogio mental que tributó La Máquina Pensante. «Tendré que estudiarlo un poco cuando salga. No podía imaginarme que tuvieran tanto cuidado en las prisiones».

No había nada, absolutamente nada, en su celda, excepto su cama de hierro, tan sólidamente montada que nadie podía destrozarla ni con almádenas ni con una lima. Él no tenía nada de eso. Ni siquiera había una silla, o una mesita, o un trozo de hojalata o de loza. ¡Nada! El carcelero permanecía a su lado mientras comía, y luego se llevaba la cuchara y el cuenco de madera que él había usado.

Una por una esas cosas se grabaron en el cerebro de La Máquina Pensante. Cuando hubo tenido en cuenta la última posibilidad empezó a examinar su celda. Desde el techo hasta las cuatro paredes, examinó las piedras y el cemento que las unía. Golpeó el suelo con los pies minuciosamente repetidas veces, pero era de cemento, completamente sólido. Después del examen se sentó en el borde de la cama de hierro y se sumió en reflexiones durante bastante tiempo. Pues el profesor Augustus S. F. X. van Dusen, La Máquina Pensante, tenía algo en qué pensar.

Le interrumpió una rata, que cruzó corriendo entre sus pies, y luego se escabulló por un rincón oscuro de la celda, asustada de su propia osadía. Poco tiempo después La Máquina Pensante, mirando de soslayo continuamente a la oscuridad del rincón por donde se había ido la rata, pudo descubrir en la penumbra muchos ojos pequeños, redondos y brillantes como cuentas, que lo miraban fijamente. Contó seis pares y quizás había otros; no veía muy bien.

A continuación, desde su asiento en la cama, La Máquina Pensante se fijó por primera vez en la parte más baja de la puerta de su celda. Había allí una abertura de dos pulgadas (cinco centímetros) entre la barra de acero y el suelo. Mirando esa abertura todavía más fijamente, La Máquina Pensante retrocedió de pronto hasta el rincón en donde había visto los ojos pequeños, redondos y brillantes como cuentas. Hubo un gran correteo de patas diminutas, varios chillidos de roedores asustados, y luego silencio.

Ninguna de las ratas había salido por debajo de la puerta, y sin embargo no quedaba ninguna en la celda. Por consiguiente debía haber otra salida en la celda, por pequeña que fuese. La Máquina Pensante empezó a buscar ese sitio, a gatas, palpando en la oscuridad con sus dedos largos y delgados.

Por fin su búsqueda valió la pena. Descubrió una pequeña abertura en el suelo, a ras del cemento. Era completamente redonda y un poco más grande que un dólar de plata. Por allí se habían ido las ratas. Metió los dedos a fondo en la abertura; parecía ser una cañería de desagüe en desuso y estaba seca y polvorienta.

Una vez satisfecho en cuanto a eso, se sentó de nuevo en la cama durante una hora, y luego hizo otra inspección de sus alrededores a través de la pequeña ventana de la celda. Uno de los guardias del exterior estaba justo enfrente, junto al muro, y dio la casualidad de que estaba mirando a la ventana de la celda número trece cuando apareció la cabeza de La Máquina Pensante. Pero el científico no reparó en el guardia.

Llegó el mediodía y apareció el carcelero con la comida de la prisión, sencillamente repulsiva. En su casa, La Máquina Pensante solo comía lo suficiente para vivir; allí tomaba lo que le ofrecían sin comentario alguno. De vez en cuando hablaba al carcelero, que se quedaba fuera observándolo.

—¿Se han hecho mejoras aquí en los últimos años? —le preguntó.

—Nada en particular —respondió el carcelero—. Hace cuatro años se construyó un nuevo muro.

—¿Se hizo algo en la propia prisión?

—Pintaron el maderamen exterior, y creo que hace unos siete años instalaron un nuevo sistema de cañerías.

—¡Ah! —dijo el preso—. ¿A qué distancia está el río?

—A unos trescientos pies (noventa y un metros). Los chicos tienen un campo de béisbol entre el muro y el río.

La Máquina Pensante no tenía nada más que decir en aquel preciso momento, pero cuando el carcelero estaba a punto de irse le pidió un poco de agua.

—Aquí tengo mucha sed —le explicó—. ¿Sería posible que me dejase un poco de agua en un cuenco?

—Le preguntaré al alcaide —respondió el carcelero, y se marchó. Una hora más tarde regresó con agua en un pequeño cuenco de barro.

—El alcaide dice que puede quedarse este cuenco —informó al preso—. Pero tiene que mostrármelo cuando se lo pida. Si está roto, será el último.

—Gracias —dijo La Máquina Pensante—. No lo romperé.

El carcelero continuó ocupándose de sus obligaciones. Durante no más de una fracción de segundo La Máquina Pensante quiso preguntarle algo, pero no lo hizo.

Dos horas más tarde ese mismo carcelero, al pasar por delante de la puerta de la celda número trece, oyó un ruido en el interior y se detuvo. La Máquina Pensante estaba en el suelo, a gatas, en un rincón de la celda, y de ese mismo rincón llegaron varios chillidos de terror. El carcelero miró muy interesado.

—Ah, te he atrapado —oyó decir al preso.

—¿Qué ha atrapado? —le preguntó inquisitivamente.

—Una de esas ratas —fue la respuesta—. ¿Ve?

Y entre los largos dedos del científico el carcelero vio una combativa ratita gris. El preso la llevó hasta la luz y la miró con mucha atención.

—Es una rata de agua —dijo.

—¿No tiene nada mejor que hacer que cazar ratas? —preguntó el carcelero.

—Es una vergüenza que hayan llegado hasta aquí —fue la irritada respuesta—. Llévese esta y mátela. Hay docenas más en el sitio de donde vino.

El carcelero cogió el escurridizo roedor que se retorcía y lo tiró con fuerza al suelo. Lanzó un chillido y se quedó inmóvil. Más tarde el carcelero informó del incidente al alcaide, que únicamente sonrió.

Poco después, aquella misma tarde, el guardia armado del exterior que vigilaba el lado de la prisión al que daba la celda número trece volvió a mirar para arriba a la ventana y vio al preso asomado. Vio una mano que ascendía por los barrotes de la ventana y luego algo blanco cayó revoloteando al suelo, directamente debajo de la ventana de la celda número trece. Era un trocito de lino, por lo visto de tela de camisa, y atado a su

alrededor un billete de cinco dólares. El guardia volvió a mirar para arriba a la ventana, pero el rostro había desaparecido.

Con una sonrisa forzada cogió el trocito de lino y el billete de cinco dólares y los entregó en el despacho del alcaide. Allí juntos descifraron algo que estaba escrito con una extraña clase de tinta, bastante emborronado. Por fuera se leía lo siguiente:

«Quien encuentre esto, por favor, que lo entregue al doctor Charles Ransome».

—Ah —dijo el alcaide, soltando una risa ahogada—. El plan de fuga número uno ha fallado.

Después, como una ocurrencia tardía, añadió:

—Pero ¿por qué se dirigió al doctor Ransome?

—¿Y dónde consiguió la pluma y la tinta para escribir? —preguntó el guardia.

El alcaide miró al guardia y el guardia miró al alcaide. No había ninguna solución aparente a aquel misterio. El alcaide examinó la escritura minuciosamente, luego dio muestras de desaprobación.

—En fin, veamos qué le iba a decir al doctor Ransome —dijo, por último, todavía perplejo, y desenrolló el trozo de lino secreto.

—Veamos, si esto… ¿Qué?… ¿Qué le parece esto? —preguntó, ofuscado.

El guardia tomó el pedazo de lino y leyó lo siguiente:

«*Emra pacs eodn eterpo moc isa seo. N.*».

III

El alcaide pasó una hora preguntándose qué clase de clave era esa, y otra media hora preguntándose por qué su preso había intentado comunicarse con el doctor Ransome, que era el causante de que estuviera allí. Poco después, el alcaide dedicó algún pensamiento a la pregunta de dónde había conseguido el preso el material para escribir, o qué clase de material era ese. Con la idea de aclarar ese punto, volvió a examinar el lino.

Era un trozo arrancado a una camisa blanca y tenía los bordes hechos jirones.

Era posible explicar el origen del lino, pero lo que el preso había utilizado para escribir era diferente. El alcaide sabía que le habría sido imposible conseguir una pluma o un lápiz, y además, en ese escrito no se había utilizado pluma ni lápiz. ¿Entonces qué? El alcaide decidió investigar personalmente. La Máquina Pensante era su preso: tenía órdenes de retener a sus presos; si alguno trataba de escapar enviando mensajes cifrados a personas de fuera, él lo impediría como lo habría impedido en el caso de cualquier otro preso.

El alcaide volvió a la celda número trece y encontró a La Máquina Pensante a gatas por el suelo, dedicado a nada más alarmante que cazar ratas. El preso oyó los pasos del alcaide y se volvió rápidamente hacia él.

—Qué vergüenza esas ratas —le espetó—. Las hay a montones.

—Otros hombres han podido soportarlas —dijo el alcaide—. Ahí tiene otra camisa…, deme la que tiene puesta.

—¿Por qué? —preguntó rápidamente La Máquina Pensante. Su tono no era del todo natural y su actitud sugería verdadera preocupación.

—Ha intentado usted comunicarse con el doctor Ransome —le dijo el alcaide con severidad—. Como preso mío, es mi deber poner fin a eso.

La Máquina Pensante se calló unos instantes.

—Muy bien —dijo por fin—. Cumpla con su deber.

El alcaide sonrió forzadamente. El preso se levantó del suelo y se quitó la camisa blanca, y en su lugar se puso una camisa a rayas de presidiario que el alcaide le había entregado. El alcaide cogió la camisa blanca con impaciencia, y allí mismo comparó el trozo de lino en el que estaba escrito el mensaje en clave con ciertas partes rotas de la camisa. La Máquina Pensante lo miraba con curiosidad.

—¿Así que el guardia le llevó eso? —preguntó.

—Pues claro —respondió el alcaide en tono triunfal—. Y con eso termina su primer intento de fuga.

La Máquina Pensante observó al alcaide mientras este, por comparación, comprobaba con satisfacción que solo habían arrancado dos trozos de la camisa de lino.

—¿Con qué escribió eso? —preguntó el alcaide.

—Supongo que forma parte de su deber averiguarlo —dijo La Máquina Pensante malhumorado.

El alcaide empezó a decir algunas cosas muy duras, luego se contuvo y en cambio registró minuciosamente la celda y al preso. No encontró absolutamente nada; ni siquiera una cerilla o un mondadientes que pudiera haber usado como pluma. El mismo misterio rodeaba al fluido con el que se había escrito el mensaje en clave. Aunque el alcaide se marchó de la celda número trece visiblemente enfadado, se llevó con júbilo la camisa rasgada.

—En fin, escribiendo notas en una camisa no se escapará, eso es seguro —se dijo a sí mismo con cierta complacencia. Guardó los trozos de lino en su escritorio a la espera de acontecimientos—. Si ese hombre se escapa de esa celda yo… maldita sea…, dimitiré.

El tercer día de su encarcelación La Máquina Pensante intentó descaradamente salir de su celda mediante soborno. El carcelero le había llevado el almuerzo y estaba esperando, apoyado en la puerta con barrotes, cuando La Máquina Pensante inició la conversación.

—Las cañerías de desagüe de la prisión van a parar al río, ¿no es cierto? —le preguntó.

—Sí —dijo el carcelero.

—Supongo que son muy pequeñas, ¿verdad?

—Demasiado pequeñas para gatear por ellas, si es eso lo que está usted pensando —fue la respuesta acompañada de una risa socarrona.

Hubo silencio hasta que La Máquina Pensante terminó de comer. Luego:

—Usted sabe que yo no soy un delincuente, ¿verdad?

—Sí.

—Y que tengo perfecto derecho a que me pongan en libertad si lo pido.

—Sí.

—Pues bien, vine aquí creyendo que podía escaparme —dijo el preso, y sus ojos aviesos estudiaron el rostro del carcelero—. ¿Consideraría usted una recompensa económica por ayudarme a escapar?

El carcelero, que resultó ser un hombre honrado, miró la delgada y débil figura del preso, la gran cabeza con su mata de pelo rubio, y casi sintió

pena.

—Supongo que prisiones como esta no fueron construidas para que se escapen personas como usted —dijo por fin.

—Pero ¿consideraría usted una proposición para ayudarme a escapar? —insistió el preso, casi en tono de súplica.

—No —dijo el carcelero secamente.

—Quinientos dólares —lo urgió La Máquina Pensante—. No soy un delincuente.

—No —dijo el carcelero.

—¿Mil?

—No —volvió a decir el carcelero, y empezó a marcharse apresuradamente para evitar una nueva tentación. Acto seguido volvió—. Aunque me diese diez mil dólares, yo no podría dejarlo en libertad. Tendría usted que atravesar siete puertas, y yo solo tengo la llave de dos.

Después le contó todo al alcaide.

—El plan número dos falla —dijo el alcaide, sonriendo aviesamente—. Primero un mensaje en clave, luego soborno.

Cuando a las seis exactas el carcelero estaba a punto de llegar a la celda número trece, llevándole comida de nuevo a La Máquina Pensante, se detuvo, sorprendido por el inconfundible chirrido de frotamiento de acero contra acero. Se paró al oírse sus pasos, luego el carcelero, que estaba fuera del alcance de la visión del preso, reanudó astutamente su recorrido, haciendo ruido como si se alejase de la celda número trece, aunque en realidad estaba en el mismo sitio.

Al cabo de un momento se oyó de nuevo el chirrido producido por el frotamiento continuo, y el carcelero, andando cautelosamente de puntillas, se acercó con sigilo a la puerta y echó una ojeada por entre los barrotes. La Máquina Pensante estaba de pie sobre la cama de hierro trabajando en los barrotes de la ventanita. Utilizaba una lima, a juzgar por el vaivén de sus brazos hacia atrás y hacia delante.

Por precaución, el carcelero se acercó con cautela al despacho del alcaide, lo avisó, y juntos regresaron de puntillas a la celda número trece. Todavía se oía el chirrido continuo. El alcaide escuchó para convencerse y acto seguido apareció de pronto en la puerta.

—¿Y bien? —preguntó con una sonrisa en su rostro.

La Máquina Pensante miró hacia atrás desde su posición encima de la cama y saltó de pronto al suelo, esforzándose desesperadamente por ocultar algo. El alcaide entró con la mano extendida.

—Entréguemelo —dijo.

—No —dijo el preso, con acritud.

—Vamos, entréguemelo —lo instó el alcaide—. No quiero tener que registrarlo otra vez.

—No —repitió el preso.

—¿Qué es, una lima? —preguntó el alcaide.

La Máquina Pensante guardó silencio y siguió mirando de reojo al alcaide con algo muy parecido al disgusto en el rostro…, aunque no tanto. El alcaide se mostraba casi comprensivo.

—El plan número tres falla, ¿eh? —le preguntó cordialmente—. Qué pena, ¿verdad?

El preso no dijo nada.

—Regístrelo —ordenó el alcaide.

El carcelero registró minuciosamente al preso. Por fin, escondido de modo ingenioso en la pretina del pantalón, encontró un trozo de acero de unas dos pulgadas (cinco centímetros) de largo, con un lado curvo como una media luna.

—Ah —dijo el alcaide, cuando lo recibió del carcelero—. Del tacón de su zapato.

Y sonrió jovialmente.

El carcelero continuó con su registro y en el otro lado de la pretina del pantalón encontró otro trozo idéntico al primero. Los bordes mostraban que los había frotado contra los barrotes de la ventana.

—Con eso no podría usted serrar esos barrotes para salir —le dijo el alcaide.

—Podría haberlo conseguido —dijo La Máquina Pensante con firmeza.

—En seis meses, tal vez —le dijo el alcaide con cordialidad.

El alcaide negó con la cabeza despacio mientras miraba con fijeza el rostro un poco sonrojado de su preso.

—¿Está dispuesto a darse por vencido? —le preguntó.

—Todavía no he empezado.

A continuación se hizo un exhaustivo registro de la celda. Los dos hombres la revisaron con minuciosidad, por último vaciaron la cama y la registraron. Nada. El propio alcaide se subió a la cama y examinó los barrotes de la ventana que el preso había estado serrando. Cuando miró le hizo gracia.

—Con tanto frotar solo consiguió darles un poco de brillo —le dijo al preso, que seguía mirándolo con un aire un tanto abatido. El alcaide agarró los barrotes de hierro con sus fuertes manos y trató de moverlos. Eran inamovibles, estaban firmemente encajados en el sólido granito. Los examinó uno por uno y los encontró satisfactorios. Por fin, bajó de la cama.

—Dese por vencido, profesor —lo aconsejó.

La Máquina Pensante negó con la cabeza y el alcaide y el carcelero se marcharon de nuevo. Cuando desaparecieron por el corredor, La Máquina Pensante se sentó en el borde la cama con la cabeza entre las manos.

—Está loco si intenta escapar de esa celda —comentó el carcelero.

—Claro que no puede escapar —dijo el alcaide—. Pero es inteligente. Me gustaría saber con qué escribió ese mensaje en clave.

Eran las cuatro de la mañana siguiente cuando un espantoso y agobiante grito de terror resonó por toda la prisión. Procedía de una celda en alguna parte del centro, y su tono indicaba horror, angustia y miedo terrible. El alcaide lo oyó y con tres de sus hombres irrumpió en el largo corredor que llevaba a la celda número trece.

IV

Mientras corrían se oyó de nuevo aquel grito espantoso. Se fue apagando hasta convertirse en una especie de gemido. Las caras pálidas de los presos aparecieron en las puertas de las celdas, arriba y abajo, con los ojos desmesuradamente abiertos, perplejos, asustados.

—Es ese tonto de la celda número trece —refunfuñó el alcaide.

Se detuvo y miró al interior mientras los carceleros encendían un farol. «Ese tonto de la celda número trece» estaba cómodamente tendido en su

catre, de espaldas, con la boca abierta, roncando. Al mismo tiempo que miraban llegó de nuevo el grito desgarrador, de alguna parte de arriba. El rostro del alcaide palideció un poco cuando empezó a subir las escaleras. Allí, en el último piso, encontró a un hombre en la celda número cuarenta y tres, directamente encima de la celda número trece, pero dos pisos más arriba, encogido en un rincón de la misma.

—¿Qué ocurre? —preguntó el alcaide.

—Gracias a Dios que han venido —exclamó el preso, y se lanzó contra los barrotes de su celda.

—¿De qué se trata? —preguntó de nuevo el alcaide.

Abrió la puerta de par en par y entró. El preso cayó de rodillas y se abrazó al cuerpo del alcaide. Su rostro estaba pálido de terror, sus ojos completamente dilatados, y se estremecía. Sus manos, frías como el hielo, agarraron las del alcaide.

—Sáqueme de esta celda, por favor, sáqueme —imploró.

—¿Qué le ocurre, sea lo que sea? —insistió el alcaide con impaciencia.

—Oí algo…, algo —dijo el preso, y sus ojos recorrieron la celda con inquietud.

—¿Qué oyó?

—No…, no encuentro palabras para decírselo —farfulló el preso. Luego, en un repentino ataque de pánico, añadió—: Sáqueme de esta celda…, póngame en cualquier otra parte…, pero sáqueme de aquí.

El alcaide y los tres carceleros intercambiaron miradas.

—¿Quién es este individuo? ¿De qué lo acusaron? —preguntó el alcaide.

—Es Joseph Ballard —dijo uno de los carceleros—. Lo acusaron de arrojar ácido al rostro de una mujer, que murió de eso.

—Pero no pueden probarlo —exclamó el preso—. No pueden probarlo. Por favor, póngame en cualquier otra celda.

Seguía todavía abrazado al alcaide, y este funcionario se quitó de encima sus brazos con rudeza. Luego, durante un rato, se quedó mirando al medroso infeliz, que parecía poseído por todo el terror desmedido e irracional de un niño.

—Mire, Ballard —dijo finalmente uno de los carceleros—. Si oyó algo, quiero saber qué fue. Ahora cuénteme.

—No puedo, no puedo —fue la respuesta. Estaba sollozando.

—¿De dónde venía?

—No sé. De todas partes…, de ninguna parte. Lo oí nada más.

—¿Qué era…, una voz?

—Por favor, no me haga responder —imploró el preso.

—Debe usted responder —dijo el alcaide, con acritud.

—Era una voz…, pero…, pero no era humana —fue la respuesta entre sollozos.

—¿Una voz, pero no humana? —repitió el alcaide, desconcertado.

—Sonaba apagada y…, y lejana…, y espectral —explicó el hombre.

—¿Venía de dentro o de fuera de la prisión?

—No parecía venir de ninguna parte…, estaba aquí mismo, aquí, en todas partes. La oí. La oí.

Durante una hora el alcaide trató de enterarse de qué iba la cosa, pero de pronto Ballard se había vuelto obstinado y no quería decir nada…, solo imploraba que lo pusieran en otra celda, o que uno de los carceleros se quedara con él hasta el amanecer. Esas peticiones fueron rechazadas con brusquedad.

—Y escuche —dijo el alcaide, para concluir—, si vuelve a gritar, lo pondré en la celda acolchada.

Luego el alcaide siguió su camino, muy desconcertado. Ballard permaneció junto a la puerta de su celda hasta que amaneció, demacrado y pálido de terror, apretado contra los barrotes e inspeccionando la prisión con los ojos desmesuradamente abiertos.

Aquel día, el cuarto desde la encarcelación de La Máquina Pensante, lo animó considerablemente el preso voluntario, que pasó la mayor parte del tiempo en el ventanal de su celda. Empezó su actuación arrojando otro trozo de lino al guardia, que lo recogió diligentemente y lo llevó al alcaide. En él estaba escrito:

«Solo tres días más».

Al alcaide no le sorprendió de ninguna manera lo que leyó; dio por sentado que La Máquina Pensante quería decir solamente tres días más de

encarcelamiento, y consideró que la nota era una fanfarronada. Pero ¿cómo la había escrito? ¿Dónde había encontrado La Máquina Pensante ese nuevo trozo de lino? ¿Dónde? ¿Cómo? Examinó el lino minuciosamente. Era blanco, de fina textura, tela de camisa. Cogió la camisa que le había quitado al preso y colocó cuidadosamente los dos trozos originales de lino encima de las partes arrancadas. El tercer trozo era completamente superfluo; no encajaba en ninguna parte, y sin embargo era sin lugar a dudas del mismo género.

—¿Y dónde…, dónde consigue algo con que escribir? —preguntaba el alcaide a todo el mundo de manera exhaustiva.

Después del cuarto día La Máquina Pensante habló con el guardia armado del exterior a través de la ventana de su celda.

—¿Qué día del mes es hoy? —le preguntó.

—Quince —fue la respuesta.

La Máquina Pensante hizo mentalmente un cálculo astronómico y se convenció de que la luna no saldría hasta las nueve de la noche. Luego hizo otra pregunta:

—¿Quién se ocupa de las lámparas de arco?

—Un hombre de la compañía de electricidad.

—¿No tienen electricistas en el edificio?

—No.

—Me atrevería a decir que podrían ahorrar dinero si tuvieran su propio electricista.

—Eso no es asunto mío.

Durante aquel día el guardia observó con frecuencia a La Máquina Pensante en la ventana de su celda, pero su rostro siempre parecía apático y había cierta melancolía en sus ojos aviesos, detrás de las gafas. Al poco rato aceptó como una cosa normal la presencia de aquella cabeza leonina. Había visto hacer lo mismo a otros presos; era la nostalgia del mundo exterior.

Aquella tarde, un momento antes de que el guardia diurno fuera relevado, volvió a aparecer la cabeza en la ventana, y la mano de La Máquina Pensante tiró algo por entre los barrotes. Cayó revoloteando al suelo y el guardia lo recogió. Era un billete de cinco dólares.

—Eso es para usted —gritó el preso.

Como de costumbre, el guardia lo llevó al alcaide. Aquel caballero lo miró con recelo; sospechaba de cualquier cosa procedente de la celda número trece.

—Dijo que era para mí —explicó el guardia.

—Es una especie de propina, supongo —dijo el alcaide—. No veo ningún motivo especial para que no la acepte…

De pronto se interrumpió. Recordó que La Máquina Pensante había entrado en la celda número trece con un billete de cinco dólares y dos billetes de diez; veinticinco dólares en total. Pues bien, los primeros trozos de lino que cayeron de la celda estaban envueltos en un billete de cinco dólares. El alcaide todavía lo tenía, y para convencerse lo sacó y lo miró. Era un billete de cinco dólares; sin embargo ahí había otro billete de cinco dólares, y La Máquina Pensante solo tenía billetes de diez dólares.

«Tal vez alguien le cambió uno de esos billetes», pensó finalmente, con un suspiro de alivio.

Pero allí mismo se decidió. Registraría la celda número trece como nunca antes había registrado nadie una celda. Cuando un hombre podía escribir si quería, y cambiar dinero, y hacer otras cosas completamente inexplicables, algo drástico le pasaba a la prisión. Planeó entrar en la celda de noche: las tres sería una hora excelente. La Máquina Pensante debía hacer aquellas cosas misteriosas en algún momento. La noche parecía lo más razonable.

Así resultó que aquella noche a las tres en punto el alcaide bajó sigilosamente a la celda número trece. Se detuvo en la puerta y escuchó. No había sonido alguno salvo la respiración uniforme, regular del preso. Las llaves abrieron la doble cerradura sin rechinar apenas, y el alcaide entró cerrando la puerta tras de sí. De pronto enfocó con su linterna sorda el rostro de la figura yacente.

Si el alcaide se había propuesto asustar a La Máquina Pensante se equivocaba, pues el individuo se limitó a abrir los ojos con naturalidad, alargó la mano para coger sus gafas y preguntó en un tono de lo más prosaico:

—¿Quién es?

Sería inútil describir el registro que hizo el alcaide. Fue minucioso. No pasó por alto ni una sola pulgada de la celda o de la cama. Encontró el agujero redondo en el suelo y, en un arranque de inspiración, metió sus gruesos dedos. Al cabo de un momento de buscar a tientas, sacó algo y lo miró a la luz de su linterna.

—¡Puf! —exclamó.

La cosa que había sacado eras una rata…, una rata muerta. Su inspiración se desvaneció como la niebla ante el sol. Pero continuó con el registro. La Máquina Pensante, sin mediar palabra, se levantó y de un puntapié echó a la rata de la celda al corredor.

El alcaide se subió a la cama y puso a prueba los barrotes de acero de la diminuta ventana. Estaban completamente rígidos; lo mismo ocurría con los barrotes de la puerta.

A continuación el alcaide registró la ropa del preso, empezando por los zapatos. ¡No había nada oculto en ellos! Acto seguido la pretina del pantalón. ¡Todavía nada! Luego los bolsillos del pantalón. De un costado sacó algo de papel moneda y lo examinó.

—Billetes de cinco dólares —exclamó.

—Eso es —dijo el preso.

—Pero el… Usted tenía dos de diez y uno de cinco…, ¿qué le…?, ¿cómo lo hace?

—Eso es asunto mío —dijo La Máquina Pensante.

—¿Alguno de mis hombres cambió este dinero para usted… bajo su palabra de honor?

La Máquina Pensante vaciló solo una fracción de segundo.

—No —dijo.

—De acuerdo. ¿Lo hace usted? —preguntó al alcaide. Estaba dispuesto a creer cualquier cosa.

—Eso es asunto mío —volvió a decir el preso.

El alcaide miró con ferocidad al eminente científico. Intuía…, se daba cuenta… de que aquel hombre lo estaba engañando, pero no sabía cómo. Si fuera un verdadero preso, obtendría la verdad…, pero en ese caso, las cosas inexplicables que habían sucedido quizás no habrían llegado a su conocimiento tan rápidamente. Ninguno de los dos habló durante mucho

rato, y luego de pronto el alcaide se volvió furiosamente y abandonó la celda, cerrando la puerta de golpe tras de sí. No se atrevía a hablar en aquellos momentos.

Consultó el reloj. Eran las cuatro menos diez. Apenas se hubo instalado en su cama cuando volvió a oírse en toda la prisión aquel chillido desgarrador. Murmurando unas cuantas palabras que, aunque no elegantes, eran altamente expresivas, volvió a encender la linterna y atravesó la prisión a toda velocidad para volver a la celda del último piso.

De nuevo Ballard se apretaba contra la puerta de acero, chillando, chillando a voz en cuello. Solo se detuvo cuando el alcaide iluminó la celda con su lámpara.

—Sáqueme, sáqueme —gritaba—. Lo hice, lo hice, la maté. Sáquela.

—¿Qué he de sacar? —preguntó el alcaide.

—Le arrojé ácido al rostro…, lo hice…, lo confieso. Sáqueme de aquí.

El estado de Ballard era lastimoso; dejarlo salir al corredor no fue más que un acto compasivo. Allí se agazapó en un rincón, como un animal acorralado, y se tapó los oídos con las manos. Llevó media hora calmarlo lo suficiente para que pudiera hablar. Luego contó incoherentemente lo que había sucedido. La noche anterior, a las cuatro, había oído una voz…, una voz sepulcral, apagada y en tono gimiente.

—¿Qué decía? —preguntó el alcaide.

—¡Ácido…, ácido…, ácido! —exclamó el preso—. ¡Me acusaba! ¡Ácido! Le arrojé el ácido y la mujer murió. ¡Oh!

Hubo un prolongado, estremecido quejido de terror.

—¿Ácido? —repitió el alcaide, perplejo. Aquel caso lo superaba.

—Ácido. Eso fue todo lo que oí…, esa única palabra, repetida varias veces. Hubo otras cosas también, pero no las escuché.

—Eso fue anoche, ¿eh? —preguntó el alcaide—. ¿Qué sucedió anoche?… ¿Qué le asustó ahora mismo?

—Fue lo mismo —exclamó el preso—. ¡Ácido…, ácido…, ácido! —Se cubrió el rostro con las manos y siguió temblando—. Fue ácido lo que usé con ella, pero no quería matarla. Solo oí esas palabras. Fue algo que me acusaba…, me acusaba.

Masculló y se calló.

—¿Oyó algo más?

—Sí…, pero no pude entender…, solo un poquito…, una o dos palabras nada más.

—Y bien, ¿qué era?

—Oí «ácido» tres veces, luego un sonido prolongado, quejumbroso, luego…, luego… Oí «sombrero del número ocho». Lo oí por dos veces.

—«Sombrero del número ocho» —repitió el alcaide—. ¿Qué demonios es… un sombrero del número ocho? Las voces acusadoras de la conciencia nunca habían hablado de sombreros del número ocho, que yo sepa.

—Está loco —dijo uno de los carceleros de modo terminante.

—Lo creo —dijo el alcaide—. Debe estarlo. Seguramente oyó algo y se asustó. Ahora está temblando. ¡Sombrero del número ocho! ¿Qué dem…?

V

Cuando llegó el quinto día del encarcelamiento de La Máquina Pensante el alcaide tenía un aspecto de hombre acorralado. Estaba impaciente por terminar con el asunto. No podía por menos dejar de pensar que su distinguido preso se había estado divirtiendo. Y de ser eso así, La Máquina Pensante no había perdido nada de su sentido del humor. Pues aquel quinto día tiró al guardia del exterior otra nota escrita en lino, con estas palabras: «Solo dos días más». También tiró al suelo medio dólar.

Ahora bien, el alcaide sabía…, *sabía*… que el hombre de la celda número trece no tenía billetes de medio dólar…, no podía tener billetes de medio dólar, como tampoco podía tener lápiz ni tinta ni lino, y sin embargo los tenía. Era una circunstancia, no una teoría; ese es el motivo por el que el alcaide tenía un aspecto de hombre acorralado.

Aquel asunto terrible, misterioso, acerca del «ácido» y el «sombrero del número ocho» también le rondaba con pertinacia. Esas palabras no significaban nada, por supuesto, más que los desvaríos de un asesino loco a quien el miedo lo había llevado a confesar su crimen; de todas formas estaban sucediendo en la prisión tantas cosas que «no significaban nada» desde que La Máquina Pensante estaba allí.

El sexto día el alcaide recibió una postal que decía que el doctor Ransome y Mr. Fielding estarían en la Chisholm Prison la tarde siguiente, jueves, y en el caso de que el profesor Van Dusen no hubiera escapado todavía (y suponían que no porque no habían tenido noticias suyas) se reunirían con él.

—¡En el caso de que no hubiera escapado todavía! —El alcaide sonrió aviesamente—. ¡Escapado!

La Máquina Pensante alegró ese día al alcaide con tres notas. Estaban escritas en el lino de costumbre y se referían en líneas generales a la cita a las ocho y media de la noche del jueves, cita que el científico hacía concertado en el momento de su encarcelamiento.

La tarde del séptimo día el alcaide pasó por delante de la celda número trece y echó un vistazo al interior. La Máquina Pensante estaba tendido en la cama de hierro, al parecer durmiendo sin problemas. Tras una ojeada, la celda parecía exactamente igual que siempre. El alcaide habría jurado que nadie iba a abandonarla entre aquella hora (eran entonces las cuatro en punto) y las ocho y media de aquella noche.

Al volver a pasar por delante de la celda el alcaide oyó de nuevo la respiración regular y, acercándose a la puerta, miró dentro. No lo habría hecho si La Máquina Pensante hubiese estado mirando, pero en aquellos momentos…, bueno, era diferente.

Un rayo de luz penetraba por la alta ventana y daba en el rostro del hombre dormido. Al alcaide se le ocurrió por primera vez que su preso parecía demacrado y cansado. La Máquina Pensante se agitó ligeramente y el alcaide se apresuró a seguir adelante por el corredor, sintiéndose culpable. Aquella tarde a las seis en punto vio al carcelero.

—¿Todo en orden en la celda número trece? —preguntó.

—Sí, señor —respondió el carcelero—. Aunque no comió mucho.

Poco después de la siete, el alcaide recibió al doctor Ransome y a Mr. Fielding con la sensación de haber cumplido con su deber. Pretendía mostrarles las notas escritas en los trozos de lino y exponerles el relato de sus tribulaciones, que fueron muchas. Pero antes de que eso ocurriera entró en el despacho el guardia del patio de la prisión que daba al río.

—La lámpara de arco de mi lado del patio no se enciende —informó al alcaide.

—¡Maldita sea, ese hombre es un gafe! —tronó el funcionario—. Todo ha sucedido desde que él está aquí.

El guardia regresó a su puesto a oscuras y el alcaide telefoneó a la compañía de electricidad.

—Llamo desde la Chisholm Prison —dijo por teléfono—. Deprisa, envíen aquí tres o cuatro hombres para arreglar una lámpara de arco.

La respuesta evidentemente fue satisfactoria, pues el alcaide colgó el auricular y salió al patio. Mientras el doctor Ransome y Mr. Fielding esperaban, el guardia de la otra entrada llegó con una carta de entrega inmediata. Dio la casualidad de que el doctor Ransome reconoció la dirección y, cuando el guardia se fue, miró la carta con mayor atención.

—¡Diantre! —exclamó.

—¿Qué es eso? —preguntó Mr. Fielding.

El doctor le ofreció la carta sin rechistar. Mr. Fielding la examinó con atención.

—Una coincidencia —dijo—. Debe de ser una coincidencia.

Eran casi las ocho cuando el alcaide regresó a su despacho. Los electricistas habían llegado en un furgón, y en aquellos momentos estaban trabajando. El alcaide le dio al botón del intercomunicador que lo mantenía en contacto con el hombre que estaba en la entrada exterior del muro.

—¿Cuántos electricistas entraron? —preguntó, por el telefonillo—. ¿Cuatro? ¿Tres trabajadores con monos y guardapolvos y el jefe? ¿Levita y chistera? Muy bien. Asegúrate de que solo salen cuatro. Nada más.

Se volvió hacia el doctor Ransome y Mr. Fielding.

—Tenemos que ser cautelosos en todo esto… de un modo especial —y en su voz había un claro sarcasmo—, ya que tenemos científicos encerrados.

El alcaide cogió la carta de entrega inmediata de manera despreocupada y luego empezó a abrirla.

—En cuanto lea esto quiero contarles, caballeros, algo sobre cómo… ¡Gran César! —acabó de pronto, mientras echaba una ojeada a la carta. Se quedó con la boca abierta, inmóvil, del asombro.

—¿Qué es eso? —preguntó Mr. Fielding.

—Un correo urgente de la celda número trece —exclamó el alcaide—. Una invitación a cenar.

—¿Qué? —Y los otros dos se levantaron de común acuerdo.

El alcaide permaneció ofuscado, mirando la carta unos instantes, luego llamó al guardia que estaba fuera en el corredor.

—Baje corriendo a la celda número trece y vea si el hombre está allí dentro.

El guardia fue como le ordenaron, mientras el doctor Ransome y Mr. Fielding examinaron la carta.

—Es la letra de Van Dusen, de eso no hay duda —dijo el doctor Ransome—. La he visto demasiadas veces.

En aquel preciso momento sonó el zumbido del teléfono que comunicaba con la entrada, y el alcaide, en un estado cercano al trance, cogió el auricular.

—¡Diga! Dos periodistas, ¿eh? Déjelos entrar. —Se volvió de pronto al doctor Ransome y a Mr. Fielding—. ¡Caramba! Ese hombre *no puede* haber salido. Debe estar en su celda.

Justo en aquel momento regresó el guardia.

—Sigue en la celda, señor —anunció—. Lo vi. Está acostado.

—¿Lo ven?, ya se lo dije —manifestó el alcaide, y volvió a respirar un poco más aliviado—. Pero ¿cómo envió la carta?

Dieron un golpe seco en la puerta de acero que conducía del patio de la cárcel al despacho del alcaide.

—Son los periodistas —dijo el alcaide—. Que pasen —ordenó al guardia; luego se dirigió a los otros dos caballeros—: No digan nada de esto delante de ellos, porque nunca se sabe cómo puede acabar todo.

Se abrió la puerta y entraron los dos hombres procedentes de la entrada principal.

—Buenas tardes, caballeros —dijo uno de ellos. Era Hutchinson Hatch; el alcaide lo conocía bien.

—Usted dirá —preguntó el otro con tono malhumorado—. Aquí estoy.

Era La Máquina Pensante.

Echó un vistazo en tono beligerante al alcaide, que se lo quedó mirando boquiabierto. De momento aquel funcionario no tenía nada que decir. El doctor Ransome y Mr. Fielding estaban asombrados, pero no sabían lo que el alcaide sabía. Solo estaban asombrados; él estaba paralizado. Hutchinson Hatch, el periodista, se hacía cargo de la escena con ojos ávidos.

—¿Cómo… cómo… cómo lo hizo? —exclamó finalmente el alcaide.

—Vengan conmigo a la celda —dijo La Máquina Pensante, con el tono de voz irritado que sus colegas científicos conocían tan bien.

El alcaide, todavía al borde del trance, abrió la marcha.

—Ilumine allí con su linterna —ordenó La Máquina Pensante.

El alcaide lo hizo. No había nada fuera de lo normal en el aspecto de la celda, y allí… allí encima de la cama estaba tendido La Máquina Pensante. ¡Sin duda alguna! ¡Allí estaba su pelo rubio! El alcaide volvió a mirar al hombre que estaba a su lado y se asombró de lo extraño de sus propios sueños.

Con manos temblorosas abrió con su llave la puerta de la celda y La Máquina Pensante pasó al interior.

—Vea aquí —dijo.

Dio un puntapié a los barrotes de acero de la parte inferior de la puerta de la celda y sacó de su sitio tres de ellos. Un cuarto se rompió y se alejó rodando hacia el corredor.

—Y aquí también —ordenó el hasta entonces preso, mientras se ponía de pie en la cama para alcanzar la pequeña ventana. Metió la mano en la abertura y quitó todos los barrotes.

—¿Qué es esto que hay en la cama? —preguntó el alcaide, que poco a poco se estaba recuperando.

—Una peluca —fue la respuesta—. Retiren la colcha.

El alcaide lo hizo. Debajo había un voluminoso rollo de cuerda resistente, de treinta pies o más (algo más de nueve metros), una daga, tres limas, diez pies (tres metros) de cable eléctrico, un par de finos y potentes alicates de acero, un pequeño martillo para tachuelas con su mango y… y una pistola Derringer.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó el alcaide.

—Caballeros, tienen un compromiso para cenar conmigo a las nueve y media en punto —dijo La Máquina Pensante—. Vengan, o llegaremos tarde.

—Pero ¿cómo lo hizo? —insistió el alcaide.

—No crea nunca más que puede retener a un hombre que sepa utilizar su cerebro —dijo La Máquina Pensante—. Vamos, llegaremos tarde.

VI

Fue una cena apresurada en las habitaciones del profesor Van Dusen y algo silenciosa. Los invitados eran el doctor Ransome, Albert Fielding, el alcaide y Hutchinson Hatch, el periodista. La comida se sirvió puntualmente, de acuerdo con las instrucciones del profesor Van Dusen una semana antes. El doctor Ransome encontró deliciosas las alcachofas. Por último acabó la cena y La Máquina Pensante se volvió hacia el doctor Ransome y lo miró con ferocidad.

—¿Lo cree ahora? —preguntó.

—Sí —respondió el doctor Ransome.

—¿Admite que fue una prueba justa?

—Sí.

Como los demás, sobre todo el alcaide, esperaba impacientemente la explicación.

—Supongo que nos contará cómo… —empezó Mr. Fielding.

—Sí, cuéntenos cómo —dijo el alcaide.

La Máquina Pensante se ajustó de nuevo las gafas, echó un par de miradas preliminares de soslayo a su auditorio y empezó el relato. Lo contó desde el principio lógicamente; y nunca nadie habló a oyentes más interesados.

—Mi acuerdo —comenzó a decir— era entrar en una celda, sin llevar nada más que lo puesto, y salir al cabo de una semana. Nunca había visto la Chisholm Prison. Cuando entré en la celda pedí polvo dentífrico, dos billetes de diez dólares y uno de cinco, y también que me embetunaran los zapatos. Aun cuando hubieran rechazado esas peticiones no habría importado demasiado. Pero ustedes las aceptaron.

Sabía que en la celda no habría nada que ustedes pensaran que yo podía utilizar en mi provecho. Así que cuando el alcaide cerró con llave la celda, estaba indefenso aparentemente, a menos que pudiera recurrir a tres cosas en apariencia inocuas. Eran cosas que habrían permitido a cualquier preso condenado a muerte, ¿verdad alcaide?

—Polvo dentífrico y zapatos limpios, sí, pero no dinero —respondió el alcaide.

—Cualquier cosa es peligrosa en manos de un hombre que sabe cómo usarla —prosiguió La Máquina Pensante—. La primera noche no hice más que dormir y cazar ratas —miró airadamente al alcaide—. Cuando se abordó el asunto sabía que no podía hacer nada aquella noche, de modo que propuse el día siguiente. Ustedes, caballeros, pensaron que necesitaba tiempo para planear mi fuga con ayuda exterior, pero eso no era cierto. Sabía que podía comunicarme con quien quisiera, cuando quisiera.

El alcaide lo miró fijamente durante un momento, luego siguió fumando con gesto adusto.

—A la mañana siguiente me despertó el carcelero a las seis en punto con mi desayuno —continuó el científico—. Me dijo que el almuerzo era a las doce y la cena a las seis. Deduje que entre esas horas estaría bastante solo. Así que inmediatamente después de desayunar examiné los alrededores de la ventana de mi celda por fuera. Una sola mirada me dio a entender que sería inútil escalar el muro, aunque decidiera salir de la celda por la ventana, pues mi intención no era solo salir de la celda, sino de la cárcel. Por supuesto, podía haber pasado de un lado a otro del muro, pero en ese caso me habría llevado más tiempo planearlo. Por consiguiente, de momento, deseché por completo esa idea.

Desde mi primera observación sabía que el río estaba de ese lado de la prisión, y que también había allí un campo de juegos. Posteriormente esas conjeturas las confirmó un guardia. Me di cuenta entonces de una cosa importante: que cualquiera podía acercarse al muro de la prisión desde aquel lado, de ser preciso, sin llamar particularmente la atención. Eso era fácil de recordar, y lo recordé.

Pero la cosa de fuera que más me llamó la atención fue el cable de alimentación de la lámpara de arco que pasaba a muy poca distancia —

seguramente, a tres o cuatro pies (alrededor de un metro)— de la ventana de mi celda. Sabía que eso sería valioso si, llegado el momento, me parecía necesario cortar la luz de esa lámpara de arco.

—Ah, ¿entonces fue usted quien cortó la luz anoche? —preguntó el alcaide.

—Después de enterarme de todo lo que pude desde aquella ventana —continuó La Máquina Pensante, sin prestar atención a la interrupción—, consideré la idea de escapar atravesando la propia prisión. Recordé de pronto cómo había llegado a la celda, que sabía que sería la única forma. Siete puertas me separaban del exterior. De modo que, también abandoné de momento la idea de escapar así. Y no podía atravesar los sólidos muros de granito de la celda.

La Máquina Pensante se detuvo por un momento y el doctor Ransome encendió otro cigarro. Durante varios minutos reinó el silencio, luego el científico evasor prosiguió:

—Mientras estaba pensando en esas cosas, una rata cruzó corriendo entre mis pies. Eso me sugirió un nuevo hilo de pensamiento. Había al menos media docena de ratas en la celda…, podía ver sus ojos pequeños, redondos y brillantes como cuentas. Sin embargo había notado que ninguna de ellas entró por debajo de la puerta de la celda. Las asusté a propósito y observé la puerta de la celda para ver si salían por allí. No lo hicieron, pero desaparecieron. Era evidente que se habían ido por otro camino. Otro camino significaba otra abertura.

Busqué esa abertura y la encontré. Era una antigua tubería de desagüe, por largo tiempo en desuso y parcialmente atascada con mugre y polvo. Pero por ahí habían entrado las ratas. Venían de alguna parte. ¿De dónde? Las tuberías de desagüe suelen desembocar en terrenos fuera de la prisión. Esta probablemente llegaría hasta el río, o cerca de él. Por tanto las ratas debían venir de aquella dirección. Si recorrían una parte del camino, razoné que lo recorrerían hasta el final, porque era sumamente improbable que una tubería de hierro o plomo tuviera algún orificio excepto en la salida.

Cuando el carcelero vino con mi almuerzo me indicó dos cosas importantes, aunque no se diera cuenta. Una era que el nuevo sistema de cañerías se había instalado en la prisión hacía siete años; otra que el río

estaba a solo trescientos pies [algo más de noventa metros] de distancia. Entonces supe de forma concluyente que la tubería formaba parte del sistema antiguo; supe también que se inclinaba en líneas generales hacia el río. Pero ¿la tubería terminaba en el agua o en tierra?

Esa fue la siguiente cuestión a resolver. La resolví cazando varias ratas en la celda. Mi carcelero se sorprendió al verme dedicado a esa tarea. Examiné al menos una docena. Estaban completamente secas; habían pasado por la tubería y, lo más importante de todo, *no eran ratas caseras, sino ratas de campo*. Entonces, el otro extremo de la tubería acababa en la tierra, fuera de los muros de la prisión. Hasta ahí, todo bien.

A partir de entonces tuve claro que si ponía en práctica ese propósito sin ambages, debía llamar la atención del alcaide en otra dirección. ¿Lo ven?, al decirle al alcaide que yo había ido allí para escapar consiguieron que la prueba fuese más dura, porque tuve que engañarlo con pistas falsas.

El alcaide miró para arriba con una triste expresión en los ojos.

—Lo primero fue hacerle creer que trataba de comunicarme con usted, doctor Ransome. De modo que escribí una nota en un trozo de lino que arranqué de mi camisa, dirigida al doctor Ransome y la envolví en un billete de cinco dólares, y la arrojé por la ventana. Sabía que el guardia la llevaría al alcaide, pero no esperaba que el alcaide la enviara a su destinatario. ¿Tiene usted la primera nota escrita, alcaide?

El alcaide mostró el mensaje en clave.

—¿Qué diablos significa esto, por cierto? —preguntó.

—Léalo al revés, empezando por la firma «N.» y no haciendo caso de la separación de palabras —ordenó La Máquina Pensante.

El alcaide lo hizo.

—N… o, no… e… s, es —deletreó, lo examinó un momento, luego leyó hasta el final, sonriendo abiertamente:

«No es así como pretendo escaparme».

—Bueno, ¿qué les parece ahora? —preguntó, sin dejar de sonreír—. Sabía que le llamaría la atención, tal como sucedió —dijo La Máquina Pensante—, y si usted realmente averiguaba lo que era, sería una especie de reprimenda amable.

—¿Con qué lo escribió? —preguntó el doctor Ransome, después de haber examinado el lino y habérselo pasado a Mr. Fielding.

—Con esto —dijo el hasta entonces preso, y extendió el pie. Llevaba el zapato que había usado en la prisión, aunque el betún había desaparecido… lo había quitado raspando—. El betún del zapato, mojado con agua, fue mi tinta; el herrete metálico del cordón del zapato se convirtió en una pluma bastante buena.

El alcaide miró para arriba y de pronto soltó una carcajada, en parte aliviado, en parte divertido.

—Es usted prodigioso —dijo, con admiración—. Prosiga.

—Eso provocó un registro de mi celda por el propio alcaide, como me había propuesto —continuó La Máquina Pensante—. Deseaba que el alcaide se acostumbrara a registrar mi celda, hasta el punto de que finalmente, al no encontrar nunca nada, se enojase y renunciara. Eso sucedió por fin, prácticamente.

El alcaide se ruborizó.

—Entonces se llevó mi camisa blanca y me dio una camisa de preso. Estaba convencido de que aquellos dos trozos de la camisa era todo lo que faltaba. Pero mientras él registraba mi celda yo tenía otro trozo de la misma camisa, unas nueve pulgadas cuadradas (unos cincuenta y ocho centímetros cuadrados), en una bolita que me había metido en la boca con disimulo.

—¿Nueve pulgadas cuadradas de esa camisa? —preguntó el alcaide—. ¿De dónde las sacó?

—Las pecheras de todas las camisas blancas almidonadas tienen espesor triple —fue la explicación—. Arranqué la tela de dentro y dejé la pechera con solo las otras dos. Sabía que usted no lo descubriría. Asunto concluido.

Hubo una pequeña pausa, y el alcaide miró uno por uno a los dos hombres con una sonrisa avergonzada.

—Habiéndome deshecho del alcaide de momento, ofreciéndole algo en qué pensar, di mi primer paso importante hacia la libertad —dijo el profesor Van Dusen—. Sabía, dentro de lo razonable, que la tubería llevaba a alguna parte del campo de juegos de afuera; sabía que muchos niños jugaban allí; sabía que las ratas entraban en mi celda desde allí afuera. ¿Podía comunicarme con alguien de afuera, disponiendo solo de esas cosas?

Primero era necesario, comprendí, un hilo largo y bastante fiable, de modo que…, pero miren… —Se subió las perneras de los pantalones y mostró que la parte superior de ambos calcetines, de fino y fuerte hilo de Escocia, había desaparecido—. Los deshice, una vez empecé a hacerlo no era difícil, y obtuve fácilmente un cuarto de milla (unos cuatrocientos metros) de hilo con el que podía contar.

A continuación, en la mitad del lienzo que me quedaba escribí, bastante laboriosamente les aseguro, una carta explicando mi situación a este caballero. —Y señaló a Hutchinson Hatch—. Sabía que me ayudaría por el valor de la historia para el periódico. Até con firmeza a esa carta en el lienzo un billete de diez dólares, no hay forma más segura para atraer las miradas de cualquiera, y escribí en el lienzo: «Quien encuentre esto debe entregarlo a Hutchinson Hatch, del *Daily American*, que le dará otros diez dólares por la información».

Lo siguiente fue llevar esta nota al exterior hasta el campo de juegos donde un chico pudiera encontrarla. Había dos maneras, pero elegí la mejor. Cogí una de las ratas, me convertí en un experto en cazarlas, até con firmeza el lienzo y el dinero a una de sus patas, ligué mi hilo de Escocia a la otra, y la solté en la tubería de desagüe. Razoné que el susto comprensible del roedor le haría correr hasta el exterior de la tubería y una vez en tierra firme seguramente se detendría para roer el lienzo y el dinero.

Desde el momento en que la rata desapareció en aquella tubería polvorienta me empecé a inquietar. Me estaba arriesgando mucho. La rata podía roer el hilo, del que sostenía un extremo; otras ratas podían roerlo; la rata podía salirse de la tubería y dejar el lienzo y el dinero donde nunca los encontrarían; podían ocurrir miles de otras cosas. De modo que pasé unas horas preocupado, pero el hecho de que la rata corrió hasta que solo unos pocos pies del hilo quedaron en mi celda me hizo pensar que había salido de la tubería. Había dado instrucciones precisas a Mr. Hatch acerca de lo que debía hacer en el caso de que le llegase la nota. La cuestión era: ¿le llegaría?

Hecho eso, solo podía esperar y hacer otros planes por si acaso este fallaba. Intenté descaradamente sobornar al carcelero, y me enteré de que solo tenía las llaves de dos de las siete puertas que me separaban de la

libertad. Acto seguido, hice algo más para poner nervioso al alcaide. Quité los refuerzos de acero de los talones de mis zapatos y simulé limar los barrotes de la ventana de mi celda. El alcaide armó bastante jaleo por eso. También contrajo el hábito de sacudir con violencia los barrotes de la ventana de mi celda para comprobar si resistían. Resistían… entonces.

De nuevo sonrió el alcaide. Había dejado de asombrarse.

—Con ese plan había hecho todo lo posible y solo podía esperar los resultados —prosiguió el científico—. No podía saber si mi nota había sido entregada o incluso encontrada, o si se la había comido la rata. Y no me atrevía a retirar, a través de la tubería, el delgado hilo que me conectaba con el exterior.

Cuando me acosté aquella noche no dormí por miedo a que llegara la leve señal del tirón del hilo que iba a indicarme que Mr. Hatch había recibido la nota. A las tres y media, calculo, noté ese tirón y ningún preso que de verdad estuviera sentenciado a muerte recibió nunca una noticia más calurosamente.

La Máquina Pensante se detuvo y se volvió hacia el periodista.

—Más vale que explique ahora mismo lo que usted hizo.

—La nota escrita en el lienzo me la trajo un chico que había estado jugando al béisbol —dijo Mr. Hatch—. Inmediatamente vi en el asunto un buen artículo, así que le di al chico otros diez dólares y conseguí varios carretes de seda, algo de bramante y un rollo de alambre liviano y flexible. La nota del profesor sugería que yo hiciera que el que la encontró me mostrase dónde la había recogido, y me decía que llevara a cabo mi búsqueda a partir de allí, empezando a las dos en punto de la mañana. Si encontraba el otro extremo del hilo tenía que tirar suavemente de él tres veces, y luego una cuarta.

Comencé la búsqueda con la luz de una pequeña bombilla eléctrica. Pasó una hora y veinticinco minutos hasta que encontré el final de la tubería de drenaje, medio oculta en la maleza. La tubería era muy ancha allí, digamos unas doce pulgadas (treinta centímetros) aproximadamente. Luego encontré el extremo del hilo de Escocia, tiré de él siguiendo instrucciones y enseguida recibí un tirón como respuesta.

Entonces até a él la seda y el profesor Van Dusen empezó a tirar del otro extremo desde su celda. Casi tuve un ataque cardíaco por el temor de que el hilo se rompiera. Al extremo de la seda até el bramante, y cuando lo hube cobrado, até el alambre. Después de meterlo en la tubería, disponíamos de una verdadera vía de comunicación, que las ratas no podían roer, desde la desembocadura del desagüe hasta la celda.

La Máquina Pensante levantó la mano y Hatch se detuvo.

—Todo eso se hizo en completo silencio —dijo el científico—. Pero cuando el alambre llegó a mis manos me entraron ganas de gritar. Entonces intentamos otro experimento, para el que estaba preparado Mr. Hatch. Puse a prueba la tubería como un tubo acústico. Ninguno de nosotros podía oír con mucha claridad, pero no me atreví a hablar alto por miedo a llamar la atención en la prisión. Por fin le di a entender lo que necesitaba sin demora. Él pareció tener serias dificultades para comprender que le pedía ácido nítrico, y tuve que repetirle la palabra «ácido» varias veces.

Entonces oí un chillido procedente de la celda encima de la mía. Supe de inmediato que alguien parecía haberlo escuchado subrepticiamente, y cuando oí que usted llegaba, señor alcaide, fingí dormir. Si hubiera entrado en mi celda en aquel momento todo el plan de fuga habría acabado allí mismo. Pero usted pasó de largo. Aquel fue el momento en que más cerca estuve de ser descubierto.

Habiendo establecido esa improvisada línea conductora es fácil comprender cómo entraban las cosas en la celda y cómo las hacía desaparecer a mi conveniencia. Me limitaba a dejarlas caer en la tubería. Usted, señor alcaide, no podía haber alcanzado el cable conductor con sus dedos; son demasiado gruesos. Mis dedos, como ven, son más largos y delgados. Además protegí el principio de la tubería con una rata…, ¿se acuerda cómo?

—Me acuerdo —dijo el alcaide, haciendo una mueca.

—Pensé que si alguien tenía la tentación de investigar ese orificio, la rata apagaría su ardor. Mr. Hatch no pudo enviarme nada provechoso a través de la tubería hasta la noche siguiente, aunque me envió cambio de diez dólares para probar, de modo que seguí con otras partes de mi plan. Luego desarrollé el método de fuga que finalmente empleé.

Para llevarlo a cabo con éxito era necesario que el guardia del patio se acostumbrara a verme asomado a la ventana de mi celda. Arreglé eso dejando caer notas para él, en tono jactancioso, a fin de hacer creer al alcaide, a ser posible, que uno de sus ayudantes se estaba comunicando con el exterior en mi nombre. Me quedaba horas en la ventana mirando fuera, de manera que el guardia pudiera verme y de vez en cuando hablaba con él. De ese modo me enteré de que la prisión no tenía sus propios electricistas, sino que dependía de la compañía eléctrica si algo se estropeaba.

Eso despejó del todo el camino a la libertad. A primera hora de la noche del último día de mi encarcelamiento, cuando oscurecía, planeé cortar el cable de alimentación que pasaba a solo unos pocos pies de mi ventana, alcanzándolo con un alambre bañado en ácido que tenía. Eso haría que aquel lado de la prisión quedara completamente a oscuras mientras los electricistas investigaban el corte de luz. Eso también traería a Mr. Hatch al patio de la prisión.

Solo quedaba un cosa por hacer antes de empezar realmente a liberarme. Era arreglar los detalles finales con Mr. Hatch a través de nuestro tubo acústico. Lo hice en menos de media hora después de que el alcaide abandonase mi celda la cuarta noche de mi encarcelamiento. Mr. Hatch de nuevo tuvo serias dificultades para entenderme, y tuve que repetirle varias veces la palabra «ácido», y después las palabras «sombrero del número ocho», esa es mi talla, y esas fueron las cosas que hicieron que un preso del piso superior confesara un asesinato; eso me dijo el día siguiente uno de los carceleros. Ese preso oyó voces, confusas claro está, a través de la tubería, que también pasaba por su celda. La celda que está exactamente encima de la mía no estaba ocupada, por tanto nadie más las oyó.

Ni que decir tiene que la tarea concreta de cortar los barrotes de acero de la ventana y la puerta fue comparativamente fácil con ácido nítrico, que conseguí a través de la tubería en botellas estrechas, pero llevó tiempo. Hora tras hora, los días quinto, sexto y séptimo el guardia de abajo me miraba mientras yo seguía trabajando en los barrotes de la ventana con el ácido sobre un trozo de alambre. Utilicé el polvo dentífrico para evitar que el ácido se esparciera. Mientras trabajaba apartaba la mirada distraído y cada minuto que pasaba el ácido cortaba más el metal. Me di cuenta de que

los carceleros siempre ponían a prueba la puerta de mi celda meneando la parte de arriba, nunca los barrotes inferiores, por tanto corté esos barrotes, dejándolos colgando en su sitio mediante finas tiras de metal. Pero eso fue una temeridad. No habría podido salir por allí tan fácilmente.

La Máquina Pensante permaneció callado durante varios minutos.

—Creo que eso lo aclara todo —prosiguió—. Los demás detalles que no he explicado fueron solo para confundir al alcaide y a los carceleros. Esas cosas que había en mi cama las puse para complacer a Mr. Hatch, que quería mejorar la historia. Por supuesto, la peluca era necesaria para mi plan. La carta de entrega inmediata la escribí y puse las señas en mi celda con la pluma estilográfica de Mr. Hatch, luego se la envié y él la echó al correo. Eso es todo, creo.

—Pero ¿cómo explica su salida de los terrenos de la prisión y luego su entrada en mi despacho por la puerta exterior? —preguntó el alcaide.

—Muy sencillo —dijo el científico—. Corté el cable de la luz eléctrica con ácido, como dije, cuando quitaron la corriente. Por consiguiente, cuando volvieron a conectarla, la lámpara de arco no se encendió. Sabía que llevaría algún tiempo averiguar qué pasaba y hacer las reparaciones. Cuando el guardia fue a informarle a usted, el patio estaba a oscuras. Salí sigilosamente por la ventana (quedaba muy justo, además) volví a poner los barrotes en su lugar valiéndome de un angosto saliente y permanecí en la sombra hasta que llegaron los electricistas. Mr. Hatch era uno de ellos.

Cuando lo vi, hablé con él y me dio una gorra, un mono y un guardapolvo, que me puse a menos de diez pies (unos tres metros) de usted, señor alcaide, mientras se encontraba en el patio. Más tarde me llamó Mr. Hatch, como si yo fuese un obrero, y juntos salimos por la puerta de entrada para sacar algo del furgón. El guardia de la puerta de entrada nos dejó pasar sin problemas como si fuéramos dos obreros que acababan de entrar. Cambiamos nuestras ropas y reaparecimos, pidiendo verlo a usted. Lo vimos. Eso es todo.

Durante varios minutos hubo silencio. El doctor Ransome fue el primero en hablar.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Verdaderamente asombroso.

—¿Cómo fue que Mr. Hatch llegó con los electricistas? —preguntó Mr. Fielding.

—Su padre es director de la compañía —respondió La Máquina Pensante.

—Pero ¿y si no hubiese habido afuera ningún Mr. Hatch para ayudarlo?

—Cualquier preso tiene afuera un amigo que lo ayudaría a escapar si pudiese.

—Suponga…, solo suponga…, que allí no hubiese habido ningún sistema antiguo de cañerías, ¿qué habría pasado? —preguntó el alcaide, con curiosidad.

—Había otras dos maneras de salir de allí —dijo La Máquina Pensante, enigmáticamente.

Diez minutos más tarde sonó el timbre del teléfono. Era una llamada para el alcaide.

—¿Está ya arreglada la luz? —preguntó el alcaide, a través del teléfono—. ¡Muy bien! ¿Hay un cable cortado junto a la celda número trece? Sí, lo sé. ¿Sobra un electricista? ¿Cómo es eso? ¿Salieron dos?

El alcaide se volvió hacia los demás con una expresión de perplejidad.

—Solo dejó entrar a cuatro electricistas, ha dejado salir a dos y dice que quedan tres.

—Yo era el que sobraba —dijo La Máquina Pensante.

—¡Ah! Comprendo —dijo el alcaide. Luego añadió por el teléfono—: Deje salir al quinto hombre. Está bien así.

RICHARD AUSTIN FREEMAN

LA LENTEJUELA AZUL[111]

Thorndyke siguió mirando el andén de un extremo al otro con impaciencia, que iba en aumento conforme se acercaba la hora de partida del tren.

—Es muy lamentable —dijo, entrando a regañadientes en un compartimento para fumadores vacío, mientras el jefe de tren hacía una floritura con su bandera verde—. Me temo que hemos perdido a nuestro amigo.

Cerró la puerta y, cuando el tren empezó a moverse, sacó la cabeza por la ventanilla.

—Ahora me pregunto si él estará aquí —continuó—, de ser así, ha cogido el tren por los pelos y está ahora en uno de los compartimentos de atrás.

El sujeto de las especulaciones de Thorndyke era Mr. Edward Stopford, de la firma Stopford and Myers, de Portugal Street, abogados, y su relación con nosotros en la actualidad surgió a partir de un telegrama que había llegado a nuestro despacho la tarde anterior. Era con respuesta pagada y decía así:

> ¿Puede venir aquí mañana para dirigir defensa? Caso importante. Nos hacemos cargo de todos los gastos.
>
> STOPFORD AND MYERS

La respuesta de Thorndyke había sido afirmativa, y a primera hora de esta mañana le habían entregado otro telegrama, enviado por lo visto la noche anterior.

> A las 8.25 saldrá para Woldhurst desde Charing Cross. A ser posible lo iremos a recoger.
>
> EDWARD STOPFORD

Sin embargo no se había presentado, y como ninguno de los dos lo conocíamos personalmente, no podíamos juzgar si había estado entre los pasajeros del andén.

—Es de lo más lamentable —repitió Thorndyke—, pues eso nos priva de esa consideración preliminar del caso que es tan inestimable.

Llenó su pipa con aire pensativo y, tras hacer una infructuosa inspección del andén de London Bridge, cogió el periódico que había comprado en el puesto de libros y empezó a pasar las hojas, echando un rápido vistazo a las columnas, haciendo caso omiso de los señuelos periodísticos de los sueltos o artículos.

—Es una gran desventaja —dijo, mientras seguía hojeando el periódico — meterse de lleno en una pesquisa sin preparación…, enfrentarse con los detalles antes de tener la posibilidad de considerar el caso en líneas generales. Por ejemplo…

Se detuvo, dejando la frase incompleta y, cuando alzó la vista inquisitivamente, vio que él había pasado otra página y en aquel preciso instante leía con mucha atención.

—Esto se parece a nuestro caso, Jervis —dijo acto seguido, alargándome el periódico y señalando un suelto en lo alto de la página. Era bastante breve, su encabezamiento era «Terrible asesinato en Kent» y decía lo siguiente:

> Ayer por la mañana se descubrió un espantoso crimen en la pequeña población de Woldhurst, situada en la línea secundaria que parte de Halbury Junction. El descubrimiento lo hizo un mozo de

> estación que estaba inspeccionando los vagones del tren que acababa de llegar. Al abrir la puerta del compartimento de primera clase, lo horrorizó encontrar el cuerpo de una mujer vestida elegantemente, tendida en el suelo. Inmediatamente se pidió ayuda médica, y cuando llegó el cirujano divisional, Dr. Morton, se comprobó que la mujer no llevaba muerta más que unos pocos minutos.
>
> El estado del cadáver no deja ninguna duda de que se ha perpetrado un asesinato de lo más brutal, siendo la causa de la muerte una herida penetrante en la cabeza, hecha con un instrumento puntiagudo, que debió haberse utilizado con terrible violencia, ya que perforó el cráneo y penetró en el cerebro. Que el motivo del crimen no fue el robo lo ha puesto de manifiesto el hecho de que en la rejilla se encontró una maleta hecha a la medida sin reparar en gastos, y que no se llevaron las joyas de la muerta, entre ellas varios valiosos anillos de diamantes. Se rumorea que la policía local ha efectuado un arresto.

—Un asunto horrible —comenté yo, mientras le devolvía el periódico—, pero la noticia no proporciona mucha información.

—Es cierto —reconoció Thorndyke—, y sin embargo nos da algo en qué pensar. Tenemos una herida con perforación del cráneo, hecha con un instrumento puntiagudo…, es decir, se supone que no es una herida de bala. Pues bien, ¿qué tipo de instrumento podría causar semejante lesión? ¿Cómo podría utilizarse un instrumento como ese en el reducido espacio de un vagón, y qué clase de persona tendría tal instrumento? Esas son cuestiones preliminares que vale la pena considerar, y yo se las recomiendo, junto con los problemas ulteriores del motivo posible, exceptuando el robo, y cualquier otra circunstancia aparte del asesinato que pueda justificar la lesión.

—La elección de un instrumento idóneo no es muy importante —le advertí.

—Es muy limitada, y la mayoría de ellos, como una piqueta de albañil o un martillo de geólogo, se asocian con ciertas ocupaciones concretas.

¿Tiene una libreta?

La tenía y, aceptando la idea, la saqué y proseguí mis reflexiones posteriores en silencio, mientras mi compañero, con su libreta también sobre las rodillas, miraba fijamente asomado a la ventana. Y así permaneció, absorto en sus pensamientos, tomando nota y haciendo de vez en cuando anotaciones en su cuaderno, hasta que el tren aminoró la velocidad al llegar a Halbury Junction, donde tuvimos que cambiar a otra línea.

Mientras bajábamos, me fijé en un hombre bien vestido que venía corriendo por el andén desde la cola del tren, escudriñando con impaciencia los rostros de los escasos pasajeros que se habían apeado. Enseguida nos divisó y, acercándose rápidamente, preguntó, mientras nos miraba a uno y a otro:

—¿El doctor Thorndyke?

—Sí —respondió mi colega, que añadió—: Supongo que usted será Mr. Edward Stopford, ¿no es cierto?

El abogado inclinó la cabeza.

—Es un asunto espantoso —dijo, con ademán inquieto—. Veo que tiene el periódico. Un asunto de lo más chocante. Me alivia enormemente encontrarlo a usted aquí. Casi perdí el tren y temí que usted lo perdiera.

—Al parecer ha habido ya un arresto —empezó a decir Thorndyke.

—Sí…, mi hermano. Un asunto terrible. Caminemos un poco por el andén; nuestro tren no sale hasta dentro de un cuarto de hora.

Depositamos nuestro maletín Gladstone[112] compartido y el maletín de Thorndyke en un compartimento de primera clase vacío, y luego, uno a cada lado del abogado, paseamos hasta el final poco frecuentado del andén.

—La situación de mi hermano —dijo Mr. Stopford— me llena de consternación…, pero permitan que les cuente los hechos por orden y juzgarán ustedes por sí mismos. Esa pobre criatura que fue asesinada tan brutalmente era *miss* Edith Grant. Fue en tiempos modelo de artista, y como tal la empleó mi hermano que es pintor… Harold Stopford, ya saben, en la actualidad A. R. A.[113]…

—Conozco muy bien su obra, me encanta.

—A mí también. Verá usted, en aquella época era un jovenzuelo, apenas veinte años, e intimó bastante con *Miss* Grant, de un modo completamente inocente, aunque no muy discreto; pero ella era una joven simpática y respetable, como son la mayoría de las modelos, y nadie imaginó perjuicio alguno. Sin embargo, se intercambiaron un gran número de cartas y unos cuantos regalos, entre los cuales estaba una cadena con guardapelo, y fue lo bastante tonto para poner en él su retrato y la inscripción «A Edith, de Harold».

Más tarde *Miss* Grant, que tenía bastante buena voz, se hizo cantante y actuaba en una compañía de ópera cómica, y por lo tanto sus hábitos y sus compañías cambiaron un poco; y, como mientras tanto Harold se había prometido, deseaba lógicamente que le devolviera las cartas, y sobre todo cambiar el guardapelo por otro regalo menos comprometedor. Finalmente ella le envió las cartas, pero se negó rotundamente a desprenderse del guardapelo.

Pues bien, durante el mes pasado Harold ha pasado unos días en Halbury, haciendo excursiones con sus bártulos de dibujo por los alrededores, y ayer por la mañana tomó el tren a Shinglehurst, la tercera estación a partir de aquí, y una antes de Woldhurst.

Allí encontró en el andén a *Miss* Grant, que venía de Londres con destino a Worthing. Entraron juntos en el tren, disponiendo de un compartimento de primera clase para ellos. Al parecer en aquel momento ella llevaba el guardapelo y él le suplicó de nuevo que lo cambiara por otro regalo, a lo que ella se negó como antes. Parece que la discusión se acaloró bastante y ambos se enfurecieron, pues tanto el jefe de tren como un mozo de estación de Munsden se dieron cuenta de que estaban peleándose; pero el resultado final del asunto fue que la joven rompió la cadena y se la tiró a mi hermano junto con el guardapelo, y se separaron bastante amigablemente en Shinglehurst, donde Harold se bajó. Llevaba consigo todo su equipo de dibujante, que incluye una gran sombrilla holandesa, cuya articulación inferior es un asta de fresno provisto de una resistente punta de acero para que penetre en el suelo.

Era casi las diez y media cuando se bajó en Shinglehurst; a las once había llegado a su puesto y se puso a trabajar, y durante tres horas pintó sin

parar. Luego recogió sus cosas y, justo cuando se disponía a regresar a la estación, fue cuando lo encontró la policía y lo arrestó.

Y ahora observen la acumulación de pruebas circunstanciales en su contra. Era la última persona vista en compañía de la mujer asesinada, pues nadie parece haberla visto después de que abandonaran Munsden; al parecer él se estaba peleando con ella cuando la vieron por última vez con vida, tenía pues un motivo para desear de alguna manera su muerte; además disponía de un instrumento (un asta puntiaguda) capaz de causar la herida que provocó su muerte, y, cuando lo registraron, se comprobó que tenía el guardapelo y la cadena rota, que por lo visto le había arrebatado.

Al lado de todo esto está, por supuesto, su conocido buen carácter: es el hombre más bondadoso y más amable, y su comportamiento posterior: necio en grado sumo si fuera culpable. Pero, como abogado, no puedo por menos que aceptar que las apariencias están casi irremediablemente en su contra.

—No diremos «irremediablemente» —respondió Thorndyke, mientras ocupábamos nuestros asientos en el vagón—, aunque supongo que la policía está completamente segura. ¿Cuándo se inicia la encuesta?

—Hoy a las cuatro. He obtenido para usted un mandamiento del juez de instrucción para examinar el cadáver y estar presente en la *post mortem*[114].

—¿Está al corriente de la posición exacta de la herida?

—Sí; está un poco por encima y por detrás de la oreja izquierda: un horrible orificio redondo, con un corte irregular o desgarrón desde allí hasta el lado de la frente.

—¿Y cómo estaba tendido el cadáver?

—A todo lo largo del suelo, con los pies cerca de la puerta del lado derecho.

—¿La herida en la cabeza era la única que tenía?

—No; en la mejilla derecha tenía un gran corte o cardenal, una contusión, la llamó el cirujano de la policía, que él cree que la causó un arma pesada y más bien embotada. No tengo noticias de ninguna otra herida o cardenal.

—¿Entró ayer alguien en el tren en Shinglehurst? —preguntó Thorndyke.

—Nadie entró en el tren desde que partió de Halbury.

Thorndyke consideró estas declaraciones en silencio, y acto seguido se sumió en un ensimismamiento del que solo despertó cuando el tren salió de la estación de Shinglehurst.

—El asesinato se cometería por aquí —dijo Mr. Stopford—; en todo caso, entre aquí y Woldhurst.

Thorndyke asintió con la cabeza, bastante distraído, pues de momento se dedicaba a observar con gran atención los objetos que se veían desde las ventanillas.

—Me he fijado —comentó al cabo de un rato— en la cantidad de virutas esparcidas entre los raíles, y algunas de las cuñas de los cojinetes parecen nuevas. ¿Ha habido asentadores de vías trabajando recientemente?

—Sí —contestó Stopford—, están ahora en la línea, creo… Al menos ayer vi una cuadrilla trabajando cerca de Woldhurst, y se dice que prendieron fuego a un almiar; vi que echaba humo cuando bajé.

—En efecto; y esta vía intermedia supongo que es un apartadero, ¿no es cierto?

—Sí; a ella desvían los trenes de mercancías y los vagones vacíos. Ahí están los restos del almiar, ardiendo todavía, ¿los ve?

Thorndyke miró distraídamente el montón ennegrecido hasta que un vagón de ganado vacío en la vía intermedia lo ocultó de la vista. Le sucedió una fila de trenes de mercancías, y a estos un coche de pasajeros, con un compartimento, el de primera clase, cerrado y precintado. El tren empezó entonces a aminorar la velocidad bastante repentinamente, y un par de minutos después subimos en la estación de Woldhurst.

Era evidente que nos habían precedido rumores de la venida de Thorndyke, pues todo el personal (dos mozos de estación, un inspector y el jefe de estación) esperaban con expectación en el andén, y el último se presentó, sin tener en cuenta su dignidad, para ayudarnos con nuestro equipaje.

—¿Cree usted que yo podría ver el vagón? —preguntó Thorndyke al abogado.

—El interior no, señor —dijo el jefe de estación, al ser apelado—. La policía lo ha sellado. Tendría usted que preguntar al inspector.

—En ese caso, supongo que puedo echar un vistazo —dijo Thorndyke, y a eso el jefe de estación asintió de buena gana, y se ofreció a acompañarnos.

—¿Había allí otros pasajeros de primera clase? —preguntó Thorndyke.

—Ninguno, señor. Solo había un coche de primera clase, y la difunta era la única ocupante. Este asunto ha tomado un sesgo terrible —continuó, mientras nos poníamos en camino—. Yo estaba en el andén cuando entró el tren. Estábamos observando un almiar que estaba ardiendo hacia el norte, y además daba un raro resplandor; y en aquel preciso momento estaba yo diciendo que tendríamos que trasladar el vagón de ganado que estaba en la vía intermedia, porque, como usted comprenderá, señor, el viento aventaba el humo y las chispas, y pensé que las pobres bestias se asustarían. Y a Mr. Felton no le gusta que a sus bestias las traten con brusquedad. Dice que estropea la carne.

—Sin duda tiene razón —dijo Thorndyke—. Pero ahora, dígame, ¿cree usted que es posible que una persona suba o se apee del tren por el lado derecho y pase inadvertida? ¿Puede un hombre, por ejemplo, entrar en un compartimento por el lado derecho en una estación y abandonarlo cuando el tren aminora la marcha en la siguiente, sin ser visto?

—Lo dudo —respondió el jefe de estación—. Sin embargo, no diría que es imposible.

—Gracias. Ah, tengo otra pregunta. Tiene una cuadrilla de hombres trabajando en la vía, por lo que veo. Pues bien, ¿esos hombres son de la región?

—No, señor; son forasteros, todos, y algunos de ellos menudos diamantes en bruto son. Pero no diría que ninguno de ellos fuera realmente malo. Si usted sospecha que alguno de ellos está mezclado en esto…

—Nada de eso —lo interrumpió Thorndyke algo bruscamente—. No sospecho de nadie; pero me gustaría obtener todos los datos del caso antes de nada.

—Naturalmente, señor —respondió el desconcertado funcionario; y proseguimos nuestro camino en silencio.

—¿Recuerda, por cierto —dijo Thorndyke, mientras nos acercábamos al coche vacío—, si la puerta del lado derecho del compartimento estaba

cerrada con llave cuando descubrieron el cadáver?

—Estaba cerrada, señor, pero la llave no estaba echada. ¿Por qué, señor? ¿Cree usted…?

—Nada, nada. El compartimento precintado era el único, sin duda, ¿no es cierto?

Sin esperar una respuesta, el hombre comenzó su inspección del coche, mientras yo disuadí con tacto a nuestros dos compañeros de seguirlo, como estaban dispuestos a hacer. El estribo del lado derecho en particular ocupaba su atención, y cuando hubo examinado minuciosamente la parte contraria del compartimento fatal, lo recorrió despacio de un extremo a otro con los ojos a solo unas pulgadas del suelo, como si buscara algo.

Cuando se acercaba al final de la parte posterior se detuvo, y sacó del bolsillo un trozo de papel; acto seguido, con la yema del dedo húmeda recogió del estribo un objeto aparentemente diminuto, que trasladó cuidadosamente al papel, doblando este y poniéndolo en su cartera.

A continuación subió al estribo y, tras asomarse para mirar por la ventanilla del compartimento precintado, sacó del bolsillo un pequeño insuflador o pulverizador, con el que espolvoreó un chorro de polvo parecido a humo en los bordes de la ventanilla de en medio, prestando la más minuciosa atención a las irregulares manchas cenicientas que se habían depositado en ella, e incluso midiendo una en la jamba de la ventanilla con una regla de bolsillo. Por último bajó y, tras inspeccionar cuidadosamente el estribo del lado más próximo, anunció que de momento había terminado.

Cuando regresábamos por la vía, pasamos por delante de un obrero, que parecía estar mirando los cojinetes y las traviesas con interés más que casual.

—Ese es, supongo, uno de los asentadores de vías —indicó Thorndyke al jefe de estación.

—Sí, el capataz de la cuadrilla —fue la respuesta.

—Volveré sobre mis pasos y tendré unas palabras con él, si ustedes siguen caminando despacio.

Y mi colega retrocedió con paso enérgico y alcanzó al hombre, con el que entabló conversación durante algunos minutos.

—Creo ver en el andén al inspector de policía —comentó Thorndyke, mientras nos acercábamos a la estación.

—Sí, ahí está —dijo nuestro guía—. Baje a ver lo que anda buscando, señor, lo espero.

Lo cual era sin duda el caso, aunque el funcionario aseguró estar allí por pura casualidad.

—Supongo que le gustaría ver el arma, señor, ¿no es cierto? —comentó cuando se hubo presentado.

—La punta de la sombrilla —corrigió Thorndyke—. Sí, si me lo permite. Vamos ahora al depósito de cadáveres.

—Entonces pasará por la estación de camino; por lo tanto, si usted quiere hacer una visita rápida, iré con usted.

Aceptada esa propuesta, fuimos todos a la comisaría de policía, incluso el jefe de estación, que estaba muy impaciente de curiosidad.

—Ahí lo tiene, señor —dijo el inspector, abriendo su despacho, y haciéndonos pasar—. No digan que no les hemos dado todas las facilidades a la defensa. Ahí están todos los efectos personales del acusado, incluso la misma arma con la que se cometió el delito.

—Ea, ea —protestó Thorndyke—; no debemos adelantarnos. —Cogió la robusta asta de fresno que le dio el funcionario y, tras haber examinado su formidable punta con una lupa, sacó del bolsillo un calibrador de acero, con el que midió exactamente el diámetro de la punta, y el asta al que estaba fijada—. Y ahora —dijo, cuando había anotado las medidas en su cuaderno—, examinaremos la caja de pinturas y el boceto. ¡Ajá!, un hombre muy metódico, su hermano, Mr. Stopford. Todos los tubos en su sitio, las espátulas completamente limpias, la paleta lavada y frotada hasta sacarle brillo, los pinceles secos…, tenía que haberlos lavado antes de que se endurecieran… Todo es muy significativo.

Quitó el boceto del lienzo blanco al que estaba sujeto y, poniéndolo sobre una silla bien iluminada, retrocedió para mirarlo.

—¡Y dice usted que es un trabajo de solo tres horas! —exclamó, mirando al abogado—. Una ejecución realmente maravillosa.

—Mi hermano trabaja muy rápido —respondió Stopford desalentado.

—Sí, pero esto no es solo asombrosamente rápido; tiene un estilo de lo más acertado…, lleno de vigor y sentimiento. Pero no debemos seguir mirándolo más.

Volvió a poner el lienzo en su lugar con chinchetas y, tras haber echado una ojeada al guardapelo y algunos otros objetos depositados en un cajón, agradeció al inspector su cortesía y se retiró.

—Ese boceto y la caja de pinturas me parecen muy sugestivos —comentó, mientras subíamos por la calle.

—A mí también —dijo Stopford, con expresión abatida—, porque están encerrados bajo llave, como su dueño, pobrecito.

Suspiró profundamente y seguimos caminando en silencio.

El guarda del depósito de cadáveres se había enterado evidentemente de nuestra llegada, pues nos estaba esperando en la puerta con la llave en la mano y, al serle mostrado el mandamiento del juez de instrucción, abrió la puerta y entramos juntos; pero, tras una rápida mirada a la espectral figura amortajada que yacía en la mesa de pizarra, Stopford palideció y retrocedió, diciendo que nos esperaría afuera con el guarda del depósito de cadáveres.

En cuanto se cerró la puerta con llave por dentro, Thorndyke echó un vistazo con curiosidad al vacío edificio encalado. El sol entraba a raudales por la claraboya, y caía sobre el silencioso cuerpo que yacía bajo la sábana que lo cubría, y un aislado rayo de luz brillaba en un rincón junto a la puerta, en donde, en una fila de ganchos y sobre una mesa de pino estaba expuesta la ropa de la mujer muerta.

—Hay algo indeciblemente triste en esas pobres reliquias, Jervis —dijo Thorndyke, mientras nos paramos ante ellas—. Para mí son más trágicas, presentan más indicios patéticos que el cadáver mismo. Vea el elegante y vistoso sombrero, y la costosa falda que allí cuelga, tan sombría y lúgubre; la refinada ropa interior encima de la mesa, doblada con esmero… por la esposa del hombre del depósito de cadáveres, espero…, los diminutos zapatos franceses y las medias de seda caladas. Con qué patetismo revelan la inofensiva vanidad femenina, y la vida alegre y despreocupada, rota bruscamente en un abrir y cerrar de ojos.

Alzó el sombrero de su gancho y le dio la vuelta en su mano. Era, creo, lo que se llama una «pamela»: un enorme montón insípido de gasa y lazos y

adornos, sembrado sin reparos de lentejuelas de color azul oscuro. En una parte del ala había un agujero recortado, y de él caían las relucientes lentejuelas en montoncitos cuando el sombrero se movía.

—Lo ha debido llevar ladeado hacia la izquierda —dijo Thorndyke—, a juzgar por la forma y la posición del agujero.

—Sí —asentí—. Como la duquesa de Devonshire en el cuadro de Gainsborough.

—Exactamente.

Arrancó unas cuantas lentejuelas hasta que cayeron en la palma de su mano y, volviendo a poner el sombrero en su gancho, introdujo los pequeños discos en un sobre, en el que escribió «Del sombrero», y se lo metió rápidamente en el bolsillo. Acto seguido, pasando por encima de la mesa, retiró la sábana respetuosamente, e incluso con ternura, del rostro de la mujer muerta, y lo miró con lástima circunspecta. Era un rostro atractivo, blanco como el mármol, de expresión serena y tranquila, con los ojos entornados, y enmarcado con una mata de pelo rubio, ordinario; pero su belleza la echaba a perder una larga herida lineal, mitad corte, mitad cardenal, que le bajaba por la mejilla derecha desde el ojo a la barbilla.

—Una chica guapa —comentó Thorndyke—, una rubia de pelo oscuro. Qué crimen haberse desfigurado ella misma con este horrible peróxido —le alisó el pelo hacia atrás desde la frente y añadió—: Parece habérselo aplicado por última vez hará unos diez días. Hay en sus raíces alrededor de un cuarto de pulgada (algo más de medio centímetro) de pelo oscuro. ¿Qué le parece esa herida en la mejilla?

—Parece como si se hubiera golpeado al caer con algún ángulo agudo, aunque, como en los coches de primera clase los asientos están acolchados, no me imagino con qué pudo haberse golpeado.

—Yo tampoco. Y ahora miremos la otra herida. ¿Quiere tomar nota de la descripción?

Me dio su libreta y anoté lo que me dictó: «Un agujero circular en el cráneo que lo perfora limpiamente, una pulgada (dos centímetros y medio) por detrás y por encima del margen de la oreja izquierda, de una pulgada y siete dieciseisavos (poco más de tres centímetros y medio) de diámetro; destacada fractura del parietal; membranas perforadas y cerebro penetrado a

fondo; herida irregular en el cuero cabelludo, que se extiende hasta el margen de la órbita izquierda; fragmentos de gasa y lentejuelas en los bordes de la herida. Esto es suficiente por ahora. El doctor Morton nos proporcionará más detalles si los necesitamos».

Se metió en el bolsillo su calibrador y su regla de bolsillo, sacó uno o dos pelos sueltos del cuero cabelludo dañado, que colocó en el sobre con las lentejuelas y, tras haber echado un vistazo al cadáver por si tenía otras heridas o contusiones (no había ninguna), volvió a poner la sábana en su lugar y se dispuso a partir.

Mientras nos marchábamos del depósito de cadáveres, Thorndyke estuvo callado y sumamente pensativo, y deduje que estaba reconstruyendo los hechos que acababa de obtener. Finalmente Mr. Stopford, que lo había mirado con curiosidad varias veces, dijo:

—La *post mortem* tendrá lugar a las tres, y ahora son solo las once y media. ¿Qué quiere hacer a continuación?

Thorndyke, que, a pesar de su preocupación mental, había estado echando una mirada a su alrededor, atenta y penetrante como era habitual en él, se detuvo de repente.

—Su referencia a la *post mortem* —dijo— me recuerda que olvidé meter en mi maleta la vesícula biliar de buey.

—¡Vesícula biliar de buey! —exclamé, intentando en vano relacionar esa sustancia con la técnica patológica—. ¿Qué va usted a hacer con…?

Pero me detuve ahí, recordando que a mi amigo no le gustaba hablar de sus métodos delante de desconocidos.

—Supongo —continuó— que no habrá un fabricante de colores para artistas en un lugar tan pequeño, ¿verdad?

—Ya lo creo que sí —dijo Stopford—. Pero ¿no puede conseguirle eso un carnicero? Hay una tienda justo al otro lado de la calle.

—Es cierto —asintió Thorndyke, que ya había visto la tienda—. La vesícula tiene que prepararse, por supuesto, pero podemos filtrarla nosotros mismos…, es decir, si el carnicero tiene alguna. En cualquier caso, lo intentaremos.

Cruzó la carretera hacia la tienda, sobre la que aparecía en letras doradas el nombre «Felton», y dirigiéndose al propietario, que estaba en la

puerta, se presentó y le explicó lo que quería.

—¿Vesícula biliar de buey? —dijo el carnicero—. No, señor, ahora mismo no tengo ninguna; pero esta tarde me van a matar un animal y le puedo dejar que se quede con una parte. De hecho —añadió, tras una pausa —, si el asunto es importante, puedo hacer que me maten uno inmediatamente si usted lo desea.

—Es usted muy amable —dijo Thorndyke—, y le estaría muy agradecido. ¿El animal está completamente sano?

—Están todos en magníficas condiciones, señor. Yo mismo los elegí del rebaño. Pero ya los verá usted…, sí, y puede escoger el que quiera que mate.

—Realmente es un gran detalle por su parte —dijo Thorndyke afectuosamente—. Voy a acercarme a la botica de al lado para comprar una botella idónea, y luego me aprovecharé de su ofrecimiento tan amable.

Entró apresuradamente en la botica, de la que salió enseguida, llevando un paquete de papel blanco; y a continuación seguimos al carnicero por un callejón estrecho al lado de su tienda. Conducía a un recinto con un corralito, en el que estaban encerrados tres hermosos novillos, cuyo lustroso pelo negro contrastaba de manera muy llamativa con sus largos cuernos blanco-grisáceos casi rectos.

—No cabe duda de que son animales muy hermosos, Mr. Felton —dijo Thorndyke, cuando nos detuvimos al lado del corral—, y además están en excelentes condiciones.

Se inclinó sobre el corral y examinó los animales con ojo crítico, sobre todo en lo relativo a sus ojos y cuernos; de inmediato, acercándose al más próximo, levantó su bastón y dio un rápido golpecito en la parte inferior del cuerno derecho, seguido por otro similar en el izquierdo, una acción que el animal miró con imperturbable sorpresa.

—El estado de los cuernos —explicó Thorndyke, mientras pasaba al siguiente novillo— le permite a uno juzgar, hasta cierto punto, la salud del animal.

—Dios lo bendiga, señor —dijo Mr. Felton, riéndose—, ellos no tienen sensibilidad en los cuernos, de lo contrario menudos chicotes serían para ellos.

Por lo visto tenía razón, pues el segundo novillo no se inmutó más que el primero al recibir el sonoro golpecito en los cuernos. No obstante, cuando Thorndyke se aproximó al tercer novillo, inconscientemente me acerqué más para observar; y me di cuenta de que, cuando el bastón golpeó el cuerno, el animal retrocedió aparentemente asustado, y que cuando repitió el golpe, se inquietó de modo manifiesto.

—Eso no parece gustarle —dijo el carnicero—. Parece como si… ¡Caramba, qué raro!

Thorndyke acababa de acercar su bastón al cuerno izquierdo, e inmediatamente el animal puso mala cara y dio un salto atrás, dando muestras de desaprobación y gimiendo. Sin embargo, no tenía espacio para retirarse, y Thorndyke, inclinándose dentro del corral, pudo inspeccionar el cuerno sensible, lo que hizo con la más minuciosa atención, mientras el carnicero miraba con evidente preocupación.

—Espero que no crea, señor, que a este animal le pasa algo —dijo.

—No puedo decirlo sin hacer otro reconocimiento —respondió Thorndyke—. Es posible que solo esté afectado el cuerno. Si usted quiere cortarlo con la sierra hasta cerca de la cabeza y enviármelo al hotel, lo examinaré y le diré. Y, a fin de evitar cualquier error, le pondré una marca y lo taparé, para protegerlo de cualquier daño en el matadero.

Abrió su paquete y sacó de él una botella de boca ancha con la etiqueta «Vesícula de buey», una hoja de tejido de gutapercha, una venda enrollada, y una barra de lacre para sellar. Dándole la botella a Mr. Felton, cubrió la mitad del cuerno con una envoltura hecha con el tejido y la venda, que sujetó bien con el lacre para sellar.

—Cortaré el cuerno con la sierra y se lo enviaré yo mismo al hotel, con la vesícula de buey —dijo Mr. Felton—. Los tendrá dentro de media hora.

Cumplió con su palabra, pues al cabo de media hora Thorndyke estaba sentado ante una mesita junto a la ventana de nuestra sala de estar particular en el Black Bull Hotel. La mesa estaba cubierta con periódicos, y en ella yacía el largo cuerno gris y el maletín de Thorndyke, abierto y mostrando un pequeño microscopio y sus accesorios. El carnicero esperaba sentado imperturbablemente en un sillón, mirando con un poco de desconfianza a Thorndyke por lo que había anunciado; y trataba de impedir mediante una

animada conversación que Mr. Stopford se sumiera en el más completo desaliento, aunque yo también vigilaba a hurtadillas el proceder bastante misterioso de mi colega.

Lo vi desenrollar la venda y aplicar el cuerno a su oreja, inclinándolo ligeramente de un lado a otro. Vi cómo escudriñaba la superficie a fondo con una lupa, y observé que raspaba cierta sustancia del extremo puntiagudo y la ponía en un portaobjeto de vidrio y, tras haber aplicado una gota de algún reactivo, empezó a separar lo raspado con un par de agujas fijadas. Acto seguido colocó el portaobjeto debajo del microscopio y, después de haberlo observado atentamente durante uno o dos minutos, se volvió de repente.

—Venga a ver esto, Jervis —dijo.

No necesité que me lo pidiera dos veces, estando como estaba sobre ascuas de curiosidad, sino que fui y apliqué mi ojo al instrumento.

—Veamos, ¿qué es esto? —preguntó.

—Una célula nerviosa multipolar…, muy deteriorada, pero inconfundible.

—¿Y esto?

Movió el portaobjeto a otro sitio.

—Dos células nerviosas piramidales y algunos trozos de fibras.

—¿Y qué dice usted que es el tejido?

—Sustancia cerebral cortical, diría yo, sin ningún género de dudas.

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Y siendo así —añadió, volviéndose a Mr. Stopford—, podemos decir que la defensa está prácticamente concluida.

—¿Qué demonios quiere usted decir? —exclamó Stopford, levantándose de golpe.

—Quiero decir que ahora podemos probar cuándo, dónde y cómo encontró la muerte *Miss* Grant. Venga a sentarse aquí y se lo explicaré. No, no hace falta que se vaya, Mr. Felton. Tendremos que hacerlo comparecer. A lo mejor más nos valdría —continuó— revisar los hechos y ver lo que parecen dar a entender. Y lo primero fijarnos en la posición del cadáver, tendido con los pies cerca de la puerta del lado derecho, lo que demuestra que, cuando cayó, la difunta estaba sentada, o lo más probable de pie cerca

de esa puerta. Luego está esto —sacó del bolsillo un papel doblado, que abrió, mostrando un diminuto disco azul—. Esta es una de las lentejuelas que adornaban sus sombrero, y tengo más en este sobre, que cogí del propio sombrero.

Esta lentejuela que recogí en la parte posterior del estribo del lado derecho, y su presencia allí, demuestra casi con toda seguridad que en algún momento *Miss* Grant había asomado la cabeza por la ventanilla de aquel lado.

La siguiente prueba la obtuve espolvoreando los márgenes de la ventanilla del lado derecho con un polvillo, que permitía ver una huella grasienta de tres pulgadas y un cuarto [algo más de ocho centímetros] en la esquina cerrada de la jamba derecha (a mano derecha desde el interior, quiero decir).

Y ahora en cuanto a la prueba proporcionada por el cadáver. La herida en el cráneo está detrás y encima de la oreja izquierda, es más o menos circular, y mide una pulgada y siete decimosextos [poco más de tres centímetros y medio] a lo sumo, y una herida irregular en el cuero cabelludo que llega hasta el ojo izquierdo. En la mejilla derecha hay una contusa herida lineal de tres pulgadas y un cuarto de largo [algo más de ocho centímetros]. No hay más heridas.

Nuestros siguientes datos los suministra esto —cogió el cuerno y lo golpeó ligeramente con el dedo, mientras el abogado y Mr. Felton se quedaron mirándolo mudos de asombro—. Se dan ustedes cuenta de que es un cuerno izquierdo, y recuerdan que es sumamente sensible. Si acercan el oído a él mientras yo lo fuerzo, oirán el chirrido de una fractura en la médula ósea. Ahora miren el extremo puntiagudo y verán varias rascaduras profundas a todo lo largo, y donde terminan esas rascaduras el diámetro del cuerno es, como ven en este calibrador, de una pulgada y siete dieciseisavos. Cubriendo las rascaduras hay una mancha seca de sangre, y en la punta extrema hay una pequeña cantidad de una sustancia seca que el doctor Jervis y yo hemos examinado en el microscopio y estamos convencidos de que es tejido cerebral.

—¡Dios santo! —exclamó Stopford entusiasmado—. ¿Quiere usted decir…?

—Acabemos con los detalles, Mr. Stopford —lo interrumpió Thorndyke—. Pues bien, si ustedes miran con atención esa mancha de sangre, descubrirán una pequeña muestra de pelo pegada al cuerno, y con esta lupa pueden distinguir el bulbo piloso. Es un pelo rubio, fíjense, pero cerca de la raíz es negro, y nuestro calibrador muestra que la porción negra tiene una longitud de catorce sexagésimo cuarto de pulgada [poco más de medio centímetro]. Veamos, en este sobre hay algunos pelos que he quitado a la cabeza de la mujer muerta. Son también pelos rubios, negros en la raíz, y cuando mido la porción negra compruebo que tiene una longitud de catorce sexagésimo cuartos de pulgada. Luego, finalmente, está esto.

Dio la vuelta al cuerno y señaló una pequeña mancha de sangre seca. Incrustada en ella había una lentejuela azul.

Mr. Stopford y el carnicero miraron ambos el cuerno, mudos de asombro; a continuación, el primero respiró profundamente y levantó los ojos en dirección a Thorndyke.

—No cabe duda —dijo— de que usted es capaz de explicar el misterio, pero por lo que a mí se refiere estoy completamente desconcertado, aunque me llena usted de esperanza.

—Pues el asunto es muy sencillo —respondió Thorndyke—, a pesar de los pocos detalles de que disponemos, que son solo una selección del conjunto de pruebas que poseemos. Pero expondré mi teoría y ustedes juzgarán —rápidamente dibujó un plano aproximado en una hoja de papel, y continuó—: Estas eran las posiciones cuando el tren se acercaba a Woldhurst: Aquí estaba el coche de pasajeros, aquí el almiar ardiendo, y aquí el vagón de ganado. Este novillo estaba en dicho vagón. Pues bien, mi hipótesis es que en aquel momento *Miss* Grant estaba de pie con la cabeza asomada a la ventanilla del lado derecho, observando cómo ardía el almiar. Su amplio sombrero, que llevaba ladeado a la izquierda, no le dejaba ver el vagón de ganado que se le estaba acercando, y esto fue lo que sucedió. —Dibujó otro plano a mayor escala—. Uno de los novillos, este, había sacado su largo cuerno entre los barrotes. La punta de ese cuerno golpeó la cabeza de la difunta, empujando su rostro violentamente contra la esquina de la ventanilla, y a continuación, al soltarse, se abrió camino por el cuero cabelludo, y la violencia del tirón provocó una fractura de su médula. Esta

hipótesis es intrínsecamente probable, se ajusta a todos los hechos, y esos hechos no admiten otra explicación.

El abogado se quedó durante un momento como deslumbrado; luego se levantó impulsivamente y le agarró las manos a Thorndyke.

—No sé qué decirle —exclamó con voz ronca—, excepto que le ha salvado usted la vida a mi hermano, y ¡espero que Dios lo recompense!

El carnicero se levantó de su asiento y sonrió abiertamente.

—Me parece —dijo— que esa vesícula de buey era lo que usted podría llamar un pretexto, ¿eh, señor?

Y Thorndyke esbozó una sonrisa inescrutable.

Cuando regresamos a la ciudad al día siguiente éramos ya cuatro, nuestro grupo incluía a Mr. Harold Stopford. Al veredicto de «Muerte accidental», declarado inmediatamente por el jurado, siguió en breve su puesta en libertad de la cárcel, y en aquellos momentos estaba sentado con su hermano y conmigo, escuchando con profunda atención el análisis del caso que hacía Thorndyke.

—De modo que, como pueden ver —concluyó este—, había elaborado seis posibles teorías acerca de la causa de la muerte antes de llegar a Halbury, y solo quedaba elegir la que se ajustara a los hechos. Y después de haber visto el vagón de ganado, haber recogido esa lentejuela, haber escuchado la descripción de los novillos, y haber visto el sombrero y las heridas, no quedaba por hacer más que completar los detalles.

—¿Y usted nunca dudó de mi inocencia? —preguntó Harold Stopford.

Thorndyke sonrió a su antiguo cliente.

—No, después de haber visto su caja de pinturas y su boceto —dijo—, por no hablar de la punta de acero.

G. K. CHESTERTON

PASOS SOSPECHOSOS[115]

Si usted se encuentra a un miembro de ese club selecto, los Doce Pescadores Auténticos, al entrar en el Vernon Hotel para la cena anual del club, observará, cuando él se quite el abrigo, que su traje de etiqueta es verde y no negro. Si (suponiendo que tenga la atrevida audacia de dirigirse a tal ser) le pregunta el porqué, seguramente le contestará que lo hace para evitar que lo confundan con un camarero. Usted entonces se retirará abrumado. Pero dejará atrás un misterio todavía sin resolver y una historia que vale la pena contar.

Si (para seguir en la misma línea de conjeturas improbables) tuviera que entrevistarse con un curita bondadoso y trabajador llamado Padre Brown, y se le ocurriera preguntarle cuál creía él que era la suerte más insospechada de su vida, seguramente respondería que su mayor golpe de suerte tuvo lugar en el Vernon Hotel, donde había prevenido un delito y, quizás, salvado un alma, simplemente prestando atención a unos cuantos pasos en un pasillo. Tal vez esté un poco orgulloso de aquella asombrosa y muy aventurada sospecha suya, y es posible que la mencione. Pero como es enormemente improbable que usted ascienda tan alto en la escala social para encontrar a los Doce Pescadores Auténticos, o que se hunda lo bastante en los barrios bajos entre delincuentes para encontrar al Padre Brown, me temo me nunca se enterará de la historia a menos que la sepa por mí.

El Vernon Hotel en el que los Doce Pescadores Auténticos celebran sus cenas anuales era una de esas instituciones que solo pueden existir en una

sociedad oligárquica que casi ha enloquecido por los buenos modales. Era ese típico producto sin orden ni concierto: una empresa comercial «exclusiva». Es decir, era un negocio que no era rentable por atraer clientes, sino en realidad por rechazarlos. En plena plutocracia los comerciantes llegan a tener la suficiente astucia para ser más exigentes que sus clientes. Crean verdaderas dificultades hasta el punto de que sus clientes ricos y hartos tienen que gastar dinero y diplomacia para superarlos. Si hubiera en Londres un hotel de moda al que no pudiera entrar nadie que midiera menos de seis pies (poco más del metro ochenta), la sociedad reuniría dócilmente grupos de personas de seis pies de estatura para que cenaran en él. Si hubiese un restaurante caro que, por mero capricho de su propietario, abriera solo los jueves por la tarde, estaría abarrotado todos los jueves por la tarde. El Vernon Hotel estaba, como por casualidad, en la esquina de una plaza en Belgravia. Era un hotel pequeño y muy incómodo. Pero sus inconvenientes se consideraban murallas que protegían a determinada clase social. Un inconveniente, en particular, se estimaba que era de vital importancia: el hecho de que solo apenas veinticuatro personas podían cenar allí al mismo tiempo. La única mesa grande era la famosa mesa de la terraza, que estaba al aire libre en una especie de veranda que daba a uno de los jardines más exquisitos de Londres. De modo que resultaba que incluso las veinticuatro plazas de aquella mesa solo podían disfrutarse en tiempo caluroso; y eso hacía que el placer, al ser más difícil, resultara todavía más deseable. El dueño actual del hotel era un judío llamado Lever; y le sacaba casi un millón poniendo difícil el acceso. Por supuesto unía a esa limitación en la competencia de su empresa el más esmerado refinamiento en el servicio. Los vinos y la cocina eran realmente tan buenos como los mejores de Europa, y el porte de los sirvientes reflejaba exactamente el rígido temperamento de la clase alta inglesa. El propietario conocía a todos sus camareros como a los dedos de su mano; eran solo quince en total. Era más fácil llegar a ser miembro del Parlamento que camarero en aquel hotel. Cada camarero estaba adiestrado para mantener un silencio sobrecogedor y mostrarse afable, como si fuese el ayuda de cámara de un caballero. Y, de hecho, por lo general había al menos un camarero por cada caballero que cenaba.

El club de los Doce Pescadores Auténticos no habría consentido en cenar en ningún otro sitio más que allí, pues exigía una privacidad de lujo; y la sola idea de que cualquier otro club cenase en el mismo edificio lo habría molestado bastante. Con motivo de su cena anual, los Pescadores tenían la costumbre de exponer todos sus tesoros, como si estuvieran en una casa particular, especialmente el famoso juego de cubiertos de pescado, que era, por decirlo así, la insignia de la sociedad, cada uno de ellos labrado en plata en forma de pez, y con una perla de gran tamaño incrustada en el mango. Se empleaban de manera indefectible para el plato de pescado, que era siempre el más lucido en aquellos banquetes esplendorosos. La sociedad tenía una considerable cantidad de ceremonias y prácticas, pero carecía de historia y de propósito; por eso era tan aristocrática. No había que ser nada para formar parte de los Doce Pescadores; a menos que uno fuese ya cierta clase de persona, ni siquiera habría oído hablar de ellos. Existía desde hacía doce años. Su presidente era Mr. Audley. Su vicepresidente, el duque de Chester.

Si he descrito de algún modo el ambiente de aquel asombroso hotel, al lector puede extrañarle comprensiblemente cómo llegué a saber algo acerca de él, e incluso quizás se pregunte cómo una persona tan corriente como mi amigo el Padre Brown vino a parar a aquella tribuna excelente. Por lo que a eso se refiere, mi historia es simple, o incluso vulgar. Hay en este mundo en que vivimos un alborotador y demagogo de muy avanzada edad que irrumpe en los refugios más acrisolados con la espantosa denuncia de que todos los hombres son hermanos, y dondequiera que fuera ese partidario de la igualdad de derechos montado en su caballo blanco, era obligación del Padre Brown seguirlo. Uno de los camareros, un italiano, había padecido aquella tarde un ataque de parálisis; y su patrono judío, ligeramente asombrado de tales supersticiones, había consentido en llamar al sacerdote papista más cercano. Lo que el camarero confesó al Padre Brown no nos concierne, por la excelente razón de que dicho clérigo se lo calló; pero al parecer le exigió escribir una nota o declaración para transmitir algún mensaje o enderezar algún entuerto. Por tanto, el Padre Brown, con la misma insolencia sumisa que habría mostrado en Buckingham Palace, pidió que le proporcionaran una habitación y recado de escribir. Mr. Lever no sabía qué hacer. Era un hombre bondadoso, y tenía también esa mala

imitación de la bondad, la aversión a cualquier dificultad o escándalo. Al mismo tiempo, la presencia en su hotel aquella noche de un insólito desconocido era como una pequeña mancha de suciedad en algo recién limpiado. En el Vernon Hotel nunca hubo ninguna zona imprecisa o antesala, nadie esperaba en el vestíbulo, ningún cliente llegaba al azar. Había quince camareros y doce invitados. Sería tan sorprendente encontrar aquella noche un nuevo invitado en el hotel como descubrir en la propia casa a un nuevo hermano tomando el desayuno o el té. Además, el aspecto del sacerdote era mediocre y su ropa estaba llena de barro; solo vislumbrarlo a lo lejos podría provocar una crisis en el club. A Mr. Lever por fin se le ocurrió un plan para ocultar la deshonra, ya que no podía borrarla. Cuando usted entra (cosa que nunca hará) en el Vernon Hotel, recorre un pequeño pasillo decorado con unos cuantos cuadros sórdidos pero pretenciosos, y llega al vestíbulo principal y salón que comunica a su derecha con varios pasillos que conducen a los espacios públicos, y a su izquierda con un pasillo similar que lleva a las cocinas y otras dependencias del hotel. Justo a mano izquierda está la esquina de un despacho acristalado que linda con el salón: una casa dentro de otra, por así decirlo, como el bar del antiguo hotel que antaño seguramente ocupó su lugar.

En ese despacho estaba instalado el representante del propietario (nadie en aquel lugar aparecía nunca en persona si él podía evitarlo), y un poco más allá del despacho, de camino al alojamiento del servicio, estaba el guardarropa de los caballeros, última frontera de sus dominios. Pero entre el despacho y el guardarropa había un pequeño cuarto privado sin ninguna otra salida, que el propietario utilizaba a veces para asuntos delicados e importantes, como prestar mil libras a un duque o negarle seis peniques. Una prueba de la espléndida tolerancia de Mr. Lever era que permitía que aquel lugar sagrado fuera profanado durante una media hora por un simple sacerdote, garabateando en un trozo de papel. La historia que el Padre Brown estaba poniendo por escrito era probablemente mucho mejor que esta, solo que nunca la sabremos. Lo único que puedo decir es que resultaba casi tan larga, y que los dos o tres últimos párrafos eran los menos emocionantes y apasionantes.

Pues cuando llegó a esos párrafos el sacerdote empezó a dejar que sus pensamientos divagasen un poco, y que sus sentidos corporales, que normalmente eran bastante agudos, se despertaran. Estaba ya oscureciendo y se acercaba la hora de la cena; aquel olvidado cuartito privado carecía de luz, y quizás la creciente penumbra, como a veces sucede, aguzó su sentido auditivo. Mientras el Padre Brown redactaba la última parte, la menos esencial, de su documento, se sorprendió escribiendo al ritmo de un repetido ruido que venía del exterior, al igual que a veces pensamos en sintonía con el paso de un tren. Al darse cuenta de eso descubrió lo que era: solo los habituales pasos ligeros y apresurados al otro lado de la puerta, cosa nada improbable en un hotel. Sin embargo, se quedó mirando al techo oscurecido, y prestó atención al ruido. Después de haberlo oído distraídamente durante unos cuantos segundos, se levantó y escuchó con la mayor atención, ladeando un poco la cabeza. A continuación volvió a sentarse y escondió el rostro entre las manos, ya no solamente escuchando, sino también pensando.

Las pisadas del exterior eran como las que pueden oírse en cualquier hotel en un momento determinado; y a pesar de ello, consideradas en su totalidad, había algo muy extraño en ellas. No se oían otras pisadas. La casa siempre estaba en silencio, pues los escasos huéspedes habituales iban inmediatamente a sus habitaciones, y a los bien adiestrados camareros se les ordenaba que casi no se dejaran ver hasta que se los necesitase. No era posible imaginar ningún otro lugar en el que hubiera menos motivos para percibir la menor irregularidad. Pero esas pisadas eran tan extrañas que era difícil decidir si calificarlas de regulares o de irregulares. El Padre Brown las repitió con su dedo en el borde de la mesa, como el que trata de aprender una melodía en el piano.

En primer lugar se oyó una gran cantidad de pasitos apresurados, como los que podría hacer un hombre ligero para ganar una carrera pedestre. En un determinado momento se detuvieron y se trocaron en una especie de pasos lentos y cadenciosos, que ascendían a menos de una cuarta parte, pero emplearon casi el mismo tiempo. Nada más extinguirse el eco de la última pisada volvió a oírse la serie o el murmullo de pasos ligeros y apresurados, y después de nuevo el ruido sordo de un andar más pesado. Indudablemente

se trataba del mismo par de botas, en parte porque (como se ha dicho) no había otras cerca, y en parte porque crujían un poco, aunque inconfundiblemente. El Padre Brown tenía esa clase de cabeza que no puede evitar hacerse preguntas; y esa pregunta aparentemente trivial casi hizo que la cabeza le estallara. Había visto gente que corría para saltar, y gente que corría para deslizarse. Pero ¿por qué demonios correría alguien para andar? O bien, ¿por qué andaría para correr? Sin embargo ninguna otra descripción contemplaba las extravagancias de aquel invisible par de piernas. O aquel hombre caminaba muy deprisa medio pasillo para andar muy despacio la otra mitad; o caminaba muy despacio hasta un extremo para darse el gusto de andar rápido hasta el otro. Ninguna de las dos ocurrencias parecía tener mucho sentido. Su mente se oscurecía cada vez más, como la habitación.

Sin embargo, cuando se puso a pensar juiciosamente, la misma oscuridad de su celda pareció aclarar sus ideas; empezó a ver, como en una especie de visión, aquellos pies extraños correteando por el pasillo en posturas forzadas y simbólicas. ¿Era una danza religiosa pagana? ¿O algún tipo completamente nuevo de experimento científico? El Padre Brown empezó a preguntarse con más precisión qué parecían indicar aquellos pasos. Primero se ocupó de los pasos lentos: no eran, sin duda alguna, los pasos del propietario. Esa clase de personas anda rápido y contoneándose, o se está quieta. Tampoco podía ser un empleado o recadero esperando instrucciones. No parecía eso. En una oligarquía, los miembros de la clase peor remunerada a veces se tambalean cuando están algo bebidos, pero por lo general, y especialmente en lugares tan espléndidos, se quedan de pie o se sientan en posturas forzadas. No; aquel andar pesado pero ligero, con una especie de énfasis despreocupado, no especialmente ruidoso, pero sin que le importe hacer ruido, solo podía pertenecer a uno de los animales de este mundo. Era un caballero de Europa occidental, que seguramente nunca había trabajado para ganarse la vida.

Justo cuando llegaba a esa firme certidumbre, los pasos se aceleraron y pasaron corriendo por delante de la puerta con el mismo desasosiego que los de una rata. El oyente observó que aunque aquel paso era mucho más rápido era también mucho más silencioso, casi como si aquel hombre

caminase de puntillas. Sin embargo no lo asoció mentalmente a la discreción, sino a otra cosa…, algo que no podía recordar. Lo sacaba de quicio uno de aquellos vagos recuerdos que lo hacen a uno sentirse estúpido. Sin duda había oído aquel andar extraño y veloz en alguna parte. De pronto se levantó de un salto con una nueva idea en la cabeza y se dirigió a la puerta. Su habitación no tenía una salida directa al corredor, sino que daba por un lado al despacho acristalado y por el otro, al guardarropa de más allá. Trató de salir por la puerta del despacho y comprobó que estaba cerrada con llave. Acto seguido miró hacia la ventana, que ya no era más que un cristal cuadrado que enmarcaba una nube purpúrea hendida por el lívido crepúsculo, y por un momento olfateó el mal como un perro olfatea a las ratas.

Su lado racional (fuese o no el más sensato) recobró la supremacía. Recordó que el propietario le había dicho que cerraría la puerta con llave y que volvería más tarde para liberarlo. Se dijo que unas veinte cosas que no se le habían ocurrido podrían explicar aquellos ruidos raros en el exterior; recordó que quedaba solo la luz suficiente para terminar su propio trabajo. Llevó su papel a la ventana para captar la última luz de aquella tarde tormentosa, y una vez más se sumergió con determinación en su informe casi concluido. Había escrito durante unos veinte minutos, inclinándose cada vez más sobre el papel por la disminución de luz, cuando de pronto se irguió. Había oído otra vez aquellos extraños pasos.

Esta vez tenían una tercera rareza. Anteriormente el desconocido había caminado, con ligereza sin duda y veloz como el rayo, pero había caminado. Esta vez corría. Podían oírse los pasos rápidos, silenciosos, ágiles que venían por el pasillo, como si fueran las patas de una pantera que huye y da saltos. Quienquiera que fuese el que venía era un hombre fuerte y ágil, presa de una emoción contenida aunque violenta. Sin embargo, cuando el ruido hubo llegado majestuosamente al despacho como una especie de torbellino susurrante, de pronto volvió de nuevo el andar lento y arrogante de antes.

El Padre Brown tiró al suelo su papel y, sabiendo que la puerta del despacho estaba cerrada con llave, entró sin pérdida de tiempo en el guardarropa situado al otro lado. El encargado de aquel lugar se había

ausentado temporalmente, es probable que porque los únicos huéspedes estaban cenando y su cargo era una sinecura. Después de abrirse camino a tientas por un bosque de abrigos en penumbra, descubrió que el oscuro guardarropa daba al pasillo iluminado mediante una especie de ventanilla o media puerta, como la mayoría de las ventanillas a través de las cuales todos hemos entregado paraguas y recibido a cambio fichas numeradas. Había una luz justo encima del arco semicircular de esta abertura. Iluminaba apenas al Padre Brown, que parecía meramente una silueta oscura que el sombrío crepúsculo perfilaba en la ventana a sus espaldas. Pero arrojaba una luz casi teatral sobre el hombre que estaba en el pasillo fuera del guardarropa.

Era un hombre elegante con un traje de etiqueta muy sencillo; alto, pero con aspecto de no ocupar mucho espacio; daba la impresión de que podría deslizarse como una sombra por donde a muchos hombres más pequeños se les notaría demasiado y serían un estorbo. Su rostro, ahora echado hacia atrás e iluminado por la lámpara, era atezado y vivaz, el rostro de un extranjero. Tenía una buena figura, modales joviales y seguridad en sí mismo; un crítico solo habría podido decir que su chaqueta negra no estaba a tono con su figura y sus modales, y que incluso estaba abultada y hacía bolsas de un modo extraño. Nada más vislumbrar la negra silueta de Brown, perfilada contra el ocaso, arrojó un trozo de papel con un número y pidió con afable autoridad:

—Por favor, deme mi sombrero y mi abrigo; no tengo más remedio que irme ahora mismo.

El Padre Brown cogió el papel sin mediar palabra, y obedientemente fue a buscar el abrigo; no era el primer trabajo servil que había hecho en su vida. Lo cogió y lo puso en la ventanilla; entre tanto, el extraño caballero que había estado registrando el bolsillo de su chaleco, dijo riendo:

—No tengo nada suelto; puede quedarse con esto.

Y depositó medio soberano y recogió su abrigo.

La figura del Padre Brown permaneció completamente a oscuras e inmóvil; pero en aquel instante había perdido la cabeza, que era siempre más valiosa cuando la perdía. En tales momentos sumaba dos más dos y hacían cuatro millones. A menudo la Iglesia católica (que se aferra al

sentido común) no lo aprobaba. Muchas veces tampoco lo aprobaba él. Pero era una verdadera inspiración (importante en crisis excepcionales) porque quienquiera que pierda su cabeza lo mismo la salvará.

—Me parece, señor —dijo cortésmente—, que usted tiene algo de dinero suelto en el bolsillo.

El caballero alto lo miró fijamente.

—Maldita sea —exclamó—, si prefiero darle oro, ¿por qué se queja?

—Porque a veces la plata[116] es más valiosa que el oro —dijo el sacerdote gentilmente—; es decir, en grandes cantidades.

El desconocido lo observó con curiosidad. Acto seguido, miró con más curiosidad todavía el pasillo hacia la entrada principal. A continuación volvió a mirar a Brown, y después miró muy detenidamente la ventana que había detrás de la cabeza de Brown, todavía coloreada por el resplandor crepuscular de la tormenta. Luego pareció decidirse. Puso una mano en la ventanilla, saltó por encima con la misma facilidad que un acróbata y, sobrepasando en estatura al sacerdote, le puso en el cuello una mano enorme.

—No se mueva —le dijo en un susurro entrecortado—. No quiero amenazarlo, pero…

—Yo sí quiero amenazarlo a usted —dijo el Padre Brown, con una voz como el redoble de tambor—. Quiero amenazarlo con el gusano que no muere y con el fuego que no se apaga.

—Es usted un tipo muy raro de encargado de guardarropa —dijo el otro.

—Soy un sacerdote, *Monsieur* Flambeau —dijo Brown—, y estoy dispuesto a escuchar su confesión.

El otro se quedó boquiabierto unos instantes y a continuación se desplomó en una silla.

Los dos primeros platos de la cena de los Doce Pescadores Auténticos se habían sucedido de un modo apacible y satisfactorio. No poseo una copia del menú; y aunque la tuviera a nadie le diría nada. Estaba escrita en esa especie de francés de altos vuelos que emplean los cocineros, pero completamente incomprensible para los franceses. Era tradición en el club que los entremeses fueran numerosos y variados hasta rayar en el desatino.

Se los tomaba muy en serio porque se consideraban abiertamente extras superfluos, como la misma cena y el club entero. También era tradición que el plato de sopa tenía que ser ligero y sin pretensiones: una especie de vigilia sencilla y austera antes de la comilona de pescado que venía después. La conversación era esa extraña y limitada manera de hablar que rige en el Imperio británico, que lo rige en secreto, y que a pesar de ello apenas ilustraría a un inglés corriente aunque casualmente pudiese oírla. Se aludía a los ministros del gobierno de ambos lados por sus nombres de pila con una especie de aburrida benevolencia. Al ministro de Hacienda del partido radical, a quien todo el partido *tory* debería estar maldiciendo por sus exacciones, lo alababan por sus poemas menores, o su silla de montar en las cacerías. Al líder de los *tories*, a quien todos los liberales deberían odiar por tirano, lo discutían y, después de todo, lo alababan… por liberal. Parecía en cierto modo que los políticos eran muy importantes. Y aun así, cualquier cosa acerca de ellos parecía importante menos su política. Mr. Audley, el presidente, era un anciano afable que todavía usaba cuellos Gladstone; era una especie de símbolo de toda aquella sociedad fantasmal pero estable. Nunca había hecho nada…, ni siquiera nada malo. No era disoluto; ni tampoco especialmente rico. Simplemente estaba de moda, y se acabó. Ningún partido podía ignorarlo, y si hubiese querido formar parte del gobierno lo habrían metido. El duque de Chester, el vicepresidente, era un político joven y prometedor. Es decir, era un joven agradable, de cabellos rubios y lisos y rostro cubierto de pecas, de mediana inteligencia y enormes propiedades. Sus apariciones en público siempre eran afortunadas y su principio bastante sencillo. Cuando se le ocurría una broma la hacía, y a todos les parecía genial. Cuando no se le ocurría ninguna, decía que no era momento para frivolidades, y a todos les parecía inteligente. En privado, en un club de su propia clase, se limitaba a ser franco y cándido de buen grado, como un colegial. Mr. Audley, que nunca se había metido en política, los trataba con un poco más de seriedad. A veces incluso desconcertaba a la concurrencia con frases que parecían dar a entender que había alguna diferencia entre un liberal y un conservador. Él mismo era conservador, incluso en la vida privada. Un bucle de pelo gris le cubría la nuca, como a ciertos estadistas de antes, y visto por detrás parecía el hombre que el

imperio necesita. Visto de frente parecía un soltero afable y autocomplaciente que se aloja en el Albany…, como así era.

Como se ha dicho, había veinticuatro plazas en la mesa de la terraza, y solo doce miembros en el club. Así que podían ocupar la terraza de la manera más lujosa posible, colocados en el lado de dentro de la mesa, sin nadie enfrente, dominando sin ningún estorbo el panorama del jardín, cuyos colores eran todavía vivos, aunque la tarde fuese cayendo de un modo algo refulgente para la época del año. El presidente se sentaba en el centro de la fila, y el vicepresidente en el extremo de la derecha. Cuando los doce comensales tomaban asiento por primera vez era costumbre (por algún motivo desconocido) que los quince camareros se alinearan en la pared como tropas que presentan armas al rey, mientras el obeso propietario permanecía de pie y hacía reverencias a los invitados mostrando una radiante sonrisa de sorpresa, como si nunca hubiese sabido de ellos. Pero antes de que sonase el primer tintineo de cuchillos y tenedores aquel ejército de criados había desaparecido, solo uno o dos, indispensables para recoger y repartir los platos, iban precipitadamente de un lado a otro en medio de un silencio sepulcral. Mr. Lever, el propietario, desde luego había desaparecido mucho antes entre un alboroto de cumplidos. Sería exagerado, es más, irreverente, decir que volvía a aparecer realmente. Pero cuando iba a servirse el plato principal, el plato de pescado, había (¿cómo lo diría?) una sombra vívida, una proyección de su personalidad, que indicaba que andaba rondando muy cerca. El sagrado plato de pescado consistía (a los ojos del vulgo) en una especie de pudín enorme, del tamaño y aspecto de una tarta nupcial, en el que un considerable número de atractivos pescados habían perdido definitivamente la forma que Dios les había dado. Los Doce Pescadores Auténticos empuñaron sus famosos cuchillos y tenedores de pescado, y abordaron el pudín tan solemnemente como si cada pulgada del mismo costase tanto como el tenedor de plata con el que se lo estaban comiendo. Así era, que yo sepa. Se enfrentaron al plato en medio de un silencio ilusionado y acuciante, y solo cuando el suyo estaba casi vacío, el joven duque hizo el comentario ritual:

—Esto no saben hacerlo en ninguna otra parte más que aquí.

—En ninguna otra parte —dijo Mr. Audley, con voz de bajo profundo, volviéndose hacia el que acababa de hablar y asintiendo varias veces con su venerable cabeza—. En ninguna otra parte, ciertamente, excepto aquí. Me habían dicho que en el Cafe Anglais…

Aquí se interrumpió e incluso se alteró por un momento al quitarle el plato, pero recobró el valioso hilo de sus pensamientos.

—Me habían dicho que en el Cafe Anglais sabían hacer lo mismo. Nada como esto, señor mío —dijo, negando con la cabeza implacablemente, como un juez muy severo—. Nada como esto.

—Es un sitio sobrestimado —dijo un tal coronel Pound, que (por su aspecto) hablaba por primera vez en varios meses.

—No sé, no sé —dijo el duque de Chester, que era un optimista—, para algunas cosas es muy bueno. No es posible superarlo en…

Un camarero entró rápidamente en la habitación, y luego se paró en seco. Su detención fue tan silenciosa como sus andares; pero todos aquellos caballeros despistados y amables estaban tan acostumbrados a la tranquilidad absoluta de la maquinaria invisible que rodeaba y sustentaba sus vidas, que el hecho de que un camarero hiciera algo inesperado suponía un sobresalto y un impacto. Sintieron lo que usted y yo sentiríamos si el mundo inanimado nos desobedeciese…, si una silla huyera de nosotros.

El camarero se quedó durante unos segundos mirando fijamente, mientras en el rostro de todos los comensales se acentuó una extraña vergüenza, producto exclusivo de nuestra época, combinación del humanitarismo moderno con el horrendo abismo actual que separa a los ricos de los pobres. Un verdadero aristócrata de los de antes le habría arrojado algo al camarero, empezando con botellas vacías y acabando muy probablemente con dinero. Un verdadero demócrata le habría preguntado, con la sinceridad de un camarada, qué demonios estaba haciendo. Pero estos plutócratas modernos no podían soportar a un pobre cerca de ellos, ni como esclavo ni como amigo. Que algo le hubiese salido mal a los criados era solamente un engorro estúpido y controvertido. Ellos no querían ser crueles y temían verse obligados a ser benevolentes. Querían dar por zanjado el asunto, fuera el que fuese. Lo dieron por zanjado. El camarero,

tras permanecer rígido durante unos segundos, como un cataléptico, dio media vuelta y salió corriendo de la habitación como un loco.

Cuando reapareció en la habitación, o más bien en la puerta, estaba acompañado por otro, con el que cuchicheaba y gesticulaba con ardor meridional. A continuación el primer camarero se marchó, dejando al segundo, y reapareció con un tercero. Cuando un cuarto camarero se sumó a aquel apresurado sínodo, a Mr. Audley le pareció necesario romper el silencio en pro del tacto. Valiéndose de una tos muy fuerte, en vez del mazo presidencial, dijo:

—El joven Moocher está haciendo un trabajo espléndido en Birmania. En estos momentos, ninguna otra nación en el mundo podría…

Un quinto camarero había salido disparado hacia él como una flecha y le había susurrado al oído:

—Cuánto lo lamento. ¡Es importante! ¿Podría el propietario hablar con ustedes?

El presidente se volvió perplejo y, con una mirada de aturdimiento y extrañeza, vio que Mr. Lever venía hacia ellos con su torpe prontitud. Los andares del bueno del propietario eran, por supuesto, los habituales, pero su rostro no era ni mucho menos normal. Generalmente tenía un suave bronceado cobrizo; en aquellos momentos era de una palidez amarillenta.

—Discúlpeme usted, Mr. Audley —dijo, respirando con dificultad, como un asmático—. Tengo serias sospechas. ¡Los platos de pescado los retiraron con el cuchillo y el tenedor encima de ellos!

—Bueno, eso espero —dijo el presidente con cierta cordialidad.

—¿Ustedes lo vieron? —dijo de manera entrecortada el excitado hotelero—. ¿Vio al camarero que se los llevó? ¿Lo conoce?

—¿Qué si conozco al camarero? —respondió Mr. Audley con indignación—. ¡Por supuesto que no!

Mr. Lever abrió las manos con un gesto de dolor.

—Yo no lo envié —dijo—. No sé cuándo ni por qué vino. Envié a mi camarero para que se llevase los platos y comprobó que ya no estaban.

Mr. Audley todavía parecía bastante desconcertado para ser realmente el hombre que el imperio necesita; ninguno de los presentes pudo decir nada excepto el hombre de madera (el coronel Pound) que pareció reactivarse

hasta cobrar una vida artificial. Se levantó con rigidez de su silla, dejando a todos los demás sentados, se ajustó el monóculo al ojo y habló en voz baja y ronca como si se le hubiera medio olvidado hablar.

—¿Va usted a decirme —preguntó— que alguien ha robado nuestro juego de cubiertos de plata para el pescado?

El propietario repitió el gesto de abrir las manos incluso con mayor impotencia, y en un abrir y cerrar de ojos todos los ocupantes de la mesa se pusieron de pie.

—¿Están aquí todos sus camareros? —preguntó el coronel con su tono de voz bajo y áspero.

—Sí; están todos aquí. Yo mismo lo observé —exclamó el joven duque, introduciendo a la fuerza su rostro infantil en el corro más íntimo—. Siempre los cuento cuando entro; tienen un aspecto tan curioso puestos ahí de pie contra la pared.

—Pero es posible que no lo recuerde con exactitud —empezó a decir Mr. Audley, con enorme vacilación.

—Lo recuerdo con exactitud, se lo aseguro —exclamó el duque muy excitado—. Nunca ha habido más de quince camareros en este hotel, y esta noche no había más de quince, puedo jurarlo; ni uno más ni uno menos.

El propietario se volvió hacia él, estremecido por una especie de parálisis causada por la sorpresa.

—¿Dice usted…, dice usted —balbuceó— que vio a mis quince camareros?

—Como de costumbre —asintió el duque—. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Nada —dijo Lever, cada vez con mayor acento—, solo que usted no pudo verlos. Pues uno de ellos ha muerto en el piso de arriba.

Por un momento hubo un silencio sobrecogedor en aquella habitación. Es posible (es tan sobrenatural la palabra «muerte») que cada uno de aquellos hombres ociosos analizase su alma durante unos segundos y la viera como un pequeño guisante seco. Uno de ellos (el duque, creo) incluso dijo con la necia amabilidad de la opulencia:

—¿Podemos hacer algo?

—Ya lo ha visto un sacerdote —dijo el judío, afectado.

Acto seguido, como si hubieran escuchado el tantán del día del Juicio Final, se dieron cuenta de la verdadera situación en la que se encontraban. Pues durante unos cuantos segundos espeluznantes habían tenido la impresión realmente de que el camarero número quince podía ser el fantasma del hombre muerto del piso de arriba. Se habían quedado sin habla bajo aquella opresión, pues los fantasmas eran para ellos un engorro, como los mendigos. Pero el recuerdo de los cubiertos de plata rompió el encanto del prodigio; lo rompió bruscamente y con una reacción brutal. El coronel salió disparado de su silla y se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas.

—Si había aquí un individuo decimoquinto —dijo—, ese era el ladrón. Bajemos inmediatamente a la entrada principal y a las puertas de atrás y cerrémoslas bien; luego hablaremos. Vale la pena recuperar las veinticuatro perlas del club.

Mr. Audley pareció dudar al principio de que fuese propio de caballeros darse tanta prisa por algo; pero, viendo que el duque se precipitaba escaleras abajo con energía juvenil, lo siguió aunque con ademán más juicioso.

En aquel mismo instante un sexto camarero entró corriendo en la habitación y declaró que había encontrado la pila de platos de pescado en un aparador, sin el menor rastro de los cubiertos de plata.

La multitud de comensales y sirvientes que se precipitaron atropelladamente por los pasillos se dividió en dos grupos. La mayor parte de los Pescadores siguieron al propietario a la sala de estar que daba a la calle para averiguar si alguien había salido. El coronel Pound, con el presidente, el vicepresidente y uno o dos más, se lanzó por el pasillo que conducía a las dependencias del servicio, que les parecía la más probable vía de escape. Al hacer eso pasaron por delante del oscuro nicho o espelunca del guardarropa, y vieron a un tipo de baja estatura, vestido de negro, probablemente el encargado, que permanecía un poco apartado en la sombra.

—¡Oye, tú! —gritó el duque—. ¿Has visto a alguien pasar?

El tipo de baja estatura no contestó directamente a la pregunta, sino que se limitó a decir:

—Puede que yo tenga lo que ustedes andan buscando, caballeros.

Se detuvieron, indecisos y perplejos, mientras él se retiraba discretamente al fondo del guardarropa y regresaba con las manos llenas de objetos de plata reluciente, que extendió en la ventanilla con la misma calma con que lo haría un vendedor. Consistía en una docena de tenedores y cuchillos de formas curiosas.

—Usted, usted… —empezó a decir el coronel, completamente desconcertado en definitiva. A continuación escudriñó la pequeña habitación en penumbra y vio dos cosas: la primera, que el hombre de baja estatura vestido de negro llevaba un traje de clérigo; y la segunda, que la ventana de la habitación situada detrás de él estaba rota, como si alguien la hubiera atravesado de manera violenta.

—¿No son cosas demasiado valiosas para depositarlas en un guardarropa? —comentó el clérigo, con jovial compostura.

—¿Usted… robó esas cosas? —balbuceó Mr. Audley, mirándolo fijamente.

—Si así fuese —dijo el tonsurado jovialmente—, en todo caso las estoy devolviendo de nuevo.

—Pero no fue usted —dijo el coronel Pound, mirando todavía fijamente la ventana rota.

—Confieso con franqueza que yo no las robé —dijo el otro con algo de humor. Y se sentó con bastante solemnidad en un taburete.

—Pero usted sabe quién lo hizo —dijo el coronel.

—Ignoro su verdadero nombre —dijo el sacerdote tranquilamente—, pero sé algo de su peso como boxeador, y bastante sobre sus problemas espirituales. La apreciación física la hice cuando trató de estrangularme, y la apreciación moral cuando se arrepintió.

—¡Conque… se arrepintió! —exclamó el joven Chester, con una especie de risotada balbuciente.

El Padre Brown se levantó, llevándose las manos a la espalda.

—¿No es extraño —dijo— que un ladrón y vagabundo se arrepienta, cuando tantos que son ricos y se sienten seguros permanecen inflexibles y frívolos, sin dar ningún fruto ni a Dios ni a los hombres? Pero en eso, si me permite, invade usted un poco mi incumbencia. Si duda de la penitencia como hecho práctico, ahí están sus cuchillos y tenedores. Ustedes son los

Doce Pescadores Auténticos, y ahí están sus pescados de plata. Pero Él me ha hecho a mí pescador de hombres.

—¿Cogió usted a ese hombre? —preguntó el coronel, frunciendo el ceño.

El Padre Brown lo miró directamente a la cara ceñuda.

—Sí —dijo—, lo pesqué con un anzuelo inadvertido y un sedal invisible lo bastante largo para permitirle alejarse hasta los confines del mundo y aun así traerlo de vuelta con un tirón del hilo.

Hubo un largo silencio. Todos los demás hombres presentes se dispersaron para llevar la plata recobrada a sus camaradas, o para consultar al propietario acerca de las extrañas circunstancias de aquel asunto. Pero el coronel del rostro ceñudo seguía sentado a un lado de la ventanilla, balanceando sus piernas largas y flacas y mordiéndose el bigote negro.

Por fin le dijo en voz baja al sacerdote:

—Debe haber sido un tipo listo, pero creo conocer a otro más listo todavía.

—Era un tipo listo —respondió el otro—, pero no estoy del todo seguro de a quién se refiere usted.

—Me refiero a usted —dijo el coronel, riéndose un poco—. No tengo especial empeño en que encarcelen a ese tipo; no se preocupe por eso. Pero daría una buena cantidad de tenedores de plata por saber exactamente cómo se metió en este asunto, y cómo le quitó el género. Creo que usted es el pájaro que está más al tanto de todos los presentes.

Al Padre Brown pareció gustarle bastante la franqueza saturnina del militar.

—Mire usted —dijo sonriendo—, no puedo decirle nada, desde luego, acerca de la identidad del hombre, ni de su propia historia; pero no hay ningún motivo especial para que no le cuente los simples hechos ajenos que he averiguado por mi cuenta.

Saltó por encima de la valla con inesperada agilidad y se sentó junto al coronel Pound, moviendo sus cortas piernas como un niño que da patadas a una verja. Y empezó a contar la historia con la misma naturalidad con que se la contaría a un viejo amigo ante la chimenea el día de Navidad.

—Verá usted, coronel —dijo—, estaba yo encerrado ahí en esa pequeña habitación escribiendo un par de cosillas cuando oí en el pasillo unas pisadas tan sospechosas que parecían la danza de la muerte. Al principio eran unos extraños pasitos rápidos, como de un hombre que anda de puntillas por una apuesta; a continuación unos pasos lentos, descuidados, poco seguros, como de un hombre grande que pasea fumando un cigarro. Pero ambos provenían de los mismos pies, se lo juro, y se alternaban; primero la carrera, luego el paso y después otra vez la carrera. Me pregunté, al principio para pasar el rato, luego de manera incontrolada, por qué un hombre actuaría de esas dos formas simultáneamente. Un tipo de pasos lo reconocí; eran como los suyos, coronel. Era el andar de un caballero bien alimentado que espera algo, que se pasea más bien porque está alerta que por impaciencia. También sabía que conocía el otro andar, pero no podía recordarlo. ¿Qué insensata criatura había encontrado yo en mis viajes que corría precipitadamente de puntillas de aquella manera tan extraordinaria? Entonces oí un entrechocar de platos en alguna parte, y la respuesta me pareció tan obvia como la de san Pedro. Era el andar de un camarero: ese andar con el cuerpo inclinado hacia adelante, la mirada baja, pateando el suelo con la parte anterior de la planta del pie, los faldones del frac y la servilleta ondeando. Luego medité durante un minuto y medio más. Y creo que descubrí el talante del delito tan claramente como si yo mismo lo fuera a cometer.

El coronel Pound lo observó con mucha atención, pero los dulces ojos grises del cura miraban fijamente el techo con tristeza casi vacua.

—Un delito —dijo lentamente— es como cualquier otra obra de arte. No se sorprenda; los delitos no son ni mucho menos las únicas obras de arte que proceden de un taller infernal. Pero toda obra de arte, divina o diabólica, tiene un sello indispensable: me refiero a su sencillez esencial, por mucho que su ejecución pueda ser complicada. Así, en *Hamlet*, por ejemplo, el carácter grotesco del sepulturero, las flores de la joven demente, las galas fantásticas de Osric, la palidez del fantasma y la mueca de la calavera son todo ello rarezas en una especie de enmarañada guirnalda en torno a la sencilla figura trágica de un hombre vestido de negro. Pues bien, esto también —dijo sonriendo mientras bajaba despacio de su asiento—,

también es la sencilla tragedia de un hombre vestido de negro. Sí —prosiguió, al ver que el coronel levantaba la vista algo asombrado—, toda la historia gira en torno a una levita negra. En esto, como en *Hamlet*, hay excrecencias rococó: ustedes, digamos. El camarero muerto, que estaba allí cuando no podía estar. La mano invisible que se llevó toda la plata de la mesa y desapareció. Pero todo delito ingenioso se basa a fin de cuentas en algún hecho bastante simple: un hecho que no es misterioso en sí mismo. El misterio surge al ocultarlo, al hacer que se piense en otra cosa. Este delito a gran escala y sutil, y (en circunstancias normales) sumamente provechoso, se basaba en el simple hecho de que el traje de etiqueta de un caballero es idéntico al de un camarero. Todo lo demás era actuación, una actuación la mar de buena, eso sí.

—Aun así —dijo el coronel, levantándose y mirándose las botas frunciendo el ceño—, no estoy seguro de haberlo entendido.

—Coronel —dijo el Padre Brown—, le aseguro que ese arcángel de la impudencia que robó sus tenedores anduvo de aquí para allá por este pasillo unas veinte veces a la luz resplandeciente de todas las lámparas, a la vista de todas las miradas. No fue a esconderse en rincones oscuros donde la sospecha podría haberlo buscado. No paró ni por un momento de recorrer los pasillos iluminados, y dondequiera que fuese parecía tener derecho a estar. No me pregunte qué aspecto tenía; usted mismo lo habrá visto seis o siete veces esta noche. Usted estuvo esperando con la demás gente importante en la sala de espera, al final del pasillo, justo antes de la terraza. Cada vez que pasaba entre ustedes, caballeros, lo hacía con la ligereza de un camarero, con la cabeza inclinada, ondeando la servilleta y con pies rápidos. Salía disparado a la terraza, hacía algo con el mantel y volvía de nuevo como un torbellino al despacho y a las dependencias del servicio. Cuando se ponía al alcance de las miradas del encargado del despacho y de los camareros se había convertido en otro hombre completamente distinto en cada pulgada de su cuerpo, en cada gesto instintivo. Se paseaba entre los criados con la insolencia ausente que todos ellos están acostumbrados a ver en sus clientes. No era nuevo para ellos que un pez gordo de los que participaban en la cena fuera y viniera por todas partes de la casa como un animal en el zoo; ellos saben que nada caracteriza más a la buena sociedad

que la costumbre de andar por donde uno quiere. Cuando estaba más que harto de pasar por determinado pasillo, daba media vuelta y volvía a pasar por el despacho; amparado por la sombra del arco, un poco más allá, se transformaba como por un toque de magia y, de nuevo, se presentaba apresuradamente ante los Doce Pescadores convertido en sirviente sumiso. ¿Por qué iban a fijarse aquellos caballeros en un camarero al azar? ¿Por qué iban a sospechar los camareros de un distinguido caballero que se paseaba de un lado a otro? Una o dos veces gastó las bromas más insolentes. En el alojamiento privado del propietario pidió con toda tranquilidad un sifón, diciendo que tenía sed. Dijo afablemente que él mismo lo llevaría, y así lo hizo; lo llevó rápida y correctamente, pasando entre la mayoría de ustedes, como si fuera una camarero que hace un recado. Sin duda no habría podido mantenerlo por mucho tiempo, pero solo tenía que durar hasta el final del plato de pescado.

Su peor momento fue cuando los camareros se alinearon; pero incluso entonces consiguió apoyarse contra la pared, justo a la vuelta de la esquina, de tal manera que en aquel momento crucial los camareros lo creyeran un caballero, y los caballeros pensaran que era un camarero. Lo demás pasó en un abrir y cerrar de ojos. Si algún camarero lo sorprendía lejos de la mesa, lo tomaba por un lánguido aristócrata. Solo tuvo que llegar dos minutos antes de que retirasen el pescado, convertirse en camarero y desaparecer. Puso los platos en un aparador, metió los cubiertos de plata en su bolsillo delantero, que adoptaría un aspecto abultado, y salió corriendo como una liebre (lo oí venir) hasta que llegó al guardarropa. Allí solo tenía que ser de nuevo un plutócrata…, un plutócrata a quien de pronto lo reclamaba un asunto urgente. Solo tenía que dar su ficha numerada al encargado del guardarropa, y salir de nuevo tan elegantemente como había entrado. Solo que…, solo que dio la casualidad de que el encargado del guardarropa era yo.

—¿Qué le hizo usted? —exclamó el coronel, con inusitada vehemencia—. ¿Qué le dijo él?

—Discúlpeme —dijo el sacerdote sin inmutarse—, pero aquí termina mi historia.

—Y empieza a hacerse interesante —murmuró Pound—. Creo haber entendido el manejo profesional del ladrón. Pero no me parece haber captado el suyo.

—Debo irme —dijo el Padre Brown.

Caminaron juntos por el pasillo hasta el vestíbulo, donde vieron el rostro de buen color y pecoso del duque de Chester que, con paso ligero, se dirigía hacia ellos.

—Deprisa, Pound —exclamó, jadeante—. Lo he estado buscando por todas partes. La cena va a seguir a lo grande, y el viejo Audley tiene que dar un discurso en honor de los cubiertos que se han salvado. Queremos crear una nueva ceremonia, ¿sabe usted?, para conmemorar la ocasión. Oiga, la verdad es que usted recuperó la mercancía, ¿qué propone?

—Pues bien —dijo el coronel, con una mirada de aprobación algo sardónica—, yo propondría que en adelante llevemos chaquetas verdes en lugar de negras. Nunca se sabe las confusiones que pueden presentarse cuando uno se parece tanto a un camarero.

—¡Qué demonios! —dijo el joven—, un caballero no se parece nunca a un camarero.

—Ni un camarero a un caballero, ¿no es cierto? —dijo el coronel Pound, con la misma sonrisa en su rostro ceñudo—. Reverendo señor, su amigo debe haber sido muy listo para desempeñar el papel de caballero.

El Padre Brown se abotonó hasta el cuello su vulgar abrigo, pues la noche era tormentosa, y tomó su vulgar paraguas del paragüero.

—Sí —dijo—, ser un caballero debe de ser un trabajo muy duro; pero ¿sabe usted?, a veces he pensado que ser camarero debe de ser casi igual de laborioso.

Y diciendo «Buenas noches», abrió de un empujón las pesadas puertas de aquel palacio de los placeres. La verja dorada se cerró tras él y se fue a buen paso a atravesar las húmedas y oscuras calles en busca de un modesto ómnibus.

Notas

[1] Daniel, 13 y 14. <<

[2] *Historia*, II, 121-122. <<

[3] Virgilio, *Eneida*, libro VIII. <<

[4] El primero lo narra Scheherezade en la noche 18.ª de la edición española de Blasco Ibáñez, que no incluye el segundo, que sí aparece en la edición inglesa de Richard F. Burton, *The Book of Thousand Nights and a Night*, Trieste, 1888. <<

[5] *Peregrinaggio di tre giovani figliuoli del re di Serendippo*, publicado en Venecia en 1557, es una supuesta adaptación de un cuento persa del siglo XIV, famosa sobre todo porque dio lugar al término *serendipity* (*serendipia*), acuñado por Horace Walpole en 1754, para denotar cualquier hallazgo fortuito e inesperado. <<

[6] Alberto del Monte, *Breve historia de la novela policíaca*, pág. 29. <<

[7] Julian Symons, *Historia del relato policial*, pág. 32. <<

[8] De ahí la denominación de *bobbies* o *peelers* con que se les conocían. <<

[9] En septiembre de 1837, William Evans Burton había publicado el relato «The Secret Cell», en el que un policía londinense llamado L… resuelve el secuestro de la hija adolescente de la lavandera del propio Burton (que narra el caso), basándose más en métodos prácticos (conocimiento del hampa, vigilancia discreta, búsqueda sistemática de indicios que el culpable ha dejado por descuido) que en un eficaz método deductivo. Burton era un actor teatral inglés emigrado a Estados Unidos, donde alternó su afición teatral con la escritura y la fundación de la revista *Gentleman's Magazine*, de la que Poe llegaría a ser codirector (en 1839), antes de ser vendida a George Rex Graham y convertirse en la *Graham's Magazine*, que años más tarde publicaría precisamente «The Murders in the Rue Morgue». <<

[10] «Wilkie Collins and Dickens» (1927), incluido en *Selected Essays*, Faber, Londres, 1951, pág. 463. <<

[11] Jorge Luis Borges, prólogo a *La piedra lunar* de Wilkie Collins, Emecé, Buenos Aires, 1946. <<

[12] Jorge Luis Borges, *Obras completas*, IV, Emecé, Buenos Aires, 1999, pág. 194. <<

[13] *El cuento policial*, conferencia de Jorge Luis Borges en la Universidad argentina de Belgrano (16 de junio de 1978) [incluida en *Borges oral*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1979, págs. 65-80]. <<

[14] «Le roman policier», en Román Gubern (ed.), *La novela criminal*, traducción de Ricardo Muñoz Suay, Tusquets, Barcelona, 1976, pág. 55. <<

[15] Edgar A. Poe, *Ensayos y críticas*, traducción de Julio Cortázar, Alianza, Madrid, 1973, pág. 136. <<

[16] François Fosca, *Histoire et technique du roman policier*, Éditions de la Nouvelle Revue Critique, París, 1937. <<

[17] «¿Qué es el género policial?», en Jorge Lafforge y Jorge B. Rivera, *Asesinos de papel: ensayos sobre narrativa policial*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1995, págs. 249-250. <<

[18] Epílogo a *The Wrecker* (1892). <<

[19] Reseña del libro de John H. Ingram *The Works of Edgar Allan Poe*, Adam y Charles Black, Londres y Edinburgo, 1874. <<

[20] Román Gubern (ed.), *La novela criminal*, traducción de Ricardo Muñoz Suay, Tusquets, Barcelona, 1976, pág. 51. <<

[21] Este notable escritor romántico irlandés (1814-1873), famoso sobre todo por sus cuentos góticos como *Carmilla* (1872), contribuyó también activamente al nacimiento de la narrativa criminal con relatos como «The Murdered Cousin» (1851), nueva versión de «Passage in the Secret History of an Irish Countess» (1838), en la que se adelantó a Poe en su planteamiento del enigma de la habitación cerrada, o las novelas *Uncle Silas* (1864) y sobre todo *Wylder's Hand* (1863). <<

[22] Reproducido en la *Ellery Queen Magazine* en marzo de 1952. <<

[23] *Estudio en escarlata*, traducción de J. A. Molina Foix, Valdemar, Madrid, pág. 69. <<

[24] *Ibid.*, págs. 127-128. <<

[25] «La Liga de los Pelirrojos», en *Las aventuras de Sherlock Holmes*, traducción de J. A. Molina Foix, Valdemar, Madrid, 2002, pág. 116. <<

[26] *Estudio en escarlata*, págs. 69-70. <<

[27] La expresión inglesa *by the skin of the one's teeth* significa «por los pelos». <<

[28] Se llamaban así «novelas de a diez céntimos» a unas ediciones baratas con cubiertas ilustradas a todo color que alcanzaron gran popularidad en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX. Aunque al principio se trataba únicamente de *westerns*, su temática pronto se extendió a otros campos. <<

[29] La insignia de la agencia Pinkerton era un ojo abierto de par en par con el lema: «Nunca dormimos» (*We Never Sleep*), imagen indeleble que dio origen al término «ojo privado» como sinónimo de detective. <<

[30] Como afirma Walter Benjamin: «El invento de la fotografía representa un paso en la historia del procedimiento. Las historias detectivescas surgen en el instante en que se asegura esta conquista sobre el incógnito del hombre» [«Detective y régimen de sospecha», en Daniel Link (ed.), *El juego de los cautos. Literatura policial de Edgar A. Poe a P. D. James*, La marca editorial, Buenos Aires, 1992, pág. 14]. <<

[31] Prólogo a *La cruz azul y otros cuentos*, traducción de Alfonso Reyes y otros, Orbis/Biblioteca personal Jorge Luis Borges, Barcelona, 1987. <<

[32] «A Defence of Detective Stories», en *The Defendant*, R. B. Johnson, Londres, 1902. <<

[33] Véase J. P. de Fonseka (ed.), *G. K. C. as M. C.: Being a Collection of Thirty-Seven Introductions by G. K. Chesterton*, Methuen, Londres, 1929 y G. K. Chesterton, *Charlas*, traducción de José Luis Izquierdo, Austral, Buenos Aires, 1945. <<

[34] Edgar A. Poe, «Charles Dickens», en *Ensayos y críticas*, traducción de Julio Cortázar, Alianza, Madrid, 1973, pág. 152. <<

[35] Véase S. S. van Dine, «Twenty Rules for Writing Detective Stories», en *The American Magazine*, septiembre de 1928, y *Father Knox's Decalogue: The Ten Rules of (Golden Age) Detective Fiction*, en *The Old Palace*, Oxford, 28 de febrero de 1929. <<

[36] Otros precedentes de relatos policiales anteriores a Poe, además del mencionado «The Secret Cell» de William E. Burton, serían la novela corta danesa *Præsten i Vejlbye* (*El rector de Vejlbye*, 1829) de Steen Steensen Blicher (1782-1848), basada en un hecho real, y la novela noruega *Mordet på Maskinbygger Rolfsen* (*El asesinato del fabricante de motores Rolfsen*, 1839) de Maurits Hansen (1794-1842). <<

[37] Introducción a *Tales by Nathaniel Hawthorne*, Oxford University Press, Londres, 1921, pág. xx. <<

[38] Esta tradición la prolongó Ann Katherine Green en su novela *X Y Z: A Detective Story* (1883), la baronesa Orczy con su «viejo del rincón», cuyo nombre nunca se dice, y en cierta medida Dashiell Hammett con su famoso Continental Op (Agente de la Continental), el detective gordo de sus primeros relatos que luego protagonizaría las novelas *Red Harvest* y *The Dain Curse* (ambas de 1929). <<

[39] Se ignora si Poe conocía el cuento de William Leggett «The Riffle» (1828), en el que la prueba balística se utiliza por vez primera para demostrar la inocencia de un acusado. Más probable es que conociera la novela gótica de Charles Brockden Brown *Wieland, or The Transformation* (1798), en la que, como en este relato, se recurre a la ventriloquia. <<

[40] Borges, prólogo a *La piedra lunar*. <<

[41] Título original: «Mr. Higginbotham’s Catastrophe». Publicado por vez primera en diciembre de 1834 en la revista *New-England Magazine*, iba a formar parte de una colección llamada *The Story-Teller* y posteriormente fue incluido en *Twice Told Tales*, American Stationers Co. John B. Russell, 1837. <<

[42] Espejo cóncavo de metal que, puesto de frente al sol, refleja sus rayos reuniéndolos en el punto llamado foco, y produce un calor capaz de quemar, fundir y hasta volatilizar los cuerpos allí colocados. <<

[43] Político estadounidense (1782-1852), dos veces secretario de Estado, que adquirió gran fama como orador, tanto como diputado y senador como en sus discursos públicos, en los que alentó la unión entre los estados americanos proclamando la hegemonía del gobierno federal. <<

[44] Título original: «Thou Art the Man». Publicado por primera vez en noviembre de 1844 en la revista *Godey's Lady's Book*, y posteriormente incluido en Rufus W. Griswold (ed.), *The Works of the Late Edgar Allan Poe* (J. S. Redfield, Nueva York, 1850-1856).

He traducido literalmente el título (aunque sería más correcto: «¡Fuiste tú!») para respetar la cita bíblica en la que se basó Poe (Samuel 2, 12-7): «Natán dijo entonces a David: "¡Tú eres el hombre!"». Con esas palabras el profeta Natán acusa al rey David de haber conspirado para que fuese asesinado Urías, el marido de Betsabé, con el fin de casarse con ella.<<

[45] Excelente vino de Burdeos, procedente de la ciudad de Médoc, extraordinariamente caro en la época de Poe. <<

[46] Lengua aglutinante de la tribu india de igual nombre, que habitaba en lo que hoy es el estado de Misisipi y actualmente vive en el de Oklahoma. <<

[47] Esta locución latina está extraída de los discursos de Cicerón *Pro Annio Milone* (12, 32) y *Pro Roscio Amerino* (30, 84). <<

[48] En la Edad Media *squire* o *esquire* designaba lo que nosotros llamábamos escudero, o sea, el que por su sangre es noble y distinguido, o también el paje o sirviente que le lleva el escudo a un caballero. A partir del siglo XVII el término se aplicaba al principal terrateniente de una comarca. <<

[49] En francés en el original: «pequeña cena». <<

[50] *Nemine contradicente*, locución latina que significa «sin oposición», «sin que nadie disienta». <<

[51] Título original: «Three Detective Anecdotes». Publicado por vez primera el 14 de septiembre de 1850 en *Household Words*, 1, 25, págs. 557-580. <<

[52] Mezcla de dos bebidas, tradicionalmente cerveza rubia (de cebada o de malta) y cerveza negra. <<

[53] Célebre prima donna de la Ópera Real de Estocolmo, conocida como El Ruiseñor Sueco (1820-1887), que recorrió Europa durante la década de 1850. <<

[54] *Braggadocia* en el original, término que además tiene el significado de «sentencia de tres meses de prisión». <<

[55] Título original: «The Biter Bit». Publicado por vez primera en abril de 1858 en la revista *The Atlantic Monthly* como «Who is the Thief?», con el subtítulo «Extracted from the Correspondence of the London Police». Incluido como «Brother Griffith’s Story of the Biter Bit» en la colección de relatos *The Queen of Hearts* (Hurst & Blackett, Londres, 1859). <<

[56] Cigarro cilíndrico cortado en ambas perillas. La palabra inglesa deriva del francés *cheroute*, a su vez traducción de un término tamil que significa «rollo de tabaco». Al no hacerse el torcido a mano, sino de forma mecánica, es un cigarro muy barato. Elaborado en principio en Birmania y la India, su uso se extendió a toda Asia, compitió con los más sofisticados cigarros americanos (Cuba, Santo Domingo, etc.), y acabó por convertirse en el preferido de los británicos. <<

[57] Título original: «The Stolen White Elephant». Publicado por vez primera en 1882 por James R. Osgood & Company, Boston. Incluido posteriormente en la colección de relatos *The £ 1 000 000 Bank Note and Other New Stories* (Chatto and Windus, Londres, 1893). <<

[58] Cómicos que parodiaban a los negros cantando o contando chistes. <<

[59] En el original *eye-opener* [literalmente «abreojos»], expresión estadounidense que designaba una bebida alcohólica fuerte, sobre todo estimulante, que solía tomarse al levantarse. <<

[60] En el original *bat*, que suena parecido a Blunt. <<

[61] Título original: «Lord Arthur Savile’s Crime. A Study of Duty». Publicado por entregas en mayo de 1887 en la revista *The Court and Society Review*, con el subtítulo «Estudio sobre la quiromancia», posteriormente cambiado por el definitivo. Incluido posteriormente en la colección de relatos *Lord Arthur Savile’s Crime and Other Stories* (James R. Osgood, McIlvaine and Co., Londres, 1891). <<

[62] *Debrett's Peerage, Baronetage, Knightage and Companionage*, guía anual de la aristocracia británica, publicada desde 1713, que incluía «información acerca de todas las personas poseedoras de títulos hereditarios y de cortesía, caballeros de las diversas Órdenes, y las ramas colaterales de todos los pares y *baronets*». <<

[63] Términos parecidos en inglés: *cheiromantist* y *cheiropodist*. <<

[64] En francés en el original: «el mundo está hecho así». <<

[65] Las *rascettes* son esas líneas que parecen brazaletes en la muñeca de nuestras manos justo debajo de la palma. Para algunas culturas determinan la longevidad del individuo: cuanto más líneas, más años se vivirá. <<

[66] En inglés *lion* significa también «celebridad». <<

[67] En francés en el original: «cara a cara». <<

[68] Barrio de Londres en el que vivían las amantes de los nobles victorianos. <<

[69] En francés en el original: «mohín». <<

[70] En francés en el original: «sangre fría». <<

[71] Georges Boulanger (1837-1891), general y político francés que fue ministro de Guerra en el gobierno de Freycinet. Privado del mando en 1888, capitaneó el grupo radical del Parlamento y solicitó la disolución de la Cámara y la revisión de la Constitución. En enero de 1889 volvió a París y, cuando todos esperaban que marchara contra el Elíseo al frente de sus tropas, fue acusado de conspiración contra la República y, ante el asombro general, en abril de aquel mismo año huyó a Bruselas y luego a Inglaterra, donde en septiembre de 1891 se suicidó ante la tumba de su amante que había fallecido en sus brazos dos meses antes. <<

[72] En francés en el original: *portier*. <<

[73] Hyde Park, evidentemente. <<

[74] En francés en el original: «crespón de China». <<

[75] En el siglo XIX se descubrieron en Tanagra, antigua ciudad de Beocia en el centro de Grecia, una estatuillas de terracota, que datan principalmente del siglo III a. C., y en su mayoría representan jóvenes bien vestidas, de pie o sentadas. Fueron muy populares en su tiempo y Wilde tenía una en su biblioteca. <<

[76] *Ruff's Guide of the Turf* es una guía hípica que se publica todos los años desde 1846 con el calendario de la temporada y los resultados de la anterior. *Baily's Monthly Magazine of Sports and Pastimes* (1889-1900) era una revista deportiva mensual que informaba preferentemente sobre carreras de caballos y caza del zorro. <<

[77] Alcaloide muy venenoso que se encuentra en las hojas y raíces del acónito. <<

[78] En francés en el original: «bombonera». <<

[79] En francés en el original: «señor individuo de cuidado». <<

[80] En francés en el original: «trapos». El término inglés *chiffon* significa «gasa». <<

[81] En francés en el original: «hicieron locuras por mí». <<

[82] En francés en el original: «caramelo». <<

[83] Célebre pinar de Chiassi (Classe, antiguo puerto de Rávena), cantado por Dante en la *Divina comedia* (Purgatorio, canto XXVIII) y por Boccaccio en el *Decamerón* (Quinta jornada, Novela octava), y muy frecuentado por Lord Byron. <<

[84] Famoso hotel veneciano en el antiguo Palazzo Dandolo. <<

[85] En francés en el original: «gracia». <<

[86] Entre 1689 y 1698 dicho zar recorrió de incógnito los Países Bajos e Inglaterra con objeto de llevar a cabo reformas según el modelo occidental para europeizar a Rusia (construcción de barcos, reforma tributaria y administrativa, etc.). <<

[87] En francés en el original: «callejón sin salida». <<

[88] Famoso vino del Rin producido en Erbach, cerca de Wiesbaden, así llamado por el manantial vecino Markbrünnen. <<

[89] Vino añejo del Rin, originario de Hockheim. <<

[90] Casa consistorial (residencia oficial) del alcalde de Londres, construida en 1753 al estilo de Palladio. <<

[91] En francés en el original: «gabinete». <<

[92] Entre 1842 y 1894 la biblioteca de préstamo de Charles Edward Mudie (Mudie's Circulating Library) tuvo una enorme influencia en los hábitos de lectura de la Inglaterra victoriana, controlando, durante más de cincuenta años los temas, ámbitos y moralidad de las novelas destinadas a la clase media. <<

[93] Asociación caritativa de algunas parroquias cristianas inglesas cuya misión era proporcionar ropa a los pobres. El nombre procede del personaje del Nuevo Testamento, conocido también por Tabita (gacela), una mujer «rica en buenas obras y en limosnas» que el apóstol Pedro resucitó en Joppe. <<

[94] Nombre popular del obelisco de granito rojo con jeroglíficos egipcios, de veintiún metros de altura y doscientas cinco toneladas de peso, situado en el Victoria Embankment entre el puente de Waterloo y Charing Cross. Llevado a Londres en 1877, como su casi idéntico par de Nueva York, en realidad no tiene nada que ver con la reina egipcia, ya que fue erigido durante el reinado del faraón Tutmosis III, unos mil cuatrocientos cincuenta años antes de que Cleopatra apareciese en escena. <<

[95] Título original: «The Speckled Band». Publicado en la revista *The Strand Magazine* en febrero de 1892, con nueve ilustraciones de Sidney Paget. Incluido posteriormente en la colección de relatos *The Adventures of Sherlock Holmes* (George Newnes, Londres, 1892). <<

[96] Coche ligero y descubierto de dos ruedas tirado por un solo caballo, con dos asientos unidos por el respaldo y, debajo de ellos, espacio para perros, de donde le viene el nombre. <<

[97] Periodo que va de 1811 a 1820, durante el cual el futuro Jorge IV (entonces príncipe de Gales) desempeñó el papel de regente durante la prolongada inhabilitación de su padre Jorge III, aquejado de porfiria. <<

[98] Así solían llamar al College of Advocates and Doctors in Law [Colegio de abogados y doctores en leyes], situado en Queen Victoria Street, cerca de Blackfriars. Ese edificio, cuyo nombre se deriva del refectorio [*common*] que utilizaban los doctores en leyes, fue demolido en 1867, y sus funciones de concesión de licencias matrimoniales y registro de testamentos fueron traspasadas a otros organismos. Holmes tendría que haberse dirigido a la Wills Office [Oficina de testamentos] sita en el Strand, en el edificio llamado Somerset House. <<

[99] Dos famosos envenenadores de la Inglaterra victoriana, ambos miembros en activo del Royal College of Surgeons. William Palmer (1824-1856), considerado el Desrues británico, estudió en el St. Bartholomew's Hospital y se estableció como médico en 1847. Para poder pagar sus enormes deudas se dedicó a envenenar sucesivamente con estricnina, sustancia entonces muy difícil de detectar, a su suegra, su corredor de apuestas, su esposa y su propio hermano y, por último, su socio John Parsons Cook, delito por el que fue descubierto, siendo ahorcado en la prisión de Stafford el 14 de junio de 1856. El escocés Edward William Pritchard (1825-1865) se doctoró en Medicina en Alemania y ejerció la profesión en Edimburgo. Acusado de envenenar a su esposa y a su suegra, fue ahorcado en Glasgow en julio de 1865. <<

[100] Título original: «Regent's Park's Murder». Publicado en mayo de 1902 en la revista *The Royal Magazine*, en una serie de *Six London Mysteries*. Incluido posteriormente, como capítulos XXVIII, XXIX y XXX, en *The Old Man in the Corner* (Greening & Co, Londres, 1910). <<

[101] Se trata de un rincón del salón de té de la cadena A. B. C. (Aerated Bread Company), situado en Norfolk Street, en pleno Strand londinense. <<

[102] *Master of Foxhounds* = Cazador Mayor. <<

[103] En francés en el original: «colegas». <<

[104] En francés en el original: «coartada». <<

[105] Título original: «The Leopard Man's Story». Publicado en agosto de 1903 en la revista *Leslie's Weekly*. Incluido posteriormente en la colección de relatos *Moon-Face and Other Stories* (Macmillan Company, Nueva York, 1906). <<

[106] Título original: «L'arrestation d'Arsène Lupin». Publicado el 15 de julio de 1905 en la revista *Je sais tout*, n.º 6. Incluido posteriormente como relato inicial en *Arsène Lupin, gentleman-cambrioleur* (Pierre Lafitte & Cíe, París, 1907), primer libro de la serie *Les aventures extraordinaires d'Arsène Lupin*. <<

[107] En el original *cambrioleur*, término del argot francés que designa al ladrón que roba con escalo o fractura, que en nuestro argot equivale a «quinar», «hacer un quer» o «espandar». He preferido el término más conocido de atracador. <<

[108] Título original: «The Problem of Cell 13». Publicado por entregas el 30 de octubre y el 5 de noviembre de 1905 en el periódico *Boston American*. Incluido posteriormente en la colección de relatos *The Thinking Machine* (Dodd, Mead and Company, Nueva York, 1907), ilustrada por The Kinneys. <<

[109] Doctor of Philosophy (doctor en Filosofía), Doctor of Laws (doctor en Derecho), Fellow of the Royal Society (miembro de la Royal Society), Doctor of Medicine (doctor en Medicina) y Master of Dental Surgery (licenciado en Cirugía Dental). <<

[110] La mayor talla estándar es 7,7/8 pulgadas, que equivale a una medida de cabeza de 63 centímetros. <<

[111] Título original: «The Blue Sequin». Publicado en la revista *Pearson's Magazine* en diciembre de 1908. Incluido posteriormente en la colección de relatos *John Thorndyke's Cases* (Chatto & Windus, Londres, 1909). <<

[112] Pequeño maletín de cuero para viajes cortos, así llamado en honor del político liberal, pero también erudito (especialista en el mundo clásico y, en especial, los estudios homéricos) y polemista, William Ewart Gladstone (1809-1898), que fue por tres veces primer ministro de Gran Bretaña (1868-1874, 1880-1885 y 1892-1894). <<

[113] Associate of the Royal Academy of Arts (socio de la Real Academia de las Artes). <<

[114] La expresión latina *post mortem*, utilizada en España en lenguaje médico y en Derecho solo como adjetivo (post mórtem, «después de la muerte»), en inglés tiene una forma sustantivada equivalente a autopsia. <<

[115] Título original: «The Queer Feet». Publicado en la revista *The Story-Teller* en noviembre de 1910. Incluido posteriormente en la colección de relatos *The Innocence of Father Brown* (Cassell & Company, Londres, 1911). <<

[116] Chesterton juega aquí con el doble sentido de la palabra inglesa *silver*, que significa plata, además de dinero suelto. <<